LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX

LOS HECHOS POLITICOS DEL SIGLO XX



Ficha editorial

Editor ejecutivo:
Raúl E. Paggi

Consejo de Administración:
Stella M. L. Paggi
Ing.: Alejandro Lorenzo
Dr. Alcides A. Lorenzo

Director:
Juan Manuel Prado

Director editorial:
Virgilio Ortega

Director de redacción:
Guillermo L. Díaz Plaja

Hemerografía:
Fernando Lara

Hemeroteca:
Hemeroteca Municipal de Madrid

Compaginación:
Ferrán Cartes

Colaboradores de este volumen:
Manuel Vázquez Montalbán
Alvaro Abós
Mateo Madridejos
Eduardo Haro Tecglen
Néstor Luján
Ramón Tamames
Fernando Díaz-Plaja
Rafael Abella
Carlos Enrique Bayo Falcón

Publicado por:

Hyspamérica Ediciones, S. A.
Madrid - ESPAÑA

Hyspamérica Ediciones
Argentina, S. A.
Corrientes 1437, 4.° piso
(1047) Buenos Aires - **ARGENTINA**
Tels.: 46-4385/4419/4484

ISBN (fascículos) 84-7530-009-X
ISBN (obra completa) 84-7530-008-1
ISBN (tomo 8) 84-7530-017-0
D. L. B. 6771-1982

Fotocomposición, fotomecánica, impresión y encuadernación:
PRINTER industria gráfica, S. A.
Provenza, 388. Barcelona-25


Indice

La desestalinización

De la exaltación a la condena del «zar rojo»

Manuel Vázquez Montalbán,
escritor y periodista

El 5 de marzo de 1953 moría Josif Vissarionovič Stalin, el «zar rojo» para unos y el «padrecito de los pueblos» para otros. Aún estaba caliente su cadáver cuando empezó a ponerse en marcha la desestalinización. Stalin había creado un poder a su medida y ese poder era inmanipulable por sus herederos. En la desestalinización se pueden distinguir tres fases: la desestalinización propiamente dicha, que culminó con el informe secreto de Kruschov al XX Congreso del PCUS en 1956, la llamada «era Kruschov» y la desestalinización profunda del movimiento comunista en la URSS y en el resto del mundo, proceso que aún está pendiente.

Durante casi treinta años, una propaganda obsesiva presentó a Stalin como «genial estadista», «educador del pueblo soviético» y «clásico del marxismo». Pero el 25 de febrero de 1956, cuando Kruschov clausuró el XX Congreso del PCUS, el mito de Stalin estaba hecho pedazos: sólo quedaba la imagen de un déspota que había inmovilizado a la URSS bajo el terror. Este cuadro, del más puro realismo socialista, es un ejemplo del culto a Stalin.



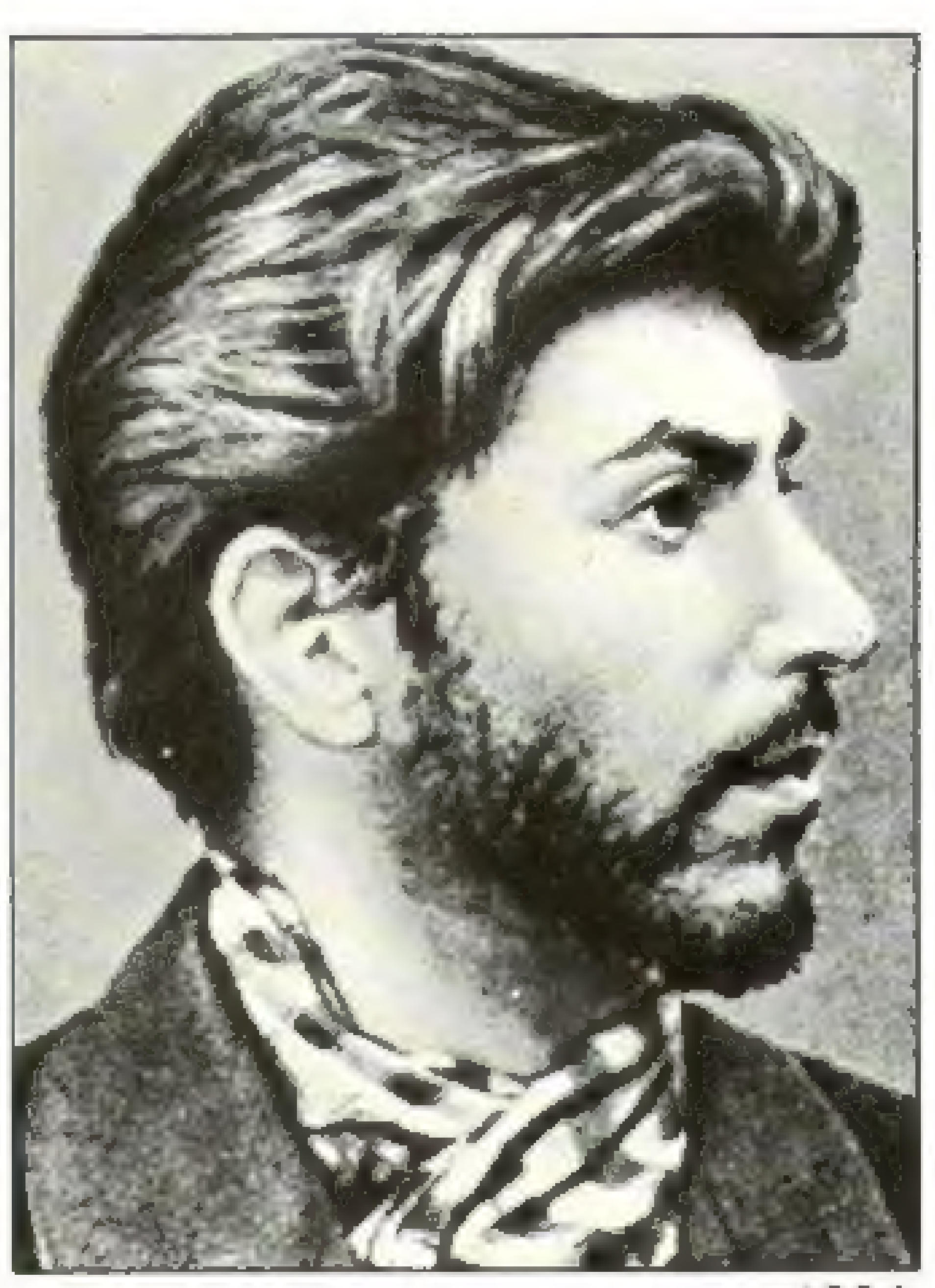
J.-L. Charmet-I.G.D.A.

Stalin en el poder

1928: *después de la derrota de Trotski, se convierte de hecho en el dictador de la URSS y logra eliminar también a sus ex-aliados del ala derecha del partido. Pone fin a la NEP e inicia su política de «socialismo en un solo país»; activa el primer plan quinquenal y ordena la colectivización de la agricultura.*
1929-1931: *emprende un vasto programa de industrialización y colectivización forzosa, y desencadena la guerra contra los kulaks (campesinos ricos), que costará, según él mismo admitió, diez millones de vidas humanas.*
1932: *anuncia el segundo plan quinquenal. Al mismo tiempo promueve una serie de procesos contra los «saboteadores» acusados de obstaculizar la industrialización de la URSS.*
1934: *ante la resistencia de algunos sectores del partido a su política, aprovecha el asesinato de su delfín S. M. Kirov para intensificar el terror policíaco.*
1936: *apoya militarmente a la España republicana durante la Guerra Civil.*
1936-1938: *aniquila con una serie de purgas a la vieja guardia del partido en los llamados «procesos de Moscú», y golpea duramente al Ejército, la burocracia, el aparato económico y el mundo de la cultura. Después se hablará de 2 millones de ajusticiados y de 20 millones de deportados.*
1939: *firma el pacto nazi-soviético, participa en la partición de Polonia, e intenta ocupar Finlandia.*
1940: *concluye la paz con Finlandia y ocupa Letonia, Estonia y Lituania.*
1941: *pocas semanas antes del ataque alemán, asume la jefatura del Gobierno; dirige luego la defensa de Moscú.*
1942-1945: *participa en las conferencias de Teherán, Casablanca, Yalta y Potsdam.*
1946: *reúne los cargos de primer ministro, jefe de las Fuerzas Armadas y secretario general del PCUS.*
1948: *ordena el bloqueo de Berlín: es el inicio de la «guerra fría». No puede impedir que el mariscal Tito libre a Yugoslavia de la dependencia de la URSS.*
1949: *promueve la creación del COMECON.*
1953: *muere en Moscú, el 5 de marzo.*

En ambas páginas, fotomontaje en el que aparecen los principales dirigentes de la Unión Soviética ante el cuerpo de Stalin, embalsamado y vestido con uniforme militar. De izquierda a derecha, Kaganovič, Mikoyan, Bulganin –tras el que pueden verse Kruschov y Gromyko–, Vorochilov, Beria y el «delfín» Malenkov. Tres de ellos, Malenkov, Beria y Molotov (ausente en la fotografía), se repartieron el poder a la muerte de Stalin, pero en pocos meses Beria fue eliminado y Kruschov, nombrado secretario del partido, se convirtió en el hombre fuerte de la nueva situación política.

Abajo, Stalin en 1904, cuando era un activo luchador antizarista.



I.G.D.A.



I.G.D.A.

Stalin dedicó su último año de vida a una intensa actividad intelectual, por una parte dirigida a precisar el carácter social de las lenguas y, por otra, a prefigurar el proceso del futuro económico de la URSS, de la agricultura especialmente, y el carácter de la transición de una economía socialista al comunismo. Antes de llegar al comunismo, escribía Stalin, «(...) la sociedad debe pasar por una serie de etapas de reeducación económica y cultural» y ha de avanzar hacia el objetivo final mediante saltos progresivos. El XIX Congreso del PCUS, celebrado en 1952, sirvió para que Malenkov en persona leyera los párrafos más significativos de la nueva aportación «genial del camarada Stalin al pensamiento revolucionario». Malenkov leía no por su buena voz, sino por su condición de presunto heredero de un hombre que luchaba contra la vejez y la muerte, sin suerte pero con usura.

Malenkov: el heredero directo de Stalin

No es de extrañar, pues, que a la muerte de Stalin, Malenkov apareciera en primer plano en evidente competencia con Beria, el responsable de política interior, pieza clave en la política represiva del estalinismo desde 1938. Malenkov era un mal menor capaz de equilibrar los intereses de la vieja guardia revolucionaria, con Molotov a la cabeza, y de la burocracia conformada durante la gestión de Stalin. Molotov, Kaganovič y Bulganin se colocaban al lado de Malenkov para disuadir a Beria, conscientes de que el jefe de la policía disponía de resortes fundamentales para dar un vuelco a la situación. La figura de Beria aumenta de importancia con el tiempo. Algunos le consideran como un hombre dispuesto a asumir cambios mucho más radicales de los que posteriormente asumió Kruschov.

De marzo a julio de 1953, es decir, desde la muerte de Stalin a la de Beria, se tomaron una serie de medidas políticas que indignaron a la vieja guardia y abrieron la esperanza de la desestalinización: amplia amnistía, desaparición del culto público a Stalin, revisión del juicio a los médicos del Kremlin, acusados de haber conspirado contra la salud de Stalin,... Los periódicos se pronunciaron por la desaparición de la censura, se inició una reforma administrativa democratizadora y se tomaron medidas para liberalizar la relación entre Moscú y las repúblicas nacionales componentes de la URSS. Cada una de estas medidas desautorizaba implícitamente a Stalin, pero también a los que las ponían en marcha, porque habían sido corresponsables de la política estalinista, y especialmente a Beria y Molotov. Todo el equipo del poder vivía en una contradicción tácita y, por lo tanto, todavía hoy resulta difícil saber si Beria fue paulatinamente víctima de su propia reforma o si fue precisamente apartado por el temor a que su reforma fuera demasiado lejos. La sublevación popular de Berlín, en junio de 1953, según algunos prefabricada o tolerada por Beria para propiciar una nueva política de relación con la Alemania Occidental y con Occidente en general, excitó a los ultras del estalinismo, el búnker estaliniano, que pidieron la cabeza de Beria. Era mucha cabeza para darle tiempo a preparar una salida de emergencia, y en un solo día, en plena reunión del grupo central de poder, Beria fue detenido, juzgado y, según algunos «kremlinólogos occidentales», ejecutado.

Beria: el chivo expiatorio

Según Isaac Deutscher, Beria fue el instrumentalizador instrumentalizado. Se le permitió tirar adelante la reforma a la espera de que se produjera el primer tropiezo serio: el motín de Berlín Oriental. El propio Beria estaba en Berlín durante las algaradas, y a su vuelta a Moscú se encontró con un clima enrarecido del que también participaba Malenkov, el hombre que le había ido dando cuerda. Por su parte,

Los herederos de Stalin

Lavrentij Pavlovič Beria

Nació en Mercheuli, Georgia, en 1899. Afiliado al partido bolchevique en 1917, desde 1921 a 1931 dirigió la policía política (GPU) de Georgia. Su ascenso político se produjo en 1932, cuando fue nombrado secretario del partido comunista de Georgia, y en 1934, al convertirse en miembro del Comité Central del PCUS. En 1938 fue nombrado jefe de la NKVD, las fuerzas de la seguridad del Estado. Hombre clave en la represión de toda discrepancia frente al estalinismo, a la muerte de Stalin era sin duda el más poderoso de sus herederos. Integró la primera troika de gobierno posestalinista, con Molotov y Malenkov, y en 1953 fue misteriosamente detenido, juzgado y ejecutado en un solo día.

Georgij Maksimilianovič Malenkov

Nació en Orenburg en 1902. En 1919 se afilió como voluntario al Ejército Rojo, y en 1920 ingresó en el PCUS. Estudió en la Escuela Técnica Superior de Moscú y, tras una rápida carrera burocrática, apareció en 1938 como secretario personal de Stalin, lo que demuestra el grado de confianza que le merecía. Un año después fue nombrado miembro del Comité Central del PCUS, y entre 1941 y 1945 formó parte del Comité de Defensa Nacional, organismo clave para la estrategia político-militar de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial y del que sólo formaron parte los preferidos de Stalin. Presidente del Consejo de Ministros tras la muerte de Stalin, consintió las primeras medidas desestalinizadoras y apostó por un cambio en la política económica, lo que luego sería instrumentalizado por sus enemigos para cesarle en 1955. Posteriormente fue declarado «enemigo del partido» y relegado a la condición de director de una central eléctrica en Kazakstán.

Vjačeslav Skrjabin Molotov

Nacido en Kukarka (hoy Sovetskij) en 1890, fue uno de los bolcheviques de la primera hornada (1906), lo que le valió persecuciones y destierros continuos, como el que pasó en Siberia (1909) por ser redactor de Pravda. *Participó en la Revolución de Octubre y en 1926 ingresó en el Politburó. Su fidelidad a Stalin le valió ser nombrado ministro de Asuntos Exteriores en 1939, en sustitución de Litvinov, y alcanzar notoriedad universal por ser la cara de la política exterior de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. Sustituido por Mikoyan en 1946 como vicepresidente del Consejo de Ministros y por Vichinski en 1949 como ministro de Asuntos Exteriores, recuperó ambos cargos en 1953 a la muerte de Stalin y se prestó a la tibia campaña desestalinizadora impulsada por la troika de la que formaba parte. En 1956, coincidiendo con el informe Kruschov al XX Congreso, comenzó su definitivo ostracismo. En 1957 fue considerado «enemigo del partido» y enviado a Ulan Bator (Mongolia) como embajador. Fue expulsado del partido en 1964.*

Nikita Sergeevič Kruschov

Nació en Kalinovska, Ucrania, en 1894 y murió en Moscú en 1971. Obrero de la industria minera, se afilió al partido en 1918 y participó activamente como combatiente en la guerra civil. Cursó estudios en la Universidad Obrera de Jarkov, y fue miembro del Comité Central del partido en Ucrania en 1924. En 1934 ingresó en el Comité Central del PCUS y ocupó el influyente cargo de responsable del partido en la región de Moscú, sustituyendo a Kaganovič. Desempeñó cargos de responsabilidad militar durante la Segunda Guerra Mundial, a cuyo término tenía la graduación de teniente general, tras haber dirigido el movimiento partisano en Ucrania. Después de un cierto relegamiento en Ucrania, retornó al frente político de Moscú en 1949 y se integró en el secretariado del Comité Central. Al morir Stalin se convirtió en el secretario del partido y dirigió la desestalinización prudentemente, tratando de coordinar todos los elementos e intereses creados tras la muerte de Stalin. Con el ostracismo de Malenkov y Molotov y el apoyo del Ejército, Kruschov se atrevió a presentar el histórico informe al XX Congreso del PCUS, pieza clave para la evolución del movimiento comunista en la URSS y en el mundo entero en la segunda mitad del siglo XX. La desestalinización no se llevó a sus últimas consecuencias y Kruschov fue víctima de la conspiración de una nueva promoción burocrática, encabezada por Breznev y Kosyguin. Retirado a su dacha, *se benefició de «su desestalinización»: vivió para contarlo.*





Arriba, la segunda troika formada tras la muerte de Stalin: de izquierda a derecha, Kruschov (designado secretario del partido en septiembre de 1953), Molotov (vicepresidente del Consejo) y Malenkov (presidente del Consejo). Este último había renunciado a su puesto de secretario del partido para disipar el temor del «aparato» a la dictadura personal.



Time-Life



Intercontinentale

Abajo, de izquierda a derecha, el mariscal Zukov, Kruschov y Bulganin, tras alejar del poder a Malenkov y Molotov. En 1958, Bulganin también fue apartado de la actividad política, y Kruschov asumió él solo (apoyado por el Ejército) la responsabilidad de la desestalinización, hasta que en 1964 el Comité Central le destituyó de todos sus cargos.

La muerte de Stalin causó estupor entre los comunistas de todo el mundo. En París, un enorme crespón negro con un retrato del dictador ocupó la fachada de la sede de la prensa comunista al conocerse la noticia. Ser estalinista era aún un motivo de orgullo.



Keystone

Malenkov defendía su propia cabeza frente a Molotov y los suyos.

La nueva política era popular y estaba desencadenando lo que el escritor Ilja Ehremburg llamaría «el deshielo», pero si se producía una dinámica de cambio forzada por la espontaneidad reivindicativa popular, incluso podía peligrar el control del poder, la arquitectura del Estado. Beria tenía todas las de perder. Su imagen pública era pésima, tanto en la URSS como en el extranjero, y su desaparición sería interpretada por los liberalizadores como un paso más en la desestalinización y por los estalinistas como la eliminación de un hombre con demasiado poder real para impulsar esa desestalinización hasta límites aceptables.

Las suspicacias del Ejército Rojo

Hay que recurrir a Isaac Deutscher, que configura con E. H. Carr el dúo de los mejores sovietólogos hasta ahora conocidos, para ofrecer un cuadro de las dificultades que se oponían a la necesidad desestalinizadora del tándem Malenkov-Beria: «(...) las fuerzas opuestas a la política de Malenkov y Beria fueron formidables. Las viejas manos de la policía política no estaban inactivas. Algunos leales del partido se sintieron sacudidos por la completa ruptura con los cánones largo tiempo establecidos del estalinismo. Algunos jefes de las Fuerzas Armadas ponderaron con alarma las implicaciones de unas reformas casi liberales: ¿no causarían éstas una baja repentina en la disciplina del trabajo y pondrían en peligro los programas de armamento? Por la fuerza de la tradición, el Ejército había sido el portavoz del "chauvinismo de la gran Rusia" y había mirado con suspicacia y hostilidad los nacionalismos "centrífugos" de las repúblicas periféricas. Algunos mariscales y generales no podían adoptar una actitud favorable hacia una política exterior evidentemente dirigida a una eventual retirada de los ejércitos de ocupación de Alemania y Austria.»

Un «enemigo del pueblo», ejecutado

En efecto, Malenkov-Beria habían tomado ya medidas liberalizadoras de la relación entre la URSS y Austria, y habían llegado a plantearse la eventualidad de una retirada gradual de la URSS en Alemania Oriental. Beria se mantuvo en posiciones de cambio, Malenkov se fue situando en un centrismo más cobarde que prudente y la vieja guardia aprovechó la revuelta de Berlín para pasar a la ofensiva con la ayuda del «decantado» Malenkov. De hecho, y a pesar del decantamiento, Malenkov quedaba quemado para siempre, aun recurriendo al más puro lenguaje de denuncia estalinista para calificar a Beria de «traidor, enemigo del pueblo y agente del imperialismo extranjero que se proponía la restauración del capitalismo». A pesar de la contundencia de los adjetivos, Beria necesitó una descarga de arma de fuego para morir. Estaba hecho a prueba de adjetivos que él mismo había ayudado a crear. Del papel desempeñado por los militares y su ideología tradicionalista (sea cual sea la tradición invocada) en la caída de Beria, basta la prueba de que altísimos jefes como Zukov, Vassilevski o Sokolovski fueron convocados ante los micrófonos de la radio de Moscú o a las páginas de la prensa del Estado para que condenaran a Beria e indirectamente disuadieran de cualquier in-

El papel del Ejército

«El gobierno de Malenkov ha asestado un golpe a la policía política. Si este golpe resulta eficaz ha de producir un cambio en toda la estructura del régimen. Uno de sus dos puntales ha sido debilitado, quizás astillado. Eso trastorna el equilibrio del régimen y tiende a aumentar la importancia del otro puntal: el Ejército. Si el partido se ha privado de la posibilidad de oponer la policía política al Ejército, el Ejército puede convertirse en el factor decisivo de los asuntos del país.»

(FUENTE: Rusia después de Stalin, *Isaac Deutscher.)*

La muerte de Stalin según su hija

«Tuve el sentimiento de que mi existencia habitual, estable, durable, empezaba a desaparecer cuando, durante una clase de francés en la Academia, me llamaron para decirme que "Malenkov me pedía que fuera a Blijniaia" (era el nombre de la dacha de mi padre en Kuntsevo para distinguirla de las otras dachas, más alejadas de Moscú).

»En la casa todo, ya desde la entrada, era insólito. Alguien corría, agitado, rompiendo el profundo silencio de costumbre. Cuando se me dijo, por fin, que mi padre había sufrido un ataque cerebral durante la noche y que estaba sin conocimiento, me sentí aliviada; había creído que ya había muerto. Se me comunicó que el ataque le había debido sobrevenir en plena noche, porque le habían encontrado tendido a las tres de la mañana, en esta habitación, sobre la alfombra, cerca del sofá; se le había llevado a otra habitación, a un diván donde él acostumbraba dormir: "Ahora está allí; los médicos también; puedes entrar." Yo veía simplemente que todo en derredor, toda esta casa, todo moría ya ante mis ojos (...).

»Una multitud de personas se apretaban en la gran sala donde estaba mi padre acostado. Médicos desconocidos que veían al enfermo por primera vez (el académico Vladimir Vinogradov, que había atendido a mi padre durante mucho tiempo, estaba ahora en la cárcel) danzaban a su alrededor un ballet espantoso; aplicaban sanguijuelas en su nuca y en su cuello, hacían electrocardiogramas, tomaban radiografías de sus pulmones; una enfermera le ponía constantemente inyecciones; uno de los médicos anotaba en una libreta la progresión de la enfermedad (...).

»Jóvenes especialistas, que eran los únicos que lo sabían utilizar, trajeron desde un centro de investigación científica un aparato de respiración artificial. El enorme aparato permanecía allí sin ser utilizado y los jóvenes médicos miraban en torno suyo, con un aire alelado, superados por los acontecimientos. De pronto me di cuenta que conocía a esta joven doctora; ¿dónde la había visto?... Nos saludamos sin decirnos una palabra. Todo el mundo se esforzaba en guardar silencio y no hablar de futilidades (...).

»La hemorragia cerebral se extiende poco a poco a todos los centros... La respiración de mi padre se aceleraba. A lo largo de las últimas veinticuatro horas estaba claro que la anoxemia aumentaba. El rostro se ensombrecía, se hinchaba, sus rasgos se hicieron poco a poco irreconocibles, los labios ennegrecieron, y durante la última o las últimas horas el enfermo, simplemente, se asfixiaba.

»La agonía fue terrible. Se ahogaba ante los ojos de todos. Súbitamente, en el último minuto —¿fue así en realidad?, ya no me acuerdo, pero así lo creí— abrió los ojos y envolvió a todos los presentes con la mirada, una mirada insensata, furiosa, llena de espanto hacia la muerte y ante las caras desconocidas de los médicos que se inclinaban sobre él. Esta mirada dio la vuelta al grupo en una fracción de minuto y, entonces, en un gesto terrible que aún hoy no comprendo pero que yo no puedo olvidar, levantó la mano izquierda en el aire, la única que aún podía mover. ¿Señalaba con ello algo en lo alto, o bien nos amenazaba a todos? No se sabía a quién ni a qué se dirigía ese gesto incomprensible pero amenazador. Inmediatamente después, en un último sobresalto, el alma abandonó al cuerpo.»

(FUENTE: Veinte cartas a un amigo, *Svetlana Alliluyeva.)*

Karl Marx y el culto a la personalidad

«Mi hostilidad al culto a la personalidad ha hecho que durante la existencia de la Internacional yo nunca haya publicado los numerosos mensajes reconociendo mis méritos que me han llegado de diferentes países y me enojaban. No los he contestado nunca salvo en contadas ocasiones y para reprender a sus autores. Desde que Engels y yo nos adherimos a la sociedad secreta de los comunistas pusimos la condición de que se quitaría de los estatutos todo lo que supusiera la adoración supersticiosa de la autoridad. Lassalle hizo exactamente lo contrario.»

(FUENTE: Carta de Marx a Wilhelm Bloss, citada por Kruschov en su informe al XX Congreso del PCUS.)



Mondadori

En esta página, Stalin abrazado por una niña durante la fiesta del 1.º de mayo de 1941 en Moscú. La propaganda soviética insistía machaconamente en el tópico prefabricado de Stalin «ejemplar padre de familia», «amante de los niños» y «hombre jovial y de buen humor». En realidad, desde las purgas de los años 30 se había convertido en un ser inaccesible.

En la página de la derecha, panfleto de exaltación de Stalin con motivo de su 70 cumpleaños, una muestra elocuente de los excesos a que llegó el culto a la personalidad. El autor de estos versos definió al «padrecito» como «artífice de la felicidad del pueblo» y «sol de la verdad». Escritores, pintores y músicos adularon sin reparos a Stalin.



Civica Raccolta Bertarelli, Milano

tento vindicativo a sus seguidores públicos o secretos, porque todos temían la capacidad de urdidumbre del que había sido poderoso ministro del Interior durante más de catorce años.

La dirección colegiada

El 10 de julio de 1953, *Pravda* publicó la noticia de la ejecución de Beria y proclamó el carácter «colegiado» de la nueva dirección. El «colegio», hoy se llamaría «cúpula de poder», lo conformaron Malenkov, Molotov, Bulganin, Zukov y Kruschov. La prensa occidental no se equivocó esta vez al señalar a Kruschov como el hombre político fuerte y a Zukov como el exponente del consenso del Ejército.

La política del «colegio» fue encauzar la desestalinización dentro de un orden. Por ejemplo, en economía se mantuvo el propósito de producir bienes de consumo en detrimento de la industria pesada, se estimuló la producción agrícola mediante el aumento de la cuantía del pago del Estado, se mejoraron los impuestos para las granjas colectivas y se abrió la expectativa de la conquista económica de las tierras vírgenes (Kazakstán y Siberia Oriental) para movilizar a la juventud en una gran empresa patriótica.

En cuanto a la política exterior, continuó el proceso que llevaría a la neutralización de Austria en 1955 (suscrita por Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, la URSS y el propio gobierno austríaco) y se dio una imagen de flexibilidad internacional frente a la intransigencia de la administración norteamericana. En esta voluntad de flexibilidad se llegó al chiste político de ofrecer la entrada de la URSS en la OTAN para borrar cualquier sospecha de voluntad agresiva, y no se conformó el Pacto de Varsovia hasta que el gobierno soviético consideró una provocación la entrada de Alemania Occidental en la OTAN.

En cuanto a las medidas de política interior, se asistió a una desestalinización mezclada con una abierta lucha por el poder, de abajo a arriba y de arriba a abajo. Michel Laran *(Rusie-URSS, 1870-1970)* denomina este período como el de «el restablecimiento de la legalidad socialista». Si bien no se aplicó totalmente la Constitución, sí se suprimieron entes intermedios de represión y se depuró a los funcionarios más notorios y odiados por estos menesteres, y también mejoraron las condiciones de vida de los prisioneros y de los deportados políticos. Paralelamente estalló un debate ideológico que tuvo en la publicación de la novela *El deshielo*, de Ilja Ehremburg, un punto de referencia.



El deshielo

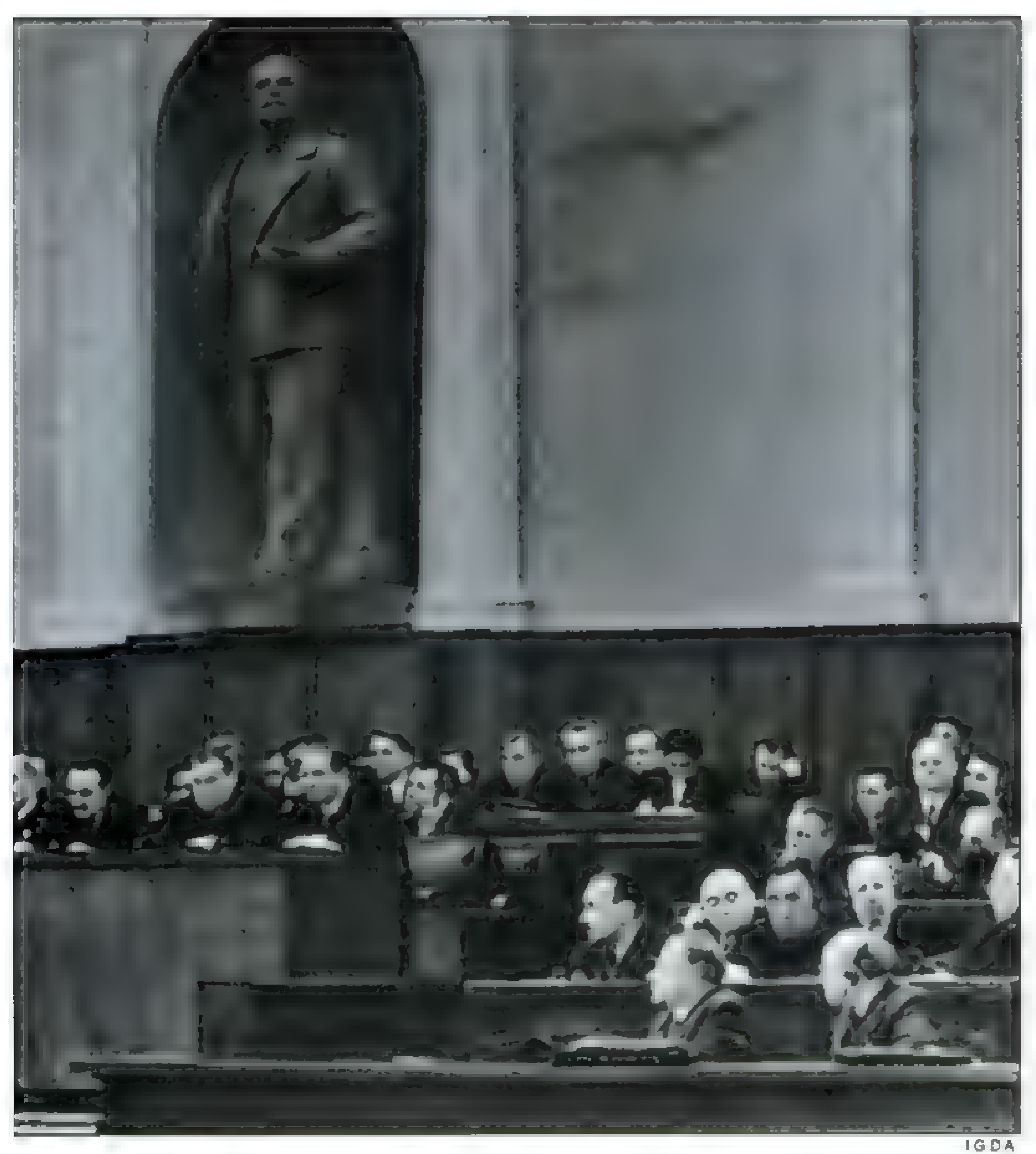
El tema de *El deshielo* se prestaba a esa función. Su protagonista, el pintor Pukhov, es la estampa del artista frustrado y amargado por su supeditación a las consignas de una estética oficial: «En las presentes circunstancias es ridículo hablar de amor al arte y es imposible dedicarse al arte genuino.» En pocos meses explotó la crítica en las universidades, en la correspondencia a los periódicos, en el lenguaje indirecto (y cada vez más directo) de los críticos hasta entonces sometidos.

El ajuste de cuentas al estalinismo es el ajuste de cuentas a la falsificación de la conciencia individual y colectiva, sobre uno mismo, sobre uno y los otros, sobre uno y el mundo, sobre la Historia como saber total. Y la literatura, por ejemplo, ha ayudado a ejercer esa mixtificación, aplicándose a una aprehensión y a una supuesta transformación de la realidad al margen de la lógica viva, utilizando la lógica *in vitro* de los héroes positivos de las novelas del rea-

Desestalinización por etapas

«Puede, sin embargo, pensarse que los desacuerdos en el partido fueron considerables todavía después de 1957, por lo que la desestalinización siguió siendo limitada y progresó a etapas. Las víctimas de los grandes procesos de Moscú, por ejemplo, no fueron rehabilitadas aunque su inocencia penal fuese evidente. A pesar de una cierta reactivación de la vida de los soviets, las estructuras políticas de la URSS apenas cambiaron. Por ejemplo, la libertad de expresión era todavía ambigua y estaba sometida a la voluntad de las autoridades, así como la libertad de creación.»

(*FUENTE.* El fenómeno estaliniano, *Jean Elleinstein.*)


IGDA

lismo socialista decretado por críticos-políticos o políticos-críticos. ¿Acaso no se había prestado a ello el propio Trotski cuando, todavía en el poder, al ser interrogado sobre el porqué la URSS carecía de un crítico del talento de un Belinski, contestó: «Los nuevos Belinskis están en el Politburó.» ¿No era el primer paso para la supeditación de la cultura a la política del poder, supeditación que Trotski explícitamente rechazara?

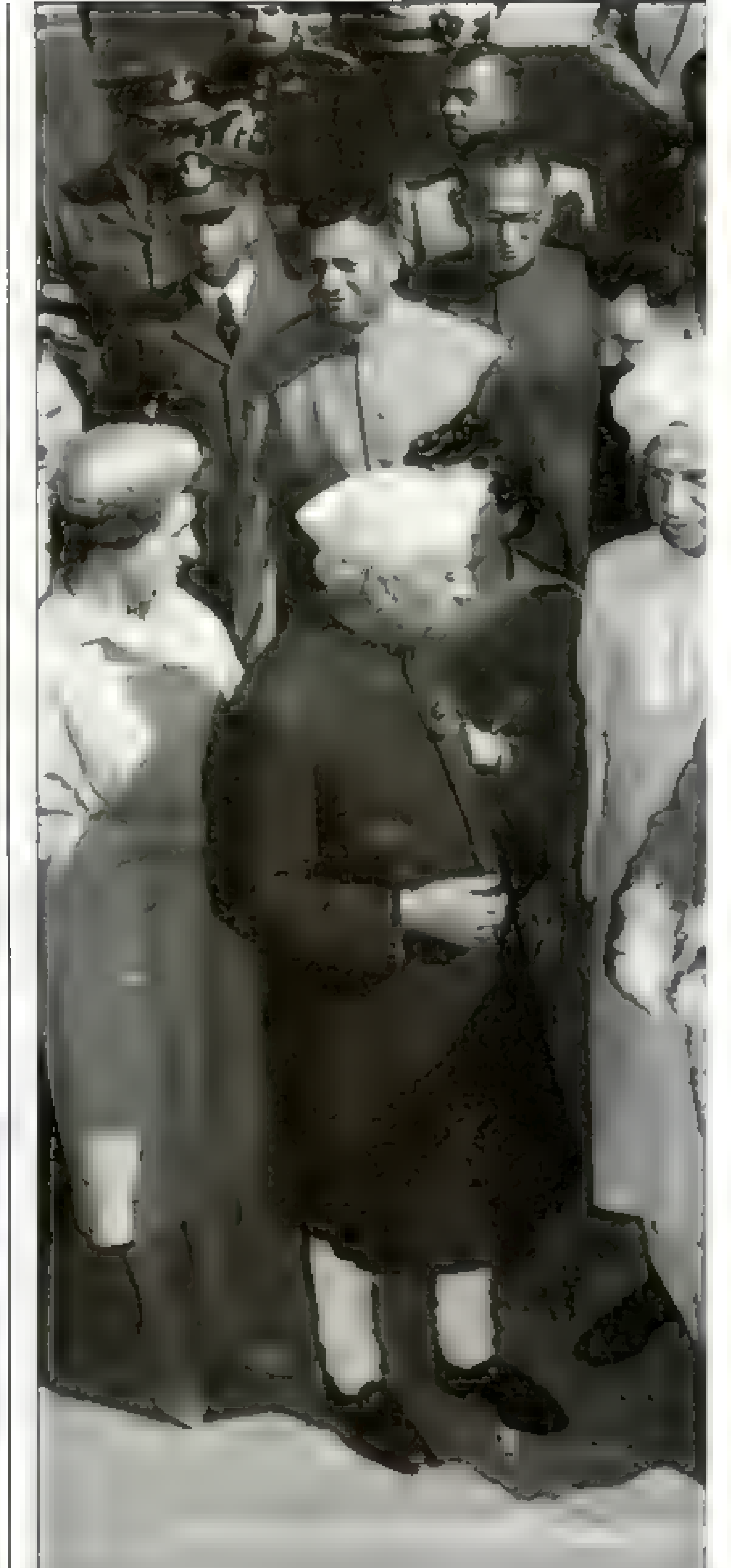
La crítica de los intelectuales

El sí o el no a *El deshielo* sirvió de coartada para que muchos intelectuales se expresaran y denunciaran la dictadura cultural padecida. Sumario inventario: denuncia de los estudiantes contra los premios oficiales y otras corruptelas del *establishment* cultural; denuncia de los criterios educativos impuestos bajo el estalinismo, personificados en la figura de un pedagogo tan oficial como reaccionario, Pobedonostsev; relativización de la adoración sagrada a las grandes momias de la cultura y la política marxista y cuestionamiento de las citas bíblicas sistemáticas; nombramiento de Alexandrov, represaliado por el torvo y torpe Idanov, como responsable de Cultura; alegato del profesor Sobolev, publicado por *Pravda*, contra una «ciencia oficial» que, entre otras cosas, ignoraba la nueva física gestada en Occidente y que recogía la terminología ehremburgiana al decir que «la actitud dogmática que pone proposiciones *congeladas* en el lugar de la genuina investigación, es el enemigo mortal (...)»; la reivindicación, muy polémica, del crítico Pomerantsev en favor de la sinceridad en literatura, es decir, en contra de la hipocresía ideologizadora de la literatura oficial, la demanda, en suma, del «verdadero conflicto», frente al conflicto artificial urgido por la literatura de encargo. *El deshielo* abrió un período de esperanza que terminaría más de diez años después con los procesos de Siniavski y Daniel y el ostracismo de *Novy Mir*, la revista resistencial cultural que vivió su mejor época bajo el kruschovismo.

La cautela de Kruschov

¿Actitud del poder? Encauzar y relativizar, consciente de que la organización de la cultura dota al poder de instrumentos más que suficientes como para impedir que el deshielo se convierta en inundación. Los políticos saben que el «poder intelectual» bien poco puede frente al poder político o el militar o el político-militar coaligado y legitimado con el *Todo* de la organización social. Toleran que se exhiba pintura abstracta, pero se sigue premiando el retrato hiperrealista de cualquier burócrata de postín o el cuadro épico sobre la excelente producción de corchetes en una fábrica del Ural. La liberalidad era un respiro que una nueva promoción dirigente toleraba para establecer una nueva trama de poder, y con el tiempo se revelaría que no sólo Beria o Malenkov habían cumplido el papel de «tontos útiles», sino que ese papel también debió asumirlo el mismísimo Kruschov.

La era Kruschov es otra historia, pero sin duda empieza en la desestalinización. «Baila, Nikita, baila», pedía Stalin cuando Kruschov había mediado su tercera botella de vodka y el frío y el alma rusa y las ganas de pasarlo bien incitaban al relajamiento del cuerpo y el alma. ¿Fiel para sobrevivir o alienado por un concepto de la praxis política? Ésta es la cuestión que Adam Schaff plantea en su introducción a *La alienación como fenómeno social:* «(...) la crítica [a Stalin] expuesta por Kruschov en el Vigésimo Congreso del PCUS fue una cosa a medias y su motivación (la "reducción demonológica" de todo el problema al "culto a la personalidad" y a los errores que se deducían de la personalidad de Stalin) falsa desde el punto de vista marxista, puesto que reduce la historia a la influencia de los grandes hombres aislados; pero, en segundo lugar, reside en que los fenómenos sociales que son resumidos en el concepto "estalinismo", no han sido en modo alguno superados, sino que, por el contrario, siguen estando vivos.» Es decir, para Schaff, Kruschov y su gente trataban de colocarle al muerto su propia responsabilidad, trataban de hacer de Stalin un chivo expiatorio, pero —todavía en 1953, 1954 y 1955— con prudencia, observadores de la conformación de un clima desestalinizador entre los intelectuales y entre los cuadros más lúcidos y nuevos del partido: los que necesitaban pasar sobre el cadáver de Stalin y los estalinistas para promocionarse.

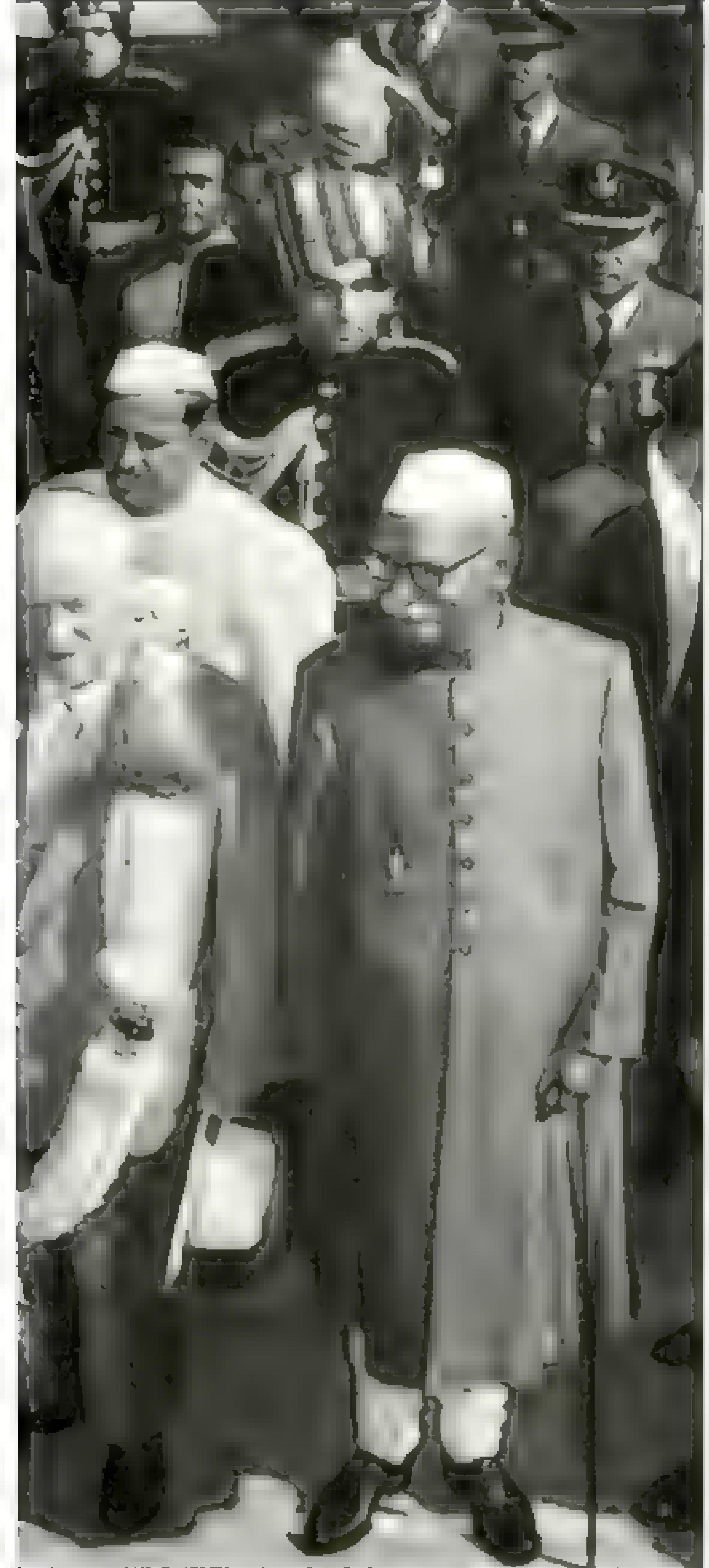


Ansa

No sólo Schaff, un intelectual al fin y al cabo, sospecha de esa voluntad de convertir a Stalin en el «demonio sobrenatural» que ha alienado la revolución; también políticos comunistas de un sentido pragmático escalofriante, como Palmiro Togliatti o Mao Tsetung, se preguntaron qué hacían los otros mientras Stalin ejercía de tirano. En 1958, Mao, en su intervención en la Conferencia de Chen Tung, calificó a Stalin de «viejo ancestro» y criticó todo lo que no hizo por la Revolución china, todo lo que no entendió de la Revolución china, pero lamentó una defenestración tan oportunista que implicaba tantos prejuicios religiosos como los que pretendía combatir.

Muerto el perro, se acabó la rabia

Muerto Stalin, ejecutado Beria, receloso y balbuciente Malenkov, asido a un esencialismo suicida Molotov, Kruschov ocupó la secretaría general del partido y aguardó el primer fracaso serio de Malenkov para darle el golpe. La crisis agrícola fue la coartada, también utilizada años después para poner palos ante el avance de las ruedas del kruschovismo. Malenkov dimitió de su puesto de presidente del Consejo en enero de 1955 y fue sustituido por Bulganin, un hombre manipulable por Kruschov, pero hay que ponerse en guardia ante una afirmación como ésta. Kruschov no actuaba por su cuenta y riesgo exclusivamente, sino que era el dedo que ponía en marcha los resortes, al final de una larga cola de personajes subjetivamente conscientes de que el dedo debía actuar en aquel sentido. En primer lugar estaba el problema del consenso de las masas, mayoritario desde 1917 por una serie de factores aglutinantes que, muerto Stalin, no se daban o eran insuficientes: la guerra civil, el bloqueo capitalista, la Segunda Guerra Mundial. La «guerra fría» exigía un esfuerzo nacional mal compensado por el nivel de vida, por las satisfacciones inmediatas, y difícil de mantener por la vía de la represión. Los ataques al *ancien régime* estalinista se mantuvieron en estilo indirecto hasta el XX Congreso, y sólo pasaron a ser asumidos por el poder en su transcurso (y aún entonces con escasas referencias directas a Stalin). «Entre 1953 y 1956, Kruschov procedió más por transformaciones sucesivas que por transformaciones profundas y espectaculares. En suma, estas modificaciones fueron sustanciales al nivel de la práctica y contribuyeron a eliminar los aspectos más sangrientos y represivos del fenómeno estaliniano. Hasta el XX Con-



Farabola

greso del PCUS, apenas hubo discusión respecto al fondo de la cuestión y Stalin ni siquiera fue acusado directa y personalmente. Era difícil actuar de otra manera y a la vez profundizar en el tema», escribe Jean Ellenstein en *El fenómeno estaliniano*.

Culto a la personalidad

Casi treinta años después podemos dar testimonio de cómo, para muchos comunistas del mundo entero, Stalin fue un héroe hasta el 25 de febrero de 1956, y un trauma, en el mejor de los casos, a partir de esa fecha. La cúpula de poder del Estado soviético decidió que el mundo ya estaba maduro para una revisión crítica explícita, pero aún así la abordó con suma prudencia para no aniquilar la fe del carbonero y excitar el ya de por sí alertado espíritu de supervivencia de los estalinistas. Por

En ambas páginas, tres imágenes del período en que Kruschov intentó hacer de embajador de la URSS posestalinista. A la izquierda, en la célebre sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas en que tuvo lugar el incidente del zapato. En el centro, recibido por Nehru en la India. A la derecha, con el entonces primer ministro británico Eden en una visita a Londres.



Farabola

ejemplo, en la primera página de su informe secreto, Kruschov condenó el culto a la personalidad, en el que se había incurrido en el pasado, pero no calló los méritos de Stalin «(...) en la preparación de la revolución, durante la guerra civil, en la edificación del socialismo en nuestro país (...)». Para condenar la santificación de Stalin, Kruschov recurrió a otro santo: San Vladimir Lenin. Y al hacer el inventario de las barbaridades cometidas, la redacción del informe parece atribuirlas al culto a la personalidad no a la personalidad entronizada. Pero esa denuncia de un supuesto ente llamado *culto a la personalidad* no implica la crítica necesaria al sistema de poder dentro de un partido comunista único y dueño del Estado. El culpable es en primera instancia «don Culto a la Personalidad» y, en segunda instancia, Josif Stalin.

Coexistencia pacífica: la guerra no es inevitable

Kruschov, en su informe, anunció que la legalidad socialista había sido restablecida, cargó las culpas de las brutalidades sobre las espaldas ya enterradas de Beria y su pandilla y abrió las puertas al futuro en busca de la construcción del socialismo a través de la paz interna y externa, a través de la coexistencia pacífica. La aparición de la fórmula *coexistencia pacífica* venía en un momento oportuno, tras el acuerdo sobre Austria y la firma de la paz en Corea y Vietnam en la Conferencia de Ginebra de 1955, y además ponía en jaque la política belicista del tándem Eisenhower-Foster Dulles.

Después de Kruschov, Mikoyan propugnó el retorno al leninismo tras condenar las tesis económicas de Stalin y su creencia de que las guerras eran inevitables y, sobre todo, la guerra final por la hegemonía entre el bloque capitalista y el comunista. «Durante veinte años no hemos tenido dirección colectiva», se permitió decir el dirigente dirigido. La historiadora Pankratova se quejó del atraso del trabajo histórico y del trabajo teórico.

Cuando la libertad no es de todos

«La libertad reservada únicamente a los partidarios del Gobierno y a los miembros del partido, por muy numerosos que fuesen, no es la libertad. La libertad es siempre la de aquel que piensa de otra manera. Y ello no por fanatismo de la justicia, sino porque todo el contenido instructivo, saludable y purificante de la libertad política tiende a ello y porque ésta pierde su eficacia cuando la libertad se convierte en un privilegio.»

(*FUENTE:* La revolución rusa, Rosa Luxemburgo.)

Informe a puerta cerrada

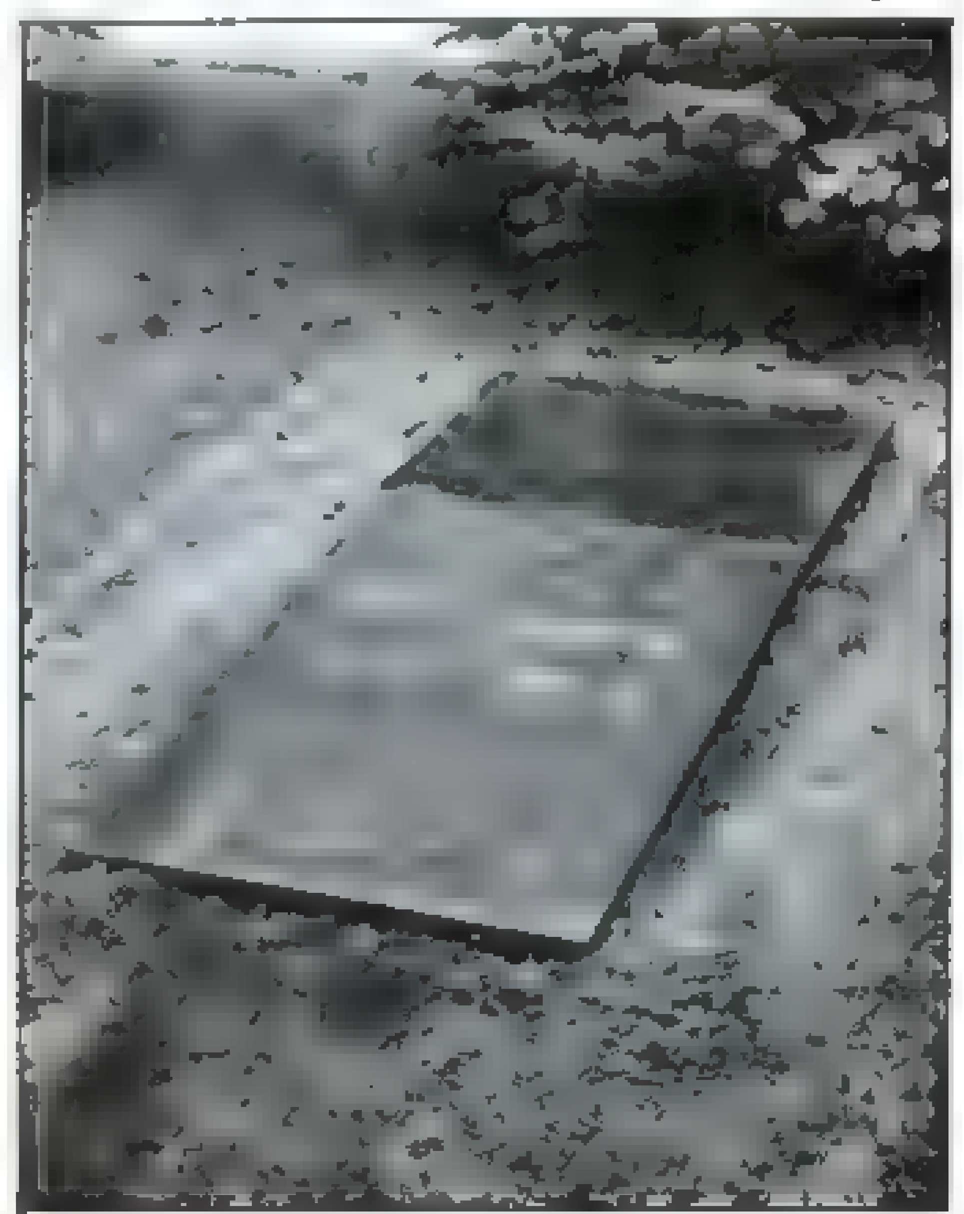
Kruschov fue prudente en su informe público-oficial. El 24 de febrero, por la tarde, a puerta cerrada, leyó su informe secreto sobre los crímenes del estalinismo. Pero con tanto miedo al cadáver que el informe jamás fue reconocido oficialmente y circuló por el mundo entero gracias a una traducción misteriosamente filtrada al *New York Times*.

Relación forma-fondo. Una desestalinización que se practica beneficiándose de una situación de poder creada por el estalinismo y sin poder ni querer afrontar el fondo de la cuestión: papel del partido, del Estado, de las relaciones de poder en el partido y en la sociedad. Y una prueba de que no se abordaba la cuestión de fondo es que, casi treinta años después del informe secreto desestalinizador, siguen imperando relaciones de dependencia política en el seno de la URSS y entre la URSS y los otros países socialistas, que no han corregido en lo fundamental el *status* estalinista. Es más, la primavera cultural iniciada con *El deshielo* y ultimada en los versos iniciales de un poema occidentalista de Evtuchenko («Llevaba pantalones tejanos y leía a Hemingway») no ha evitado el otoño de las ediciones clandestinas y el invierno del encarcelamiento o la «psiquiatrización» de artistas y escritores. Y en cuanto a los criterios de un socia-


Riboud-Magnum



IGDA


Farabola

lismo participativo, cuarenta años después del fin de la guerra mundial y de la instalación del socialismo en Polonia, una gran mayoría de polacos tienen más confianza en el Papa de Roma que en el secretario general del partido comunista, y esa diferencia de crédito la sigue compensando la sombra alargada de los tanques soviéticos de ocupación.

El caballo de Calígula

No, la desestalinización no se ultimó porque fue instrumentalizada. Algo cambió para que nada cambiara, aunque este principio es frecuentemente violado por la relación necesidad-satisfacción que da sentido a la Historia. La desestalinización la hicieron estalinistas, y hay que volver a Adam Schaff para recuperar su parábola sobre el caballo de Calígula. La Historia ha juzgado muy duramente a Calígula por nombrar senador a su caballo favorito, pero ¿qué decir de los senadores que aceptaron al caballo por colega? Fueron esos senadores los que trataron de exculparse anulando a los caballos de Calígula (Beria, Malenkov, Molotov,...) para seguir siendo senadores.

Arriba, los dirigentes soviéticos en una fotografía de 1962. Kruschov aparece en el centro y tiene a su izquierda a Vorochilov, Mikoyan y la Furtseva. Sus futuros sucesores, Breznev y Kosyguin, cuarto y sexto a su derecha ocupaban aún un modesto lugar

Abajo, a la izquierda, dos nombres aparecen en el frontispicio del mausoleo de la Plaza Roja de Moscú: Lenin y Stalin. En febrero de 1962, después del XXII Congreso del PCUS, el cadáver de Stalin fue retirado del mausoleo de Lenin y emplazado en un apartado rincón al pie del muro del Kremlin bajo una lápida (a la derecha) con una única inscripción. J.V. Stalin, 1879-1953.

La revuelta húngara

Tanques soviéticos en Budapest

Álvaro Abós,
periodista

Hungría vivió en 1956 el primer intento de democratización de un régimen comunista autoritario. Pero fue una trágica experiencia: los carros de combate soviéticos, erigidos en gendarmes de la Europa del Este, yugularon la lucha de los patriotas magiares por construir el socialismo en libertad. Lo que más tarde iba a ocurrir en Checoslovaquia y en Polonia resalta el valor de la resistencia húngara

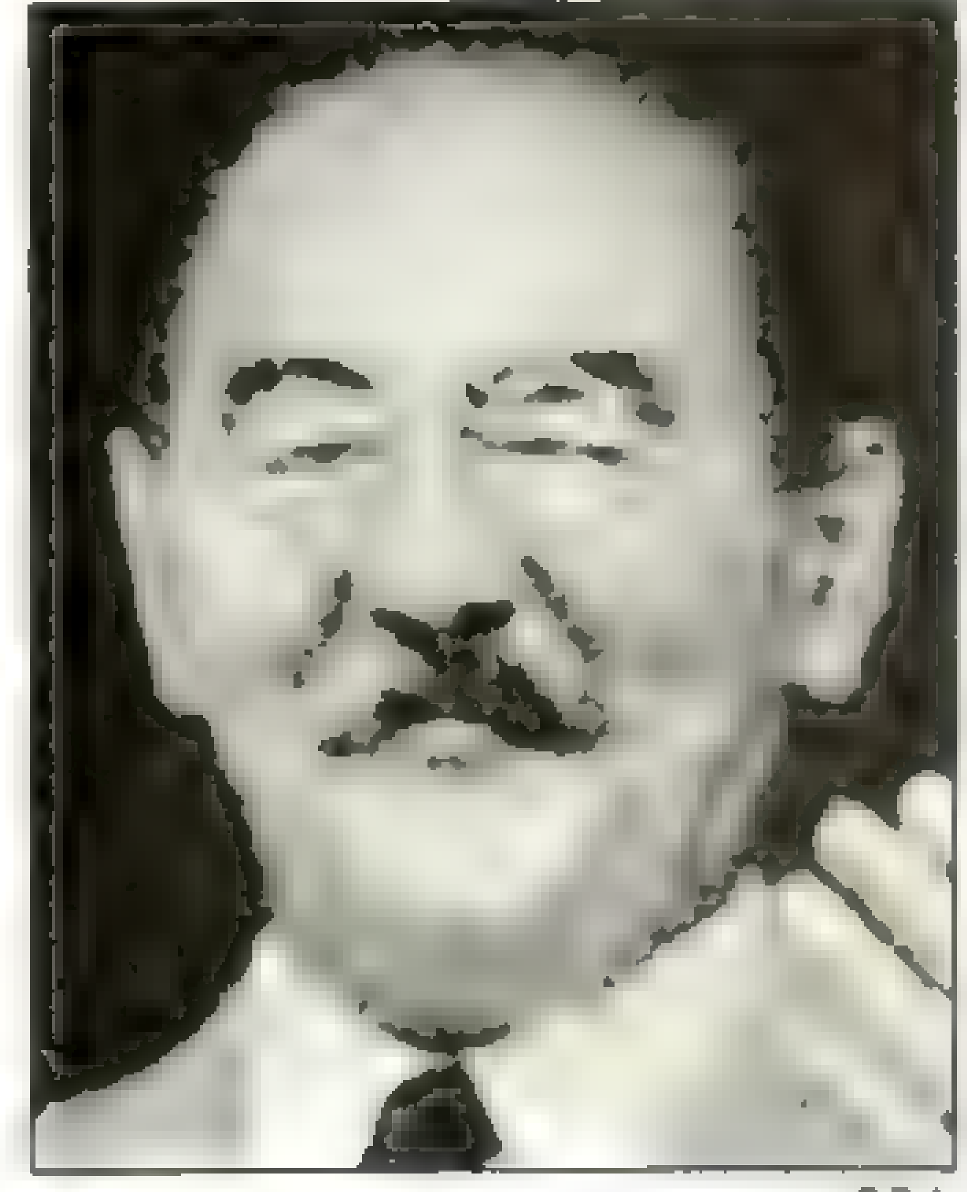
En octubre de 1956, estudiantes, obreros y campesinos húngaros lucharon heroicamente para transformar la sociedad en que vivían. ¿Cómo fue posible aquella insurrección popular? ¿Se trataba de un intento de construir el socialismo en libertad? ¿O era una algarada fascista, como denunciaba Moscú y repetía la izquierda comunista en todo el mundo? La insurrección húngara es un hecho complejo que ilumina ciertos temas cuya vigencia sigue siendo candente: la viabilidad de una política autónoma para los países del Este y el papel hegemónico de la URSS en la zona.



AGE



Farabola

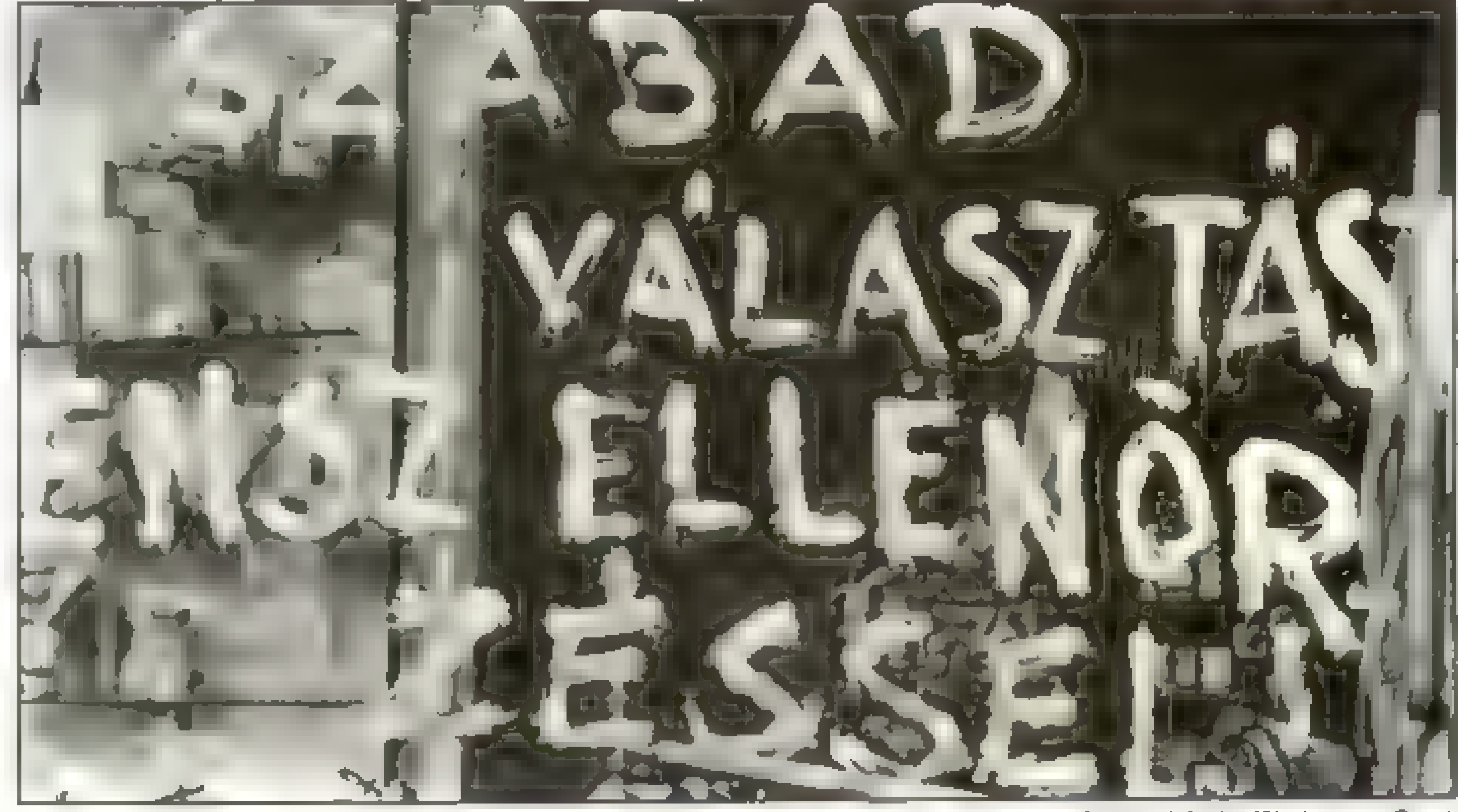


GDA

El proceso Rajk

Eran las 9.06 del 16 de septiembre de 1949, y la gran sala del Palacio de Sindicatos de Budapest, convertida en sede del tribunal, estaba colmada de público. Los acusados vestían traje negro, camisa blanca y corbata. El principal de ellos, László Rajk, se levantó y pronunció estas palabras: «Soy culpable de todos los crímenes de los que se me acusa.»

El *proceso Rajk* fue un hecho decisivo en la evolución política del régimen húngaro. László Rajk era uno de los líderes históricos del comunismo magiar, curtido luchador contra el régimen derechista del almirante Miklós Horthy y la ocupación nazi, y veterano de la guerra de España, donde había peleado con el seudónimo de «Comisario Firtos» en las Brigadas Internacionales. Mientras la mayoría de los dirigentes del partido (Rakosi, Gero, Farkas, Revei) habían vivido un cómodo exilio en Moscú, regresando a Budapest en los vagones del Ejército Rojo, László Rajk había permanecido en



National Arch., Washington Snark

A la izquierda, arriba, Matyás Rakosi, brazo derecho de Stalin en Hungría durante lo que Jean-Paul Sartre llamó «diez años de imbecilidad y terror», abajo. Imre Nagy, el comunista liberal que escogió la causa del pueblo frente a la ortodoxia del partido y se convirtió en la cabeza visible de la insurrección, lo que le costó la vida (arrestado por los soviéticos, fue ejecutado el 16 de junio de 1958).

En ambas páginas, arriba, concentración popular en el palacio del Parlamento de Budapest (23.X.1956). Los antiguos emblemas de Hungría reemplazaban a las banderas con la hoz y el martillo.

Sobre estas líneas, inscripción en unos almacenes de la capital húngara correspondiente a una de las dieciséis reivindicaciones que exigían los estudiantes: «elecciones libres bajo control internacional».


National Arch., Washington-Shark

Los intelectuales y la revuelta húngara

El Círculo Petöfi. *En los sucesos de 1956 tuvieron un papel preponderante los intelectuales reunidos en el Círculo Petofi. Seguían una tradición que, entre otros, había encarnado el mismo Sándor Petöfi (1823-1849), poeta épico y popular que participó activamente en la revuelta de 1848 y que murió un año después, luchando contra la invasión rusa. Su vida y su muerte fueron el símbolo de la independencia húngara. En 1919, la revolución de Béla Kun tuvo su germen en el Círculo Galileo, dirigido por el poeta Endre Ady y el sociólogo Oscar Jazsi. Durante esa breve experiencia popular (21 de marzo-1 de agosto), el filósofo György Lukàcs fue ministro de Educación*

La Gaseta Literària. *En 1956, aprovechando a fondo los aires de desestalinización, la Unión de Escritores Húngaros se había erigido en un foro de discusión crítica. Pero su prédica excedía los ambientes intelectuales. La* Gaseta Literària, *órgano de la Unión, era el periódico más leído, y su semanario satírico,* Ludas Matri, *tiraba 410.000 ejemplares, cifra enorme en un país de diez millones de habitantes. En el Círculo Petofi brillaban escritores como Tibor Déry, Juley Hay, Istran Orkény. Pertenecían a distintas tendencias ideológicas, pero la mayoría eran marxistas impregnados de cultura occidental, miembros del partido o de las juventudes comunistas, aunque con una acusada postura crítica.*

El caso Lukàcs. *Entre esos intelectuales se encontraba uno de los pensadores más importantes que ha dado el marxismo: György Lukàcs. Espíritu refinado, erudito conocedor de la cultura occidental, Lukàcs fue catedrático de Estética en la Universidad de Budapest al terminar la Segunda Guerra Mundial. Su influencia era enorme. La originalidad de su pensamiento rebasaba largamente los estrechos cauces del realismo socialista. En 1948 cayó en desgracia, fue excluido de todo cargo y relegado al silencio. En 1956, Lukàcs participaba activamente en el movimiento intelectual húngaro. Imre Nagy le nombró ministro de Cultura. Durante las críticas jornadas de 1956, cada número de la* Gaseta Literària *—en la que Lukàcs colaboraba con asiduidad— rompía un nuevo tabú, eludía una nueva prohibición, denunciando el dominio de la burocracia sobre los sindicatos y, en suma, el fracaso del Partido Comunista para transformar la vida del pueblo y enraizarse en la nación.*

Hungría, afrontando la clandestinidad y la prisión.

En 1949, Rajk era ministro de Asuntos Exteriores. Su detención y proceso causaron una conmoción solo superada por su increíble confesión: durante interminables sesiones, Rajk leyó con voz neutra la retahíla de delitos de los que se declaraba culpable: fascista, confidente policial del antiguo régimen, espía de la CIA y, sobre todo, conspirador titista (la herejía yugoslava era, entonces, ferozmente combatida por Moscú). La mecánica de aquel proceso estaba calcada de los juicios de Moscú, que en 1936-39 significaron la liquidación de los mejores cuadros comunistas y que se repetirían luego en otros países del Este.

Contra Rajk se utilizaron torturas físicas (de escaso efecto en un auténtico revolucionario profesional, que había soportado otros suplicios sin inmutarse) y morales. Su esposa y su único hijo, de pocos meses, fueron detenidos como rehenes. A esta presión afectiva se sumó ese complejo mecanismo, minuciosamente descrito por Arthur London en *La confesión*, por el cual se minaba la personalidad de los acusados, convencidos de la infalibilidad del partido que los juzgaba, forzándolos a una humillante expiación. Rajk fue ahorcado el 24 de septiembre de 1949.

Orígenes de la rebelión

El proceso Rajk marcó el afianzamiento del estalinismo en Hungría bajo la férula del hombre de Moscú, Mátyás Rákosi, y de su mano derecha y eminencia gris, Ernö Gerö. En materia económica, siguiendo el ejemplo soviético, el país se lanzó a una política de superindustrialización (1950-1953). Este desarrollo forzado condujo a un empobrecimiento creciente de la población y a la ruina de la explotación agraria. La retribución por rendimiento y la presión por aumentar la producción provocaron la caída de la calidad de las manufacturas, el absentismo, el descontento y otros conflictos sociales. Se admitía la existencia de unos sindicatos que, sin embargo, no tenían presencia real en los lugares de trabajo, donde eran sustituidos por la omnipotencia de los burócratas oficiales. En el campo, el sistema de cooperativas impulsado desde el fin de la guerra fue transformado radicalmente en 1951, sustituyéndose el reparto igualitario de beneficios por la citada remuneración según el rendimiento. Un sordo movimiento de resistencia se había extendido hacia 1953.

¿Cuál fue la evolución política que llevó a los hechos del 56? En 1920, el Ejército, al mando del almirante Horthy, había abortado la breve experiencia revolucionaria de Béla Kun, una república de soviets que sólo se mantuvo unos meses en el poder, instaurando una «monarquía sin rey», un régimen de derechas cuyo alineamiento con Hitler fue recompensado con la recuperación de Košice (1939) y de una parte de Transilvania (1940). A cambio de ello, el ejército húngaro participó en la invasión de Rusia. En 1944, Budapest fue ocupada por las tropas alemanas y se convirtió en campo de batalla hasta

La ideología de la insurrección

Se ha discutido mucho sobre el signo y la orientación de los sucesos de Hungría en 1956. Fueron manipulados por la propaganda de la derecha anticomunista e incomprendidos por una izquierda que, en aquella fecha, aún mantenía su respeto reverencial a la Unión Soviética. Los hechos de Checoslovaquia (1968) y de Polonia (1980-82) permiten contemplar la insurrección húngara desde una perspectiva enriquecedora. François Fejtö, escritor húngaro exiliado en Francia, trazó entonces este análisis, que mantiene hoy toda su viva actualidad.

La juventud húngara

«De la contrarrevolución se ha hablado mucho en L'Humanité, *pero los corresponsales occidentales, numerosos en Hungría, no la han visto en ningún lado. Lo que veían era una juventud que, como todas las juventudes revolucionarias, era entusiasta y, con frecuencia, confusa. Creía que la edad de oro había llegado; abrazaban los coches franceses porque Francia, decían, era la libertad, la Revolución de 1789, la de 1848, la Marsellesa que se canta con la cabeza descubierta, el Occidente que se manifiesta bajo su mejor aspecto de generosidad, de fraternidad, de verdad, un Occidente que se opone a la barbarie.*

»Es posible, si bien no ha sido confirmado, que haya habido en la frontera austriaca unas infiltraciones de emigrados contrarrevolucionarios y fascistas, aunque el gobierno austríaco lo ha desmentido. Ferenc Nagy, jefe del Partido de los Pequeños Propietarios, fue obligado a retroceder por los mismos insurrectos en la frontera. Pero es calumniar a la insurrección decir que era fascista.»

Todo un pueblo

«A través de esta insurrección, de esta agitación, de este alzamiento en masa de todo un pueblo que había dicho basta, todas las clases y todas las tendencias se unían para proclamar: busquemos la democracia. Una democracia que tendía a establecerse sobre una nueva base social y económica, haciendo difícil, por no decir imposible, el retorno al capitalismo y, aún menos, al feudalismo.

»¿Alguien puede imaginar a estos jóvenes obreros, a estos estudiantes, a estos campesinos que forman el ejército de la insurrección ir al encuentro de los antiguos grandes propietarios para decirles: "Venid, tomad de nuevo la tierra de nuestros campesinos, entregada en 1945 y que están dispuestos a defender hasta la última gota de sangre"? ¿Alguien puede imaginar que los consejos obreros, en lugar de reclamar el control obrero de las empresas, llamasen a los antiguos explotadores capitalistas? No, la verdad es que los obreros metalúrgicos de Csepel —Csepel la Roja— han tomado por asalto la sede del Partido Comunista, esa sede que a sus ojos era la de Rákosi, la del terror, la de la policía, para establecer el cuartel general del Comité Revolucionario de Budapest. Sobre estos temas deben leerse los despachos del corresponsal de France Press *en Budapest, a quien no puede reprocharse una indulgencia especial hacia los insurrectos: también describen el entusiasmo utópico, el coraje frenético, así como la confusión política (...)»*

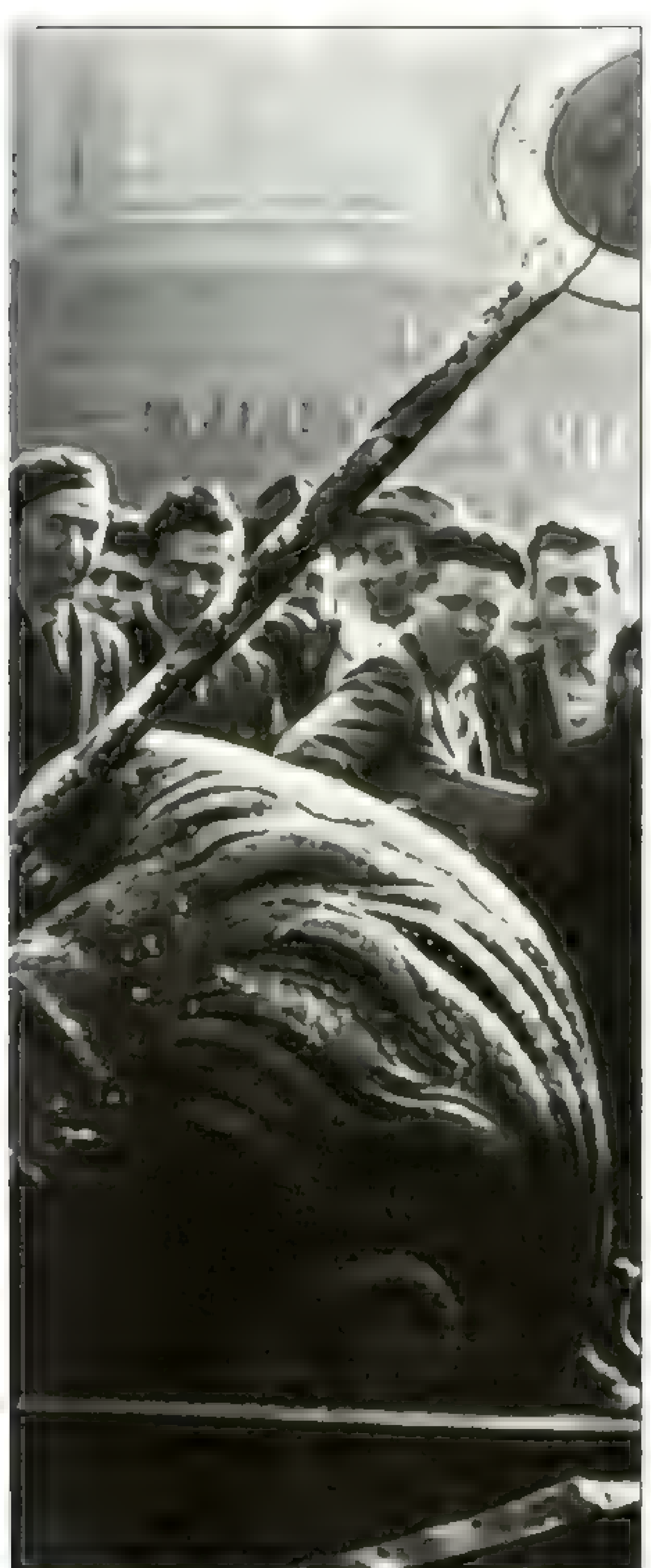
(FUENTE: La tragédie hongroise ou une révolution socialiste antisoviétique, *François Fejtö, París, 1957.)*



que el ejército soviético se adueñó de la ciudad. En noviembre de aquel año se había constituido un gobierno libre bajo la forma de un Frente Nacional. Un año más tarde se celebraron elecciones parlamentarias; el moderado Partido de los Pequeños Propietarios, representante de las clases medias y de los agricultores, triunfó con el 57 % de los votos. El Gobierno incluía a ministros comunistas. En las elecciones de 1947, el Partido Comunista sólo obtuvo el 21% de los sufragios, pese a lo cual su influencia política, debida a la coherencia y audacia de sus cuadros y a la permanencia de tropas soviéticas en el país, era creciente. En 1948, una fracción de los socialistas se fusionó con el Partido Comunista, que pasó a llamarse Partido Húngaro de los Trabajadores. La dimisión del presidente de la República, el pastor Zoltán Tildy, del Partido de los Pequeños Propietarios, favoreció, en 1949, la ocupación plena del poder por los comunistas.

Lucha entre Rákosi y Nagy

Tras la eliminación de Rajk y demás acusados de «desviacionismo titista», una fuerte ola de represión política se abatió sobre el país. La aceitada maquinaria policial comandada por el general Mihaly Farkas y por su sanguinario hijo Vladimir, de triste fama como torturador, barrió a la oposición política, incluyendo importantes figuras del propio Partido Comunista, como János Kádár que, del Ministerio del Interior pasó a la prisión. En 1949 se había promulgado la nueva constitución húngara, calcada de la soviética. En 1953, la represión política llegó a su apogeo. Había 150.000 húngaros internados en campos de concentración: comunistas «sospechosos», socialistas, sindicalistas, miembros de los partidos de oposición, antiguos funcionarios destituidos, etc. El alineamiento del país con la



Publifoto



Fa abola

En ambas páginas, la cabeza de una enorme estatua de bronce de Stalin, derribada por los insurgentes, es objeto de la ira antisoviética en el centro de Budapest (23.X.1956). La revuelta húngara tuvo, desde un principio, un carácter nacionalista y antitotalitario.

Arriba, carros de combate soviéticos en la periferia de Budapest (3.XI.1956): la orden de invadir la capital aún no se había cursado.

Abajo, un grupo de resistentes húngaros montados sobre un carro arrebatado a las fuerzas de ocupación soviéticas empezaba la lucha final.



Publifoto

URSS era total. El Ejército fue sovietizado. Se procesó y ejecutó, junto a Rajk, a su antiguo jefe, el general comunista Palffy Oesterreicher. Igual suerte corrieron otros ochenta oficiales, varios de ellos comunistas.

En 1953 murió Stalin. Sobrevinieron disturbios obreros en Alemania Oriental y Checoslovaquia. En julio de aquel año hubo un duro enfrentamiento en el seno del partido, mientras el malestar cundía por el país y se multiplicaban las protestas obreras en Budapest. El fiel estalinista Rákosi dejó su puesto de jefe de Gobierno a Imre Nagy (4 de julio de 1953).

Nacido en 1896, en Kaposvár, Nagy era uno de los pocos dirigentes húngaros de origen campesino, y había participado en la revolución de Béla Kun, en 1919. En 1944 formó parte del grupo de exiliados que regresaron de Moscú. Fue ministro de Agricultura (e impulsor de la reforma agraria en 1945) y del Interior en los gobiernos de coalición del período 1945-1948. Nagy había manifestado una cierta oposición a la política sovietizante de Rákosi, rechazando sobre todo la colectivización agraria. Su rostro plácido, sus ojos inteligentes, su temperamento animoso y mesurado contribuyeron a aumentar su popularidad. Era, de todos modos, un hombre de la vieja guardia y nada hacía presagiar entonces las posturas que adoptaría tres años después. Nagy fue considerado entonces por Moscú como el político idóneo para «liberalizar» el régimen y aliviar sus tensiones. Sin embargo, Rákosi, Gero y sus partidarios, aun perdiendo la hegemonía, no desaparecieron de la vida política, convirtiéndose el primero en secretario del Partido y el segundo en vicesecretario del Consejo.

Una de las principales innovaciones de Nagy fue la creación del Frente Popular Patriótico, una organización

El caso Mindszenty

Jószef Mindszenty había nacido en Csehimindszen en 1892. Ordenado sacerdote en 1915, fue elevado a la sede primada de Hungría en 1945. Fue detenido por Béla Kun en 1919 y por los nazis en 1944 debido a sus protestas contra la supresión de varios periódicos católicos. Su fogoso carácter e ideología reaccionaria le convirtieron en una figura digna de la Contrarreforma. A partir de 1945 tuvo crecientes conflictos con el poder. Se opuso violentamente a la reforma agraria, que afectaba a las propiedades de la Iglesia. Protestó también contra la proclamación de la República: monárquico convencido y confeso, sostuvo que la República contrariaba la «constitución húngara milenaria».

Furibundo anticomunista, consideraba a los gobiernos de coalición de 1945-48 como marxistas encubiertos. A fines de 1948, la nacionalización de las escuelas fue desafiada por Mindszenty, que ordenó el boicot de los maestros católicos. Fue detenido y condenado a prisión perpetua. Liberado en octubre de 1956, atacó a Nagy durante la insurrección, considerándole el «heredero del régimen». Cuando la rebelión fue aplastada, se asiló en la Embajada de Estados Unidos. Durante quince años, Mindszenty se negó a salir de allí mientras no se le restituyese en su función de primado. Finalmente, en el marco de la política de tolerancia entre el Vaticano y los regímenes del Este, fue liberado en 1971. Viajó a Roma y a Viena, donde se estableció «para estar más cerca de su patria». Murió en 1975.



de masas destinada a favorecer la participación popular en la vida política, de forma paralela al Partido. Mientras el Gobierno, en medio de un difícil equilibrio de tendencias, daba paso a esta tímida democratización, se incubaba una intensa corriente transformadora.

Las masas en la calle

En 1955, el movimiento de protesta conducido por los intelectuales del Círculo Petöfi se había extendido a los medios obreros y campesinos. La fracción estalinista intentó un contragolpe en abril: Rákosi recuperó la secretaría general y Nagy, acusado de desviacionismo derechista, fue destituido y excluido del Partido.

Pero las aguas estaban ya desbordadas. Celebrado el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (febrero de 1956), el «culto a la personalidad» fue condenado oficialmente. Rákosi se vio obligado a rehabilitar la memoria de Rajk, culpando de su procesamiento y condena a Gabor Peter, un funcionario menor. El 6 de octubre de 1956, la vieja guardia estalinista sufría una derrota: durante cuatro horas, 300.000 húngaros desfilaron ante el féretro del hombre que había sufrido una muerte infamante y al cual se le rendían ahora honras póstumas. A los pies del túmulo, cubierto de miles de flores, permanecían Julia Foldi, la esposa de Rajk (detenida

Lejos de intimidar la intervención de las fuerzas soviéticas en Budapest exasperó aun más a los insurgentes hungaros. Estudiantes y obreros se lanzaron espontaneamente a las calles en un combate furioso y desesperado. El elemento más activo fueron los jóvenes, que habían adquirido una precoz madurez política, como consecuencia de una educación basada ideologicamente en la exaltación de la lucha revolucionaria por la independencia nacional y por la liberación social. El 22 de octubre fueron los estudiantes quienes redactaron el programa de dieciséis reivindicaciones que se convirtieron en el credo de la revuelta. Y, en su gran mayoría, los consejos obreros estaban formados por jóvenes de 20 a 28 años.

IGDA



AGE

al mismo tiempo que su marido y sólo liberada en 1955), y su hijo. Imre Nagy, que no ocupaba entonces ningún cargo, se adelantó y abrazó a la viuda.

Mientras en Polonia la ola de descontento se canalizaba con la subida al poder de Wladyslaw Gomulka (21 de octubre), en Hungría el Círculo Petőfi había resumido así las aspiraciones del movimiento popular: alejamiento total de Gerö (que en julio había sustituido a Rákosi en la secretaría general), castigo del verdugo Farkas, nombramiento de Nagy a la cabeza del Gobierno, participación popular en los órganos de gobierno, libertad de expresión, fin de la burocracia en los sindicatos, política independiente respecto de la URSS

El 4 de noviembre, de madrugada, 2.500 carros y 1.000 vehículos blindados soviéticos penetraron en Budapest.

Frente a ellos, el sacrificio de miles de valerosos combatientes húngaros resultó completamente inútil.



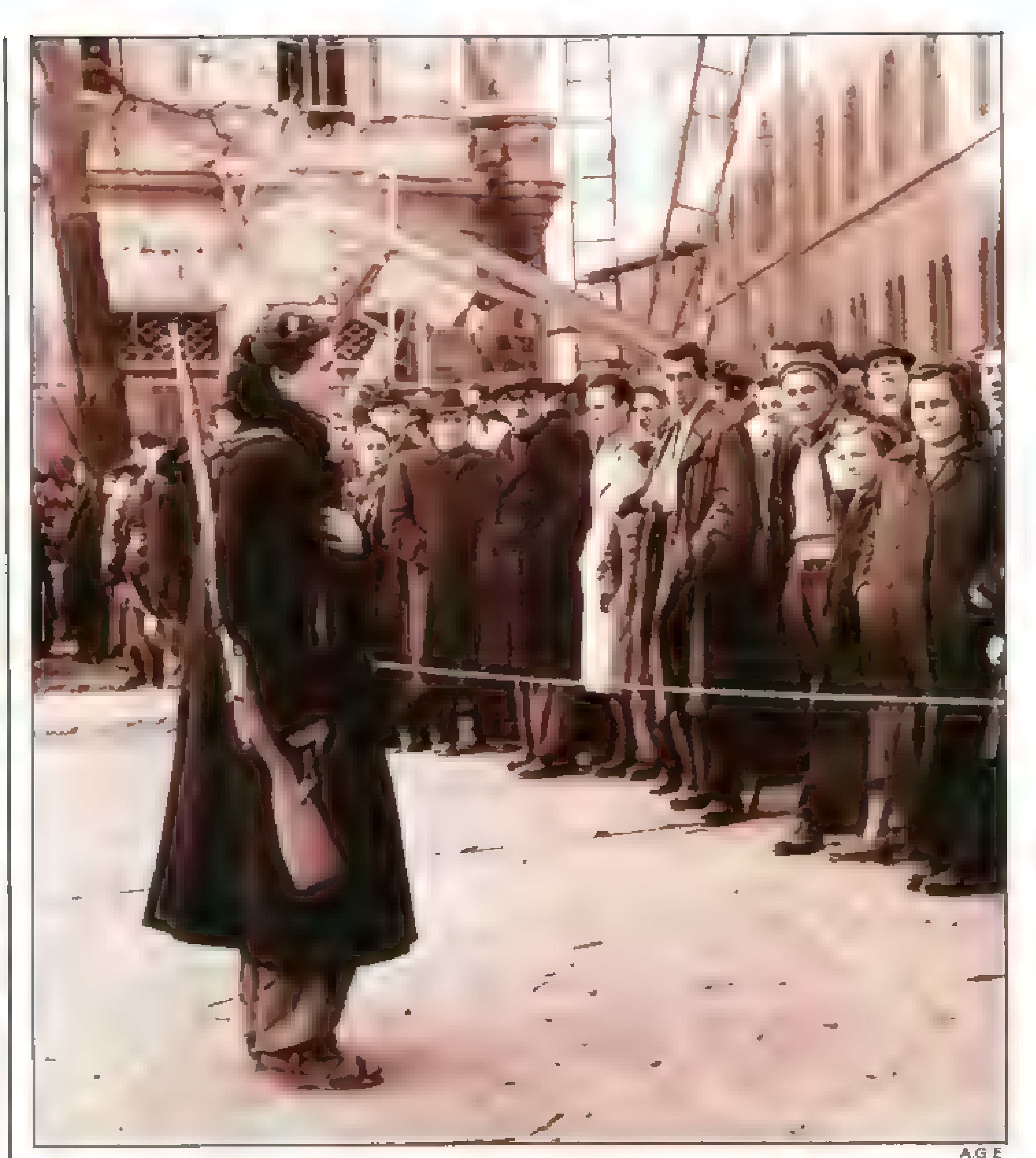
El 23 y 24 de octubre hubo grandes manifestaciones en las calles de Budapest. El pretexto era festejar el nombramiento de Gomulka —los sucesos de Polonia eran seguidos con pasión en Hungría—, pero las masas (estudiantes, obreros de los suburbios fabriles de Csepel y Ujpest, soldados) enarbolaban la bandera verde, blanca y roja y reclamaban el poder para Nagy. Una enorme estatua de Stalin fue derribada en el centro de Budapest. Entonces sucedió lo inesperado: las tropas soviéticas estacionadas en Hungría dispararon contra los manifestantes.

Budapest: octubre de sangre

Gerö, el delfín de Rákosi, cómplice del siniestro Farkas en el proceso de Rajk, en las purgas, en las deportaciones, había cedido a la presión popular llamando a Nagy al poder. Pero antes había tomado medidas: pronunció un discurso de descarado tono prorruso, como si nada pasara en el país (a la salida de la radio la multitud estuvo a punto de lincharle), y pidió la intervención de las tropas soviéticas. Balance del 24 de octubre: 350 muertos y miles de heridos. El furor popular era incontenible. La provocación de Gerö y de los oficiales del Ejército Rojo que habían ordenado ametrallar a la multitud puso a Nagy en una situación difícil: debía convencer a los soviéticos de que se retirasen a los cuarteles y contener la ira de los manifestantes. A su lado, respaldándole, estaba János Kádár. Imre Nagy había anunciado en la Plaza del Parlamento, en un encendido discurso, que Hungría emprendía su propio camino hacia un socialismo democrático y nacional. En los días posteriores trató de frenar la insurrección. En los barrios de Budapest, en las ciudades de provincia, la multitud asaltó cuarteles y comisarías ante la pasividad (cuando no el entusiasmo) de policías y soldados, y se llevó las armas. Algunos agentes de la A.V.H. —policía política— fueron linchados. En los centros industriales y mineros (como Miskolc, Pécs, Györ, Tatabánya, Szeged) se formaron comités revolucionarios y consejos obreros que actuaban con autonomía. Ciertas consignas fueron unánimemente aceptadas: democratización, participación popular, expulsión del ejército soviético. Pero la insurrección era anárquica y las voces, por momentos, discordantes. La confusión favoreció las provocaciones. Elementos de derecha se mezclaron en el mo-


Farabola


Farabola


A.G.E.

vimiento y no faltaron los que reclamaban el alineamiento con Occidente. Reaparecieron los antiguos partidos y Nagy accedió a dialogar con ellos: los socialdemócratas, por ejemplo, que conservaban su vieja implantación en ciertos medios obreros, o el Partido de los Pequeños Propietarios, uno de cuyos jefes, Béla Kovács, fue nombrado ministro de Agricultura. El filósofo marxista György Lukacs ocupó la cartera de Cultura. ¿Qué hacían los rusos mientras tanto? Su actitud era distinta según el lugar. En algunos barrios de Budapest se continuaba disparando; en el interior del país, los carros de combate controlaban algunas carreteras, en otras zonas se retiraban a los cuarteles.

La apuesta de Nagy

El 28 y 29 de octubre persistía el caos. Las posibilidades de aquel titismo húngaro parecían escasas. La insurrección ofrecía una confusión alucinante: a los partidarios de Imre Nagy se unieron ultraizquierdistas, libertarios, simpatizantes de las democracias occidentales, criptofascistas, desertores rusos, judíos, católicos, calvinistas, campesinos conservadores, policías, soldados y oficiales, estudiantes, obreros, intelectuales. Los comités revolucionarios se multiplicaron y también se constituyeron en las empresas. Trataban con el poder de igual a igual. Casi todos lo reconocían, pero todos le ponían condiciones, todos formulaban reivindicaciones, unas realistas, otras utópicas.

El 29 de octubre, los rusos se replegaron. Habían recibido la orden de dejar que Nagy arreglara aquel desaguisado. Nagy emergió del caos como Noé tras el Diluvio. Había conseguido que las tropas rusas se retirasen de las calles, pero a cambio debía restaurar el orden. Intentó convencer a los comités y a los poderes paralelos para que devolvieran las armas y aceptaran una tregua. La población, por otra parte, sintió el cansancio de aquellas jornadas. Comenzaron a escasear los abastecimientos y surgió el fantasma del hambre en Budapest. Sin embargo, algunos insurrectos no depusieron su actitud. El 30 de octubre, la sede de la policía política en la plaza Köztarsasag fue asaltada por la multitud. Muchos policías murieron a golpes y sus cadáveres fueron colgados cabeza abajo.



El 31 de octubre, Imre Nagy anunció el pleno reconocimiento del pluralismo político. Se intentaría revitalizar la experiencia de 1945-48: gobiernos de coalición integrados por comunistas, socialistas, católicos y agrarios. Se celebrarían, anunció, elecciones libres. Por un momento, en aquel 31 de octubre, el sueño de reconducir la insurrección, escapando del estalinismo y del naufragio que supondría la guerra civil, parecía posible.

Reunión en el Kremlin

Dos personajes habían llegado aquella mañana a Budapest. Un avión los había transportado desde Moscú, y un blindado los llevó del aeropuerto al edificio de la calle Akademia, en cuyos sótanos estaba la sede del Gobierno. Eran Anastas Mikoyan y Mihail Suslov. La URSS no aceptaba la más osada de las reivindicaciones que pedía el pueblo: la retirada de Hungría del Pacto de Varsovia y la adopción de una política exterior neutralista, como Yugoslavia, Finlandia o Austria. La discusión fue encarnizada.

A las 20.00 del 31 de octubre, Imre Nagy se plantó ante los micrófonos de la radio para denunciar la alianza con la Unión Soviética y anunciar la salida de Hungría del Pacto de Varsovia y su conversión en un país neutral: Nagy se jugaba el todo por el todo. La apuesta era grande: le iba en ella la propia vida.

También para el Kremlin la suerte estaba echada. ¿Debía reprimir el movimiento húngaro a sangre y fuego o aceptar un proceso que podría despedazar el bloque comunista? Durante

La derrota

«Domingo 4 de noviembre. A las 3.00 de la madrugada, imprevistamente y rompiendo todos los compromisos, decenas de cañones soviéticos comienzan a bombardear Budapest. Pocas horas después, con las primeras luces, los destacamentos blindados estacionados en las vecindades irrumpen en las calles de la capital, desfilando ante interminables perspectivas de ventanas cerradas a cal y canto.

»Todo ha terminado, pero no del todo. En varios lugares de la ciudad y su periferia se entablan encarnizados combates que duran varios días. Particularmente dura es la batalla en la isla danubiana de Csepel, en las puertas de Budapest, corazón de la metalurgia húngara, donde miles de obreros resisten a las arrolladoras fuerzas soviéticas que ocupan todos los cruces de carreteras, los puentes, los aeropuertos, las estaciones ferroviarias (...)

»Entre las muchas imágenes que me han quedado grabadas, están las de aquellos fugitivos húngaros que atravesaban de noche la frontera, llevando en brazos a sus hijos pequeños dormidos, drogados con somníferos de largo efecto para impedir que sus eventuales llantos alarmasen a los guardias. O aquella otra imagen de las mujeres que, tras las barricadas, iban y venían con grandes perolas de sopa y, una cucharada a uno, una cucharada a otro, alimentaban a los jóvenes que seguían disparando.

»O el turbador espectáculo de Budapest la noche del 3 de noviembre En las ventanas de todas las casas ante las cuales pasaba en mi salida de la ciudad, del centro a la periferia, ardían velas. Simples cirios de muerto, de cementerio, por decenas de miles La ciudad se sentía agonizante y lo expresaba con aquellas pequeñas llamas que oscilaban, tristes, al viento (...).»

(FUENTE: *Egisto Corradi, periodista italiano, enviado especial de un semanario romano, que siguió en 1956 el desarrollo de los sucesos húngaros.)*

En esta página, agentes de la odiada policía política (A.V.H.) muertos por los insurgentes el 30 de octubre de 1956, en el asalto al cuartel general de este cuerpo represivo. Civiles armados y blindados del ejército húngaro tomaron parte en esta acción

En la página siguiente, arriba, una víctima de la represión soviética; abajo, un cortejo de mujeres rinde homenaje a los caídos en la insurrección, colocando flores en la tumba del soldado desconocido 3.000 húngaros murieron en los enfrentamientos.

La represión

«No somos reaccionarios...»

El 5 de noviembre, por la tarde, el mando de las fuerzas de ocupación soviéticas difundía una proclama en la que pedía a los «trabajadores de Hungría» que «colaborasen con nosotros para restablecer el orden y aplastar a los elementos reaccionarios.. ». Cuarenta mil trabajadores parapetados en las fábricas de Csepel, muchos de ellos junto a sus mujeres y niños, respondieron con octavillas: «No somos reaccionarios, pero no queremos la "democracia popular" que traen vuestros cañones...» Los mineros de Pécs, por su parte, lanzaron un llamamiento a los soldados soviéticos, recordándoles que los rebeldes de Hungría, obreros y estudiantes, se batían por los mismos ideales que habían defendido los proletarios rusos de 1917.

Las fábricas de Csepel y Kispest fueron bombardeadas incesantemente por los carros de combate soviéticos. Pese al número de víctimas, la resistencia era encarnizada. Mientras los combates callejeros se sucedían en las calles de Budapest, el mando soviético y luego el propio Kádár, ya instalado en la sede del Gobierno, intentaban negociar con los líderes rebeldes para que éstos depusieran las armas. El 13 de noviembre, los insurrectos aún consiguieron formar un movimiento clandestino denominado «Liga de los Socialistas Húngaros» y editar un órgano simbólicamente bautizado «23 de octubre» (día en que comenzó la insurrección). Pero la represión apagó todos los focos de resistencia.

Vuelve la A.V.H.

En diciembre, por las calles de Budapest, ya desiertas, sólo circulaban carros de combate y algunos coches rusos. Los periodistas extranjeros que se animaban a salir de sus refugios, cruzaban los siniestros destacamentos de represión formados por dos o tres carros de combate y un blindado lleno de soldados soviéticos. Entre estos vehículos caminaban los agentes de la A.V.H. (Allam Vedelmi Hatosag, *la policía de Seguridad del Estado), escapados de la ira popular y nuevamente en activo: sus largos abrigos de cuero serían para los húngaros, desde entonces, el símbolo de la represión. La mayoría de los detenidos por estos cortejos punitivos eran deportados a la Unión Soviética.*


Mondadori


Farabola

una tormentosa sesión se discutió el tema en el Kremlin. La mayoría de los dirigentes rusos eran partidarios de no intervenir: ni siquiera Stalin, argumentaban, se animó a invadir Yugoslavia en 1948, cuando Tito se rebeló contra su poder. Además, el alejamiento de Hungría del bloque del Este no suponía un riesgo directo para el régimen de la URSS. Pero Kruschov se inclinó por la represión. Contaba con que Eisenhower, embarcado en plena campaña electoral, mantendría a Estados Unidos al margen de la crisis, pese a los inflamados exabruptos anticomunistas que, para consumo interno, prodigaba su secretario de Estado, John Foster Dulles. Además, el conflicto húngaro coincidió con la expedición anglofrancesa contra Suez, tras la nacionalización del canal por Nasser. La intervención de la URSS en Hungría vendría así a sellar con sangre el dogma de Yalta: cada uno de los dos bloques tenía un derecho adquirido para lavar los trapos sucios en su zona de influencia. Por otra parte, los partidos comunistas de todo el mundo callaban: nadie osaba poner en duda el derecho soviético de reinsertar a Hungría en la órbita del Kremlin.

Y llegó el 1 de noviembre. En Budapest aún había fervor. Se anunciaba la aparición de dos nuevos periódicos y la formación de una Guardia Nacional encargada de cuidar el orden. Los estudiantes exigían que algunos elementos complicados en el régimen de Rákosi salieran del Gobierno. En el despacho de Imre Nagy, donde reinaba una actividad febril, sonó un teléfono: en Cseroda, Hungría Oriental, las carreteras



Forrester



Mondadori

Arriba, Pál Maléter ministro de Defensa en el gobierno Nagy

Abajo, János Kádár, jefe del gabinete húngaro a la caída de Nagy



Agencia Tass

Sobre estas líneas, el general soviético Grebennik, sorprendido por las cámaras de los periodistas, se dispone a desenfundar su arma en un amenazador gesto. Hungría estaba otra vez bajo tutela de la URSS miles de personas huyeron del país, otras fueron deportadas.

estaban llenas de carros de combate soviéticos. La protesta de Nagy fue vigorosa. Convocó al embajador de Moscú para exigirle la retirada de las fuerzas soviéticas. Solicitó la intervención inmediata de la ONU para que se detuviera la invasión y se respetara la neutralidad de Hungría. Pero durante toda la jornada, las tropas soviéticas siguieron entrando en el país, sobre todo procedentes de Checoslovaquia. Por la noche, Budapest estaba enteramente rodeada por los blindados.

El hombre que firmó dos sentencias de muerte

Paradójicamente, en la ciudad reinaba la calma. Las fábricas abrieron, los transportes circulaban, todo era normal. Era como si la fiebre de aquellos días hubiese agotado los espíritus. Las rencillas se convirtieron en unanimidad. Todos se apiñaron tras la figura de Imre Nagy. El ex-presidente Zoltán Tildy, miembro del gabinete Nagy, declaró que el país no tenía intenciones de alinearse en la OTAN y que se preservaría la neutralidad. Todo fue inútil. La densa red tendida por el Ejército Rojo se hizo cada vez más asfixiante: había un total de siete divisiones, 200.000 hombres, 3.500 vehículos blindados.

La tarde del 2 de noviembre, Radio Budapest emitió un discurso de János Kádár solicitando el apoyo al gobierno de Nagy. Pero, esa misma tarde, Kádár desapareció de la ciudad. La traición tendría el rostro de esta antigua víctima de Rákosi, fiel seguidor de Imre Nagy durante toda la crisis. ¿Había consumado un doble juego? ¿Fue obligado por los rusos a desempeñar el papel de Judas? ¿Aceptó «sacrificarse» para evitar un baño de sangre? Y, aun en ese caso, ¿no se abatió la represión sobre Hungría sin piedad? Lo cierto es que el 4 de noviembre, János Kádár anunció desde Ujgorod, una pequeña ciudad rusa a treinta kilómetros de la frontera, la formación de un nuevo Gobierno presidido por él mismo. Tras este auténtico golpe de Estado, Kádár regresó al país (pero no a Budapest) custodiado por los rusos. Su gabinete, lleno de viejos estalinistas mal arrepentidos, se autobautizó «gobierno revolucionario de obreros y campesinos». Según Kádár, había sido preciso pedir ayuda a la URSS para «aplastar a las fuerzas siniestras de la reacción». El comandante de los efectivos rusos, general K. Grebennik, se instaló en Budapest hasta que autorizó la entrada de Kádár en la ciudad.

En Budapest no tardó en abrirse el fuego. Los rusos arrasaron el suburbio obrero de Csepel, corazón de la insurrección. La resistencia fue desesperada y, por supuesto, inútil.

El balance de víctimas ascendió a alrededor de 3.000 muertos y 15.000 heridos. Unos 20.000 húngaros terminaron en campos de concentración y otros 12.000 fueron deportados a la URSS, mientras que 200.000 emigraron. Hungría se hundió en una larga noche. El pueblo magiar no emergería de ella hasta mediada la década de los 60, cuando el país evolucionó hacia formas tenidas como «liberales» dentro de la Europa del Este.

Imre Nagy fue detenido y, tras un largo y secreto juicio, ahorcado el 17 de junio de 1958 junto a varios de sus colaboradores, entre ellos su ministro de Defensa, Pál Maléter. La sentencia fue firmada por János Kádár, el mismo que había rubricado, en 1949, la orden de ejecución de Lázló Rajk.

La guerra de Suez

Expedición anglofrancesa contra Egipto

Mateo Madridejos,
periodista, subdirector de la *Hoja del Lunes* de Barcelona

La crisis de Suez fue provocada por el deseo británico de recuperar el control del canal y por el propósito francés de evitar que Nasser prestase ayuda a los nacionalistas argelinos. Pero la agresión anglofrancesa terminó en un rotundo fracaso que abrió profundas heridas en las relaciones entre árabes y europeos. En la fotografía, desembarco del cuerpo expedicionario en las cercanías de Port Said.

El 29 de octubre de 1956, mientras Hungría se desangraba en plena insurrección, fuerzas israelíes invadieron el Sinaí. Francia y Gran Bretaña —de acuerdo con Israel— aprovecharon el ataque para exigir a Nasser la restitución del Canal de Suez, nacionalizado en el mes de julio de aquel mismo año. La expedición anglofrancesa contra Egipto, torpemente dirigida tanto en el plano diplomático como en el militar, terminó en un completo fracaso. El auténtico vencedor de la guerra de Suez fue el gobierno de la Unión Soviética, que halló en el conflicto el pretexto para distraer la atención del problema de Hungría y presentarse como salvaguardia de la paz mundial.



E C P Armées

Gamal Abdel Nasser

Nació en Beni Mor, en 1918. Estudió en Alejandría e ingresó en la Academia Militar cuando ésta fue abierta a todas las clases sociales (1937), en un momento de efervescencia antibritánica. Su bautismo de fuego y su toma de conciencia política se produjeron en la primera guerra árabe-israelí (1948-49), en la que combatió como teniente coronel

Al regresar a Egipto (1949), fue uno de los impulsores de una organización clandestina de Oficiales Libres, que divulgó por los cuarteles la nueva ideología salvadora (nacionalismo, panarabismo, republicanismo) y logró la adhesión de amplios sectores del Ejército. Fue el principal artífice del golpe de Estado militar del 23 de junio de 1952, que provocó la abdicación y el exilio del rey Faruk y colocó al general Naguib como presidente de la Republica (1953). El entonces coronel Nasser, vicepresidente del Gobierno y ministro del Interior, apareció pronto como el «hombre fuerte» de la nueva situación. Tras salir ileso de un atentado en Alejandría (26 de octubre de 1954), producto de una conspiración en la que estaba implicado el general Naguib, eliminó a éste y asumió paulatinamente todos los poderes. Representó a Egipto en la Conferencia de Bandung (abril de 1955) y fue elegido presidente de la República el 23 de junio de 1956

Tras el éxito diplomático que siguió a la nacionalización del Canal de Suez, se convirtió en uno de los principales dirigentes del Tercer Mundo y trató de unir a los árabes en una gran empresa nacionalista, socializante y neutralista. Presidente de la República Árabe Unida (RAU), de 1958 a 1961, orientó el régimen hacia un «neutralismo activo» que, en la práctica, supuso la aproximación a la URSS. Esta política culminó con la inauguración de la presa de Asuán (1964). El enfrentamiento con Israel y la nueva derrota militar de junio de 1967, con la pérdida de todo el Sinaí, le obligaron a buscar un acomodo con los países occidentales y con los regímenes conservadores árabes.

Tras los sucesos de Jordania en septiembre de 1970 («septiembre negro»), Nasser actuó como mediador entre los palestinos y los jefes de Estado árabes. Un día después de la firma de la paz, el 28 de septiembre, murió de una crisis cardíaca



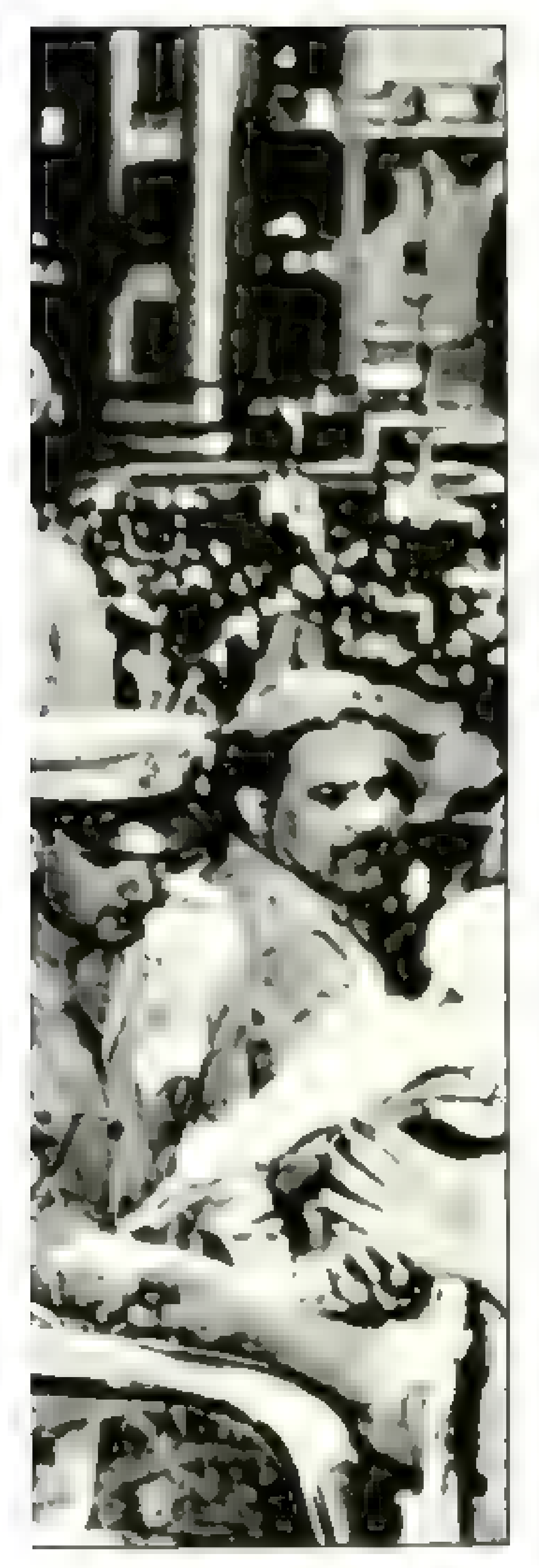
GUA

La nacionalización del canal

Después de la negativa de las potencias occidentales a conceder créditos para la construcción de la presa de Asuán, Egipto atravesaba horas difíciles. Los rumores de El Cairo apuntaban a un retorno del general Muhammad Naguib, pero el coronel Gamal Abdel Nasser, presidente de la joven República, lanzó un desafío que le permitió recuperar la iniciativa diplomática y el fervor de las muchedumbres. El 26 de julio de 1956, en la plaza Muhammad Alí de Alejandría, frente a la multitud que lo aclamaba, el *Rais* anunció: «El canal pagará la presa. Hace cuatro años, aquí mismo, Faruk huía de Egipto. ¡Yo, hoy, en nombre del pueblo, tomo el canal (...)! ¡Esta tarde nuestro canal será egipcio, estará dirigido por egipcios!» A la misma hora, los comandos del ejército egipcio se apoderaron con precisión y rapidez de todas las instalaciones del canal, según un plan minuciosamente preparado

Mientras el mundo árabe creía haber recuperado súbitamente la dignidad histórica, la nacionalización de la Compañía Universal del Canal de Suez cayó como una bomba en las capitales occidentales. Los gobiernos de París y Londres vituperaron a Nasser, al que tildaron de peligroso dictador, y denunciaron «una grave violación de los acuerdos vigentes». Detrás de la exaltada reacción de los occidentales se ocultaba una viva preocupación por lo que podía ocurrir en una zona de alto valor estratégico y económico, sometida a peligrosas tensiones.

Desde la firma de los armisticios entre Israel y los Estados árabes, en 1949, las potencias occidentales habían asistido impotentes a la acelerada degradación del clima político, y la declaración tripartita (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) del 25 de mayo de 1950, sobre el mantenimiento del *statu quo* mediante el precario equilibrio de armamentos, no impidió la proliferación de los atentados árabes y de las represalias israelíes. Tras el desastre de Palestina, que socavó los cimientos del mundo árabe, el panarabismo socialista que se predicaba desde El Cairo apareció como una promesa de regeneración. La nacionalización de la Compañía del Canal encendió la imaginación de las masas.



A la izquierda, El Cairo, 23 de julio de 1953: el general Naguib (en el centro) y el coronel Nasser (a la izquierda del anterior) responden a las aclamaciones de la multitud tras la proclamación oficial de la República egipcia. En aquel momento, Naguib era primer ministro y presidente del nuevo régimen, y Nasser, viceprimer ministro y ministro del Interior. Pero pronto se acentuaron las tensiones entre Naguib y los Oficiales Libres, que el 25 de marzo de 1954 dieron un golpe de Estado, destituyeron a Naguib y concentraron todo el poder en un Consejo de Ministros presidido por Nasser. Dos años más tarde, el 23 de junio de 1956, Nasser fue elegido presidente de la República con el 99,84 % de los votos.

A la derecha, vista aérea del Canal de Suez con la navegación interrumpida. A pesar de que al nacionalizar el canal (26.VII.1956) Nasser prometió la justa compensación a los accionistas extranjeros, Francia, Gran Bretaña e Israel acordaron atacar Egipto.



Farabola

Radicalización de la política egipcia

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, las potencias europeas no habían hecho otra cosa que perder terreno e influencia en Próximo Oriente. Los intereses británicos, seriamente afectados por la nacionalización del petróleo en Irán, sufrieron un nuevo quebranto con el destronamiento del rey Faruk de Egipto y la toma del poder por los Oficiales Libres (julio de 1952), que muy pronto se desembarazaron del general Naguib, representante de los sectores más conservadores de las Fuerzas Armadas. Ante la nueva situación, Londres accedió a firmar un acuerdo para la evacuación del Canal de Suez por las tropas británicas, en 22 meses a partir de noviembre de 1954.

La eliminación del general Naguib y la irresistible ascensión del coronel Nasser entrañaron una progresiva radicalización interna del régimen y, por ende, una brusca subida de la tensión internacional. A partir de 1954 se produjeron sangrientos incidentes en las fronteras de Israel con Egipto, Jordania y Siria. Los egipcios no sólo impedían el paso de embarcaciones israelíes por el Canal de Suez, en flagrante violación de la Convención de Constantinopla sobre la libertad de navegación, sino que habían bloqueado el estrecho de Tirán, que comunica el Mar Rojo con el golfo de Aqaba, en cuyo extremo norte se encuentra el puerto israelí de Eilath.

El Pacto de Bagdad

Tras firmar el acuerdo para retirar a sus tropas del canal, los británicos concibieron una nueva estrategia en la zona, consistente en desplazar el eje de su política del Nilo al Éufrates, de El Cairo a Bagdad, mediante la explotación del miedo a la penetración soviética y, por tanto, con el respaldo de Estados Unidos. El instrumento de esa nueva estrategia fue el Pacto de Bagdad (24 de febrero de 1955), tratado de cooperación militar turcoiraquí al que ulteriormente se adhirieron Gran Bretaña, Pakistán e Irán, con la asistencia militar norteamericana.

La obstinación británica suscitó una gran efervescencia en el mundo árabe, y el coronel Nasser, explotando el nacionalismo, desató una virulenta campaña contra «los criados del imperialismo». Pero era consciente de su inferioridad militar y se sintió humillado cuando el ejército israelí lanzó una despiadada operación de represalia contra Gaza, en la que murieron 45 árabes. Ante las incursiones de los fedayines en territorio israelí, aumentaron en Israel las presiones en pro de una guerra preventiva e incluso de la anexión del Sinaí y la franja de Gaza.

Armas checoslovacas para Egipto

Nasser trató entonces de comprar armas en los países occidentales, para reforzar a su ejército, pero fracasó. Estados Unidos, para aceptar las peticiones de armas, exigió una especie de capitulación diplomática: la entrada de Egipto en el Pacto de Bagdad. Francia, por su parte, no podía suministrar armas a un país que estimulaba la revuelta de los argelinos. La solución estaba en la URSS, cuyo embajador en El Cairo había formulado discretos ofrecimientos.

El 26 de septiembre de 1955, ante una multitud enfebrecida, en El Cairo, Nasser anunció la firma de un contrato con Checoslovaquia para la compra de

La presa de Asuán: una obra faraónica

Al margen de la valoración política de su mandato, Gamal Abdel Nasser será siempre recordado por la realización de un proyecto que debía ser trascendental para la economía de Egipto. La presa de Asuán. Consciente del papel central que el Nilo ha jugado históricamente en la configuración de la agricultura egipcia, el Rais concibió un ambicioso plan para multiplicar los terrenos cultivables y, al mismo tiempo, dotar al país de la energía eléctrica necesaria. La presa de Asuán debía resolver ambas cuestiones, pero el costo de la realización de las obras desbordaba con mucho la posibilidad de un país subdesarrollado del Tercer Mundo

La cuestión de la financiación del colosal proyecto estuvo marcada por las vicisitudes del juego geopolítico internacional y, en el fondo, determinaría el cambio de alineamiento de Egipto. Las condiciones excesivamente onerosas que el Banco Mundial exigía para los gigantescos créditos a largo plazo, descartaron a la institución financiera para su apoyo al proyecto. Posteriormente, la miopía y cicatería de la administración norteamericana de Eisenhower —con los ultraderechistas hermanos Dulles, Allen y John Foster, al frente de la CIA y el departamento de Estado respectivamente— logró colmar el vaso de la paciencia de Nasser. Pero Moscú acudió al quite con los medios económicos y los equipos técnicos necesarios para la empresa.

En 1960 se pusieron en marcha las obras, que movilizaron un auténtico ejército de 33.000 hombres, trabajando ininterrumpidamente en tres turnos, día y noche, a las órdenes de 2.000 ingenieros y técnicos soviéticos. El 16 de mayo de 1964, Nikita Kruschov presidía, junto a Nasser, la inauguración de la primera fase de las obras «Estaba convencido de que este pueblo que ha construido las pirámides para conservar durante siglos los restos funerarios de sus muertos —dijo orgullosamente el Rais en aquella ocasión histórica— sería capaz de levantar monumentos semejantes para garantizar el porvenir de sus hijos.»

La presa de Asuán, que se concluiría en 1970, tendría unas características que, por su gigantismo, no sólo la hacían digna de comparar con las pirámides y los tiempos del Antiguo Egipto, sino que la convirtieron en una de las tres mayores del mundo contemporáneo. De una longitud de 5 km, y una altura máxima de 111 m, forma un embalse con una capacidad de 157.000 millones de m³.

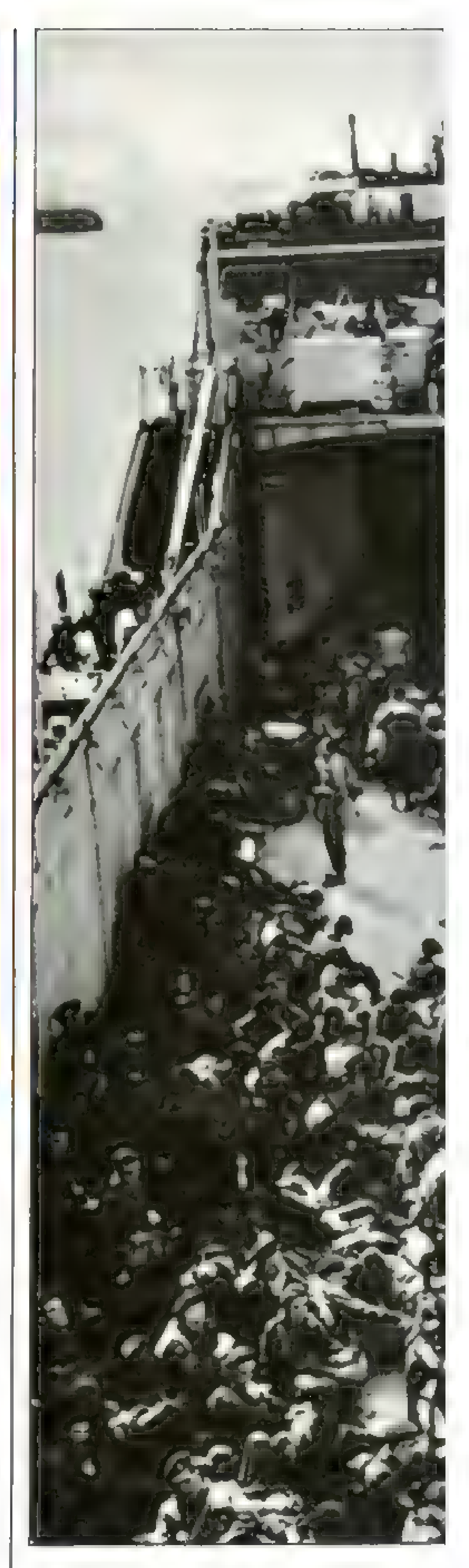
Su puesta en funcionamiento debía producir un aumento de 800.000 hectáreas suplementarias de terreno regable, para añadir a las ya fértiles riberas del Nilo. El potencial hidroeléctrico se situaba en el orden de los 10.000 millones de kWh anuales.

armas, puesto que «Occidente nos niega los medios para defender nuestra existencia». El gobierno de Washington, considerando que el contrato rompía el equilibrio militar y diplomático, envió a El Cairo una nota amenazadora que Nasser se negó a aceptar por considerarla ofensiva para la soberanía egipcia. El «neutralismo positivo», defendido por el *Rais* en su famoso discurso de la Conferencia de Bandung (abril de 1955), empezaba a dar sus frutos, a pesar del empeño de John Foster Dulles por imponer el maniqueísmo.

La reacción más virulenta se produjo en Israel, donde la cuestión de las armas checoslovacas provocó una crisis política. Moshe Sharett, reputado como poco enérgico, tuvo que presentar la dimisión, y fue reemplazado por David Ben Gurión, quien al presentarse ante el Parlamento (2 de noviembre de 1955), dejó bien sentado que el pueblo judío «no se dejará conducir al matadero como el ganado». El general Moshe Dayan, jefe del Estado Mayor, recibió el encargo de estudiar los planes para la invasión del Sinaí.

Una empresa colosal

La nacionalización de la Compañía del Canal de Suez culminó una larga y complicada crisis en la que se mezclan la creación del Estado de Israel y la subsiguiente humillación árabe, la pugna entre las grandes potencias y el cambio de régimen en Egipto. La causa inmediata de la nacionalización, sin embargo, fue la negativa occidental a financiar la construcción de la presa de Asuán, empresa faraónica que había inflamado la imaginación de los Oficiales Libres y que, desde luego, podía propiciar cambios revolucionarios en el país: el regadío de 800.000 hectáreas y la producción de unos 10.000 millones de kWh anuales.



En ambas páginas, lancha de desembarco británica en Port Said. La expedición de los aliados anglofranceses debía ser un Blitzkrieg, pero se resolvió en una serie de acciones mal coordinadas, con un balance de 32 muertos



Publifoto



Keystone

En esta página, a la derecha, paracaidistas de la 10.ª División aerotransportada (compuesta por cuatro regimientos de élite) embarcan en un aeropuerto de Chipre a bordo de uno de los Nord 2501 que los lanzaron en Port Said

El mayor inconveniente era el precio de la operación —al menos 1.500 millones de dólares—, inalcanzable sin la ayuda exterior. En principio, y a pesar del desagradable episodio de las armas checoslovacas, los norteamericanos estudiaron con interés la petición de créditos y ofrecieron, a fondo perdido, un préstamo de 56 millones de dólares. Gran Bretaña ofreció otros 16 millones de dólares para los primeros trabajos y como aval ante los organismos internacionales de crédito. El 11 de febrero de 1956, finalmente, Egipto firmó un compromiso con el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD) por el que éste concedía 200 millones de dólares, a un interés del 3,5 %, reembolsables en 20 años.

Cuando la financiación de la presa de Asuán parecía restablecer las mejores relaciones entre Estados Unidos y Egipto, la operación fracasó súbitamente. El 19 de julio, el departamento de Estado publicó una declaración, de inusitada crudeza, para comunicar que los norteamericanos retiraban sus ofrecimientos en razón de «la debilidad de la economía egipcia y la inestabilidad del régimen». Según todos los testimonios, Nasser, que se encontraba en Yugoslavia, conferenciando con Tito y Nehru, se sintió ultrajado y regresó precipitadamente a El Cairo, donde rumió su venganza y decidió nacionalizar la Compañía del Canal de Suez. Moscú aprovechó la situación para ofrecer condiciones ventajosas: créditos a un reducido interés (2 %) y un largo plazo de amortización: 30 años.

La declaración del departamento de Estado, aunque brutal, sólo era un pretexto. La clave de la situación estaba en las presiones del *lobby* judío, los temores de los algodoneros de los estados del Sur y, desde luego, el sectarismo diplomático de Foster Dulles, alérgico al neutralismo. Nasser acertó en el diagnóstico: «El problema es otro. Occidente no quiere saber nada de un Egipto emancipado.»

Las manos en el cuello

Los gobiernos de París y Londres no aceptaron la nacionalización del canal, a pesar de que Nasser ofreció indemnizar a los accionistas y preservar la libertad de navegación por la vía de agua, por la que pasaba el 70 % del petróleo consumido en Europa Occidental. Estados Unidos se unieron al coro de las protestas. Nada más llegar a Londres, el subsecretario de Estado norteamericano, Robert Murphy, dijo a sus interlocutores: «Es preciso arrojar a Nasser de Egipto.» El primer ministro británico, Anthony Eden, se desahogó: «Nasser nos ha puesto las manos en el cuello, pero haced saber a Dulles que no pienso tolerarlo. No les pedimos nada, pero esperamos que vigilen al oso» (los soviéticos).

En Francia, la retórica de la indignación no tuvo límites, dado que los egipcios estaban atizando la guerra de Argelia. El primer ministro, el socialista Guy Mollet, cubrió de improperios al *Rais*, al que llamó «aprendiz de dictador» y comparó con Hitler. Todos los bienes egipcios en Francia fueron bloqueados. En Gran Bretaña, las reacciones fueron menos violentas, pues un sector importante de la prensa, los laboristas e incluso algunos miembros del Gabinete se pronunciaron contra una intervención militar.

Un socialista: Guy Mollet

Nació en Flers (Orne), en 1905. Hijo de una familia pobre, gracias a una beca pudo cursar estudios en la Facultad de Letras de Lille. Se adhirió a la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera) en 1923 y fue profesor de inglés en el liceo de Arras. Participó activamente en la Resistencia, y en 1945 fue elegido alcalde de Arras y diputado. Al frente de la fracción más radical de la SFIO, combatió a los moderados Léon Blum y Daniel Mayer, y alcanzó la secretaría general del partido (4 de septiembre de 1946). Su izquierdismo se fue enfriando a partir de 1947.

Varias veces ministro, designado presidente del Consejo en enero de 1956, presidió uno de los gabinetes más largos de la IV República, hasta mayo de 1957. Europeísta y anglófilo, impulsó las negociaciones que culminaron en la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE). Además de dirigir políticamente la «Operación Suez», propició la represión y la guerra sin cuartel en Argelia a través del ministro-residente Robert Lacoste.

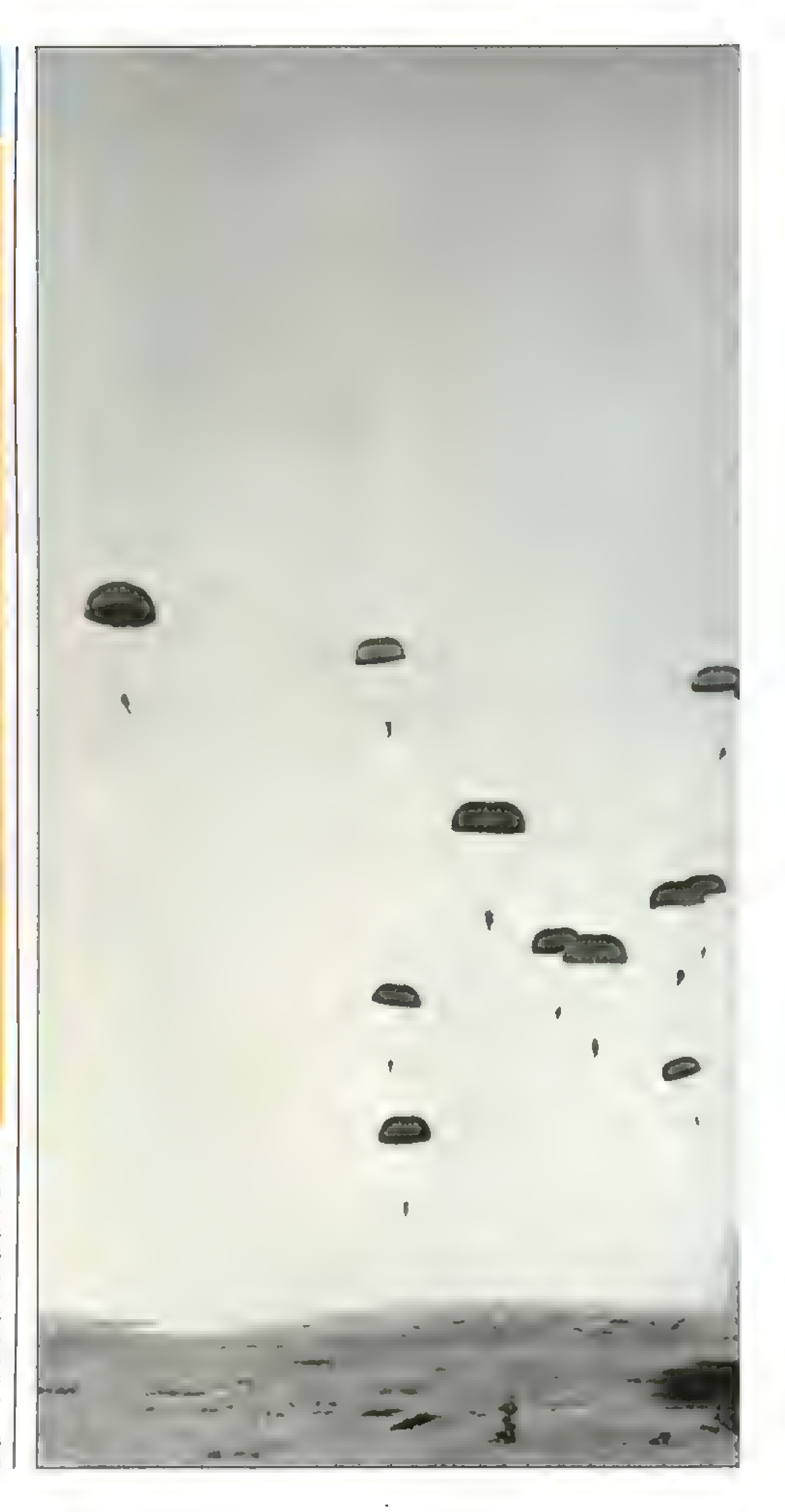
Tras la crisis de mayo de 1958 apoyó la llegada del general De Gaulle al poder, en cuyo primer gobierno fue ministro de Estado. Posteriormente alegó que la única alternativa era una dictadura. Abandonó la secretaría general de la SFIO en 1969 con el objeto de no impedir la creación de un nuevo partido socialista. Murió en París en 1975.

En Francia, el «molletismo» es sinónimo de caciquismo socialista y oportunismo. La SFIO fue destruida finalmente por quienes, como Mollet, antepusieron sus intereses personales a los principios ideológicos y morales que debían inspirar la acción de un partido socialista.

Reticencias en Washington

La vehemente determinación de franceses y británicos contrastaba con la actitud de Washington. Foster Dulles no comprendía que los europeos estuvieran decididos a correr graves riesgos «por ese endemoniado canal». El ministro francés de Asuntos Exteriores, Christian Pineau, le replicó: «Es muy cómodo salir ahora con que la cosa no tiene importancia, cuando la crisis actual es consecuencia lógica de unas decisiones del secretario de Estado poco meditadas.»

A pesar de que el 2 de agosto las tres potencias occidentales publicaron una



5 de noviembre de 1956, 7.15 de la mañana: los paracaidistas anglo-franceses saltan en las cercanías de Port Said. Durante aquella misma jornada, nuevas oleadas de fuerzas aerotransportadas fueron lanzadas con éxito en la zona comprendida entre Port Said y Port Fuad con objeto de preparar el desembarco del día siguiente y avanzar hacia Suez. Sin embargo, mientras en el terreno militar la operación contra Egipto seguía el curso previsto, en el diplomático la amenaza soviética de intervenir en la crisis decidió la retirada anglofrancesa.

Arch. J. M. Lefebvre

Un conservador: Anthony Eden

Nació en 1897, en el seno de una familia aristocrática en Durham. Estudió en Eton y en la Universidad de Oxford, en la que obtuvo una licenciatura en Lenguas Orientales.

En 1923 fue elegido diputado conservador por Warwick-Leamington, escaño que conservó hasta su retirada en 1957. Como secretario privado de Austin Chamberlain (1926-1929) en los Comunes, se inició en la política exterior. Ocupó diversos cargos ministeriales y fue delegado ante la Sociedad de Naciones (1935), donde destacó por sus firmes convicciones democráticas en oposición a las potencias fascistas. Ministro de Asuntos Exteriores en 1935, dimitió en 1938 para expresar su desacuerdo con la política condescendiente hacia Hitler.

Volvió al Gobierno al comenzar la guerra y fue ministro de Asuntos Exteriores de 1940 a 1945. Compartió con Churchill los laureles de la victoria, pero también la amargura de las derrotas electorales de 1945 y 1950. Al retornar los conservadores al poder asumió de nuevo la cartera de Asuntos Exteriores (1951) y al dimitir Churchill (abril de 1955) fue elegido primer ministro y venció en las elecciones generales de aquel año. Convencido de la necesidad de oponer a Nasser la misma resistencia que a los dictadores europeos, angustiado por el problema estratégico de Suez e ignorante tanto de las realidades árabes cuanto de las demandas del Tercer Mundo, aceptó la asociación propuesta por franceses e israelíes, sin medir bien sus fuerzas.

Vilipendiado por la oposición laborista, abandonado por parte de los conservadores y con la salud quebrantada, la crisis de Suez se convirtió en su calvario. Dimitió el 10 de enero de 1957. Murió en 1977.

declaración conciliatoria en la que reconocían el derecho de Egipto a la nacionalización, aunque denunciando «el secuestro arbitrario», Francia y Gran Bretaña ya habían emprendido irrevocablemente el camino de «las medidas militares». Las reuniones de los Estados Mayores se celebraron en el búnker del Ministerio de la Guerra *(War Office)*, bajo el Támesis, en el que Eisenhower había preparado el desembarco de Normandía.

La negociación diplomática fracasó con estrépito, no sólo debido a la intransigencia de París y Londres, sino también porque Washington mantuvo

La segunda guerra árabe-israelí

La operación Kadesh o campaña del Sinaí, una de las guerras más rápidas de todos los tiempos, tuvo tres fases perfectamente sincronizadas. El factor sorpresa y la lentitud de reflejos del adversario, justamente apreciados por los israelíes, jugaron un papel decisivo en su fulgurante victoria. El general Moshe Dayan aseguró que su audacia sólo podía aplicarse en el Sinaí y contra los egipcios.

Primera fase. *Comenzó el 29 de octubre, a las 16.59, cuando un batallón de la brigada 202 de paracaidistas, al mando del coronel Ariel Sharon, fue lanzado en el desfiladero de Mitla, unos 150 km detrás de las líneas egipcias. Simultáneamente, el resto de la brigada paracaidista y la 9.ª Brigada de infantería motorizada cruzaron la frontera en dos puntos, en el sector Kuntilla-Ras el Nakeb. Los paracaidistas avanzaron hacia Nakhl, y el día 30 por la tarde se unieron a los de Mitla. La 9.ª Brigada se dirigió hacia Sharm el Sheik.*

La acción israelí fue interpretada erróneamente por los egipcios como si fuera una operación de represalias. Las comunicaciones funcionaron mal y los egipcios demostraron escasa pericia en la conducción de los carros de combate y en el manejo de las armas modernas. No obstante, las compañías egipcias en el Mitla, reforzadas por las 2.ª Brigada, que llegó el día 31, ofrecieron una tenaz resistencia, causando importantes bajas entre los «paras» del coronel Sharon, cuyas decisiones fueron censuradas por el general Dayan.

La 9.ª Brigada de infantería motorizada, en su marcha de 400 km hacia Sharm el Sheik, encontró grandes dificultades naturales, entre torrentes y dunas, y en algún momento se temió que quedara inmovilizada en el desierto. El 4 de noviembre alcanzó los alrededores de Sharm el Sheik, donde se reunió con una columna de paracaidistas que había descendido desde Mitla, a lo largo del golfo de Suez.

Segunda fase. *En la noche del 30 al 31, en el sector de El Auja-Kusseima, los israelíes lanzaron tres brigadas al ataque. Después de un trágico error, que enfrentó a dos columnas israelíes, la 7.ª Brigada blindada del coronel Ben-Ari superó a los egipcios en Bir Gifgafa y avanzó impetuosamente hacia Ismailía, hasta acercarse a la zona del canal.*

Tercera fase. *En la franja costera, los israelíes atacaron en la noche del 31 al 1 de noviembre, con dos brigadas coordinadas por el general Laskov, especialista de la fuerza mecánica. Poco antes, las defensas de la fortaleza de Rafah fueron bombardeadas desde el crucero ligero francés* Georges Leygues. *Al atardecer del día 1, Rafah estaba en poder de los israelíes, que encontraron allí un importante arsenal de armas soviéticas y checoslovacas. El Arish fue abandonado por la guarnición egipcia. Sin detenerse, la brigada blindada del coronel Barlev prosiguió su avance hacia El Kantara y el 2 de noviembre se detuvo a diez millas del canal para cumplir los acuerdos previos. Mientras tanto, la brigada de reserva israelí ocupó Gaza sin disparar un tiro.*

Fuerzas en combate

Efectivos israelíes. *Diez brigadas: cinco de infantería, tres blindadas, una de paracaidistas y otra de reserva; es decir, tres divisiones, con unos 60.000 hombres. Los carros de combate eran AMX-13 de fabricación francesa, Sherman y Super Sherman. La aviación francesa, con aviones que llevaban la escarapela israelí, estableció la cobertura aérea, participó en el avituallamiento y hostigó a las unidades del ejército egipcio desplegadas en el desierto del Sinaí.*

Efectivos egipcios. *Una división palestina, de guarnición en Gaza; la tercera división, en el sector de El Auja; una brigada y dos batallones. En total, siete brigadas considerablemente reforzadas, con unos efectivos de alrededor de 30.000 hombres que disponían de buenas armas y sólidas fortificaciones.*

Balance

Israel perdió 172 hombres, muertos en combate, y tuvo 817 heridos y sólo cuatro prisioneros. Los egipcios tuvieron 1.020 muertos y 4.000 prisioneros. Los israelíes se apoderaron de 100 carros de combate, 295 piezas de artillería y 1.500 armas automáticas. Unos 20.000 soldados egipcios abandonaron sus armas y erraron varios días por el desierto.





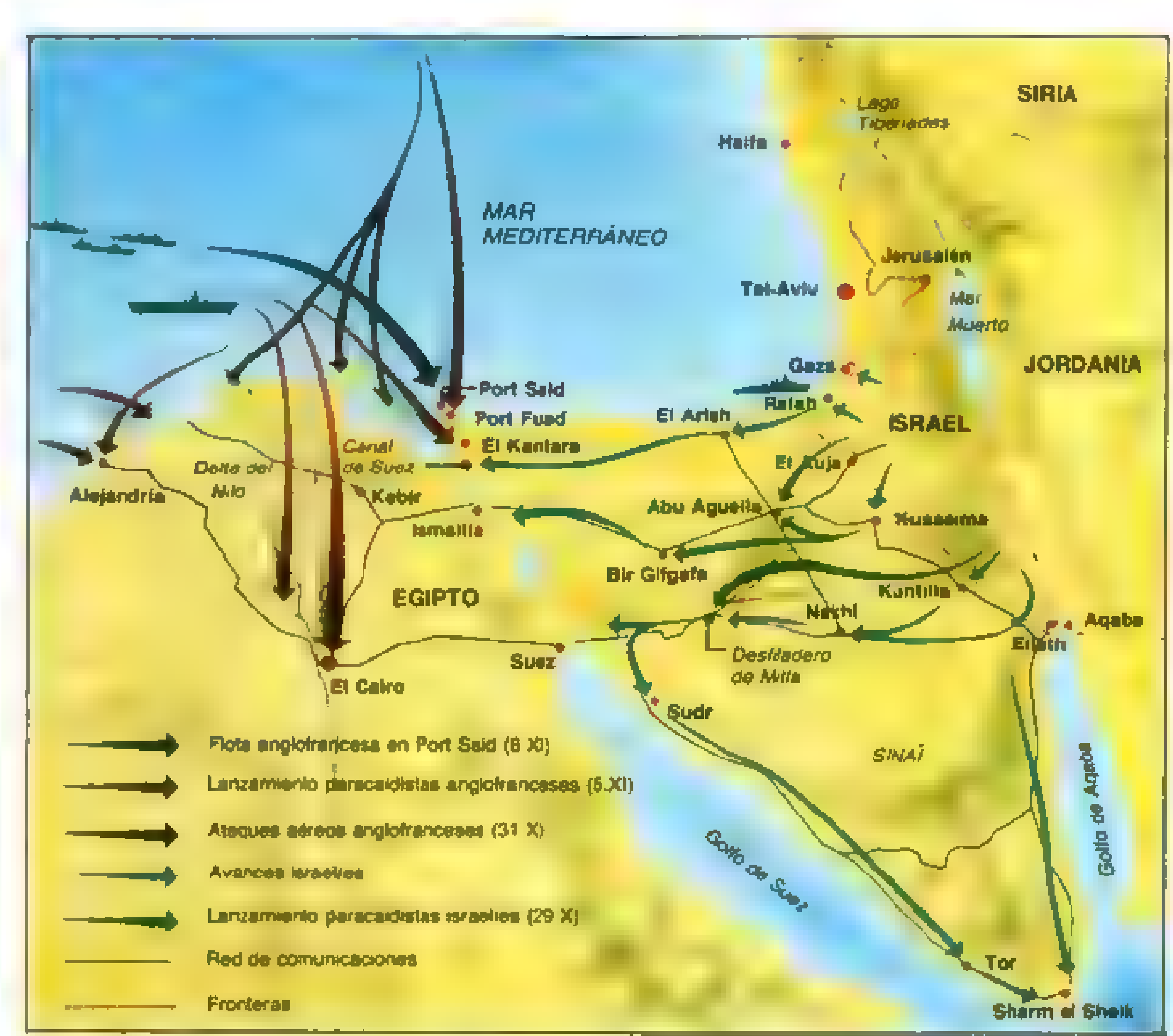
Keystone

una actitud ambigua, fluctuante entre el estímulo tácito a la intervención armada y las protestas de pacifismo. Las cuestiones personales influyeron en la aparente parálisis de la diplomacia norteamericana: Dulles estaba gravemente enfermo y Eisenhower realizaba su campaña electoral bajo el lema de «paz y prosperidad».

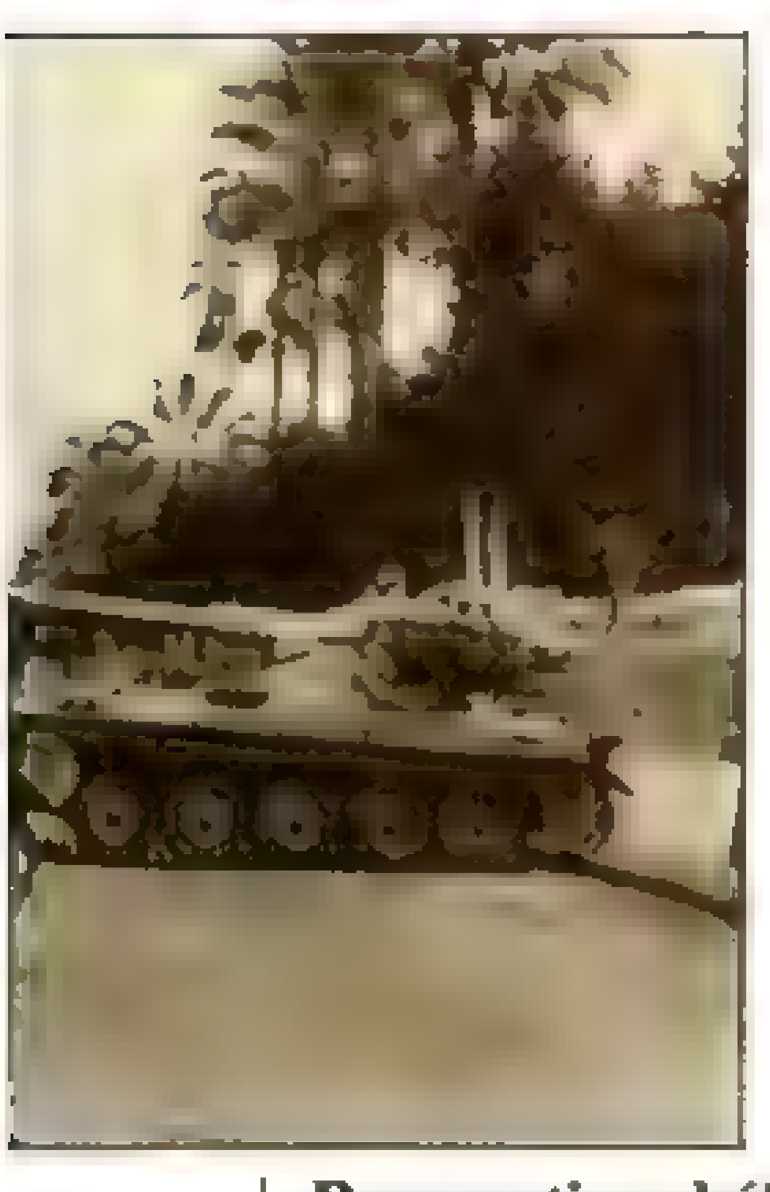
Egipto se negó a asistir a una conferencia internacional convocada en Londres, a mediados de agosto, y cuando Foster Dulles propuso la constitución de una «Asociación de usuarios del canal», para negociar con los egipcios, Nasser dijo que eran «los mismos perros con distintos collares» y calificó el plan de «provocación que se propone desencadenar la guerra».







Archivo Orbis



En ambas páginas, arriba, el general Dayan rodeado por sus soldados durante la operación Kadesh. Los israelíes llevaron a cabo una rápida campaña en el Sinaí, donde, aprovechando el factor sorpresa, aplastaron las defensas del ejército egipcio

Abajo, carros de combate franceses AMX-13 bloquean las calles de Port Said

En esta página, a la derecha, principales acciones de las fuerzas anglofrancesas e israelíes en el curso de la guerra de Suez

Preparativos bélicos

Persuadidos de que no contaban con el apoyo norteamericano, y para no irritar a Eisenhower, los británicos propusieron —y los franceses aceptaron— el recurso a la ONU, a sabiendas de su inutilidad. Las primeras unidades militares francesas se encontraban desde el mes de septiembre en Chipre, portaviones natural, a 400 km de Egipto, elegido como base de partida para el ataque combinado.

En Israel, mientras tanto, Ben Gurión pensaba que había llegado el momento de una guerra preventiva para terminar con las amenazas de los árabes y, a ser posible, conseguir la anexión del Sinaí, «liberar los territorios de la patria judía ocupados por el invasor egipcio». Desde el mes de julio funcionaba un puente aéreo entre Francia e Israel para suministrar armas al ejército judío. El subsecretario del Ministerio de Defensa israelí, Simón Peres, que contaba con excelentes «contactos» en París, no sólo logró aumentar los suministros de aviones y armas franceses, sino que consiguió mantenerlos en secreto.

La indignación francesa llegó a su punto culminante el 19 de octubre, cuando el yate *Athos*, que había salido de Alejandría con 70 Tm de armamentos para los independentistas argelinos, fue abordado por patrulleros franceses. Además de retirar a su embajador en El Cairo, Francia aceleró los preparativos para la expedición militar y presionó decisivamente sobre Londres. Los británicos se mostraban reticentes, pues conservaban buenas amistades en el mundo árabe y temían perderlas al menor signo de alianza con el gobierno israelí.

Operación Mosquetero

Según el ministro francés de Asuntos Exteriores, Christian Pineau, la idea del ataque combinado, en el Sinaí y en el canal, fue propuesta por los israelíes y aceptada por Anthony Eden durante una visita a París, el 16 de octubre. Finalmente, los pormenores de la operación, llamada «Mosquetero» (*Musketeer*) fueron establecidos en una conferencia secreta, en Sèvres, el 22-23 de octubre, a la que asistieron: Guy Mollet y Christian Pineau, por Francia; Selwyn Lloyd (ministro de Asuntos Exteriores) y su adjunto, Patrick Dean, por Gran Bretaña, y David Ben Gurión y el general Moshe Dayan, por Israel.

En Sèvres se firmó un protocolo secreto en el que se convino que el ataque israelí en el Sinaí comenzaría el 29 de octubre. Para vencer los escrúpulos británicos, se llegó a un acuerdo considerado como un monumento de hipocresía diplomática: Francia y Gran Bretaña enviarían un ultimátum a Israel y a Egipto para que detuvieran las hostilidades y retiraran sus tropas a 10 millas del canal. Por primera vez en la historia se amenazaría a un país (Israel) con invadir el territorio de su enemigo (Egipto).

Aunque Washington dijo que nada sabía oficialmente, lo cierto es que estaba al corriente de cuanto se tramaba. El entonces jefe de la CIA, Allen Dulles, hermano del secretario de Estado, precisó: «En vísperas del *día H* dimos cuenta de que la ofensiva era inminente.» Después de las primeras órdenes de movilización cursadas en Israel, el 26 de octubre, el general Eisenhower trató de detener la operación, mediante dos mensajes a Ben Gurión; pero el voto de la comunidad judía norteamericana quitó fuerza a las advertencias y permitió al primer ministro israelí una respuesta evasiva.

Israel invade el Sinaí

Cuando el 29 de octubre, con una precisión matemática, el ejército judío se puso en marcha en la península del

Bajo estas líneas, soldados israelíes exhiben el retrato oficial de Nasser como trofeo de guerra. Frente a un adversario terriblemente móvil, el ejército egipcio se reveló apático y sin jefes competentes. Pero, a pesar de la derrota militar, Nasser obtuvo una gran victoria diplomática y salvó su régimen gracias al apoyo de la Unión Soviética.

En ambas páginas, bombardeo de Port Said visto desde el porta-helicópteros británico Theseus. *La operación Mosquetero reunió una poderosa flota, formada por seis portaviones y otros ciento treinta barcos de guerra.*

En la página siguiente, arriba, Port Said destruido por la aviación anglofrancesa; abajo, tropas británicas evacuan la zona del canal, cediendo sus posiciones a los «cascos azules» daneses de la ONU: la aventura del cuerpo expedicionario aliado había terminado.



Arch. Snark

Sinaí, después de una maniobra de diversión en la frontera con Jordania, la sorpresa fue total en el mundo, incluso para el coronel Nasser, que tenía noticias de los preparativos francobritánicos, pero que no sospechaba que los israelíes fueran a lanzarse a una guerra preventiva. Cuando, al día siguiente, el Estado Mayor de El Cairo quiso enviar refuerzos, se dio cuenta de que todo el Sinaí estaba irremediablemente perdido. Entonces ordenó una retirada que se convirtió en desbandada. El 1 de noviembre, los israelíes avistaron el canal.

A partir del día 30, Francia y Gran Bretaña pusieron en marcha el plan acordado en Sèvres mediante el envío de un ultimátum a los beligerantes. El coronel Nasser se dio cuenta de la trampa y lo rechazó airadamente, pero al día siguiente, cuando comenzaron, según lo previsto, los bombardeos francobritánicos contra los objetivos militares egipcios, se sintió amenazado por la derrota militar y el desastre político. Lo que ignoraba el *Rais* era que el presidente Eisenhower había puesto en marcha el mecanismo que conduciría inexorablemente a la capitulación de las potencias europeas.

El veto francobritánico bloqueó una resolución norteamericana, presentada el mismo día 30 en el Consejo de Seguridad de la ONU, que exigió la retirada de las tropas israelíes al otro lado de la línea de armisticio. Por iniciativa de Yugoslavia, el conflicto pasó a la Asamblea General, en la que se aprobó una resolución condenatoria de Israel. Al mismo tiempo, Eisenhower, que conocía las vacilaciones británicas, telefoneó a Eden y le pidió que detuviera la operación.

Mientras en Francia la opinión pública estaba unánimemente detrás del Gobierno y ahogó las advertencias apocalípticas de Mendès France, en Gran Bretaña, en los Comunes, Eden tuvo que hacer frente a la feroz oposición de los laboristas, cuyo jefe, Hugh Gaitskell, pronunció una requisitoria implacable contra «un acto de locura desastrosa del que lamentaremos las consecuencias durante mucho tiempo». Un plan canadiense aprobado por la ONU, que preveía el envío de una fuerza internacional para separar a los beligerantes, hizo vacilar a los británicos en la misma medida que indignó a los franceses y a los israelíes. El general francés Martin fue enviado a Chipre para apoyar al almirante Barjot, jefe del cuerpo expedicionario francés, y vencer las reticencias del comandante en jefe de la operación, el británico sir Charles Krightley, sin duda abrumado por el escaso entusiasmo de Londres. Finalmente, el día 3 de noviembre, los barcos de la fuerza de intervención salían de Chipre rumbo a Port Said.



Publifoto



Publifoto

Arch. Snark

Intervención de las superpotencias

Cuando se encontraba con el agua al cuello, Nasser fue salvado diplomáticamente por la intervención de las dos superpotencias. El día 4, los soviéticos, amenazados en su coraza protectora por la insurrección húngara, lanzaron a sus carros de combate en Budapest e iniciaron una represión sangrienta, por sorpresa, en medio de la indignación impotente de los occidentales. Al día siguiente, entre las 7 y las 7.15, dos oleadas de paracaidistas, primero británicos y después franceses, cayeron sobre los alrededores de Port Said, mientras los aviones machacaban las posiciones egipcias. A primeras horas de la tarde, otros paracaidistas franceses saltaron en Port Fuad.

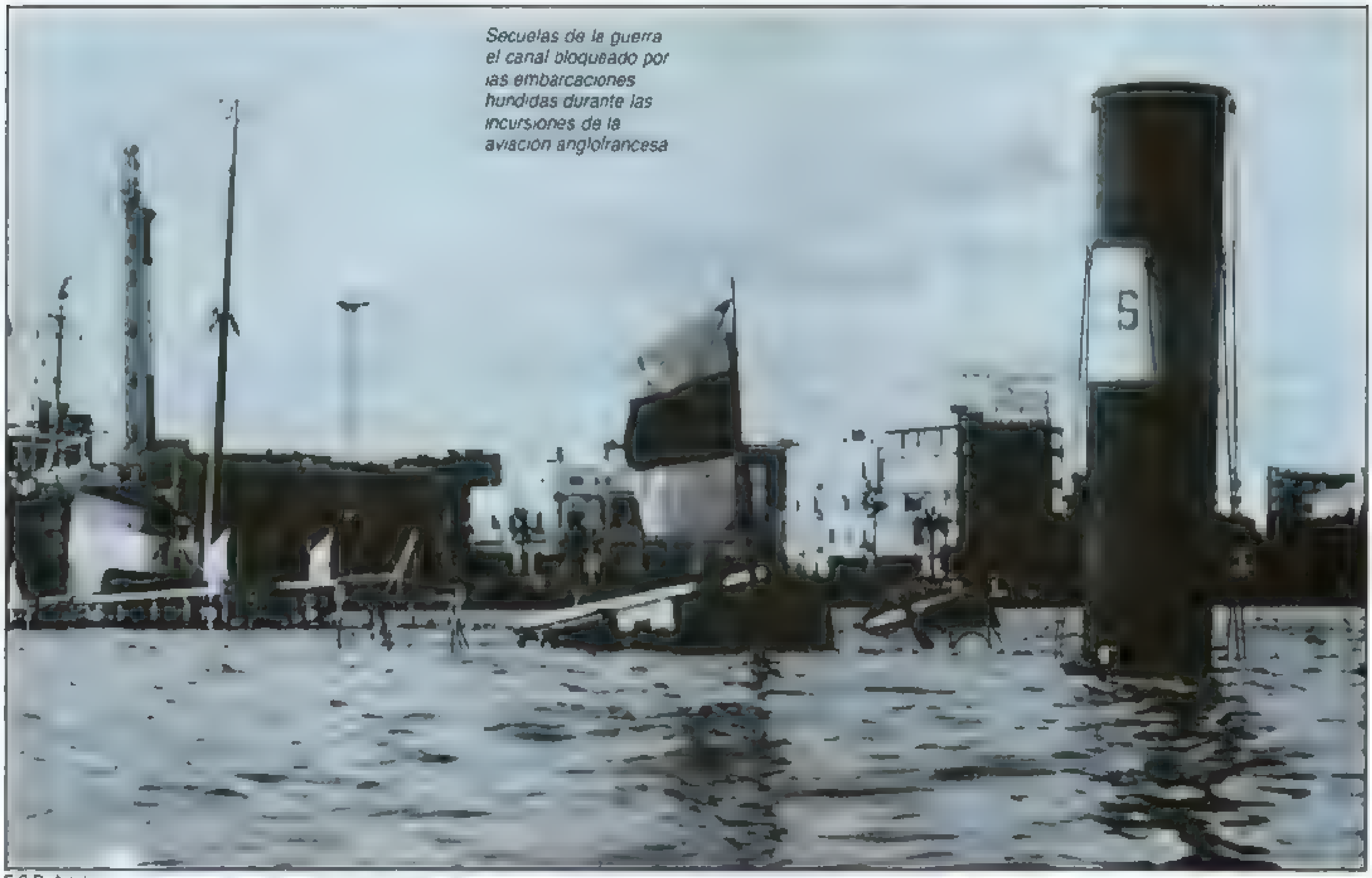
La operación franco-británica se desarrolló con pleno éxito, hasta el punto de que el alto mando consideró posible que los egipcios aceptasen un alto el fuego incondicional. Pero mientras los paracaidistas preparaban el terreno para el desembarco y avanzaban hacia Suez, en el frente diplomático se produjeron acontecimientos decisivos que paralizaron al cuerpo expedicionario.

El delegado soviético en la ONU, sin duda con el propósito de echar una cortina de humo sobre la feroz represión contra los patriotas húngaros, solicitó una reunión urgente del Consejo de Seguridad, ante el que propuso la retirada de israelíes y anglofranceses y, en su defecto, la ayuda soviética y norteamericana a Egipto. El delegado norteamericano, Cabot Lodge, resumió bien la repugnancia de la mayoría: «Se necesita bastante cinismo para presentarse como el defensor de un pueblo víctima de una agresión cuando, al mismo tiempo, se entrega a una carnicería en Hungría.» Eisenhower respondió en términos parecidos a un mensaje de Bulganin.

Las amenazas de Bulganin y Eisenhower

Simultáneamente, el mariscal Bulganin envió mensajes conminatorios a Ben Gurión, Eden y Mollet, en los que agitó, aunque en términos vagos, la amenaza de misiles estratégicos contra Londres y París. «Hay países —escribió Bulganin a Eden— que no necesitan enviar fuerzas navales o aéreas a las costas de Gran Bretaña, puesto que podrían utilizar otros medios, como los misiles.» El jefe del gobierno francés se disponía a comunicar la rendición de Port Said cuando recibió la amenaza del Kremlin: «El gobierno soviético está totalmente resuelto a emplear la fuerza para vigilar a los agresores y restablecer la paz.»

Eden y Mollet se consultaron por teléfono en la noche del 5 al 6 de noviembre y llegaron a la conclusión de que los mensajes soviéticos, en los que se evocaba la eventualidad de una gue-



Secuelas de la guerra: el canal bloqueado por las embarcaciones hundidas durante las incursiones de la aviación anglofrancesa

E C P Armées

rra mundial, constituían un chantaje; pero, no obstante, decidieron solicitar el respaldo norteamericano, absolutamente necesario para hacer frente a una intervención de la URSS. En Washington, a sólo unas horas del comienzo de la elección presidencial, la Casa Blanca aseguró que cumpliría sus compromisos en Europa, pero dejó sin respuesta la pregunta de qué ocurriría en el caso de que «voluntarios» soviéticos desembarcaran en Egipto. Al mismo tiempo, Eisenhower telefoneó a Eden para decirle que, si no detenía inmediatamente las operaciones militares en Suez, el Tesoro norteamericano no se cruzaría de brazos ante los ataques que se dirigieran contra la libra esterlina. Esta advertencia iba mucho más allá de lo que podían resistir los británicos.

Sin el respaldo norteamericano, con la libra esterlina amenazada, con muchos de sus ministros en contra, Eden capituló y se lo comunicó a Mollet, quien le respondió: «Ahora no podemos pararnos. Piénselo una vez más, se lo suplico. Dentro de un par de horas, nuestras tropas habrán ocupado Suez. Entonces, sí, será el momento de ordenar el alto.» Pero el primer ministro británico estaba hundido y advirtió a su colega francés que si pretendía continuar la lucha, después de las dos de la tarde, debería hacerlo solo. Tres ministros franceses —Pineau, Bourgès y Max Lejeune— propugnaron continuar la operación sin Gran Bretaña, pero tuvieron que inclinarse ante la mayoría del Consejo de Ministros. A las 0.00 del 7 de noviembre callaron las armas. Pocas horas después se anunciaba la reelección de Eisenhower como presidente de Estados Unidos.

Balance final

Las consecuencias del fiasco de Suez fueron muy importantes. Nasser vio cómo su derrota militar se transformaba en una brillante victoria diplomática, que consolidó su prestigio en el mundo árabe. Gran Bretaña vivió la experiencia de verse reducida a una potencia de segundo orden, dependiente militar y económicamente de Estados Unidos. Para la IV República francesa, que esperaba ganar en Suez la guerra de Argelia, el fracaso fue doloroso y ejerció una gran influencia en la revuelta militar que año y medio después terminó con la llegada del general De Gaulle al poder. Si el desatino de Suez fue el canto de cisne del colonialismo europeo, abrió también las puertas a la influencia de Estados Unidos y la URSS. Para los israelíes, que hubieron de retirar sus tropas en marzo de 1957 bajo la presión de los Estados Unidos, la campaña del Sinaí demostró que la audacia y la brillantez militar no podían resolver un grave conflicto histórico y político.

La opinión de Nixon

Richard M. Nixon, que era vicepresidente de Estados Unidos en el momento de producirse la guerra de Suez, enjuició posteriormente, con bastante dureza, la actitud del presidente Eisenhower.

«Se perdió mucho más que el canal. Esta humillante derrota en Suez produjo efectos devastadores en la voluntad de Gran Bretaña y Francia de cumplir una función de primera importancia, no sólo en Oriente Medio, sino también en otras zonas del mundo. Por otra parte, la actuación de Estados Unidos, en vez de suscitar la amistad de Nasser hacia Norteamérica, sólo sirvió para suscitar su desprecio y para aumentar su hostilidad hacia Israel, otros Estados árabes y los propios Estados Unidos. Años más tarde, Eisenhower concluyó que el hecho de que Estados Unidos frenaran a Gran Bretaña, Francia e Israel cuando intentaban proteger sus intereses en Suez constituyó un trágico error.»

(FUENTE: *La verdadera guerra. La tercera guerra mundial ha comenzado.*, Richard Nixon.)

La creación de la CEE
Nace el Mercado Común Europeo

Eduardo Haro Tecglen,
director de *Tiempo de Historia*

La Comunidad Económica Europea (CEE) la constituyeron inicialmente seis países —Francia, Alemania Occidental, Italia y los tres integrados en el Benelux: Bélgica, Holanda y Luxemburgo—. Reunían más de 160 millones de habitantes y tenían un poder industrial considerado como uno de los más altos del mundo. Su objetivo era que desaparecieran entre ellos las barreras aduaneras: un producto podría ser comprado al mismo precio en el país que lo producía y en los otros cinco. La CEE se proponía, mediante una reducción progresiva, llegar a la unión aduanera en un plazo de doce años. Para ello era necesario llevar a cabo importantes reajustes en cada sistema económico nacional. Al mismo tiempo, se trataba de realizar un viejo sueño: hacer de Europa una unidad política, capaz de convertirse en una tercera fuerza mundial, equidistante de Estados Unidos y la URSS.

Las banderas de los países integrados en el Mercado Común Europeo ondean ante la sede de este organismo en Bruselas. Desde su fundación en 1957, la Comunidad, formada inicialmente por seis países, ha admitido a nuevos miembros de pleno derecho, fiel a su propósito de lograr la consolidación económica y la unión política de Europa.



EFE

Los soñadores de Europa

«Las cosas son de tal forma en Europa que los Estados dependen unos de otros. Francia necesita la opulencia de Polonia y Moscovia como la Guyana necesita la Bretaña, y Bretaña a Anjou. Europa es un Estado compuesto de numerosas provincias.» **(Mostesquieu,** *1426***)**

«Creo que entre los pueblos que están agrupados geográficamente como lo están los de Europa debe existir una relación federal (...). Evidentemente, la asociación actuará sobre todo en el campo económico. Es una sugerencia urgente: creo que se pueden tener éxitos. Pero estoy también seguro de que desde el punto de vista político, desde el punto de vista social, la relación federal (sin tocar a la soberanía de ninguna de las naciones que puedan formar parte de tal asociación) será benefica.» **(Aristides Briand,** *1929***)**

«Donde domina el espíritu europeo aparece el máximo de necesidades, *el máximo de* trabajo, *el máximo de* capital, *el máximo de* rendimiento, *el máximo de* potencia, *el máximo de* ambición, *el máximo de* modificación *de la* naturaleza exterior, *el máximo de* relaciones y *de* intercambios. *Este conjunto de máximos es Europa, o la imagen de Europa.»* **(Paul Valéry)**

«Hay que reformar la familia europea, hasta donde seamos capaces en este momento, y asegurar para ella una estructura que la proteja para que viva en paz y seguridad. Debemos construir los Estados Unidos de Europa. Solamente así podrán encontrar centenares de millones de trabajadores las alegrías sencillas y las esperanzas que hagan para ellos la vida digna de ser vivida.» **(Winston Churchill)**

«Se espera de las grandes naciones del continente que sepan hacer abstracción de su grandeza de otros tiempos para alinearse en una unidad económica y política superior.» **(Pío XII)**



El 25 de marzo de 1957 se firmaba el Tratado de Roma, por el que, de modo formal, quedaba constituida la CEE. Culminaba así un largo proceso de cooperación, jalonado por el plan Marshall (1947), la OECE (1948), la Unión Europea de Pagos (1950), la CECA (1951) y el Benelux (1958). El tratado entró en vigor el 1 de enero de 1958, tras ser ratificado por los parlamentos de los seis países signatarios

El rapto de Europa

Según la mitología, Europa era una doncella regia. Hija de Agenor, rey de Tiro o Sidón, era de tal belleza que tentó a Zeus, dios enamoradizo y aficionado al disfraz, que se convirtió en un toro blanco y la raptó, la condujo a Creta y la hizo madre de reyes. La leyenda ha inspirado a escritores, políticos y aficionados a describir la situación del continente europeo, siempre a punto de secuestro y de violación. Según la ideología de cada uno, el toro raptor podría ser la Unión Soviética o Estados Unidos. Algunos, como el filósofo Oswald Spengler, vieron en él a los asiáticos: el «peligro amarillo», las hordas de Gengis Khan volviendo en forma de chinos invasores. Otros han visto la amenaza en la expansión de la tecnología japonesa. Antes, el toro podía haber sido Napoleón o Hitler. El hecho es que parece que siempre ha habido alguien tratando de sojuzgar a Europa.

En la antigüedad, y hasta fechas relativamente recientes, se buscaba la unidad europea con los mismos medios empleados para constituir las nacionalidades: la violencia y la fuerza, madres de la Historia. A alguien no le bastaba con su propio país y se desbordaba: quería mandar en toda Europa. Con este propósito hubo sangrientas aventuras militares, terminadas todas en fracaso. También las hubo diplomáticas: alianzas que hubieran debido terminar en hegemonías continentales. Tampoco resultaron. Pero no puede decirse que, a pesar del horror de gran parte de esas aventuras, todo fuese enteramente inútil. Las columnas mili-



EFE

tares, los cortejos de emisarios, los mercaderes, los matrimonios entre familias reales, los intrépidos viajeros y los exiliados fueron creando, paulatinamente, los lazos de unión entre los pueblos de Europa.

Hacia finales del siglo XVIII, y sobre todo en el siglo XIX, se forjó una manera de pensar y de vivir que comenzaban ya a ser europeos. Todo ello se hizo patente desde el momento en que el mundo exterior, no europeo, cobró vida propia. Hasta un cierto momento de la Historia, Europa era *el* mundo, y todo lo demás, sus posesiones. Las naciones europeas disputaban entre sí por ese botín, que era, aparentemente, una fuente inagotable de materias primas y de mano de obra barata. Después de la declaración de independencia de Estados Unidos, y hasta

«Mr. Europa»

Jean Monnet, «Mr. Europa», había nacido en Cognac, en 1888, en el seno de una rica familia de destiladores. Prefirió la carrera política y el internacionalismo a la inmensa fortuna heredada y acrecentada por él, y a los 31 años ya ocupaba un cargo importante en la Sociedad de Naciones. Pero no abandonó los negocios, sino que también se internacionalizó en ellos. Tuvo fábricas en Suecia, viajó continuamente a Washington durante la Segunda Guerra Mundial para realizar compras en nombre de Gran Bretaña y de Francia (su pasaporte francés contenía una nota manuscrita de Winston Churchill) y fundó un Comité de Acción Europea en el que se defendía la idea de una federación continental. Se casó con Silvia de Bondini, una pintora italiana que ya estaba casada, y como en Italia no había divorcio, Monnet la llevó a Moscú para que se divorciase.

Quienes le conocieron le describían como «realista y flexible», con «mente poderosa y compleja». El periodista americano Edmond Taylor escribió de él: «Es al mismo tiempo un sibarita y un espartano, una criatura de finos matices y un disciplinado atleta que ha dejado de fumar y casi no bebe alcohol. Adora la autoridad y la espectacularidad, pero generalmente trabaja con discreción para que sean otros los que obtengan los aplausos o los improperios por las ideas que él les ha insuflado. Es cortés, arrogante, tiránico, conciliador, paciente y explosivo.» John Gunther, que le entrevistó en París en 1960, señala una frase de Monnet como característica: «Uno no puede cambiar la naturaleza humana, pero puede cambiar la actitud de la gente.» Una de las personas cuya naturaleza y cuyo comportamiento no pudo cambiar Monnet fue el general De Gaulle. Nacionalista a ultranza, De Gaulle nunca pudo comprender el internacionalismo de Monnet. Chocaron entre sí. De otra forma, la historia de Europa y la validez del Mercado Común hubieran cambiado favorablemente.



Zardoya

Organización de la CEE

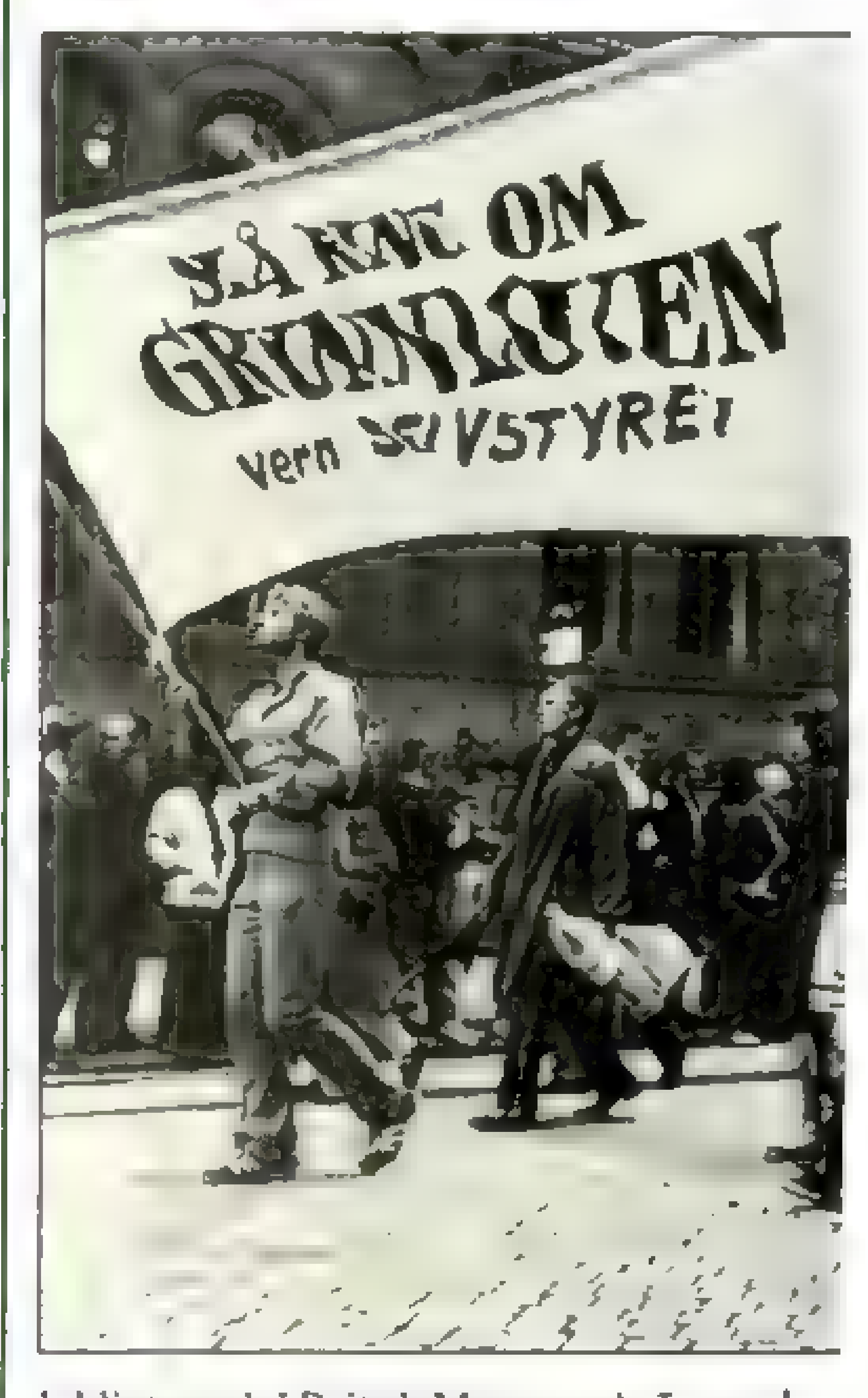
El 25 de marzo de 1957, en la imponente sala del Capitolio de Roma, los ministros de Asuntos Exteriores de seis países europeos —Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, República Federal de Alemania e Italia— firmaron el acta de nacimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE), conocida también como Mercado Común Europeo (MCE). Nueve meses más tarde, el 1 de enero de 1958, se ponía en marcha la organización comunitaria que, con sede en Bruselas, albergaría las instituciones directivas y consultivas.

Inicialmente, el Mercado Común era el resultado de coordinar tres comunidades europeas: la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, (CECA), la CEE y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). Las tres disponían de organizaciones separadas, aunque tenían también instituciones en común. Posteriormente, el 1 de julio de 1967, los comités ejecutivos de las tres se fundieron en un organismo común. Institucionalmente se compone de:

- **Comisión de Comunidades Europeas.** *Está integrada por 13 miembros, designados por los países que integran la CEE. Su misión es asegurar el cumplimiento de los tratados y efectuar los trabajos y estudios preparatorios para los Consejos de Ministros. Sus componentes, aunque nombrados por un período de 4 años por sus respectivos gobiernos, no deben obediencia a su país, sino que actúan libremente en función de los intereses comunitarios. Sus proposiciones son formuladas según el principio de responsabilidad colegiada. Tiene su sede en Bruselas.*
- **Consejo de Ministros.** *Está formado por ministros de cada uno de los Estados miembros de la CEE. Es el órgano decisorio de la Comunidad. La titularidad de la cartera de los ministros integrantes varía según las cuestiones a debatir: Asuntos Exteriores, Agricultura, Finanzas, Industria, etc. El carácter de los asuntos tratados determina si las decisiones se deben tomar por unanimidad, mayoría simple o mayoría cualificada. Tiene su sede en Bruselas.*
- **Parlamento Europeo.** *Está compuesto por 434 miembros, elegidos por sufragio universal (excepto los 24 parlamentarios de Grecia, que se incorporaron después del 10 de junio de 1979, fecha de las elecciones). Las representaciones son proporcionales a la población de cada país (Francia, Italia y Gran Bretaña tienen 81 diputados cada uno; Holanda, 25; Bélgica, 24; Dinamarca, 16; Irlanda, 15 y Luxemburgo, 6). Tiene funciones eminentemente consultivas sobre diversas materias y, especialmente, sobre los presupuestos comunitarios. Podría, así mismo, hacer caer a la Comisión por un voto de censura ganado por dos tercios. Tiene su sede en Luxemburgo.*
- **Tribunal de Justicia.** *Lo forman 10 jueces y 4 abogados generales. Es responsable para dirimir las disputas que surjan sobre la aplicación de los tratados. Tiene su sede en Luxemburgo.*
- **Comité Económico y Social.** *Está integrado por 156 representantes de organizaciones empresariales, sindicales y de consumidores de los países miembros. Cumple funciones consultivas en cuestiones económicas y sociales. Tiene su sede en Bruselas.*
- **Comité Consultivo.** *Está integrado por 84 miembros. Cumple un papel similar al anterior, pero con competencia sobre cuestiones más generales. Tiene su sede en Bruselas.*



Arriba, ciudadanos británicos opuestos al ingreso en la CEE. Gran Bretaña entró en la Comunidad en 1973, tras arduas polémicas.



nuestros días, el resto del mundo ha ido configurando su propia personalidad, más o menos imbuido de las ideas nacidas y cultivadas en Europa, pero independiente de ella y, a veces, tratando de conquistarla.

Dos modos de entender la unificación europea

Desde la última gran guerra comenzó a fraguarse un intento de unificación de Europa, ya no por la fuerza o por el predominio de una sola nación, sino como respuesta a este desafío o sublevación del mundo exterior que fue el suyo. Sin embargo, todavía queda una gran división: la que separa el continente en Este y Oeste. Por medio de ciertas argucias lingüísticas, el Oeste ha tratado de segregar de Europa al grupo de naciones dominadas y dirigidas por la URSS, a la que se ha denominado ilegalmente «asiática». Pero la URSS, su sistema político, se funda en el pensamiento europeo, o en una de sus ramas: el marxismo. El alemán Karl Marx, que pasó muchas horas de su vida estudiando y escribiendo en la biblioteca del British Museum de Londres, era un espécimen típico de europeo, nutrido de pensamiento europeo, y que ya concibió una unidad diferente para Europa. Si hasta entonces los intentos de unidad europea se apoyaban en la fuerza de los ejércitos de los autócratas, a partir de Marx —y como consecuencia, a su vez, de la Revolución francesa de 1789— se intentó la unificación de Europa —y, luego, la de los países que habían iniciado su independencia— por medio de la lucha de clases. Es decir, pensando también en

EFE

Abajo, manifestantes noruegos contrarios a la entrada de su país en la CEE. Noruega rechazó por referéndum (1972) su adhesión a la Comunidad



EFE

Instituciones europeas afines a la CEE

Consejo de Europa. *Institución internacional que se propone como último fin la unificación de Europa basada en la democracia liberal. Su origen se encuentra en los movimientos europeístas surgidos después de la Segunda Guerra Mundial. Fue creada en Londres el 5 de mayo de 1949 por Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Irlanda, Italia, Luxemburgo, Noruega, Holanda y Suecia. Más adelante se integraron Austria, Chipre, Grecia, Islandia, Alemania Occidental, Suiza, Turquía, Malta, Portugal, España y Liechtenstein*

Su objetivo prioritario es estrechar los vínculos entre los países miembros con el fin de salvaguardar su patrimonio cultural común y promover su progreso económico y social. El Consejo cuenta con una Asamblea consultiva, formada por diputados de cada uno de los parlamentos de las naciones representadas, y con un Comité de Ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros, que tiene funciones ejecutivas. La Asamblea tiene su sede en Estrasburgo; el Comité de Ministros puede reunirse en cualquiera de los países miembros. La Asamblea ha preparado, entre otros proyectos, la Convención para la Protección de los Derechos del Hombre (órgano de conciliación) y un Tribunal (que acepta demandas de ciudadanos contra sus propios gobiernos).

Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). *Organismo económico de carácter internacional cuyo primer objetivo fue crear un mercado común para las industrias del carbón y del acero. Se constituyó por el Tratado de París (18 de marzo de 1951), firmado por Francia, Alemania Occidental, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Más tarde (1973) se integraron Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca, al ingresar en la CEE como miembros de pleno derecho.*

La CECA inició sus actividades el 25 de julio de 1952. El mercado común del carbón se abrió oficialmente el 10 de febrero de 1953 y el del acero el 10 de mayo de aquel mismo año. Para alcanzar sus objetivos, la CECA creó cuatro órganos: una Alta Autoridad, un Consejo de Ministros, un Parlamento y un Tribunal de Justicia. En 1958, el Parlamento y el Tribunal de Justicia pasaron a ser comunes a la CECA y al EURATOM, y en 1967, al fusionarse los órganos de la CEE, la CECA y el EURATOM, desapareció la Alta Autoridad, cuyas funciones pasó a cumplirlas la Comisión de Comunidades

Entre los logros de la CECA cabe señalar la atenuación de los efectos del declive de la minería del carbón y una planificación más racional de la producción de acero.

Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM). *Organismo de carácter económico y científico, cuyo objetivo fue crear «las condiciones necesarias para la rápida instalación y crecimiento de la energía nuclear» en los países miembros. Fue constituido al mismo tiempo que la CEE, el 27 de marzo de 1957. En un principio, lo integraron Alemania Occidental, Francia, Italia y los países del Benelux. En 1973 se adhirieron Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca.*

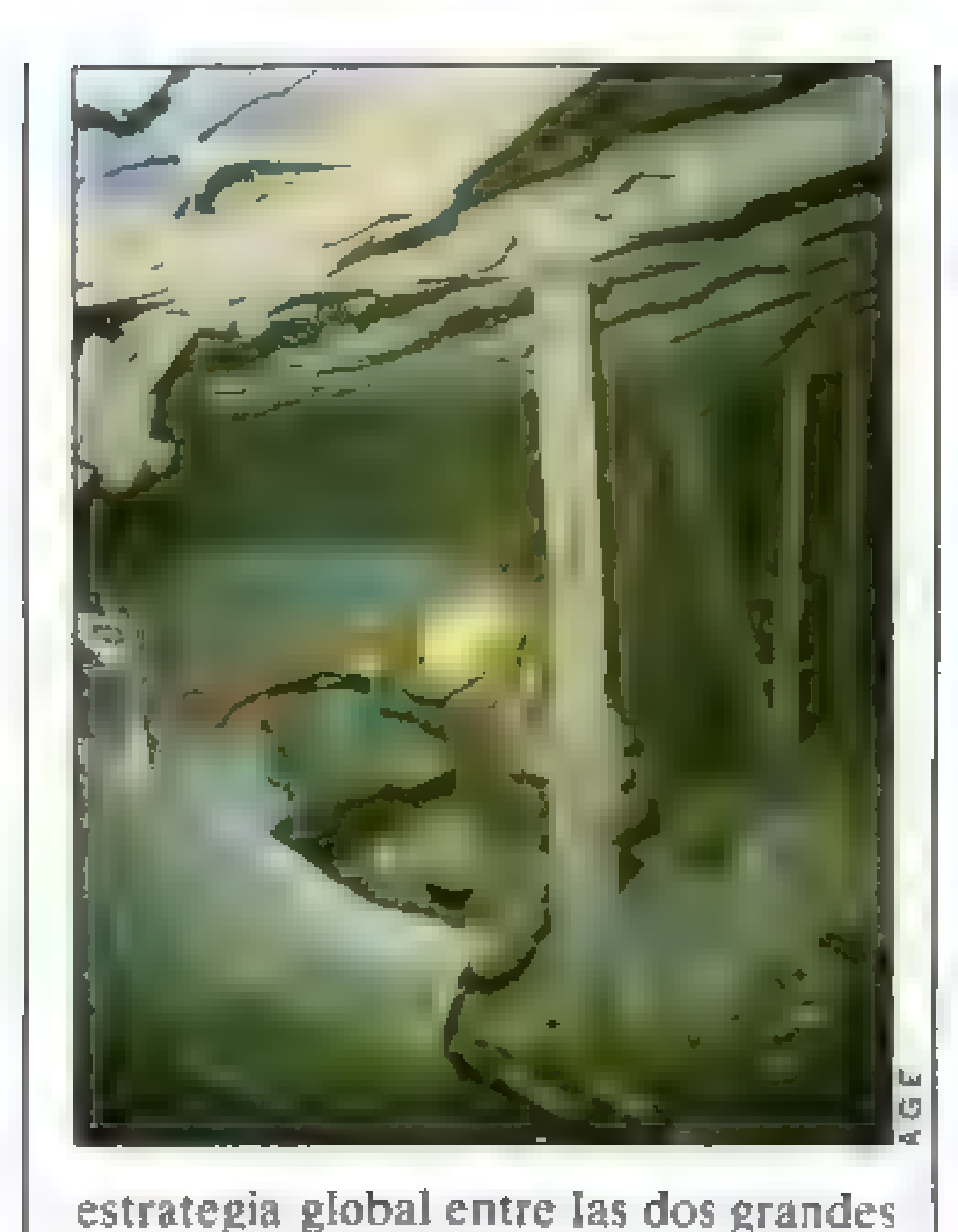
Con su fundación, los países de la CEE intentaron buscar soluciones a su déficit energético e impulsar el desarrollo de la energía nuclear. Las tareas del EURATOM a nivel institucional son gestionadas por cuatro órganos comunes a la CEE y la CECA: el Consejo de Ministros, la Comisión de Comunidades, el Parlamento Europeo y el Tribunal de Justicia.

la violencia, que en este caso debía cambiar el nombre de «guerra» por el de «revolución». La Internacional proletaria contra la Santa Alianza.

Entre el Este y el Oeste

Con el tiempo, Europa iba a quedar dividida en dos bloques: un sistema de unificación socialista (propiedad colectiva de la producción, socialización de todos los bienes, igualdad impuesta desde el poder) y un sistema de unificación capitalista (mercado libre, conversión del Estado en vigilante de la concurrencia de todos contra todos, concentración del capital). Este esquema, tan simple, se ha ido matizando, después, por la misma lucha de los dos sistemas, de modo que cada uno se ha impregnado del otro, y ha perdido incluso parte de la pureza de su doctrina de origen. La Europa capitalista no sería lo que es hoy, con la progresiva atenuación de las diferencias de clases (aunque ahora se agudicen de nuevo), sin la existencia del bloque soviético, ni éste estaría configurado como lo está ahora, con el proceso revolucionario parado, de no existir la otra Europa como fuerza de atracción y coacción.

El Tratado de Roma, por el que se fundó la Comunidad Económica Europea, dio origen a la principal formación unitaria no militar de Europa Occidental. (La OTAN tiene otras características, configurada de forma que su centro de decisiones está en Washington y su comandante supremo es siempre un general de Estados Unidos, de la misma forma que el Pacto de Varsovia tiene su centro de decisiones en Moscú. Ambos organismos forman parte de la



AGE

estrategia global entre las dos grandes potencias, EE.UU. y la URSS, a la que la mayor parte de Europa está inevitablemente sometida.) El salto que supuso pasar de la idea de Europa como unidad agresiva o dominante a la idea de Europa como unidad defensiva, se produjo entre las dos guerras mundiales, y se concretó después de la segunda. En su momento, tan profundamente europeos fueron Churchill como Hitler: ambos hablaban continuamente de Europa como de un futuro que querían dirigir. Pero las ideas más prácticas, más positivas para la unidad europea, se gestaron en Francia. Después de la Segunda Guerra Mundial, Francia se hallaba en circunstancias muy especiales: habiendo ganado la guerra, la había perdido. Circunstancias que, aun siendo diametralmente opuestas a las de Alemania e Italia (que habiendo perdido la guerra, la habían ganado), venían a coincidir con las de estas naciones en una misma necesidad. La idea central consistía en que las dos grandes potencias en pugna estaban formadas por pequeños países que conservaban cierta autonomía dentro de la unidad: una era una unión de repúblicas identificadas por el socialismo soviético; la otra, una federación. Se atribuían sus respectivas fuerzas a su unidad de propósitos: fuerza militar, fuerza económica y un modelo de vida o de civilización capaz de atraer a otras entidades menores. Nada más lógico, por tanto, que pensar en unos *Estados Unidos de Europa*. Washington propugnaba esa idea. Tenía varias razones para ello: el propio sentimiento norteamericano de pertenecer directamente a la civilización europea, la necesidad de evitar que Europa cayese en la miseria de la posguerra y se inclinase por la revolución comunista (el marxismo europeo había ganado adeptos gracias a la lucha contra los nazis y a la alianza de guerra con la URSS) y el propósito de introducirse económicamente en el Viejo Continente. Otra preocupación esencial era la de que Europa no se debilitara con guerras internas: una Europa caótica y empobrecida tendría, finalmente, que optar por la forma de unificación prevista por Marx y se sumaría a la URSS. Desde el punto de vista americano, coincidente con el de los más destacados pensadores europeístas, eran necesarios una fuerza militar, unos principios democráticos y un sistema de producción y, por tanto, un mercado, comunes.

Reconciliación europea

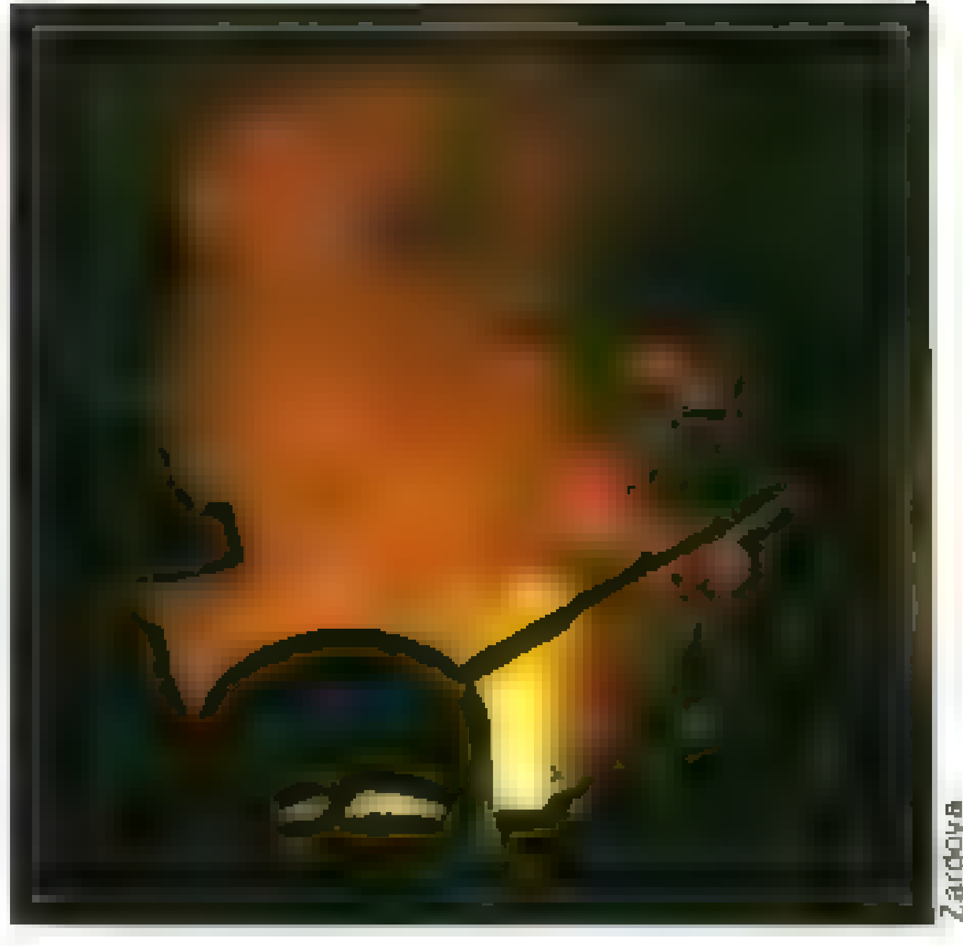
Si en el último siglo Europa había sufrido tres guerras cuya principal característica era el enfrentamiento de Francia con Alemania, urgía buscar una reconciliación. Dos franceses, Jean Monnet y Robert Schumann, y un alemán, Konrad Adenauer, fueron los pioneros de la nueva Europa. Estados Unidos dio el primer paso: el plan Marshall. El general George Marshall, secretario de Estado, explicó así su objetivo: «Nuestra política no está dirigida contra ningún país o ninguna doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos (...)

AGE

No sería conveniente para este país elaborar unilateralmente un programa para poner a Europa de nuevo en pie económicamente. Eso es cosa de los europeos.» La URSS y los países comunistas no quedaron excluidos del plan. A la primera reunión europea para tratar del plan Marshall (27 de junio de 1947) asistieron representantes de Francia, Gran Bretaña y la URSS, pero los soviéticos rechazaron la oferta: temían caer bajo una dependencia económica —y, por tanto, colonial— de Estados Unidos, y tenían ya suficientes pruebas de que este país, con Truman en la presidencia, se había fijado un objetivo anticomunista. Ninguno de los países del bloque del Este aceptó el plan (salvo, en un principio, Checoslovaquia).

Un antecedente: la OECE

El 12 de julio de 1947, los representantes de dieciséis naciones de Europa Occidental se reunieron en París para tratar del plan Marshall. Sólo faltaron Finlandia, cuyo neutralismo —por la vecindad soviética— la excluía, y España, porque su régimen no cumplía las formas democráticas requeridas. Los ministros de Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Grecia,



Zardoya

En ambas páginas, sesión de la Asamblea del Consejo de Europa institución afín a la CEE cuyo objetivo es la unidad europea

Minería del carbón —izquierda— e industria del acero —derecha están planificadas a nivel supranacional por la CECA desde 1952

Holanda, Noruega, Portugal, Suecia, Suiza, Islandia, Irlanda, Italia, Turquía y Luxemburgo aceptaron el plan Marshall (European Recovery Program), buscaron unos puntos de interés común para que su esfuerzo no se perdiera, y elaboraron los primeros proyectos económicos para administrar el dinero americano (cerca de 14 millones de dólares para el trienio comprendido entre 1948 y 1951). El 16 de abril de 1948 se firmó un convenio que estableció las bases de la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE).

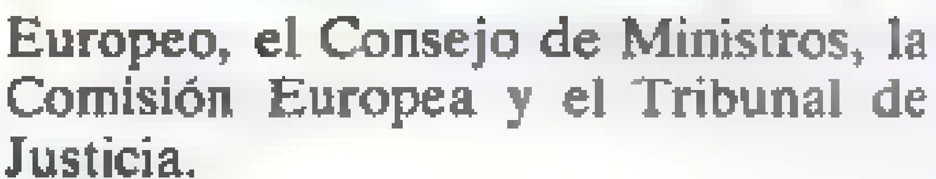
Formación del Mercado Común

Se estaba preparando el camino para la constitución del Mercado Común. El primer eslabón fue la constitución (18 de marzo de 1951) de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), formada por seis países (Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Holanda y Luxemburgo), con el objetivo de crear un mercado común para las industrias del carbón, acero, minerales férreos, chatarra y productos derivados. Y esos mismos seis países fueron los que decidieron establecer la Comunidad Económica Europea, que tomó inmediatamente el nombre familiar de Mercado Común porque, en realidad, se trataba de que hubiese entre ellos un solo mercado, con unas tarifas aduaneras unificadas y una política económica común en cuanto a agricultura, transportes y trabajo. De modo formal, la CEE se constituyó, junto con la Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM), por el Tratado de Roma (firmado el 25 de marzo de 1957), y entró en vigor el 1 de enero de 1958, tras ser ratificado por los parlamentos de los seis países. La realización de las tareas de la comunidad se encargó a cuatro instituciones: el Parlamento



A.G.E.





Europeo, el Consejo de Ministros, la Comisión Europea y el Tribunal de Justicia.

Esperanzas y límites

Era un gran avance, pero también el reconocimiento de limitaciones que obstaculizaban la unidad europea. Los dieciséis países reunidos en la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de París de 1947, se habían quedado reducidos a seis, y se empezó a hablar de la «Europa de los Seis». Algunos se habían autoexcluido por razones nacionalistas: no querían someter su economía a una autoridad supranacional; otros no creían reunir las condiciones necesarias para aceptar el programa común. Incluso se esgrimieron razones religiosas: Alcide de Gasperi, Robert Schumann y Konrad Adenauer, artífices de la comunidad, eran católicos y en los países protestantes se desconfiaba de ellos. Algunos de los políticos que impulsaban la asociación eran socialistas (el belga Paul-Henri Spaak, el francés Guy Mollet y el alemán Kurt Schumacher) y aportaban la adhesión de la Internacional Socialista, lo cual inquietaba a los gobiernos conservadores y, especialmente, al británico.

Por su planteamiento económico, su financiación inicial y sus móviles, la CEE era una asociación de marcado carácter capitalista y antisoviético. Pero ya entonces muchos veían en ella unas posibilidades más amplias: el embrión de una fuerza que podría ser equidistante de la URSS y de Estados Unidos.

De la «Europa de los Seis»...

Algunos países que no habían considerado interesante para su economía la integración en la CEE, se reunieron en la Asociación Europea de Libre Comercio o European Free Trade Association (EFTA). Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Gran Bretaña, Suecia y Suiza se asociaron en el grupo de los «Siete». Su formación tuvo lugar en la Convención de Estocolmo (20 de noviembre de 1959), y unos meses después se iniciaban las reducciones de tarifas aduaneras. La cabeza visible de este grupo era Gran Bretaña, que no tardó mucho en comprender que la gran esfera de atracción económica era, sin embargo, el Mercado Común. En 1961, los británicos solicitaron su ingreso en la CEE, apoyados por Alemania, pero, inmediatamente, Francia (el general De Gaulle) se opuso a su incorporación. Fueron precisos varios años para salvar las diferencias, sobre todo en tres temas esenciales: los precios agrícolas, la especificidad de algunos productos —como el azúcar de las Antillas o los productos lácteos de



Arriba, de izquierda a derecha, complejo siderúrgico británico, explotación agrícola irlandesa y astilleros daneses. La política económica comunitaria procura aminorar las diferencias entre rentas agrícolas e industriales



A.G.E





Elliott Erwitt-Magnum/Zardoya

Abajo, campesinos griegos ocupados en tareas agrícolas. Con objeto de adaptar el sector primario al nivel de los demás países de la Comunidad, el gobierno griego ha debido mejorar la pobre mecanización del campo.

Nueva Zelanda— que representaba Gran Bretaña, empeñada en incluir en el Mercado Común a los países de la Commonwealth, con los que estaba estrechamente asociada, y, finalmente, la participación británica en el presupuesto común, tema que todavía hoy da lugar a ásperos debates.

... a la de los «Nueve»

El 1 de enero de 1973, Gran Bretaña fue finalmente admitida y, con ella, dos países más de la Asociación Europea de Libre Comercio: Irlanda y Dinamarca. El ingreso de Noruega no llegó a producirse: consultado en un referéndum (1972), el pueblo noruego rechazó la posibilidad de ingreso. La Europa de «los Seis» pasó a ser la de «los Nueve». Pero los demás países de la Asociación de Libre Comercio no quisieron entrar en el Mercado Común, que les seguía pareciendo una organización impregnada de antisovietismo, y prefirieron mantener su neutralidad. Grecia y Turquía también habían planteado su plena adhesión, pero se consideró que su atraso económico iba a dañar a la Comunidad; lo mismo sucedía en el caso de Portugal, agravado por el carácter antidemocrático de su gobierno. Estas mismas razones mantuvieron a distancia a España, a pesar del interés del régimen de Franco en participar. Como soluciones especiales se firmaron acuerdos de asociación o preferenciales de comercio con varios países o grupos de países: con Grecia —que acabaría convirtiéndose en el décimo miembro pleno de la Comunidad a partir de 1981— y Turquía, con los seis países restantes de la Asociación de Libre Comercio y con países no europeos (Conferencia de Yaundé, 1963).

Frágil unidad

Prácticamente, todo el conjunto de países de Europa Occidental quedó vinculado al Mercado Común. Pero esto no significaba una solución al problema de la unidad. Por el contrario, desde entonces han ido sucediéndose innumerables querellas. Ha habido un resurgimiento de las nacionalidades, de las diferenciaciones, y ha reaparecido la concurrencia entre sistemas de producción afines. Algunas de las grandes esperanzas de la asociación no se han podido cumplir nunca: Europa no ha llegado a ser ni una federación ni una tercera fuerza, aunque ha resistido las frecuentes presiones de Estados Unidos para que interrumpiera o moderara sus relaciones comerciales con la URSS. Por otra parte, se han revelado nuevos focos de atracción económica en el mundo, como en el caso de Japón, que ha irrumpido en el mercado europeo no sólo con sus productos,

Evolución de la CEE

• **Primera época** *(1958-1962). Se caracterizó por el intento de lograr la* unión aduanera. *En esta fase se fueron levantando los obstáculos que impedían la consolidación de un nuevo espacio transnacional de circulación de las mercancías. En la medida en que se iban derribando las barreras aduaneras y suprimiendo progresivamente los aranceles proteccionistas, la CEE se hizo acreedora de su nombre inicial:* Mercado Común Europeo. *Los seis países miembros redujeron paulatinamente las limitaciones comerciales entre ellos, al tiempo que adoptaron una política común frente a terceros países.*

• **Segunda época** *(1962-1968). Durante este período se dio prioridad al tema de la agricultura. La creación de la llamada* Europa verde *obedecía a un plan claramente proteccionista, debido al político y economista holandés Sicco Mansholt. Este plan —al que Mansholt dio su nombre— pretendía garantizar unos precios mínimos al agricultor y evitar la competencia extranjera. Esto se complementaba con un programa de créditos destinados a mejorar y modernizar las estructuras agrarias, tanto desde el punto de vista de utillaje como de la comercialización de los productos. El 14 de enero de 1962 se aprobaron las primeras disposiciones comunes que inauguraban la política agraria comunitaria propiamente dicha. Se establecía así un* mercado común agrícola *para la mayoría de los productos agrarios importantes. En 1968 hubo un segundo plan Mansholt para reestructurar los diversos sectores agrícolas, pero sus resultados no fueron los previstos.*

En etapas posteriores, la cuestión agrícola ha sido una de las fuentes de conflicto que han impedido llegar a objetivos previamente marcados y han llevado a la CEE a serias crisis.

• **Tercera época** *(1968-1973). Coincide con la euforia por la brillante situación de despegue industrial de los países miembros. La supresión total de las barreras aduaneras y la implantación de un arancel común para los países externos tuvo lugar con más de un año de adelanto sobre los planes previstos. Así mismo, se logró otro objetivo: la libre circulación de los trabajadores entre los países miembros de la CEE. En este clima de optimismo por la consolidación de objetivos económicos, los seis decidieron abrir conversaciones para la ampliación de la Comunidad a otros países (diciembre de 1969).*

En 1970 se iniciaron las negociaciones con Gran Bretaña —cuyo ingreso había vetado, en 1965, el general De Gaulle— que, tras vencer numerosas dificultades técnicas, fue admitida con pleno derecho en enero de 1973, junto con Irlanda y Dinamarca. Noruega, tras un referéndum celebrado en 1972, decidió no incorporarse. La Europa de los «Seis» pasaba a ser la de los «Nueve».

• **Época actual.** *Se inició en 1973 con la crisis del petróleo, que inauguró un período de recesión económica. Los problemas monetarios obligaron a mantener una distancia mínima entre las monedas intracomunitarias —la «serpiente monetaria»— y a hacerlas flotar de modo ordenado respecto al dólar. Esto, a pesar de las dificultades, culminaría en la creación de un Sistema Monetario Europeo (SME), establecido en marzo de 1979. Por él se acordó que los «Nueve» se comprometían a limitar las fluctuaciones de su moneda respecto a una cuota central denominada* ECU (European Currency Unit, *Unidad de Moneda Europea).*

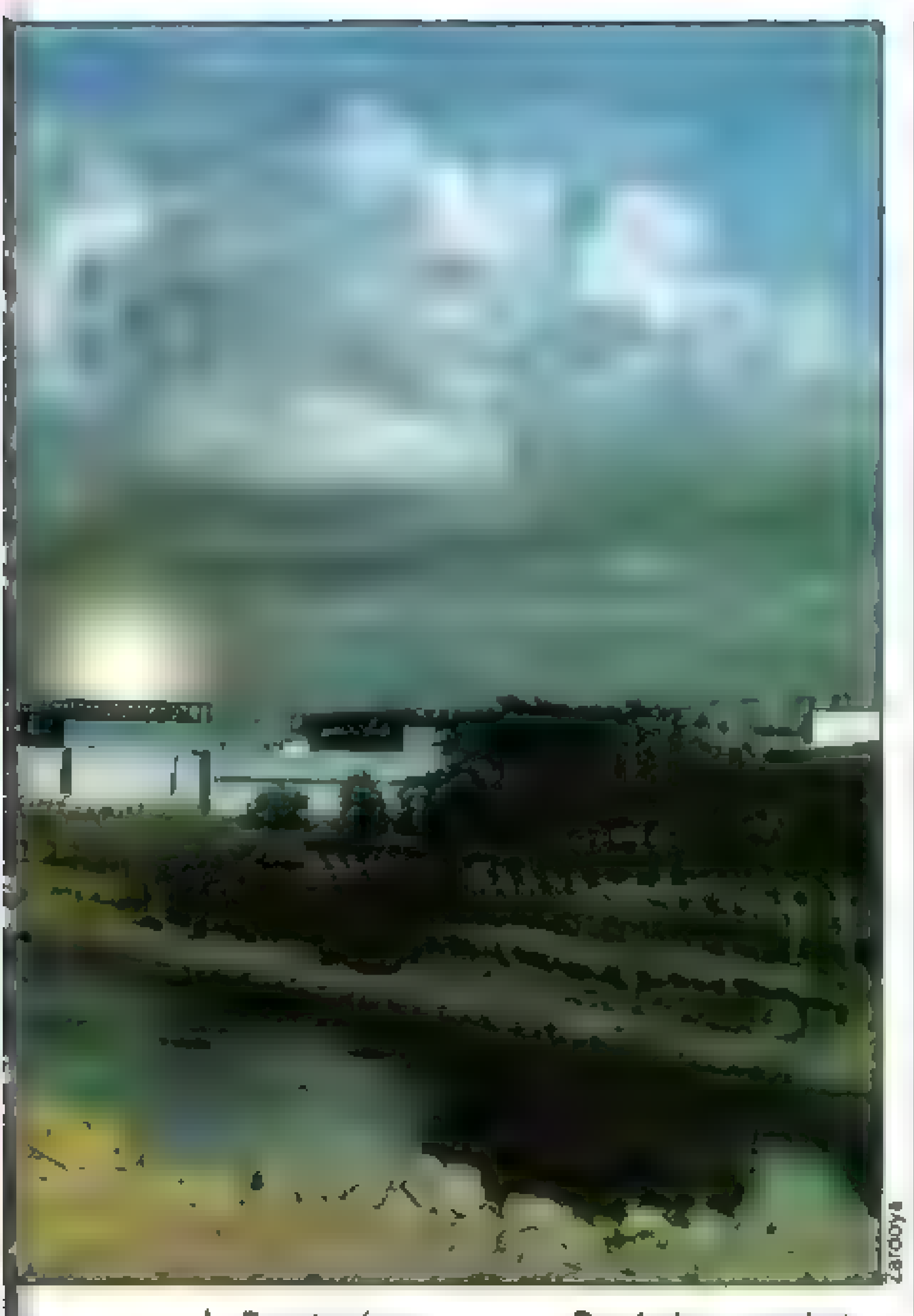
La entrada de Grecia como miembro pleno de la Comunidad el 1 de enero de 1981 —la negociación, congelada en 1967 al implantarse la dictadura, se aceleró con el retorno de la democracia—, coincidió con la exacerbación de las crisis internas y externas de la CEE. La «Europa de los Diez» se encuentra sumida en las «guerras agrícolas» sostenidas por Gran Bretaña contra el resto de los países miembros. Así mismo, el gobierno de Londres, en desacuerdo con las cuotas de su participación en los presupuestos comunitarios, solicita la renegociación de sus condiciones de permanencia en la CEE.

Desde el exterior, Estados Unidos ha planteado a la Comunidad serios problemas de tipo financiero (con el alza de los tipos de interés norteamericano, el sistema monetario europeo ha sufrido en sus divisas una seria devaluación), proteccionista (como en el sector del acero), político (como el boicot al gaseoducto entre Europa Occidental y Siberia). Estas amenazas se suman al vertiginoso aumento del paro y la inflación hasta niveles sin precedentes en la historia de la CEE.



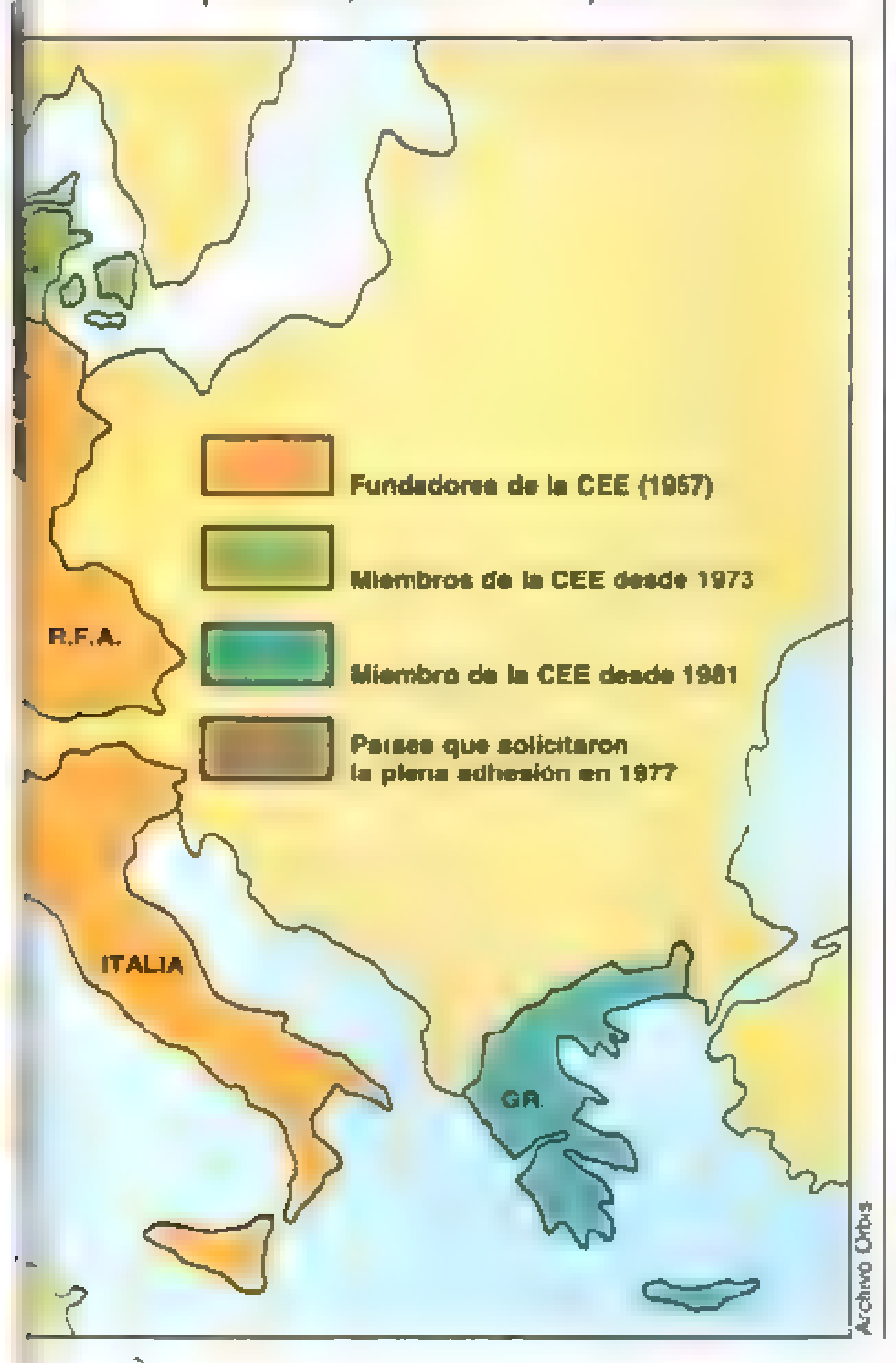
En ambas páginas, arriba, central nuclear francesa de Chinon. Francia, es uno de los seis países que fundaron el EURATOM. Abajo, mapa de la Europa comunitaria en 1982.







En esta página, Constantinos Karamanlis (izquierda), presidente de Grecia, trata con Roy Jenkins, presidente de la Comisión Ejecutiva de la CEE, el ingreso de su país en la Comunidad.



sino también con su participación económica y sus patentes en las nuevas sociedades multinacionales. Al mismo tiempo, la CEE ha tratado de acomodarse a una nueva presión: la de los precios de las materias primas y, muy especialmente, de la energía, a partir de los aumentos sucesivos del precio del petróleo por parte de los países árabes y de otros productores.

«Diálogo Norte-Sur»

Las iniciativas para el llamado «Diálogo Norte-Sur» partieron de Francia: la propuesta de una comisión para la distribución de la energía, dentro de las Naciones Unidas (diciembre de 1973), y la «trilateral» (países exportadores de petróleo, países importadores desarrollados y países importadores subdesarrollados). Estas iniciativas desembocaron en la llamada Conferencia sobre la Cooperación Económica Internacional, más conocida como «Diálogo Norte-Sur», que se reunió en París en diciembre de 1975. La representación europea ya no la formaban sólo los miembros de la CEE, aunque éstos constituían el principal foco de atracción. Europa recibió entonces nuevas presiones de Estados Unidos: el concepto «Norte-Sur» parecía desviarse de lo que hasta entonces se consideraba como única pugna posible en el mundo: el enfrentamiento Este-Oeste. Estados Unidos no deseaba que sus aliados europeos pudieran continuar un tipo de negociaciones y de relaciones que desbordaban sus posibilidades de control. Durante la visita del presidente Ronald Reagan a Europa (junio de 1982), y en la reunión celebrada en Versalles por los países considerados más ricos (entre los cuales no están todos los del Mercado Común, que conoce así una importante división de clases y categorías), se planteó la necesidad de abandonar esos proyectos que, a su vez, se veían entonces desafiados por dos graves acontecimientos: la guerra de las Malvinas, en la cual la Comunidad —con alguna excepción— hizo causa común con Gran Bretaña (y, por lo tanto, se enfrentó a América Latina y a un número importante de países subdesarrollados), y la penetración de los soldados israelíes en el territorio del Líbano, que limitó la iniciativa europea de amistad con los árabes. Simultáneamente, y a pesar del apoyo europeo, Gran Bretaña siguió discutiendo la cuestión de su cuota de participación, amenazando con una retirada violenta.

Hacia un espíritu común

Institucionalmente, los problemas del Mercado Común son cada vez más complejos. Al negar una vez más su apoyo al ingreso de España —ya democrática—, Francia argumentaba que el caos que está viviendo la CEE es ya bastante complejo para agravarlo con la incorporación de la problemática



Edificio de la CEE en Bruselas, sede del Consejo de Ministros, la Comisión de Comunidades, el Comité Económico y Social y el Comité Consultivo. Los dos primeros órganos son comunes a la CEE, la CECA y el EURATOM.

AGE

España. La aportación de dos millones de parados y de unos precios agrícolas competitivos, unida a una escasa capacidad española para la absorción de los productos terminados fabricados en Europa son las causas más importantes de esta nueva negativa.

A pesar de todo, sigue progresando una cierta solidaridad europea. Y lo más difícil, reconducir los nacionalismos hacia un espíritu común, ha ido consiguiéndose. Prevalecen dificultades esenciales: hay una «Europa de los trabajadores» que se queja de la existencia de una «Europa de los capitalistas»; pero esto no es más que la traslación a una situación internacional de las diversas situaciones nacionales. Actualmente, el riesgo de enfrentamiento en forma de guerra entre los países que integran Europa Occidental puede considerarse nulo.

Aun sin ser totalmente una tercera fuerza, Europa ha visto aumentar su capacidad para encontrar soluciones propias a sus problemas. No es posible predecir su futuro, porque no le pertenece por completo. La gran crisis económica está por encima de ella, y empieza a manifestarse a través de cierta acentuación de la lucha de clases, que había sido atenuada en la época más floreciente de la «civilización de consumo» por el reparto de las nuevas riquezas. Europa no es dueña de su propio destino: lo que sea de ella dependerá en gran parte de la evolución de las otras grandes potencias económicas, políticas y militares del mundo.

El papa Juan XXIII

Néstor Luján,
periodista, director de
Historia y vida

Angelo Giuseppe Roncalli fue un hombre afectuoso, sencillo e inteligente. Acertó a comprender que el catolicismo debía responder de forma adecuada a los problemas de su tiempo, como la guerra, la injusticia y la pobreza, y advirtió la necesidad de un aggiornamento *o puesta al día de la Iglesia. Su objetivo fue «quitar el polvo que se había ido acumulando en el trono de Pedro desde la época de Constantino»*

El 28 de octubre de 1958, el cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, entonces patriarca de Venecia, fue elegido Papa y asumió el nombre de Juan XXIII. Aparentemente, el suyo iba a ser un pontificado de transición; sin embargo, el papa Juan se reveló —ya desde sus primeros contactos con el público— como muy distinto de sus predecesores. En efecto, durante los cuatro años y medio en que reinó en la cátedra de San Pedro, la Iglesia católica experimentó una auténtica revolución, sellada por el Concilio Ecuménico Vaticano II, que el Papa inauguró en Roma en octubre de 1962.







Publifoto

Arriba, a la izquierda Pío XII, antecesor de Juan XXIII. Eugenio Pacelli fue un papa solitario, autocrático y muy «político», cuyo reinado coincidió con los años de la Segunda Guerra Mundial y con la llamada «guerra fría».

Arriba, a la derecha Roncalli durante el servicio militar (1902); abajo, sentado, en el centro, con algunos compañeros de seminario tras ser ordenado sacerdote (1904), en ambas páginas, patriarca de la sede veneciana (1953)



E. Nuova





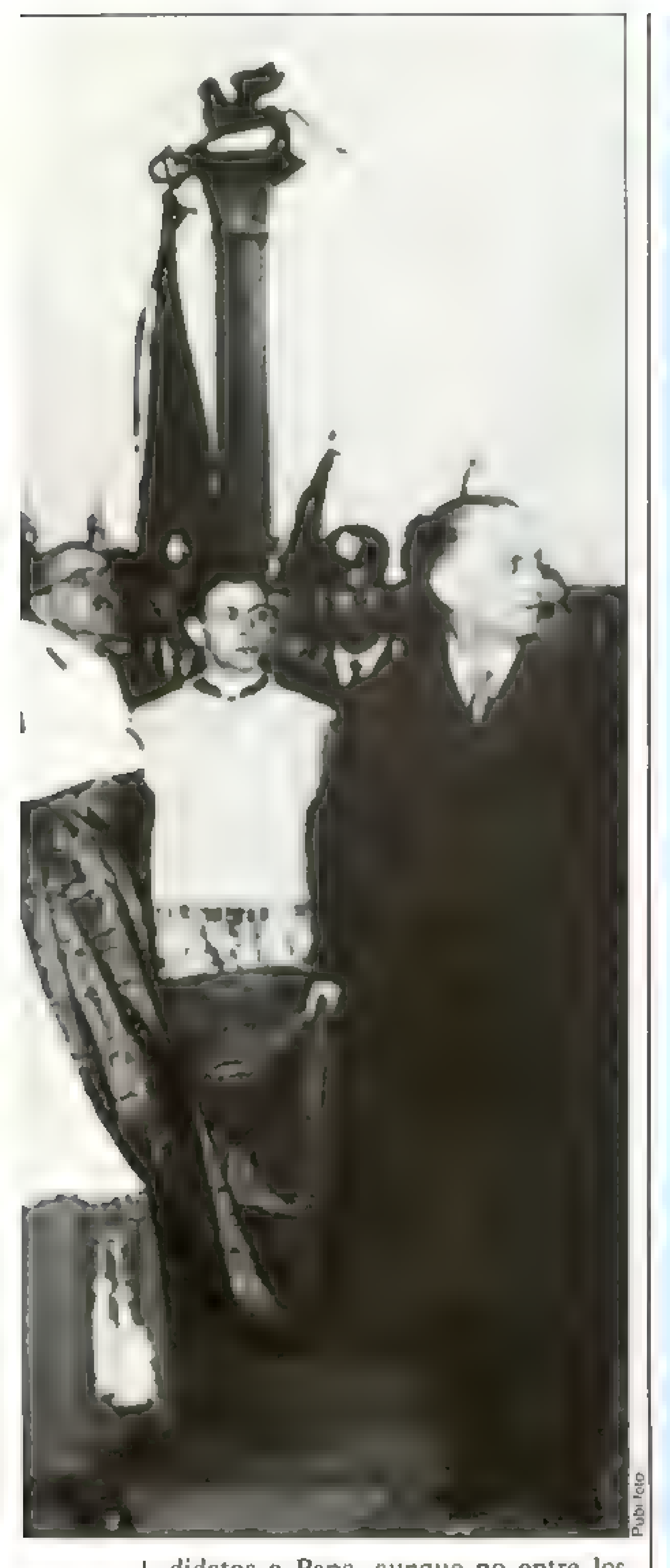
Un Cónclave incierto

Cuando el Cónclave cerró solemnemente sus puertas el sábado 25 de octubre de 1958 para elegir al sucesor de Pío XII, sólo contaba 51 cardenales electores en vez de los acostumbrados 70; dos cardenales habían muerto poco antes y otros dos no pudieron atravesar el «telón de acero». Ello se debía a que Pío XII se había mostrado cada vez menos dispuesto al nombramiento de nuevos cardenales.

Una anotación contemporánea a la elección de Inocencio VII como Papa, en 1404, incluye esta descripción de las reglas del Cónclave: «Es un lugar cerrado, sin nada que lo divida, especialmente situado para que los cardenales elijan a un nuevo Papa; debe estar cerrado y vallado por todas partes, exceptuando una pequeña puerta para entrar, que permanece siempre cerrada, y que debe permanecer estrechamente vigilada. Hay también una pequeña ventana por donde se pasa la comida a los cardenales, a su propia costa, y esta ventana está hecha de modo que se puede abrir y cerrar cuando se desee. Los cardenales tienen cada uno una pequeña celda individual en diferentes pisos para dormir y descansar.»

Más de quinientos años después, lo esencial de este procedimiento permanecía sin cambio alguno. Cada uno de los 51 cardenales que entraron en la zona del Cónclave en la tarde del sábado 25 de octubre, podía llevar consigo dos ayudantes o «conclavistas». Había también un pequeño equipo de trabajo, consistente en dos médicos, un grupo de sacerdotes, bomberos, barberos, fontaneros, carpinteros y cocineros. En total, unas doscientas personas que estaban confinadas en una sección aparte del Palacio Apostólico.

El patriarca de Venecia, Angelo Roncalli, estaba entre los posibles can-


Publifoto

didatos a Papa, aunque no entre los más probables. Pero todos sabían que la elección del nuevo Papa no sería empeño fácil. Los problemas que planteaba la Iglesia en un mundo desgarrado —en aquel instante crítico— en dos bloques y que vivía amenazado por el peligro de la bomba atómica, hacían que la elección no fuese sencilla. El domingo 26, las primeras votaciones fueron negativas. El lunes 27 se difundió la falsa noticia de que ya se había elegido Papa, y mientras se esperaba con expectación la declaración del nuevo pontífice, la Plaza de San Pedro del Vaticano se llenó de una multitud apa-

De Sotto il Monte a la silla de Pedro

25.XI.1881: *Angelo Giuseppe Roncalli, tercer hijo del mediero Giovanni Battista Roncalli y su esposa, Marianna Mazzola, nace en Sotto il Monte (provincia de Bérgamo).*
1892-1900: *primeros estudios en el Seminario de Bérgamo. En el Seminario Menor hasta 1895, en el Mayor hasta segundo curso de Teología.*
1901: *alumno del Seminario Romano Mayor de San Apollinar. El 30 de noviembre inicia el cumplimiento del servicio militar obligatorio en el 73 Regimiento de Infantería, Brigada Lombardía de Bérgamo.*
1904: *doctorado en Teología por el Seminario Pontificio. Consagración sacerdotal en la iglesia de Santa María in Monte Santo (10.VIII). Roncalli celebra su primera misa en la iglesia de San Pedro (15.VIII).*
1905: *regresa a Bérgamo. Es nombrado secretario particular del obispo de Bérgamo.*
1908: *primera publicación importante de sus estudios religiosos e histórico-eclesiásticos:* El cardenal Cesare Baronio, en ocasión del centenario de su muerte
1915: *es llamado a filas. Va al frente con el grado de sargento de Sanidad.*
1921: *el papa Benedicto XV llama a Roncalli a la Congregación de Propaganda Fide y le confía la reorganización de determinadas secciones.*
1925: *es nombrado obispo (19.III). La consagración tiene lugar en la iglesia de San Carlo al Corso, a cargo del cardenal Tacci, a la sazón secretario de la Congregación de la Iglesia Oriental. Celebra su primera misa como obispo en la iglesia de San Pedro (20.III). En el mismo mes, el papa Pío XI le nombra visitador apostólico (encargado de negocios del Vaticano) en Bulgaria.*
1934: *es nombrado delegado apostólico de Turquía y Grecia y administrador apostólico de Constantinopla (Estambul).*
1935: *abandona Bulgaria y se establece en Estambul en enero. En mayo hace su primer viaje a Grecia. Muere su padre en Sotto il Monte (28.VII)*
1945: *el obispo y nuncio Roncalli presenta sus credenciales al general De Gaulle (1.I)*
1952: *por grave enfermedad del patriarca de Venecia, Pío XII solicita a monseñor Roncalli que acepte esa sede (10.XI). Se anuncia oficialmente su elevación al cardenalato (29.XI). Muere el patriarca de Venecia, cardenal Agostini (28.XII)*
1953: *es elevado a la dignidad cardenalicia (12.I). Recibe la birreta cardenalicia de manos del presidente de la República francesa, Vicent Auriol, y Pío XII anuncia su promoción a la Sede Veneciana (15.I). Hace su entrada oficial en Venecia (15.III). En el Congreso Eucarístico Nacional que se celebra en Turín en septiembre pronuncia un discurso sobre* La Eucaristía, fundamento de la solidaridad y de paz social. *Recibe en Castelgandolfo el capelo cardenalicio (20.X).*
1954: *en julio hace un viaje a España En octubre, al Líbano, como legado pontificio en el Congreso Nacional Mariano de Beirut.*
1958: *el 9 de octubre muere Pío XII. El día 12, el cardenal Roncalli sale para el Cónclave, donde entra el 25 El 28 por la tarde es elegido Papa. El 4 de noviembre tiene lugar la solemne coronación. El 15 de diciembre celebra su primer consistorio, en el que son nombrados 23 cardenales, entre ellos monseñor Montini, arzobispo de Milán. El número de cardenales llega así a 75. Juan XXIII deroga las disposiciones de Sixto V, que había fijado el número de cardenales en 70.*
1959: *anuncia la celebración de un Sínodo para la diócesis de Roma, de un concilio para la Iglesia universal y de la reforma del Derecho Canónico (25.I). Encíclica* Ad Petri cathedram *(21.VI), en la que define el programa de su pontificado.*
1960: *tercer consistorio (28.III), en el que son nombrados 7 nuevos cardenales. El Sacro Colegio queda constituido por 85 miembros, entre ellos el primer cardenal negro: monseñor Rugambwa*
1961: *cuarto consistorio (16.I): 4 nuevos cardenales. Encíclica* Mater et Magistra *(15.V), sobre cuestiones sociales, en el 60 aniversario de la* Rerum novarum *de León XIII. Encíclica* Aeterna Dei *(noviembre).*
1962: *se fija la fecha del 11 de octubre para la inauguración del Concilio Ecuménico Vaticano II. Peregrinación a Loreto y a Asís (4.X). Ceremonia de la inauguración del Concilio (11.X)*
1963: *se le concede el Premio Internacional de la Paz (1.III), de la Fundación Eugenio Balzán. Encíclica* Pacem in terris *(11.IV). Muere el 3 de junio, a las 19.49*

La elección

La votación del Cónclave se celebró en la Capilla Sixtina del Vaticano. El martes 28 de octubre de 1958, cuando los cardenales se reunieron por la tarde para votar por undécima vez, dominaba la sensación de que aquél iba a ser el escrutinio definitivo. Así fue. Los tres cardenales encargados de leer las papeletas repitieron sucesivas veces un nombre: «El reverendísimo cardenal Roncalli.» Los demás cardenales, que llevaban el cómputo de los votos, bien pronto se dieron cuenta de que el patriarca de Venecia superaba los treinta y cuatro votos —las dos terceras partes del Cónclave— requeridos

«Tiemblo y tengo miedo»

Al concluir, el cardenal francés Tisserant, decano del Sacro Colegio, prelado barbudo y majestuoso, se dirigió al cardenal Roncalli y en el más pulido latín académico le dijo: «¿Aceptáis la elección, que ha sido llevada conforme al derecho canónico?» Entonces, conmovido pero no turbado, el cardenal Angelo Giuseppe Roncalli respondió: «Oyendo vuestra voz "tiemblo y tengo miedo" y lo único que sé de mi propia pobreza e insignificancia es suficiente para explicar mi confusión. Pero viendo en los votos de mis hermanos, los cardenales de nuestra Santa Iglesia Romana, un signo de la voluntad de Dios, acepto la elección que han hecho. En la solemnidad de Cristo Rey cantemos todos juntos: "El señor es nuestro Juez, el Señor es nuestro Legislador, el Señor es nuestro Rey. Él nos salvará."»

«Vocabor Johannes»

En el momento en que pronunció la palabra «acepto» se convirtió en Papa. Los cardenales tiraron de las cuerdas que sostenían los doseles sobre sus tronos en señal de que ya no eran sus iguales. Entonces Tisserant le preguntó: «¿Por qué nombre desea ser llamado?» «Vocabor Johannes» *(«Seré llamado Juan»), respondió Roncalli.*

Un nuevo pontificado comenzaba. El mundo y la Iglesia católica iban a conocer una de las más discutidas revoluciones espirituales de la época contemporánea gracias a aquel hombre modesto, misterioso en su llaneza, tenaz y afable, que al final de la jornada apuntó lacónicamente en su diario: *«Hoy he sido nombrado Papa.»*


De Cesare

sionada y curiosa, pero el humo negro desengañó a los espectadores. Y hasta el martes 28 de octubre, en la undécima vuelta de escrutinio, el cardenal Roncalli no apareció como el 259 sucesor de San Pedro.

La primera sorpresa: «Seré llamado Juan»

El papa Angelo Giuseppe Roncalli debía ser el 43 pontífice italiano consecutivo desde la muerte del austero Adriano de Utrecht, Adriano VI, cuyo pontificado fue breve. (Esta tradición no debía romperse hasta la elección del papa Juan Pablo II.) La primera sorpresa, después de la relativa de su elección, se produjo cuando dijo firmemente: «Seré llamado Juan.» La gente quedó estupefacta, porque el nombre, después del antipapa Juan XXIII, que no cuenta en la lista de los pontífices, había sido totalmente olvidado. «El nombre de Juan me resulta especialmente querido porque es el nombre de mi padre, también porque es el nombre de la pequeña y humilde parroquia donde fui bautizado. Es el nombre de innumerables catedrales de todo el mundo y, principalmente, el de la bendita y santa basílica de Letrán, nuestra catedral. Éste ha sido el nombre que

Camera Press/Zardoya



Camera Press/Zardoya

En la página anterior, Juan XXIII en el balcón de la basílica de San Pedro después de la ceremonia de coronación.

En esta página, a la izquierda, junto a una fuente de los jardines de Castelgandolfo; a la derecha, en un gesto de cansancio. Cuando Angelo Giuseppe Roncalli fue elegido Papa contaba 77 años. Todos esperaban —y él mismo pronosticó— que el suyo sería un pontificado breve, de transición. Y fue breve (duró cuatro años, siete meses y cuatro días), pero extraordinariamente fructífero: inició una reforma trascendental para modernizar la Iglesia y reconciliar a los cristianos. «La Iglesia —dijo— no puede convertirse en un museo lleno de obras antiguas.»

más se ha usado en las listas de pontífices. Es indudable que ha habido veintidós legítimos supremos pontífices llamados Juan. Además, todos han tenido un pontificado breve.» Ésta fue la primera muestra de su fina ironía bondadosa, inevitable incluso en una ocasión tan solemne. Y continuó: «Hemos preferido escoger la pequeñez de nuestro nombre frente a la magnífica sucesión de pontífices... Nos gusta el nombre de Juan, tan querido por nosotros y por la Iglesia, particularmente porque fue adoptado por dos hombres que estuvieron próximos a Cristo, el divino Redentor de todo el mundo y Fundador de la Iglesia: Juan el Bautista... Y Juan, el discípulo y evangelista, ... Quiera Dios disponer que ambos Juanes rueguen por nuestro tan humilde ministerio pastoral... Hijos míos, amaos los unos a los otros. Amaos los unos a los otros porque éste es el mayor mandato del Señor. Venerables hermanos, que Dios, en su misericordia, permita que, llevando el nombre del primero de una serie de soberanos pontífices, podamos, con la ayuda de la divina gracia, tener su santidad de vida y su fortaleza de ánimo, hasta el derramamiento de nuestra sangre, si ésta es la voluntad de Dios...»

Una figura apacible y bondadosa

Lo primero que sorprendió al mundo entero fue el contraste físico de Juan XXIII con el Papa anterior, Pío XII. Eugenio Pacelli parecía la imagen misma de la aristocracia y de la majestad del pontífice romano. Un periodista americano lo había comparado a un hombre gótico y, para provocar el contraste, decía que Juan XXIII, su sucesor, semejaba un macizo hombre románico. Pío XII era alto, elegante, de una fisonomía ascética, melancólica. Juan XXIII era de corta talla, corpulento, de rostro bondadoso, pero

Keystone F X Rafols

como modelado en una espesa arcilla. Jean Couvreur lo retrató así en el diario parisino *Le Monde*, a raíz de su primera conferencia de prensa, el 6 de noviembre de 1958: «El rostro del Papa, cuyos rasgos de lejos parecen como densos y pesados, se revelan, en la proximidad, como vigorosamente tallado para acercarse a él... Los ojos, extremadamente vivos, indican un espíritu ágil, con una mirada llena de sabiduría y, si se puede emplear esta palabra en el caso de un jefe espiritual, muy propios para ver las realidades. Las orejas son grandes, la frente abombada; el mentón prominente, ligeramente redondeado, soporta el poderoso armazón óseo del rostro. El conjunto de la fisonomía está lleno de una nobleza natural y campesina, que marca tantos rostros del mundo mediterráneo, de Italia, de España así como de nuestra Provenza y de nuestro Languedoc.»

Así era el Papa, extremadamente ágil a pesar de su obesidad —95 kg— y de su avanzada edad —77 años—, que auguraba un Papa de transición, un pontífice de puro trámite. «Será un Papa sin historia», comentaron los periodistas especializados en asuntos del Vaticano. Bien pronto se iba a comprobar todo lo contrario: su pontificado sería decisivo.



Esta fotografía oficial del Pontífice tiene su anecdótico contrapunto en las dos instantáneas que la acompañan. Su franqueza y cordialidad, al margen de cualquier retórica, y su forma de comportarse llana, sin envaramiento, hicieron de Juan XXIII un Papa muy querido, incluso por aquellos que no profesaban la religión católica.

Felici

Keystone/F. X. Mafois

La discutida pero acatada convocatoria del concilio

Su pontificado fue corto, como con zumba bondadosa había señalado en su discurso de aceptación: duró sólo cuatro años y medio. Pero, una vez más en la historia de la Iglesia, un pontificado corto había de resultar decisivo. El papa Juan no era un Papa de trámite, sino un profundo revolucionario, empleando la palabra dentro de los límites que ofrecen las estructuras de la Iglesia.

Ya en noviembre de 1958, Angelo Roncalli había pronunciado una homilía que era un verdadero discurso programático. Con una franqueza que a muchos les pareció tajante y ruda, habló de reformas esenciales. Y, éstas, amén de los pequeños detalles, no se hicieron esperar. En enero de 1959, en plena octava de oraciones por la Unión de Cristianos, el Papa anunció la convocatoria de un Concilio Ecuménico. El anterior concilio, el Vaticano I, trágicamente suspendido por la guerra franco-prusiana de 1870, había reforzado la posición espiritual y política del Papa gracias a la aprobación del dogma de la infalibilidad, pero terminó sin haberse definido el conjunto de la constitución de la Iglesia en la cual debía insertarse el dogma de la infalibilidad papal. De ahí resultó un lapso de



Di Cesare

casi un siglo de desequilibrio en la concepción de la autoridad en el seno de la Iglesia católica.

Si a muchos cristianos católicos la convocatoria del Concilio Vaticano II abría caminos de esperanza, a la mayoría de los prelados les sumió en la duda y el descontento. Algunos teólogos daban por supuesto que la época de los concilios había ya periclitado, y que no eran necesarios dado el dogma inapelable de la infalibilidad del Papa. Pero el Concilio Ecuménico Vaticano II se planteó como una continuación y un complemento del Vaticano I, y como un concilio ecuménico de obispos. La diversidad de matices en el enfoque del concilio entre la curia romana y los obispos se confirmó cuando el concilio se reunió en octubre de 1962. En la preparación de los esquemas habían participado las diversas congregaciones romanas, pero a medida que transcurrían las sesiones el papel decisivo correspondió, en cambio, a los obispos. Nada menos que 2.540 «padres conciliares», que representaban a más de 500 millones de católicos de 79 naciones, se reunieron, con sus blancas mitras, en la basílica de San Pedro. Juan XXIII había querido que el acto inaugural, impresionante y barroco, fuera televisado.

Los trabajos del concilio se iniciaron prontamente. Se habían reunido 8.972 proposiciones, llegadas del mundo entero, que habían sido traducidas al latín, impresas y editadas en quince grandes volúmenes de gran formato, encuadernadas en cuero rojo. Se eligieron 160 miembros de comisiones diversas para estudiarlas. Pero bien



En la página anterior ceremonia de apertura del Concilio Vaticano II 2.500 personas, entre cardenales, obispos y superiores generales de las órdenes religiosas asistieron al acto

En ambas páginas, paseo del Papa por Roma una passeggiata que en su día causó cierto estupor. En esta página, clausura del concilio (1965) el sueño de Juan XXIII se había hecho realidad

pronto el latín fue rechazado como lengua única y, ante el escándalo de los tradicionalistas, se impusieron seis lenguas en los primeros debates.

Lo más curioso es que las nuevas interpretaciones sobre la Iglesa militante surgían, espontáneas, de los debates conciliares y coincidían con lo que había señalado el Papa en su discurso de apertura el 11 de octubre de 1962: una orientación abierta y optimista en desacuerdo con los profetas de los desastres y en la que se manifestaba el deseo de no condenar, de usar más «la medicina de la misericordia que la severidad, y ayudar a los hombres de nuestros días con una exposición más actualizada y comprensible de la doctrina de Jesucristo». Así pues, se tendía a una reorganización del gobierno de la Iglesia; el pontificado de Juan XXIII iba a representar el inicio de la apertura de la Iglesia católica.

Las encíclicas sociales

Además de la labor desarrollada en el concilio, son obra de Juan XXIII varias encíclicas, en especial *Mater et Magistra*, acerca de las cuestiones sociales, y *Pacem in terris*, sobre la paz del mundo. En estos dos textos fundamentales, estrechamente ligados entre sí, se expresaba la voluntad de Juan XXIII de trabajar para establecer en el mundo un orden armonioso fundado en el respeto de la dignidad humana. Estos dos documentos constituyeron un verdadero esbozo de un nuevo orden social y político de inspiración cristiana.

Mater et Magistra proponía cierto número de soluciones positivas. El progreso social debía acompañar al

Cristiano optimismo

A los 81 años, y contestando a las críticas de los conservadores ante la convocatoria del Concilio Vaticano II, Juan XXIII manifestó en la televisión.

«En el ejercicio diario de nuestro trabajo pastoral, hemos escuchado a veces las voces de personas que, animadas por su celo no estaban guiadas por el sentido de la discreción y la mesura. Puede que ellos no vean nada más que mentira y ruina en estos tiempos modernos. Dicen que nuestra era, en comparación con las pasadas, es la peor. Y ellos, que al parecer no han aprendido nada de la Historia —sin duda la muestra de la vida—, se comportan como si en los tiempos de los otros concilios todo fuera triunfo por las ideas cristianas y por la debida libertad religiosa.

»Nosotros creemos que no debemos estar de acuerdo con estos profetas del desastre que están siempre pronosticando catástrofes como si el fin del mundo estuviera al llegar.»

Paz y desarme

Después de su primera misa en la Capilla Sixtina, Juan XXIII hizo un llamamiento a la paz, transmitido en treinta y seis lenguas por Radio Vaticano. «¿Por qué nuestros partidismos y desacuerdos todavía no se han solucionado en base a la justicia? ¿Por qué el ingenio humano y la riqueza de las naciones se emplean en la producción de armamentos —perniciosos instrumentos de muerte y destrucción— en lugar de utilizarlos en beneficio de los ciudadanos, particularmente en favor de aquellos que viven en la pobreza?... Se ha de actuar con valentía y confianza, y así la inspiración y ayuda del cielo llegará a cada uno de vosotros. Contemplad a la gente que confía en vosotros y escuchad sus voces. ¿Qué es lo que buscan? ¿Qué es lo que os piden? No cabe duda que no os piden esos nuevos y monstruosos instrumentos de guerra que se están produciendo y que pueden aniquilarnos a todos. No, nada de esto, sino que piden una paz.»





Publifoto

desarrollo económico; era preciso asociar a los trabajadores con la propiedad y con la gestión de las empresas, de modo que, no sólo el capital había de sacar provecho del trabajo. La encíclica incitaba a los católicos a buscar en estos principios los medios concretos para su aplicación. También llamaba la atención y se inquietaba por las enormes zonas subdesarrolladas del mundo, aunque para hacer frente a la crisis de la alimentación mundial condenaba toda política malthusiana, subrayando las posibilidades ilimitadas que la naturaleza ofrecía al hombre. En conjunto, *Mater et Magistra* era una lección de solidaridad, en la que se afirmaba que todos los hombres tienen derecho a participar en los bienes de este mundo, que fueron recibidos de Dios como herencia común y que el control del Estado debía reducirse a la extirpación de las desigualdades y las injusticias.

Pacem in terris fue un perfecto modelo de antimaquiavelismo, de limpia y osada honestidad. Con esta encíclica, Juan XXIII definió una ideología de paz que para él no era la ausencia de







Juan XXIII fue un Papa afable que gustó del contacto personal: a la izquierda, con la reina Isabel de Inglaterra, arriba, en la cárcel romana de Regina Coeli; abajo, con sus hermanos Giuseppe, Zaverio, Alfredo y Assunta.

Publifoto

De Cesaro

Una bendición

Cuando, a principios de 1963, el Papa recibió a Alexis Adzûbej y a su mujer, Rada Kruschov, la audiencia acabó con una bendición. Adzûbej no era un ciudadano soviético cualquiera, sino un miembro del Soviet Supremo, director de Izvestia, *el periódico del Gobierno. Antes de despedirles, Juan XXIII les bendijo diciéndoles: «Ustedes dicen que son ateos. Pero sin duda querrán recibir la bendición de un anciano para sus hijos.» Les bendijo mientras ellos permanecían, reverentes, con las cabezas inclinadas. «Ésta ha sido tan solo una pequeña bendición. Tan pequeña que a nadie puede dañar. Recíbanla como si la desearan —en ella se incluye a todos sus familiares—, en espíritu de reconciliación. Que la paz y la justicia les acompañen siempre.»*

Progreso científico

El 12 de abril de 1961, cuando el primer cosmonauta —el soviético Jurij Gagarin— recorría el espacio sideral, Juan XXIII, recordando quizás el triste proceso de Galileo y el conservadurismo de la Iglesia católica en materias científicas, dirigió la palabra al pueblo congregado en la Plaza de San Pedro: «Queridos hijos pertenecientes a todas las naciones: estáis aquí reunidos como buenos hermanos mientras el astronauta está experimentando, de modo casi decisivo y ciertamente determinante, las capacidades intelectuales, morales y físicas del hombre, y continúa esa exploración de lo creado que la Sagrada Escritura promueve en sus primeras páginas: "Creced y multiplicaos y llenad la Tierra..." Ojalá que, del mismo modo que estos históricos acontecimientos serán señalados en los anales del conocimiento científico del Cosmos, puedan ser también expresiones de verdadero y pacífico progreso, un sólido fundamento de la humana fraternidad.»

guerra o un equilibrio entre las fuerzas más poderosas —no olvidemos que el mundo estaba entonces en plena «guerra fría»—, sino la consecuencia de un orden natural, es decir, el respeto al hombre y a sus derechos. Con ello condenaba cualquier clase de gobierno totalitario y citaba al mundialismo cristiano a la colaboración entre todos los hombres. Con estas dos encíclicas, con sus homilías y declaraciones, con su convocatoria del Concilio Vaticano II y su discurso inaugural, el *aggiornamento* o puesta al día de la Iglesia católica iría ligado ya para siempre al pontificado de Juan XXIII

Relaciones con las otras iglesias

Un aspecto importantísimo del ideario de Juan XXIII fue su interés por mejorar las relaciones de los católicos con los demás cristianos, idea que nació de la misma raíz del concilio. Así pues, la acogida que el concilio y las doctrinas del Papa tuvieron entre las demás corrientes del cristianismo fue muy distinta a la que se había deparado al Concilio Vaticano I. Los tiempos habían cambiado. El primado de la Iglesia anglicana había visitado al Papa en 1960 y los dirigentes de buen número de otras confesiones también lo habían hecho. La creación de un Secretariado para la Unión de los Cristianos fue un paso importantísimo y sorprendente. Por otra parte, a la muerte de Juan XXIII, por primera vez en cuatrocientos años, la bandera del palacio privado anglicano se izó a media asta. Esto fue, simbólicamente, el resultado de una obra tenaz, firme, que se concretó en una memorable frase que cerraba el discurso de inauguración de los trabajos del concilio: «La Iglesia considera su deber esforzarse activamente para que se cumpla el gran misterio de aquella unidad que Jesús pidió con ardiente plegaria.»

El 21 de noviembre de 1962, apenas iniciados los trabajos del concilio, el Papa envió varios mensajes a los gobernantes con otra angustiosa llamada a la paz. El dirigente comunista Kruschov fue el primero en hacer un elogio de los esfuerzos realizados por Juan XXIII en este sentido y el primero que, el 25 de noviembre de aquel año, aniversario del nacimiento del pontífice, le envió un telegrama de felicitación, que Juan XXIII agradeció. Kruschov se creía parecido —físicamente eran algo semejantes— al Papa. Y no consideraba inoportuno identificarse, ante Occidente, con sus cristianos esfuerzos.

Su entereza hasta el fin

La salud del Papa comenzó a declinar visiblemente apenas habían pasado dos meses desde la inauguración del

Concilio Vaticano II y unos días antes de la clausura de la primera sesión, que tuvo lugar el 8 de diciembre de 1962. Por Navidad se supo que estaba seriamente enfermo. Los primeros síntomas de la enfermedad habían comenzado, no obstante, alrededor del día de su ochenta aniversario, en noviembre de 1961. Escribió entonces en su diario: «Comienzo a sentir algunas molestias que pueden ser algo muy natural en un anciano. Lo acepto con resignación, incluso cuando alguna vez resulta molesto y aunque me da miedo que esto pueda ser peor. No es agradable pensar en ello; pero, una vez más, me siento preparado para lo que sea.»

El caso es que bien pronto se le diagnosticó un tumor canceroso intestinal. Se dijo que, como suele suceder en estos casos, él tardó en darse cuenta de la gravedad de su enfermedad, cosa que es difícil de creer en el caso de alguien que había perdido a su madre, a un hermano y a cuatro hermanas a causa del cáncer. De todos modos continuó trabajando, y sus declaraciones emanaban una extraña e inexplicable alegría. Tal como había replicado al doctor Gasbarrini —cuando éste le pormenorizó el alcance de su enfermedad—, esperaba que se cumpliera la voluntad de Dios: «Pero no se preocupe por mí, porque ya tengo hechas las maletas. Estoy preparado para partir.»

La enfermedad siguió su curso con los naturales altibajos, que cuando eran favorables le permitían aparecer en público con su amplia sonrisa. El 31 de marzo de 1963 hizo pública su encíclica *Pacem in terris;* el 1 de abril recibió en audiencia al señor Adzûbej, director del diario moscovita *Izvestia* y yerno de Kruschov. El 10 de mayo recibió de manos del presidente de la República italiana el premio Eugenio Balzan de la paz. El 17 celebró su última misa y el 3 de junio moría, a la caída de la tarde, a las 19.49. Tres días más tarde fue sepultado en las grutas del Vaticano.

Ciertamente, la obra de Juan XXIII quedaba inconclusa. Pero el espíritu estaba allí, sea cual fuere luego lo que había de suceder. José Jiménez Lozano, en su excelente biografía de Juan XXIII cuenta que, cuando el 28 de diciembre de 1944 partió de Ankara, donde era delegado apostólico de Turquía y Grecia, a Roma, escribió en su billete, bajo el epígrafe que se refería a la seguridad personal: «En caso de emergencia avisen a monseñor Montini, Vaticano.» Evidentemente, cuando el 21 de julio de 1963 el Cónclave elegía al cardenal Montini para sucederle en la silla de San Pedro, se cumplía a buen seguro un profundo deseo del Papa.



Farabola



Siman

Arriba, el Papa imparte la bendición desde la silla gestatoria. Su magisterio dejaría una huella indeleble en el cristianismo. Abajo, túmulo funerario del papa Juan XXIII en la basílica de San Pedro. Se calcula que casi un millón de personas asistieron al funeral.

La Revolución cubana

Fidel Castro, de la guerrilla al poder

Eduardo Haro Tecglen,
periodista

A menos de 150 km de la costa de Estados Unidos se consolidó, en 1959, una revolución social sin precedentes en la historia de América Latina. Los guerrilleros de Fidel Castro lograron en tres años (1956-59) la implantación de un nuevo régimen de base popular que se convirtió en modelo a seguir por otros países del Tercer Mundo. En la fotografía, Castro (en el centro, en una tribuna improvisada ante el Palacio Municipal de la ciudad de Santa Clara.

El 25 de noviembre de 1956, un grupo de revolucionarios encabezado por Fidel Castro, y entre cuyos miembros se encontraba Ernesto «Che» Guevara, se embarcó en México a bordo de un desvencijado yate rumbo a Cuba. Su propósito: derrocar la dictadura de Fulgencio Batista. Descubiertos y acosados por el Ejército, los supervivientes del desembarco tuvieron que refugiarse en la Sierra Maestra. Lentamente, la guerrilla de Castro fue ganando adeptos. Tres años después, el 1 de enero de 1959, las fuerzas revolucionarias entraban victoriosas en La Habana y Batista huía de la isla.



Zardoya





En esta página, disturbios callejeros en La Habana contra el gobierno del conservador Grau San Martín (1945). Cuba se regía entonces por una Constitución de carácter democrático —vigente desde 1940—, pero, en 1952, un golpe de Estado del general Batista derrocó al presidente Prío Socarrás antes de que hubiera cumplido su mandato, la Constitución fue suspendida y los partidos políticos disueltos

Una colonia expoliada

La historia de Cuba es la de una perpetua esperanza y una perpetua frustración. Tierra suave, simbolizada por el café, la caña de azúcar, el tabaco y la hamaca entre dos palmeras para la larga siesta en el Caribe, ha sufrido la misma opresión y las mismas amarguras que las otras naciones de América Latina. A lo largo de más de cuatro siglos, el colonialismo español exterminó prácticamente al indígena, introdujo la esclavitud negra y dio origen a una burguesía criolla que fue tomando identidad propia pero no consiguió afirmarse. Las riquezas de Cuba fueron expoliadas por las leyes coloniales. España monopolizó el comercio de la isla e impuso el precio de algunos de sus principales productos, como el tabaco; el mismo sistema que Gran Bretaña aplicó en Norteamérica o Portugal en Brasil.

El ejemplo de la independencia de Estados Unidos y la llegada de las ideas de la Revolución francesa, estimuló el proceso de emancipación. La lucha anticolonial se resolvió en una serie de conflictos bélicos, conocidos como «guerras de Cuba», que los nacionalistas cubanos mantuvieron contra España durante la segunda mitad del siglo XIX. En estas guerras, la metrópoli se desangró —y se hundió moralmente—. Cuba fue la última colonia americana en conquistar la independencia. Pero no la gozó: pasó de las manos de España a las de Estados Unidos.

De la intervención de Estados Unidos...

Interesado en el dominio político y económico de la isla, Estados Unidos «prefabricó» un incidente —el de la voladura de su acorazado *Maine* en la rada de La Habana (15 de febrero de 1898)— y una minuciosa campaña de propaganda para intervenir en la guerra. Muchos cubanos consideraron entonces que la intervención de la joven nación de Norteamérica tenía por objeto extender su propia independencia a otros países; pronto comprendieron que no abrigaba más que propósitos imperialistas. El cuerpo expedicionario de Estados Unidos terminó en unos meses con decenios de guerra devastadora, pero inició una ocupación que duró hasta 1902. Por indicación de Estados Unidos se eligió una convención que elaboró un texto constitucional, pero el Congreso de aquel país solicitó la adición de la enmienda Platt: Estados Unidos quedó autorizado a intervenir militarmente para defender sus intereses en la isla cuando lo considerase necesario y a establecer una base militar en Guantánamo.

Durante los años siguientes, la política y la economía cubanas estuvieron siempre intervenidas, directa o indirectamente, por Estados Unidos.

...a la tiranía de Batista

Los gobiernos títeres se sucedieron bajo la injerencia extranjera, hasta llegar a la larga y ominosa dictadura





Keystone/F. X. Ratols

En ambas páginas, Fulgencio Batista. Presidente electo en el periodo 1940-44, en 1952 se convirtió en dictador de Cuba. Su régimen se caracterizó por la total corrupción de la administración pública

En esta página, Fidel Castro (izquierda) conducido ante el tribunal de Santiago (21 de septiembre de 1953) que lo condenó a 15 años de cárcel tras el frustrado asalto al cuartel de Moncada.

del general Gerardo Machado (desde 1925 a 1933). Con el grado de sargento-taquígrafo, Fulgencio Batista tuvo un papel importante en el derrocamiento de Machado, y fue ascendido a coronel y nombrado jefe del ejército (1933-39), pero traicionó a la revolución y se convirtió en el hombre de confianza del gobierno estadounidense. Desde entonces propició la elección y la sustitución de los hombres que ocuparon la presidencia de la República —él mismo fue presidente en 1940-44 y desde 1952 hasta la revolución—, aplicando el método del golpe de Estado cuando la situación no se ajustaba a su conveniencia.

Por su parte, la oposición democrática era heredera de un heterogéneo bagaje cultural, en el que convivían ideologías muy distintas. Si hubiera que hacer una antología del pensamiento político cubano, habría que remontarse a Carlos Manuel de Céspedes (1819-74), que combatió por la abolición de la esclavitud, o al militar y patriota Antonio Maceo (1845-96), uno de los héroes de la independencia, pero sobre todo al escritor y político José Martí (1853-95), creador del Partido Revolucionario Cubano, para quien el principio esencial del nacionalismo consistía en la supresión de las clases sociales. Para Martí, la independencia política no podía desligarse de la económica; previó la amenaza del imperialismo de Estados Unidos y propugnó una doctrina democrática y antirracista. Su ideario inspiró la llamada Segunda Declaración de La Habana, de Fidel Castro, el hombre que, finalmente, haría realidad el sueño de la plena independencia de Cuba.

La forja de un revolucionario

Fidel Castro nació en el seno mismo de la burguesía cubana, fue educado como correspondía a su nacimiento —colegio de jesuitas, carrera de Derecho— y sintió desde el principio de su vida lo que durante siglos había sido el motor de la lucha anticolonial cubana: la revolución burguesa, dentro de un orden liberal muy amplio. Las circunstancias le irían transformando. Cuentan que leía y admiraba textos y biografías de políticos muy contradictorios, y que sabía de memoria párrafos de Lenin, pero también de José Antonio Primo de Rivera y de Hitler: buscaba un camino. Parece que muchas de sus lecturas se las inspiraban los propios padres jesuitas, de cuyos colegios habían salido los miembros de la clase dirigente, y que veían en él a un líder nato. Uno de los educadores de Castro, en una nota que comentaba su personalidad al terminar el bachillerato, afirmaba: «Está hecho de la pasta de los héroes y encontrará fácilmente quien modele esa pasta. La historia de su patria hablará de él.» Pero esos pronósticos estaban hechos, sin duda, en un sentido muy distinto al que cobrarían luego. Los jesuitas esperaban de él un dirigente de la derecha.

El sueño de la revolución

«El desembarco del Granma y los combates de la sierra me sacudieron de mi apatía. Había una maldición que parecía pesar sobre los pueblos de nuestra lengua, siempre dormidos, siempre inmóviles y como aplastados por el peso de las oligarquías y las castas. La odisea de Fidel y sus hombres era la negación de esta fatalidad, la prueba inequívoca de que el sueño largamente acariciado era empresa posible. Todo el otoño de mil novecientos cincuenta y ocho había vivido pendiente de los periódicos y, conforme se precisaba el resultado de la lucha, mis últimas dudas desaparecieron. Recuerdo como si fuera hoy la mañana fría y brumosa en que leí la noticia de la huida del dictador. Sentía que nuestra hora había sonado al fin. Estaba rodeado de franceses que caminaban deprisa hacia las bocas del metro y tenía ganas de aproximarme a ellos y abrazarlos.

»Gracias a la revolución, Cuba había irrumpido una vez más en la esfera de mis preocupaciones más urgentes y, a medida que colmaba mi anterior vacío con su estímulo, y sustituía mi desánimo con su esperanza, su presencia me resultó indispensable. Cuando aterricé en el aeropuerto de La Habana, las imágenes sucesivas de mi infancia, adolescencia y juventud se esfumaron ante el espectáculo del pueblo que la revolución había puesto en marcha. Acababa de divulgarse la nueva del asesinato del brigadista Manuel Ascunce y, desde la ventana de mi habitación, contemplé el inmenso gentío que inundaba la amplia calzada de la 23. Aquellos rostros de milicianos y soldados, viejos y chiquillos que reclamaban justicia, los conocía bien. Eran los mismos que, veinticinco años atrás, habían irrumpido en mi universo de niño satisfecho y que, entonces, me habían sobrecogido de temor. La antorcha revolucionaria estaba ahora en manos de Cuba y, por una hermosa lección de la historia, ya no era España quien indicaba el camino a su ex-colonia, sino la ex-colonia la que daba el ejemplo y alumbraba los corazones, nos ilustraba y nos precedía. Defender a Cuba era defender a España, como un cuarto de siglo antes morir en España fue morir por Cuba.»

(FUENTE: Pueblo en marcha, *Juan Goytisolo, París, 1963.)*



Es difícil seguir la verdadera trayectoria política de Fidel Castro: acerca de él se han escrito y se escriben desde aduladoras hagiografías hasta terribles diatribas. Casi nunca está ausente la pasión. Se ocultan unos datos, se exageran otros, se convierten en significativos algunos hechos que en su momento parecían insignificantes, y se les resta valor a otros. Parece claro que Castro experimentó lo que todos los estudiantes de su época y su país: una serie de ideas encontradas, una sucesión de atracciones y rechazos por dirigentes y por facciones políticas; también parece claro que odiaba a las dictaduras y a los tiranos, y se consideraba un revolucionario. Formó un grupo radical que intentó invadir la República Dominicana y derrocar a Rafael Leónidas Trujillo, y se le vio en las calles de Bogotá, en abril de 1948, disparando en el curso de una breve revolución, el llamado *bogotazo*. De esos hechos, notablemente oscuros, nació la leyenda —fomentada después por las fuerzas interesadas— de que Fidel Castro era un agente secreto de la Unión Soviética. No parece, en realidad, que Castro tuviera más que un leve contacto con compañeros marxistas de la universidad. Por aquellas fechas parecía creer firmemente en Eduardo Chibás (1907-51), y militaba en su Partido Ortodoxo (reformista), que era anticomunista. Chibás tuvo una muerte increíble: aspirante a la presidencia de la República, perdió las elecciones en las que había creído y, en el curso de una transmisión radiofónica, tras pronunciar un discurso político de despedida, se suicidó ante los micrófonos. Durante mucho tiempo Castro guardó la grabación de ese suicidio público. Estaba entonces decidido a seguir la carrera política, y probablemente hubiese sido diputado de no haber sucedido algo que le conmovió profundamente: el golpe de Estado de Batista en 1952.

Asalto al cuartel de Moncada

Un año después, Fidel Castro estaba al frente de una operación revolucio-

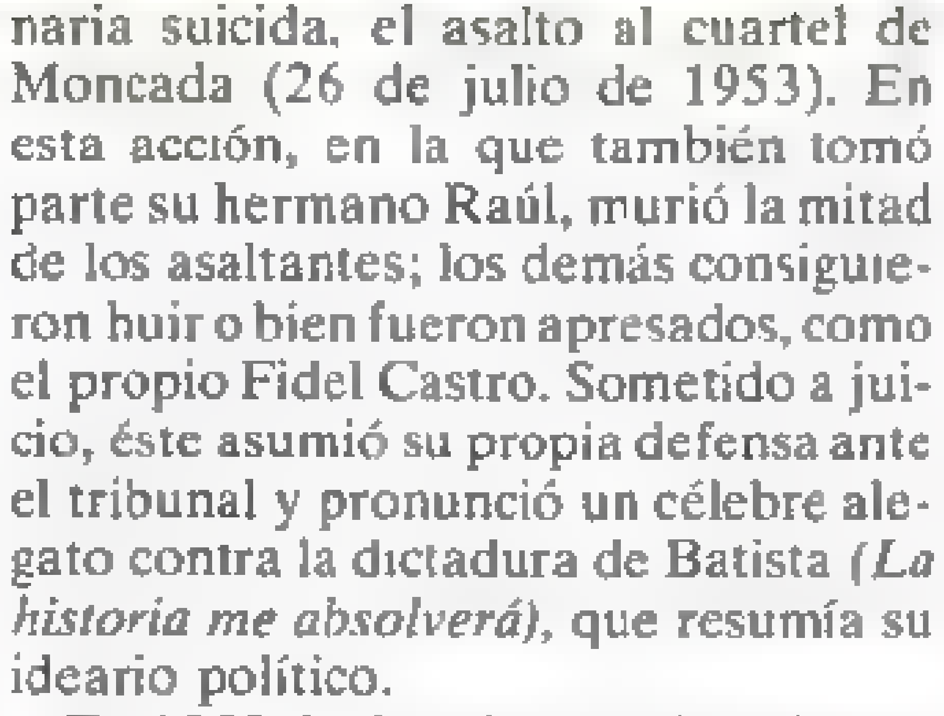


EFE





En ambas paginas. Castro y sus compañeros en la Sierra Maestra. Arriba, fuerzas antiguerrilla transportadas a la zona donde tuvo lugar el desembarco de los hombres del Granma (1956). Abajo, Batista habla a sus tropas tras el asalto al Palacio Presidencial (13.III 1957)



naria suicida, el asalto al cuartel de Moncada (26 de julio de 1953). En esta acción, en la que también tomó parte su hermano Raúl, murió la mitad de los asaltantes; los demás consiguieron huir o bien fueron apresados, como el propio Fidel Castro. Sometido a juicio, éste asumió su propia defensa ante el tribunal y pronunció un célebre alegato contra la dictadura de Batista *(La historia me absolverá)*, que resumía su ideario político.

En 1953, la doctrina de Fidel Castro era liberal, reformista, partidaria del constitucionalismo demócrata y de la reforma agraria. No había en su credo formulaciones marxistas; todo lo más, una ligera influencia de lenguaje, tomada de lecturas y de conversaciones Los comunistas cubanos habían condenado el asalto al cuartel de Moncada, pues sostenían que la solución de los problemas de Cuba no podía radicar en la violencia y buscaban la forma de influir directamente sobre Batista. Algunas críticas contemporáneas y posteriores al asalto insistieron en que sirvio para reforzar a la dictadura y prolongarla.

Condenado a 15 años de prisión, Castro se benefició de un indulto y, apenas salido de la cárcel en la Isla de Pinos, marchó al exilio. No había lugar para él en los movimientos políticos de la oposición: el mismo indulto que le había liberado se consideraba ya como una concesión del régimen para pactar con la oposición. Castro se fue a México en mayo de 1955 con la intención de formar allí un grupo guerrillero capaz de invadir Cuba. Algunos aseguran que simplemente huyó porque tuvo conocimiento de que la policía política planeaba su asesinato, organizado de forma que pareciera un «arreglo de cuentas» entre los revolucionarios

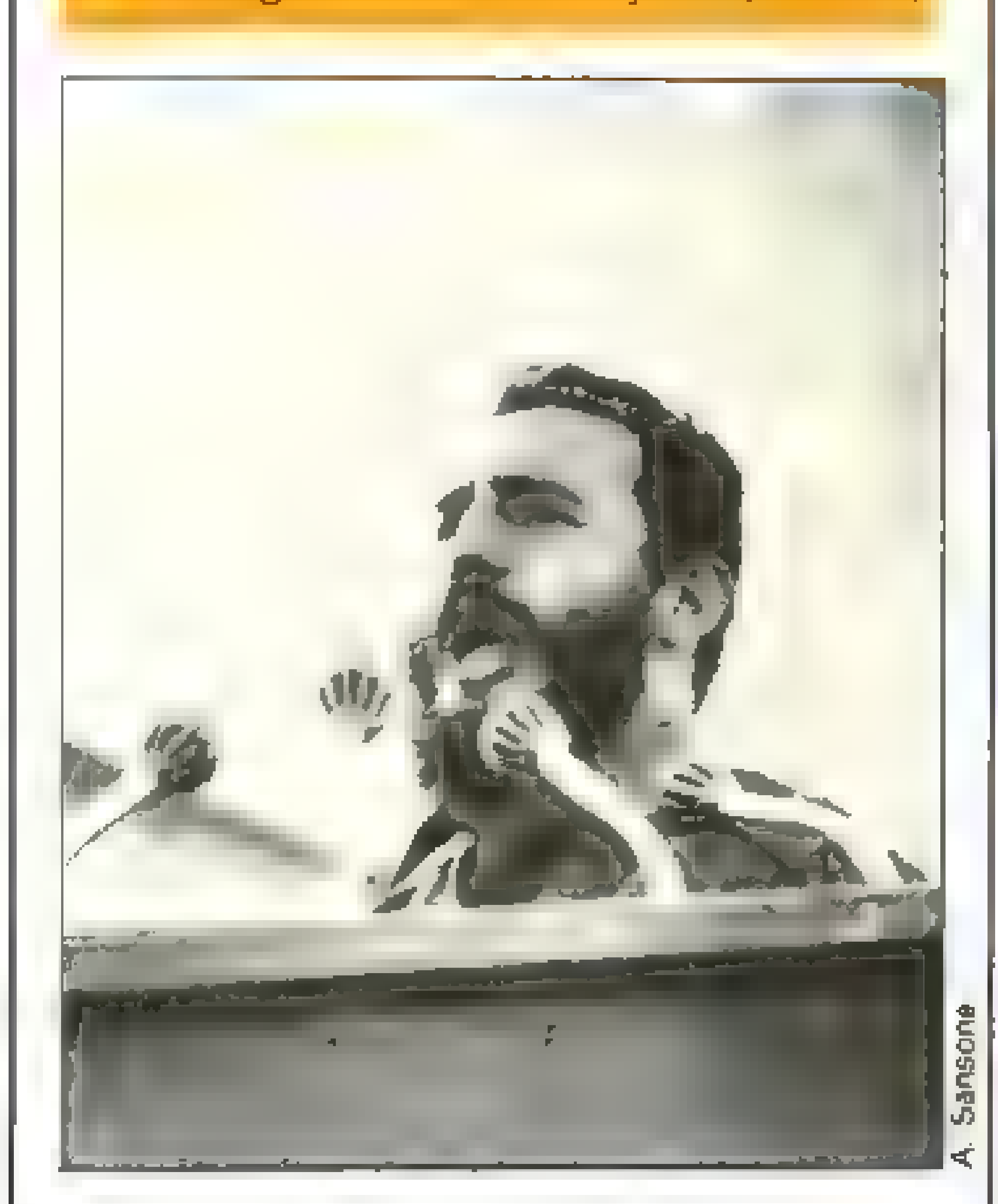
La aventura del *Granma*

Fue en México donde se recuperó para la historia la fecha del asalto al cuartel de Moncada: con su hermano Raúl y con un joven argentino cuya vida iba a tener una enorme influencia en América Latina, Ernesto Guevara (el «Che»), Castro fundó el Movimiento 26 de julio. Allí prepararon conjuntamente una operación para derrocar el régimen de Batista. El 25 de noviembre de 1956, una expedición de 82 jóvenes, con Fidel Castro al frente, se embarcó en el yate *Granma* con destino a la isla de Cuba, a donde llegaron el 2 de diciembre. Aparentemente, los resultados de esta acción fueron tan desastrosos como los del asalto al cuartel de Moncada. La embarcación encalló cerca de las playas de la provincia de Oriente, y al llegar a tierra los revolucionarios fueron localizados por los soldados y los policías de Batista. No se ha sabido nunca si el plan fue descubierto como consecuencia de una confidencia o de un servicio de vigilancia regular. Sólo doce personas escaparon a la matanza y pudieron refugiarse en la Sierra Maestra. Castro había comentado: «lo importante es desembarcar». A pesar del duro golpe recibido, Castro no cedió ni un momento; nunca creyó que hubiese fracasado. Quizá sea este un rasgo definitorio de su carácter.

Retrato de un aspirante a libertador

«Alto y bien afeitado, y con un cabello castaño muy rizado, vestido sobria y correctamente... destacando del resto por su aspecto y su porte... Daba la impresión de ser noble, seguro, pausado, como un gran perro de Terranova... eminentemente sereno... Me saludó con emoción contenida, y con un apretón de manos que era cordial sin ser exagerado. Tenía una voz tranquila, una expresión grave, un aire calmado, afable... Tenía la costumbre de sacudir la cabeza como un caballo de pura sangre... Su punto básico, la «estrella» fija, era «el pueblo»... Fidel mostraba que había leído mucho a José Martí, quien, desde luego, parecía ser el espíritu que guiaba su vida... Los planes que revelaba parecían estar fuera de su alcance, y yo sentí una especie de lástima por este aspirante a libertador, tan lleno de confianza y de firme convicción, y me conmovió su inocencia... (Sin embargo) no pude sustraerme a la intensa admiración que inspiraba a su grupo de jóvenes... Fidel y su banda de jóvenes me parecieron una causa perdida.»

(FUENTE: Impresiones de una exiliada cubana recogidas en Historia contemporánea de Cuba, *Hugh Thomas, Grijalbo, 1982.)*



A. Sansone

Personaje a la vez romántico y duro, infatigable orador y fumador de cigarros habanos, Fidel Castro demostró cómo un puñado de guerrilleros podía derrocar, gracias al sostén popular, un régimen dictatorial apoyado por la mayor potencia del mundo

Fidel Castro

Fidel Castro nació el 13 de agosto de 1926 en Mayarí, provincia de Oriente. Su padre, nacido en Galicia, emigró a Cuba, donde llegó a ser dueño de una plantación de caña de azúcar y se casó con la hija de unos ricos propietarios. Fidel estudió el bachillerato con los jesuitas, primero en Santiago y después en La Habana. En 1945 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, donde obtuvo el Doctorado en 1950. Como abogado ejerció muy poco tiempo, y siempre en calidad de defensor gratuito de clientes de la clase trabajadora.

Castro llegó a ser candidato al Congreso en las elecciones de 1952, anuladas por el golpe de Estado de Batista que derribó al presidente Prío Socarrás. Entonces decidió pasar a la lucha armada contra el dictador. El 26 de julio de 1953 formó parte del grupo que asaltó el cuartel de Moncada, y fue apresado y condenado a 15 años de cárcel. Dos años después fue indultado, se exilió a México y allí preparó la invasión de la isla. El 25 de noviembre de 1956 se embarcó en el yate Granma junto a 82 compañeros dispuesto a desembarcar en Cuba y derrocar a Batista. Al llegar a tierra fueron descubiertos y sólo 12 de ellos pudieron escapar. Los supervivientes se refugiaron en las montañas de Sierra Maestra e iniciaron una guerra de guerrillas a la que se sumaron campesinos, obreros y pequeños burgueses. Este ejército conquistó el poder en dos años, y el 1 de enero de 1959 quedó constituido el nuevo régimen. En los primeros quince días, el gobierno revolucionario condenó a muerte y ejecutó a 150 agentes de Batista, y comenzó a eliminar la fuerte influencia de Estados Unidos en la economía de la isla. Para impedir la reforma agraria y las nacionalizaciones, Washington bloqueó la compra de azúcar de Cuba y decidió otras sanciones, lo cual aproximó a Castro a la URSS y condujo a la grave crisis mundial de octubre de 1962. Castro ha hecho numerosos intentos de acercamiento a Estados Unidos sin éxito. Washington le acusa de fomentar la revolución en Latinoamérica y de participar en los movimientos guerrilleros africanos en nombre de la Unión Soviética. En un principio, Castro se granjeó las simpatías de los demócratas de todo el mundo y el entusiasmo de los intelectuales, simpatías que ha perdido en gran parte por su represión contra los disidentes. La situación social y económica de Cuba, a pesar de los enormes cambios operados en favor de las clases trabajadoras, sigue siendo difícil, lo que provoca un flujo constante de emigrados políticos que, con la ayuda de Estados Unidos, conspiran para derrocar el régimen.

Zardoya



Burt Glinn/Magnum-Zardoya



Burt Glinn/Magnum-Zardoya



Dos imágenes de la revolución triunfante a la izquierda, guerrilleros castristas ocupan el hotel Habana Hilton, a la derecha, Castro saludando desde un vehículo militar

Cuando los doce supervivientes del *Granma*, a los que se persiguió sin cuartel, alcanzaron la sierra, Castro consideraba que ya se habían sentado las bases para la victoria.

Sierra Maestra

Empezaba una epopeya que iba a durar dos años, una guerra de guerrillas, una conquista lenta y penosa de territorio y de adhesiones. Todo lo contrario de lo que se había calculado. Años después, «Che» Guevara comentaba que cuando iniciaron la expedición estaban seguros de que la isla entera se iba a sublevar contra Batista: «Nos bastaría con algunos gritos, algunas acciones espectaculares, algunos muertos y algunas arengas por radio para tomar el poder y expulsar a Batista. La historia nos enseñó que destruir un gobierno apoyado en la fuerza de su ejército y sostenido por la mayor potencia colonial del mundo era algo mucho más difícil.» Algo, también, que debía modificar el rostro, la psicología y el desenlace de la revolución. Se puede suponer que si, efectivamente, la aventura del *Granma* hubiera terminado como la habían previsto sus protagonistas, Cuba se hubiese convertido en una democracia caracterizada por una reforma amplia y apoyada por la burguesía urbana y por los pequeños propietarios rurales. La guerrilla dio lugar a un proceso mucho más hosco y cerrado. El puñado de estudiantes-ideólogos que se habían refugiado en la sierra se convirtieron en guerrilleros continuamente hostigados, que debían caminar por las noches, ocultarse durante el día, y pasar hambre y enfermedades. Si bien la burguesía contribuyó con alguna ayuda —una emisora de radio, víveres, armas—, el grupo inicial de guerrilleros creció básicamente gracias a las adhesiones de campesinos. No obstante, el Movimiento 26 de julio se propagó también a las áreas urbanas. Castro seguía contando con esa extensión para el triunfo definitivo: era lo suficientemente realista como para saber que su grupo de guerilleros no podría por sí solo tomar La Habana. Aun así, sobreestimaba esa fuerza. Desde la sierra lanzó una llamada a la huelga general, que debía paralizar el país el 9 de abril de 1958. Fue un nuevo fracaso. Los sindicatos no le siguieron; el Partido Comunista tampoco. Sólo hubo algunas acciones aisladas, fácil y brutalmente reprimidas. Pero es probable que la represión llegase a ser, en aquellos momentos, un factor que contribuía a engrosar las filas de la guerrilla. En su implacable acoso a los guerrilleros, el Ejército y la policía maltrataban de tal forma a los campesinos que les convertían en potenciales aliados de la revolución.

Comunistas en la guerrilla

Después del fracaso de la huelga general se produjo un acontecimiento todavía mal valorado: el Partido Comunista envió un representante a la guerrilla. Se trataba de un intelectual, un teórico, que parecía especialmente dotado para dialogar con Castro: Carlos Rafael Rodríguez. El Partido Comunista seguía manifestándose contrario a la lucha armada. Su jefe visible, Juan Marinello, insistía en la tesis de que las acciones populares debían ma-

Burt Glinn/Magnum-Zardoya

La lucha contra Batista resultó relativamente incruenta, a pesar de su enorme superioridad en armas y efectivos, las tropas del Gobierno sentían pocas ganas de morir por el dictador

nifestarse en forma de presión no sangrienta, de que era necesario forzar elecciones e incitar al pueblo cubano a que eligiera legalmente un gobierno constitucional. Era una posición mantenida no solamente por el Partido Comunista cubano, sino también por la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, y obedecía a la doctrina de la coexistencia pacífica preconizada por la URSS. Una cuestión ideológica y también de compromiso entre las grandes potencias. Sin embargo, el Partido Comunista envió a Carlos Rafael Rodríguez a Sierra Maestra. En principio, con la intención de pactar; naturalmente no se ignoraba la fuerza que iba adquiriendo en Cuba el Movimiento 26 de julio. Por una parte, se trataba de canalizarla, o de orientarla en la misma línea política del partido; por otra, los comunistas no podían permitirse el lujo de estar ausentes en el movimiento revolucionario. Guevara les reprochaba que su propio valor, acreditado, no estuviese en consonancia con la obligación de luchar: «Sois capaces de crear militantes y células

Ernesto «Che» Guevara, símbolo de la revolución

La fotografía dio la vuelta al mundo, y los revolucionarios de los cinco continentes la convirtieron en un símbolo: la imagen yacente de un hombre de casi cuarenta años, con el torso desnudo, con barba y bien parecido, al que la muerte imprimía una expresión de serenidad. Sus ejecutores, militares bolivianos entrenados en Estados Unidos, no tuvieron ningún problema para identificarlo: era Ernesto Guevara, universalmente conocido como «Che» Guevara. A este apodo, referido a su origen argentino (había nacido en la ciudad de Rosario, en 1928) iba unido su largo historial de revolucionario.

Con su muerte, tras una emboscada en la sierra de Bolivia, el 8 de octubre de 1967, culminaban veintitrés años dedicados a la lucha antiimperialista en Latinoamérica e incluso en África, lo que le convirtió, gracias a su experiencia, en uno de los principales teóricos de la guerrilla. La trayectoria política de este joven médico se inició en 1954, colaborando en el movimiento izquierdista de Jacobo Arbenz, en Guatemala. De allí pasó a México, donde trabó conocimiento con Fidel Castro. Juntos se embarcaron en el Granma *para liberar a Cuba de la dictadura de Batista. Con Fidel, el «Che», fue uno de los doce supervivientes que se refugiaron en Sierra Maestra.*

Fidel Castro lo ascendió a comandante, y su columna tomó Las Villas, Santa Clara y entró triunfalmente en La Habana el 1 de enero de 1959. Al consolidarse la revolución, el «Che» pasó a desempeñar puestos de alta responsabilidad en la organización del Estado. Primero dirigió el Instituto Nacional de la Reforma Agraria y el Banco Nacional, y en febrero de 1961 pasó a ocupar la cartera de ministro de Industria.

En su condición de ministro, el «Che» viajó a distintos países socialistas y mantuvo buenas relaciones tanto con Moscú como con Pekín, guardando una estricta neutralidad en el conflicto chino-soviético. En el pensamiento de Ernesto Guevara, formulado en sus discursos y escritos de los años 63 y 64 se fue perfilando una idea central acerca de la extensión de la revolución socialista a los países del Tercer Mundo. La guerrilla rural, basada en los llamados focos de lucha, que había triunfado en Cuba y estaba resultando eficaz para desafiar a Estados Unidos en el Sudeste de Asia, podía llevarse a otros países. La consigna «Crear dos, tres, muchos Vietnam» encendió el espíritu de resistencia al imperialismo.

Las querellas ideológicas de Guevara con el gobierno de Cuba y su inquietud revolucionaria le hicieron renunciar a sus cargos y convertirse de nuevo en un hombre de acción. Para predicar con el ejemplo, en 1965 se marchó a combatir con las guerrillas del Congo. De allí saltó a Bolivia, donde en 1966 inició una aventura revolucionaria en la que la falta de apoyo y la dureza de una geografía hostil pusieron al «Che» y sus compañeros en condiciones de manifiesta imposibilidad operativa. El régimen militar boliviano, asesorado por expertos norteamericanos en la lucha contra la guerrilla, capturó a Ernesto Guevara y lo ejecutó.



Zardoya

Bahía de Cochinos

El 3 de enero de 1961, dos años y dos días después del triunfo de la Revolución cubana, Washington rompió las relaciones diplomáticas con La Habana e inició una larga campaña destinada a derribar a Fidel Castro por cualquier medio. John F. Kennedy, que había sido elegido presidente sólo dos meses antes, estaba decidido a frenar la expansión del socialismo en todo el mundo, incluso con el uso de la fuerza, y Cuba era el único aliado de Moscú y Pekín en el continente americano, a menos de 90 millas de las costas de Florida.

Al entrar Kennedy en la Casa Blanca, la CIA le comunicó que ya estaba en marcha la preparación de un desembarco en Cuba por una fuerza combinada de exiliados partidarios de Batista y comandos especiales norteamericanos. Los futuros invasores eran entrenados, desde 1960, por ex-oficiales del ejército de Estados Unidos en Guatemala, Nicaragua y Florida. Multinacionales norteamericanas, como la Cornwall-Thompson, compañías estadounidenses de alimentos producidos en el Caribe y grandes terratenientes centroamericanos habían ayudado a acaudalados exiliados cubanos y a la CIA a financiar la costosa empresa. El cuerpo mercenario contaba con barcos, cañones de 50 mm, bazookas *y hasta con bombarderos B-26.*

Tan firme era la decisión de la CIA de llevar adelante la invasión y tan segura estaba de que incitaría a un alzamiento general contra Fidel, en base a datos falsos sobre su presunta impopularidad y su «tiranía», que Kennedy sólo osó poner una condición: que el ejército de Estados Unidos no participase directamente. Sin embargo, los primeros hombres-rana que pusieron pie en las playas de la Bahía de Cochinos eran norteamericanos.

El 15 de abril de 1961, aviones de Estados Unidos bombardearon los aeropuertos militares de La Habana, Santiago de Cuba, San Antonio de los Baños y otras localidades de la isla. Fidel Castro, perfectamente informado del proyecto de invasión —la existencia de la llamada «operación Plutón» había sido anunciada por sendos informes del New York Times *y del* Times, *y era de dominio público en Guatemala—, consideró aquellos* raids *aéreos como el preludio de la invasión.*

Cuando unos 1.500 mercenarios anticastristas llegaron ante Playa Larga y Playa Girón, a las dos de la madrugada del 17 de abril, toda la milicia cubana estaba en pie de guerra. Todavía no había desembarcado el primer pelotón de exiliados cuando un jeep *gubernamental tomaba una posición elevada sobre la cabeza de playa y abría fuego sobre los hombres-rana. Los reactores norteamericanos que debían apoyar a los B-26 de los invasores faltaron a la cita por un fallo de sincronización horaria, y los paracaidistas que saltaron en el interior de Cuba fueron rápidamente rodeados y neutralizados.*

Después de tres días de lucha, Castro proclamaba: «La revolución ha vencido». Entre los 1.214 prisioneros se encontraba el cruel jefe de la policía política de Batista, Ramón Calviño. América Latina se convulsionó con manifestaciones a favor de la Revolución cubana y el prestigio de Estados Unidos sufrió el más duro golpe de los primeros quince años de «guerra fría».

Pero Kennedy no se rindió, y decidió asfixiar económicamente a Cuba con la ayuda a los regímenes dictatoriales latinoamericanos, aterrados por el triunfo de la revolución de Fidel, que se proclamaba marxista-leninista. La «doctrina Monroe» funcionó una vez más, y Cuba fue expulsada de la OEA (Organización de Estados Americanos) el 30 de enero de 1962, menos de diez meses después de Bahía de Cochinos. Bajo la presión de Washington, los cancilleres de la OEA lanzaron el programa de la Alianza para el Progreso, cuyo objetivo era frenar el avance del castrismo en América Latina. Castro respondió con la Segunda Declaración de La Habana, en la que reconoció la lucha por la liberación nacional y contra el imperialismo estadounidense.



Arriba, milicianos castristas al asalto en Playa Girón (17 de abril de 1961). La respuesta a la invasión de Bahía de Cochinos fue inmediata, y la operación Plutón acabó en fracaso al verse privada de una eficaz cobertura aérea.



Abajo, una embarcación de transporte del cuerpo expedicionario anticastrista hundida por la aviación gubernamental. En la página siguiente, a la derecha, un grupo de prisioneros capturados tras el desembarco en la Bahía de Cochinos.



Publifoto



Publifoto



Publifoto

dispuestos a dejarse matar y torturar en los calabozos, pero no de crear unidades capaces de tomar al asalto un nido de ametralladoras.» Carlos Rafael Rodríguez y Luis Mas Martín, su compañero de partido, se incorporaron a la guerrilla, pero en unas condiciones bastante singulares. No participaban en los combates ni en la dirección de las operaciones, ni siquiera en las asambleas o en las reuniones políticas. No se les dejaba adoctrinar a los nuevos adeptos ni representar ningún papel político. Eran, sobre todo, observadores, pero también interlocutores de Fidel Castro. Por eso, algunos historiadores creen que a partir de los contactos con Carlos Rafael Rodríguez comenzó el viraje de Castro y su guerrilla hacia el comunismo. No hay nada en las declaraciones de entonces, ni en las de bastante tiempo después que permita creerlo así, pero el papel de Rodríguez fue enormemente importante en la Revolución cubana.

La caída de Batista

La descomposición del régimen de Batista se hizo cada vez más notoria. Los partidos y movimientos de oposición multiplicaban sus acciones. Se producían golpes aislados de terrorismo o acciones directas, muchos de ellos ajenos a Fidel Castro, como el asalto al Palacio Presidencial en marzo de 1957 —fácilmente reprimido y ahogado—, y hasta condenados por él. Cuando la guerrilla y los sabotajes representaron un peligro para el régimen, algunas fuerzas hostiles a Batista intentaron ayudarle por miedo a que el desbordamiento revolucionario fuese más allá de lo que pretendían. Poco después, en cuanto comprendieron que Batista era insostenible, cambiaron nuevamente de actitud. Sucedió lo mismo con algunos jefes del Ejército, y con sectores políticos importantes de Washington, que llegaron a imponer un embargo de armas contra Batista (el suministro se suspendió a mediados de marzo de 1958). El propósito de estas presiones era hacer viable una cierta situación democrática que evitase la propagación revolucionaria. Y es interesante señalar que estos sectores cifraban sus esperanzas en Fidel Castro: sus escritos, sus proclamas y su formación católica les parecían una garantía. Todavía se produjo un último intento de legalización del régimen mediante la convocatoria de elecciones presidenciales, pero los comicios apenas interesaron a nadie. Fue elegido Rivero Agüero, designado por el propio Batista. La participación en los colegios electorales no pasó del 30% en La Habana y no llegó al 10% en las zonas rurales Aun así, los resultados fueron falseados.

Estados Unidos comprendió que estas elecciones no aportaban ninguna solución a la crisis. El presidente electo, que debía tomar posesión el 24 de febrero de 1959, se apresuró a negociar con Washington, a explicar que tenía en sus manos la oportunidad de pacificar el país y que incluso Castro aceptaría sus condiciones. Pero no fue creído.

El nuevo régimen

La guerra de guerrillas se había convertido en abierta guerra civil. Las fuerzas armadas apenas oponían resistencia real y las gentes corrían a Sierra Maestra a sumarse a Fidel Castro para asegurarse el futuro. El 10 de diciembre de 1958, el embajador de Estados Unidos, Earl Smith, comunicó a Batista que su gobierno no le apoyaría más, y que estaba seguro de que no podría mantenerse en el poder. El dictador intentó aún un último esfuerzo militar;



Pubifoto

Interrogatorio público de los prisioneros anticastristas en La Habana. En el intento de invasión se vieron implicados Eisenhower, Kennedy, la CIA y unos 1 500 exiliados cubanos

fue inútil. Tres columnas —esencialmente—, mandadas por Ernesto «Che» Guevara, Camilo Cienfuegos y el propio Fidel Castro avanzaban incesantemente hacia los principales núcleos urbanos de la isla. El 1 de enero de 1959, Batista huyó de la isla. Aquel mismo día, «Che» Guevara y Cienfuegos entraban en La Habana y formaban un gobierno en el que estaban representadas todas las fuerzas de la oposición. Castro no llegaría a La Habana hasta el 8 de enero. Su primer discurso fue pacificador. Recordó que «la peor parte de la revolución contra Machado fue la de después, cuando las bandas de revolucionarios vigilaban por ahí, luchando unas contra otras». Entre los millares de personas que aclamaban a Fidel Castro —con la barba de la sierra, tan famosa que habría de crear una moda mundial entre la juventud inconformista— había burgueses, obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales. Los primeros días se vivieron en un clima de fiesta revolucionaria: un desbordamiento de la libertad, el sentimiento de que comenzaba una nueva era. Algo que se vería después en mayo de 1968 en París y en abril de 1973 en Portugal. Algo que siempre dura poco.

«Yo soy marxista-leninista»

A partir de ese momento, en el que Castro era recibido con entusiasmo incluso por los Estados Unidos de Eisenhower, por las fuerzas católicas —que resaltaban siempre que Castro había hecho la revolución llevando al cuello una medalla de la Virgen— y por los países latinoamericanos —que pensaban que liberarse de una tiranía militar y del colonialismo imperialista era ya posible—, se inició una nueva etapa de la revolución: la de la creación de enemigos. Aparte de la represión de los elementos favorables a Batista, tenían que implantarse el nuevo sistema económico-social prometido y llevarse a cabo las nacionalizaciones de las propiedades extranjeras (la inmensa mayoría pertenecía a Estados Unidos). Castro inauguraba el «castrismo»; otros grupos de la oposición, incluso de carácter revolucionario, tenían que quedarle sometidos. Algunos colaboradores que expresaban sus dudas, fueron eliminados o apartados del proceso revolucionario. Y 150 hombres de Batista fueron juzgados, condenados a muerte y ejecutados en el Palacio de Deportes de La Habana. Una ola de exiliados huía a Miami. . Inmediatamente, Estados Unidos tomó represalias por las nacionalizaciones y ordenó el bloqueo económico, amenazando con aislar al régimen castrista. En cambio, la URSS ofreció su ayuda, y el Partido Comunista cubano ocupó puestos en el Gobierno y en las Fuerzas Armadas. Aun así tuvieron que pasar casi dos años hasta que Fidel Castro pronunciara, el 1 de diciembre de 1961, una frase fundamental: «Yo soy marxista-leninista.»

«¡Basta!»

«(...) por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad o en el tráfico de las ciudades o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi quinientos años burlados por unos y por otros. Ahora sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han empezado a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos, un día y otro, a pie, en marchas sin término de cientos de kilómetros, para llegar hasta los olimpos gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, en un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve, llevando sus cartelones, sus banderas, sus consignas, haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado, que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase. Porque esa ola la forman los más, los mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia, y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

»Porque esa gran humanidad ha dicho "¡Basta!" y ha echado a andar. Y su marcha, de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora, en todo caso, los que mueran morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia.»

(FUENTE: Palabras finales de la Segunda Declaración de La Habana, *Fidel Castro, 4 de febrero de 1962.)*

El Plan de Estabilización

La economía española a finales de los años 50

Ramón Tamames,
economista e historiador

La salida a los países más prósperos de Europa de un gran volumen de mano de obra española fue un factor del éxito a corto plazo del Plan de Estabilización. Sin la espita de la emigración, el paro se habría elevado a cifras peligrosas, las remesas de los emigrantes no habrían alcanzado tan altos valores y quizá se hubiera producido un retroceso en las medidas estabilizadoras. En la fotografía, obreros españoles con destino a Bélgica (1957).

El gobierno de Franco formado el 25 de febrero de 1957, al tiempo que incorporó a su gabinete los dos primeros ministros del Opus Dei (Ullastres y Navarro Rubio), significó un claro punto de inflexión en la política económica. La puesta en marcha del Plan de Estabilización (1957-61) permitió alcanzar dos objetivos: primero, sentar las bases para un desarrollo económico equilibrado y, segundo, iniciar una mayor integración en otras economías. El apoyo internacional se obtuvo gracias al ingreso de España en la OECE, el FMI y el BIRF en 1958.



EFE

El gobierno del Plan de Estabilización

El quinto gobierno de Franco, el que llevó a cabo el Plan de Estabilización, quedó constituido el 25 de febrero de 1957 del modo siguiente:

Subsecretario de la Presidencia	*Luis Carrero Blanco (militar, ministro por 2.ª vez)*
Gobernación	*Camilo Alonso Vega (militar)*
Asuntos Exteriores	*Fernando M.ª Castiella (Acción Católica)*
Ejército	*General Antonio Barroso (militar)*
Marina	*Almirante Felipe Abárzuza (militar)*
Aire	*General José Rodríguez y Díaz de Lecea (militar)*
Educación Nacional	*Jesús Rubio García Mina (catedrático, ministro por 2.ª vez)*
Obras Públicas	*General Jorge Vigón (militar, monárquico)*
Industria	*Joaquín Planell (militar, ministro por 2.ª vez)*
Comercio	*Alberto Ullastres (Opus Dei)*
Agricultura	*Cirilo Cánovas (Falange)*
Vivienda	*José L. de Arrese (Falange, ministro por 3.ª vez)*
Justicia	*Antonio Iturmendi (tradicionalista, ministro por 2.ª vez)*
Hacienda	*Mariano Navarro Rubio (Opus Dei)*
Trabajo	*Fermín Sanz Orrio (Falange)*
Información y Turismo	*Gabriel Arias Salgado (Falange, ministro por 2.ª vez)*
Secretario General del Movimiento	*José Solís Ruiz (Falange)*
Sin cartera	*Pedro Gual Villalbí (técnico)*

En un gabinete de 18 ministros cambiaban nada menos que 12. La gran novedad era, sin duda, la entrada de miembros del Opus Dei, apoyados sobre todo por la presidencia del Gobierno, desde donde López Rodó iría consiguiendo un creciente poder de penetración en los restantes departamentos mediante la Oficina de Coordinación y Programación Económica (OCYPE), creada en 1957, y a través de los órganos de la Reforma Administrativa. Igualmente, el Opus Dei lograba posiciones bien sólidas en el Ministerio de Información, con directores generales como Pérez Embid En Obras Públicas y Educación iniciaba también el acceso a subsecretarías, direcciones generales y otras posiciones de poder.

Del sector falangista, lo más notable fue la salida de José Antonio Girón, uno de los pocos ministros de Franco que tuvo una cierta audiencia popular Quedó sustituido por un hombre de tono más bien mediocre, como Sanz Orrio; lo más apropiado para una fase en que el Ministerio de Trabajo habría de llevar a cabo una política de congelación de salarios y de resignación transitoria al paro y a la emigración Casi otro tanto puede decirse que sucedió con el Ministerio de Agricultura, tradicionalmente falangista. La personalidad por tantos conceptos vigorosa de Rafael Cavestany quedó desvanecida en la burocratizada y escasamente emprendedora de un Cánovas

Por su parte, José Luis de Arrese, que había adoptado una actitud «dura» en el lapso en que la Falange estuvo tratando de llevar el agua a su molino (1956-57), pasaba al Ministerio de la Vivienda, recién creado casi ad hoc *(por su profesión de arquitecto). De este modo, el viejo falangista renunciaba a cualquier política falangizante para retirarse a actitudes más profesionales y cómodas como ministro técnico.*

Por último, Solís, Delegado Nacional de Sindicatos con Fernández Cuesta y con Arrese durante más de diez años, llegaba a secretario general del Movimiento —sin renunciar a su anterior delegación— como ministro de Sindicatos más que otra cosa. En ese papel, Solís fue uno de los ministros con una expresión más frecuente de felicidad.

Los católicos tradicionales perdieron fuerza en el nuevo gabinete. Sólo conservaron a Castiella. Siete ministros militares completaban el cuadro del quinto gobierno de Franco.



Estancamiento, crecimiento y acelerada inflación

Hasta 1950, el nivel general de producción en España se mantuvo por debajo de las cotas anteriores a 1936. Tan largo estancamiento se debió a las destrucciones ocasionadas por la Guerra Civil (1936-39), que agravaron las ya serias dificultades estructurales de una economía que no había experimentado una verdadera revolución industrial, ni las reformas propias de la burguesía liberal. La reconstrucción del país después del 1 de abril de 1939 se vio muy dificultada, tanto por la situación internacional generada a partir del 1 de septiembre de ese mismo año con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, como por la política de autarquía económica en que se embarcó Franco en medio de las secuelas de represión, paro y miseria que siguieron a su triunfo militar sobre la Segunda República.

Entre 1951 y 1955 ya hubo progresos más rápidos, combinados con una cierta estabilización de precios. Ello fue posible merced a la asistencia económica norteamericana, dispensada desde 1951 con créditos, y a partir de 1953 con una ayuda que de modo bastante menos favorable seguía el esquema del Plan Marshall. También contribuyó a esa recuperación la mejora de la coyuntura en el comercio exterior, una situación que finalmente permitió al Régimen la supresión del racionamiento.

Desde luego, el alivio de los prime-



A la izquierda, Franco con su quinto gobierno (25 de febrero de 1957). Lo fundamental de la gestión de este gabinete, realizada sobre todo por el equipo del Opus Dei, fue la estabilización económica y la apertura comercial al exterior

Bajo estas líneas, conato de manifestación en Madrid durante los sucesos estudiantiles de febrero de 1956. Por primera vez desde su publicación (1945), el Fuero de los Españoles fue suspendido por un periodo de tres meses



ros años 50 podría haberse consolidado con una política de reajustes de fondo, disminuyendo las rigideces de la autarquía. Así estaba previsto en los propios pactos firmados con Estados Unidos en 1953. Sin embargo, el Régimen no contaba aún con suficiente apoyo en los organismos internacionales. Hasta finales de 1955 no se logró el acceso a las Naciones Unidas, y la entrada en la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) no se conseguiría sino en 1958.

En tales condiciones de aislamiento, y amortiguados los primeros efectos de la ayuda norteamericana, en 1956 se disparó de nuevo el proceso inflacionista. Uno de sus orígenes hay que verlo en el primer enfrentamiento serio de la posguerra entre el Régimen y los estudiantes universitarios (enero-marzo de 1956), al que siguió una vasta oleada de huelgas obreras. La vía autárquica parecía definitivamente agotada. La búsqueda de una salida económica hacia un nuevo equilibrio era una necesidad perentoria, ante una inflación creciente, que desequilibraba la balanza de pagos (en parte también incidían las graves heladas de la naranja de febrero de 1956 y el estancamiento de las entradas oficiales de la balanza de servicios por el activo mercado negro de divisas). La situación era de suma gravedad, en medio de restricciones comerciales que se agudizaban y con una fuerte baja de la cotización de la peseta en los mercados libres exteriores (Zurich, Tánger, etc.).

Estabilización necesaria

Pero el déficit presupuestario y el desequilibrio de la balanza de pagos, los fenómenos patológicos más evidentes de la economía española en 1957, no constituían sino la exteriorización crítica de una serie de problemas estructurales: renta nacional reducida y desigualmente distribuida, baja capacidad de ahorro, déficit crónico de exportaciones, un sistema fiscal anquilosado y aplicación durante muchos años de una política de inversiones financiadas con mecanismos inflacionistas en el marco de la autarquía. Además de ello estaba el cansancio político que acusaba el Régimen, incapaz de encontrar una política con la cual acortar la distancia cada vez mayor respecto de una Europa que se adentraba decididamente por la vía de la integración económica.

Ante esta situación, la única alternativa racional era *estabilizar*. Estabilizar, en el sentido con que generalmente se emplea este verbo en Economía, quiere decir ajustar la marcha y restablecer el equilibrio interno y externo de una economía. Un precedente de política de estabilización en España fue la desarrollada por Raimundo Fernández Villaverde y los ministros de Hacienda que le sucedieron entre 1900 y 1912. La nota común que promovió ambas estabilizaciones (la de 1900 y la de 1959) fue la quiebra de la disciplina financiera y monetaria que incidía en la balanza de pagos; quiebra que en 1899 se había originado por la financiación de las guerras coloniales, y que en 1957 fue efecto de las causas anteriormente expuestas

La intención de ir a una política estabilizadora se advirtió con claridad en febrero de 1957, al llegar Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio a los Ministerios de Comercio y Hacienda, respectivamente. El nuevo Gobierno que por entonces formó Franco significó el acceso al poder político de miembros activos del Opus Dei.

Desde dentro del propio Régimen se pusieron en marcha hacia el poder nuevas fuerzas, partidarias de un planteamiento más liberal en lo económico, y menos ligado en lo político a los grupos que desde 1939 habían venido controlando los resortes gubernamentales (Falange, nacionalcatólicos y tradicionalistas fundamentalmente). Sin el contexto de esos nuevos protagonismos políticos y del desarrollo de las fuerzas sociales —reivindicaciones obreras, protesta de los estudiantes, etc.—, el proceso de la estabilización resultaría difícilmente explicable.

Medidas preestabilizadoras

Ya desde febrero de 1957 fueron adoptándose medidas que, si bien no tuvieron un efecto inmediato, indudablemente preparaban a la economía española para el futuro plan de estabilización.

La primera decisión consistió en suprimir el sistema de los cambios múltiples para el comercio exterior, que a pesar de haberse establecido con

Corregir los «desarreglos»

«(...) Con el tiempo, las circunstancias han cambiado mucho en todo el mundo y se diferencian mucho de aquellas que habían determinado el dirigismo. La producción se ha incrementado considerablemente, la demanda sobre un número cada vez mayor de artículos se satisface cada día en mayor grado. En algunos sectores, las industrias producen ya mucho más de lo que pide el mercado.

»Por otra parte, la Administración trata de poner al día las recaudaciones, porque también en materia de tributación había desarreglos en gran escala (...). Otra indudable ventaja de la normalización es la mejora del rendimiento y de la disciplina del trabajo, porque cuando los colaboradores son en cierto sentido "cómplices", hacen o no hacen según les parece (...).»

(FUENTE: Eduardo Tarragona, en «Actualidad Económica», número 42.)

«carácter transitorio y circunstancial» en 1948 aún perduraban en 1957. Aparte de devaluar de 36 a 42 pesetas respecto del dólar, a fin de forzar la exportación y para frenar el deseo de importar, la abolición del sistema de cambios múltiples era un primer paso en la transformación del régimen de comercio, indispensable a su vez para entrar en la OECE y en el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Sin embargo, una vez establecido el cambio único (42 pesetas = 1 dólar, en abril de 1957), no tardaron en reaparecer las primas a la exportación (subsidios) y los retornos a la importación (equivalentes a verdaderos gravámenes sobre los productos importados, con lo que se nutrían los fondos para financiar las primas). Todo ello significaba la vuelta a los cambios múltiples, para, en medio de toda clase de angustias, defender las exportaciones de los efectos de una inflación que no se había frenado. Tal fracaso de la unificación de cambios se produjo porque aún no existía una política general de estabilización. La devaluación no se había acompañado del necesario conjunto de decisiones complementarias, fundamentalmente de ajustes fiscales y crediticios destinados a contener la demanda interior y frenar el alza de los precios.

Con todo, la unificación de cambios de 1957 fue seguida de algunas medi-





Arriba, la bandera española es izada en las Naciones Unidas. El ingreso de España en la ONU (1955) supuso el pleno reconocimiento del régimen de Franco en la sociedad internacional y significó un triunfo de su política exterior. Abajo, España ingresa en la OECE: el británico sir Hugh Ellis-Rees felicita a José Núñez, representante español. A la derecha, barrio de chabolas. La falta de viviendas fue un grave problema social en la década de los años 50.



das de orden interno: el bloqueo de los salarios y de los sueldos de los funcionarios públicos a lo largo de todo 1957, tras las elevaciones producidas en 1956; la elevación del tipo de descuento del 4,5 % al 5 %; el establecimiento de un tope al redescuento en el Banco de España; las instrucciones a la banca para cortar los créditos especulativos, y la modesta pero significativa reforma tributaria de diciembre de 1957, que permitió aumentar los ingresos públicos.

Posteriormente, a lo largo de 1958 pareció como si se estuviera perdiendo el tiempo. Había incertidumbre en la calle, pero lo cierto es que estaban en marcha toda una serie de estudios en combinación con la OECE y el FMI. En esos trabajos tuvieron importancia las aportaciones, desde el Ministerio de Comercio, de toda la plana de técnicos comerciales del Estado reunida por Ullastres; entre ellos, Manuel y Félix Varela, Luis Ángel Rojo, Enrique Fuentes, José Carlos Colmeiro, Ramón Tamames y Enrique Puig. Como también hay que señalar las innovaciones introducidas desde el Servicio de Estudios del Banco de España por Juan Sardá, y desde el Ministerio de Hacienda por todo el equipo de Navarro Rubio.

A finales de 1958 se adquirió un nuevo ritmo. Se sentaron entonces las bases para la reorganización del mercado de crédito a largo y medio plazo mediante la ley de 26 de diciembre de 1958, que suprimió la emisión de deuda pública pignorable en el Banco de España; a través de su adquisición y ulterior pignoración por la banca privada había venido operando uno de los principales mecanismos de la inflación (monetización de la deuda) desde incluso antes de la Guerra Civil.

Después, en marzo de 1959, se publicó el Programa Nacional de Inversiones, redactado básicamente en la presidencia del Gobierno, que regentaba Laureano López Rodó, y donde trabajaban Agustín Cotorruelo, Javier Irastorza y otros economistas del Estado. Con ese programa se pretendía conciliar el crecimiento de la economía con la estabilidad, fijando y distribuyendo, conforme a criterios de prioridad, las masas de los recursos públicos disponibles, y en ese sentido cabe considerarlo como uno de los primeros antecedentes de lo que después sería la planificación indicativa.

Componente exterior de la estabilización

El necesario apoyo internacional a la política de estabilización fue posible merced a toda una serie de gestiones con ayuda de Estados Unidos, que propiciaron el ingreso de España en tres organismos internacionales. El 10 de enero de 1958, España entró en la OECE como país asociado, con la previsión de alcanzar el estatus de miembro de pleno derecho en breve, precisamente cuando el proceso de estabilización llegase a su fase definitiva.

Meses después, el 4 de julio de 1958 se produjo la entrada en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). El primero habría de prestar asistencia financiera y asesoramiento técnico en la fase de estabilización propiamente dicha. Por su parte, el BIRF ofrecería, cuatro años más tarde, asistencia técnica para la preparación del Plan de Desarrollo.

En el verano de 1958, la operación estabilizadora estaba planteada. Faltaba ejecutarla, pues la situación de la balanza de pagos y del conjunto de la economía se hacía cada vez más crítica. En esas circunstancias, el déficit de la balanza comercial sólo podía enjugarse transitoriamente mediante la consolidación de las deudas de algunos de los *clearings* con el práctico agotamiento de las reservas de divisas, y con la multiplicación de los tipos de cambio hasta lo inverosímil, para exportar a costa de cualquier prima. Pero tales medidas no podían utilizarse *sine die*. De no operarse a medio y largo plazo, se iba a un verdadero colapso.

Esta situación de crisis del comercio exterior coincidió en los últimos días de 1958 con tres sucesos económicos de

En esta página, fotograma de Muerte de un ciclista *(1955), filme influido por el realismo crítico italiano en el que Juan Antonio Bardem ofreció una amarga visión de las clases acomodadas españolas en el Madrid de los años 50.*

En ambas páginas, acto inaugural del Valle de los Caídos (1.IV.1959). Franco reiteró su certeza del apoyo divino a la causa nacional: «En todo el desarrollo de nuestra Cruzada hay mucho de providencial y de milagroso.»


Archivo Vendrell



importancia. El primero, la declaración de convertibilidad exterior de las monedas de casi todos los países de la OECE. El segundo, la ampliación de los porcentajes de liberalización de su comercio exterior, un paso más hacia la expansión de los intercambios en Europa Occidental. Por último, la aplicación efectiva del Tratado de Roma, constitutivo del Mercado Común. Europa pasaba así de la cooperación, iniciada en 1948 con el Plan Marshall y la OECE, a una nueva fase de integración económica de la que son exponentes la CECA, la CEE y el EURATOM.

Formulación del plan

Los preparativos se aceleraron a lo largo del primer semestre de 1959. El Plan de Estabilización tomó cuerpo en el *Memorándum* que el gobierno español dirigió al FMI y a la OECE con fecha 30 de junio de 1959, y finalmente vio la luz pública en los días 20 y 21 de julio por medio de una declaración del Gobierno y a través del decreto-ley 10/1959 «de Nueva Ordenación Económica».

El plan contenía la descripción de las medidas a adoptar respecto al sector público, la política monetaria, la flexibilidad de la economía y el sector exterior. La ayuda exterior se cifraba en 546 millones de dólares (con el desglose siguiente: FMI, 75 millones; OECE, 100; gobierno de Estados Unidos, 258; moratoria de los países de la OECE, 45; banca privada norteamericana, 68). A primera vista, esa suma podría haber parecido insuficiente para enfrentarse con el «tirón» de las importaciones liberalizadas. Pero en realidad resultó más que suficiente, porque el tan esperado «tirón» no llegó a producirse debido a la recesión interna provocada tanto por las restricciones crediticias como por la liquidación de unos *stocks* que, como sucede en épocas de escasez de importaciones, habían llegado a ser muy elevados.

En definitiva, con el plan se pretendía lograr dos objetivos: sentar las bases para un desarrollo económico equilibrado e iniciar una mayor integración con otras economías. Alcanzar esos fines presuponía el equilibrio interno, puesto que sin él resultaba imposible lograr la estabilidad de precios, y sin ésta no podía llegarse al equilibrio exterior.

La actuación para conseguir el equilibrio interno se manifestó en los sectores público y privado. En ambos se trató de obtener la reducción de las inversiones a la cifra del ahorro voluntario efectivamente disponible, así como frenar la demanda para estabilizar los precios. Había que limitar para ello el gasto público y privado; es decir, se hacía preciso contener la expansión de la oferta monetaria. A tal fin se adoptaron medidas fiscales y monetarias.

En esta página, Juan Comorera, ex-secretario general del PSUC, en el juicio al que fue sometido en Barcelona (7 VIII 1957). Exiliado en 1939 y luego apartado de la dirección del PSUC por sus tendencias nacionalistas, Comorera entró clandestinamente en España (1951), pero fue detenido (1954) y juzgado por un Tribunal Militar que le condenó a 30 años de reclusión mayor; murió en la cárcel de Burgos (1960). El Régimen no perdonaba ningún tipo de oposición.



EFE

Limitar el gasto

En lo fiscal se limitó el gasto total del sector público a 80.000 millones de pesetas, cifra inferior a la originariamente prevista. Para ello se «despresupuestaron» varios servicios, elevando sus tarifas en algunos casos hasta en un 50 %. Con el galicismo *despresupuestar* se quería significar que una serie de servicios que venían funcionando con déficit, cubiertos por el presupuesto del Estado —y que por tanto implicaban verdaderos precios políticos—, deberían autofinanciarse en lo sucesivo. Esto es lo que sucedió con RENFE, Iberia o Correos.

Por otra parte, se limitó el crédito del sistema bancario al sector privado, fijando un tope de 163.600 millones de pesetas al descuento de efectos y a la concesión de créditos, cifra sólo superior en 11.000 millones de pesetas al volumen de créditos otorgados en 1958, frente al aumento de 21.400 millones en 1957. De esta forma se consiguió frenar drásticamente el ritmo de expansión del crédito bancario. Al propio tiempo se mantuvieron las medidas adoptadas en 1957: tope al redescuento de la banca privada en el Banco de España, e instrucciones a los bancos comerciales para que cortasen los créditos especulativos.

Se estableció además un sistema de depósitos previos para las importaciones privadas, como medida transitoria de esterilizar dinero, fijándose su monto en el 25 % del valor de las importaciones, a fin de cortar desde el principio las pretensiones de importación con fines especulativos

Liberalización comercial

Las medidas fiscales y monetarias eran indispensables para contener la demanda, estabilizar los precios y conseguir una disminución en el deseo de importar. Esto, unido al aporte de la ayuda exterior, haría posible cubrir el segundo objetivo del Plan de Estabilización: alcanzar el equilibrio externo e iniciar una política comercial más en línea con la seguida por los países de la OECE.

Ya era posible el ingreso en la OECE como miembro de pleno derecho. El evento se produjo el 20 de julio de 1959, cuando, después de largos meses de negociación en Madrid, París y Washington, el Consejo de esta organización aprobó un Plan de Comercio y Pagos. En él, el gobierno español se comprometía a liberalizar y a globalizar una serie de mercancías cuya importación en el año base representaba unos ciertos porcentajes de su comercio, con la idea de pasar paulatinamente la mayor cantidad posible de mercancías de comercio de Estado a comercio privado, de comercio bilateral a comercio global, y de este último a comercio libre.

Visión novelada de la puesta en marcha del plan

Ramón Tamames, que trabajó en la Secretaría General Técnica del Ministerio de Comercio durante los años 1958-1960, hizo un relato de semificción de la entrevista sostenida por Ullastres con Franco en la preparación del Plan de Estabilización. Este relato forma parte de su novela Historia de Elio _—escrita en la cárcel de Carabanchel en abril-mayo de 1976, donde fue internado por razones políticas por el gobierno de Arias Navarro—. En ella, Franco era Plinio Brucio; Ullastres, Eriberto Hervás. La narración comienza con las últimas palabras de Hervás en una reunión con sus técnicos._

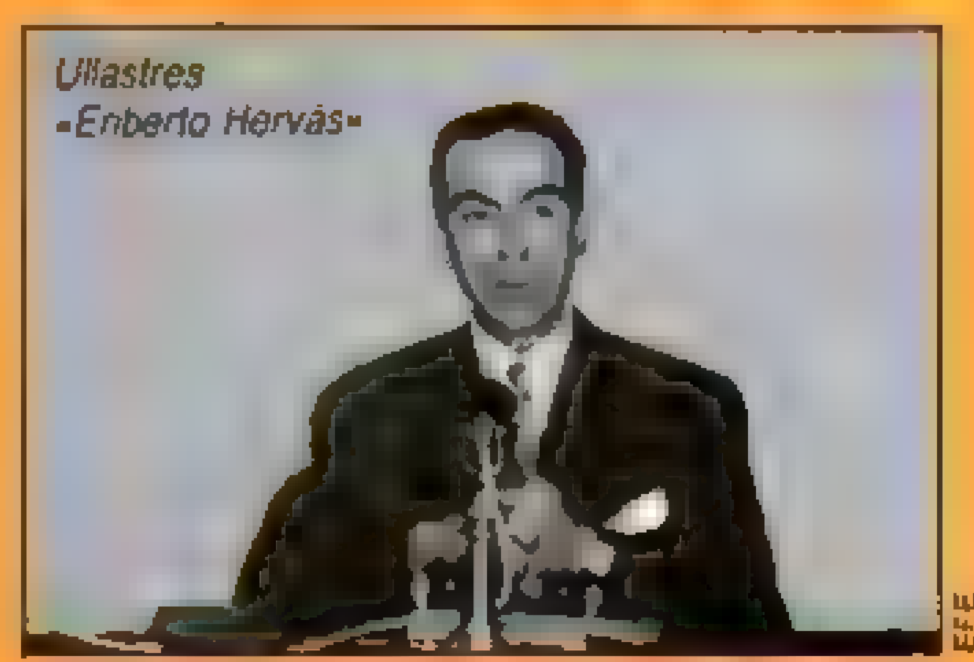
«Está bien, señores. Ha sido una reunión de gran interés. Creo que ya disponemos de una visión panorámica bastante completa. Les ruego que sigan ustedes reunidos hasta haber perfilado en qué ha de consistir la operación, en línea con lo que ya hemos hablado. Y usted, Román, haga el favor de venir a verme a última hora de esta tarde, con un memorándum de no más de tres folios. Quiero que sea una nota escrita en lenguaje bien claro. Ya saben: las grandes operaciones hay que plantearlas de forma que puedan apreciarse de inmediato, porque si se hacen necesarias largas explicaciones, difícilmente acaban comprendiéndose. Esos tres folios pienso entregárselos al general Brucio. Le pediré audiencia para mañana mismo.

. . . .

»Efectivamente, a la mañana siguiente, Hervás estuvo en el Palacio Presidencial. El general Plinio Brucio, a pesar de ser hombre poco dado a traslucir sus estados de ánimo, le recibió con apreciable curiosidad. Hablaron en el gran despacho alfombrado, delante de una mesa de trabajo materialmente abarrotada de libros, informes y publicaciones llevadas por el sinnúmero de visitas y comisiones que Brucio recibía todas las semanas. Los papeles iban amontonándose y sedimentándose, a modo de estratos geológicos. "Es de suponer —se dijo mentalmente Hervás— que de vez en cuando le retirarán documentos de los períodos inferiores."

»Brucio, a sus 65 años, se encontraba en plena forma. Tras recibir afablemente a Hervás, le invitó a sentarse. Luego, se recogió en su propio sillón,





entrelazó los dedos de sus manos en actitud muy suya, y en voz queda y con su timbre ligeramente atiplado se dirigió al ministro:

»—Bien, Hervás, usted me dirá qué le trae aquí. ¿A qué se debe el que me haya pedido visita con tanta urgencia?

»—Mi general, se trata de dar un giro de 180 grados a nuestra política económica. Usted sabe perfectamente que la situación actual no puede continuar indefinidamente.

»El ministro habló sin premura. Expuso con sencillez todo el Plan, y al final entregó a Brucio el memorándum de tres folios. El general se caló las gafas y lo leyó con toda atención, recorriendo cabalmente cada línea. Al terminar, levantó la mirada y se dirigió a Hervás con aire circunspecto:

»—Está muy claro, y me figuro que tendrá usted la seguridad de que todo esto es lo que le conviene al país. La gente me dice que está usted muy bien preparado, y así lo creo yo también. Aunque no sea un experto en Economía, me doy perfecta cuenta de que se trata de una decisión trascendental. Podría decirle que consulte a su predecesor en el cargo. Él fue quien ideó todo nuestro actual sistema económico. Pero seguramente esa consulta sería una pérdida de tiempo. Me parece que ahora la razón está del lado de usted —se paró a pensar un instante, y luego agregó—: Supongo que sabrá rodearse de buenos economistas. No olvide que cuando yo llegué al poder, en la Administración del Estado no había más que recaudadores de contribuciones. Por eso mismo creé las Facultades de Economía y Hacienda.

»A Hervás le pareció que la última observación no le exigía ningún comentario. De todos era conocido que uno de los más extraños orgullos de Brucio era el haber creado las Facultades de Economía y Hacienda, y las Escuelas de Periodismo. "Lo importante —pensó— es que va entendiendo en qué consiste la operación estabilizadora."

»Brucio guardó silencio, mirando al ministro, como invitándole a que completara su explicación del Plan. Hervás respondió a la tácita invitación:

»—Además, la estabilización nos preparará el camino para más tarde acceder a la Unión Económica de Integración. Mi general, ya sabe las ventajas que puede depararnos estar en ella...

»Hervás se extendió en una serie de consideraciones técnicas que Brucio escuchó en silencio. Cuando debió parecerle que el ministro ya había hablado lo suficiente, el general alzó levemente su mano derecha para interrumpirle, y le dijo:

»—En eso de la Unión Económica de Integración, si me lo permite, querido Hervás, no estoy enteramente de acuerdo. A nuestro país no se le quiere fuera. En el extranjero, y sobre todo en esos países de la Unión Económica, al Régimen se le considera como una dictadura. ¡Como si gobernar a nuestro pueblo fuese cosa fácil! Yo no digo que nunca vayamos a estar en esa célebre Unión. Lo que sí pienso es que la cosa irá lentamente. Por tanto, ocúpense ahora de reajustar la Economía, y dejemos para más tarde las otras decisiones. Tiempo habrá...

»Seguidamente, Brucio dio su asentimiento formal a la operación estabilizadora:

»—Todo está perfectamente bien. Prepare usted los decretos leyes que sean precisos, y tráigalos al Consejo de Ministros. Ya sabe que tengo gran confianza en usted.

»Luego, levantándose, ambos se encaminaron hacia la puerta; en tono informal, Brucio preguntó:

»—¿Usted no caza, verdad? ¿Es que no le gusta? Es un excelente deporte, y permítame que se lo recomiende. Hay que hacer ejercicio. Espero que me acompañe usted alguna vez...»


Mariano Navarro Rubio, ministro de Hacienda, [illegible] del modelo económico autárquico por medio de [illegible]

EFE

Estabilización monetaria

«El plan de estabilización monetaria, que tanta repercusión ha tenido en el extranjero, donde no han faltado, a su vista, las rabietas procedentes de las covachas de siempre, se ha calculado para que tenga igualmente sus naturales consecuencias en el país, cuya economía trata de robustecer con carácter definitivo.

»Se comprende, pues, que resulte complejo el estudio de las variaciones que los precios interiores deben o pueden experimentar como consecuencia del nuevo cambio fijado a la peseta. Se ha dicho —lo han manifestado las personas más cualificadas en la materia— que ese tránsito de una a otra situación económica habría de efectuarse de modo que las repercusiones fueran mínimas y poco duraderas (...) »

(FUENTE: Editorial de «Madrid», 30-VII-1959.)

La liberalización —importación libre sin necesidad de licencia— alcanzó a una serie de alimentos, materias primas y maquinaria, cuya importación en 1950 había supuesto el 54,4 % del comercio privado. La globalización —importación por cantidades tope fijadas *globalmente* para todos los países OECE— se extendió a una serie de productos que en la importación privada del año 1950 habían alcanzado el 35,4 % del total. Quedaron en régimen de contingentes bilaterales de importación los restantes artículos no incluidos ni en las listas de mercancías liberalizadas ni en los cupos globales.

Paridad de la peseta y otras medidas

Pero el equilibrio externo no podía lograrse con sólo liberalizar y globalizar. Eran precisas otras piezas fundamentales: la fijación de un tipo de cambio exterior adecuado para la peseta, la publicación de un nuevo arancel de importación, y la liberalización de las importaciones de capitales.

El nuevo cambio exterior se estableció al fijarse la paridad de la peseta con el oro —de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional— a razón de 0,0142212 gramos de oro fino por peseta o, en otros términos, 60 pesetas por dólar. Con ello desaparecieron los cambios múltiples para importación y exportación, y se frenó el deseo de importar por el encarecimiento que el nuevo cambio supuso en las importaciones. Por la razón inversa se fomentaron la exportación y las entradas oficiales de divisas por servicios (sobre todo, turismo), que aumentaron rápidamente.

Al devaluarse, también se impulsaron la entrada de capital extranjero y la emigración al resto de Europa. El verdadero valor de las remesas de los emigrantes se «elevó», al traducirlas en pesetas, en un 43 % (por la mejora de 18 pesetas en el cambio que supuso el pasar de 42 a 60 pesetas el dólar). En lo concerniente a mercancías, la situación era distinta. Teóricamente se devaluó de 42 a 60, pero de hecho, y por la incidencia de las primas y de los retornos, las exportaciones estaban haciéndose a fines de 1958 a un tipo medio ponderado de 47,39 pesetas, y las importaciones a una media de 47,72.

La publicación del nuevo Arancel de Aduanas tuvo que ser demorada. Por ello, en agosto de 1959 entraron en vigor provisionalmente unos «arancelillos», en los que figuraban los nuevos derechos para las mercancías liberalizadas y globalizadas. Y lo mismo se hizo con ocasión de las ulteriores órdenes de liberalización. El nuevo Arancel no fue publicado sino el 30 de mayo de 1960. Como dijo alguien, éste era «el último toro que le quedaba por lidiar al Plan de Estabilización».

La importación de capital se vio facilitada por dos tipos de medidas: la concesión de una amnistía para la repatriación de capital español en el exterior, y la nueva legislación liberalizadora de las inversiones extranjeras. La amnistía permitió, dentro del plazo de seis meses, la repatriación de toda clase de divisas que los españoles tuvieran en el extranjero, con la exención de responsabilidades a que pudiera haber habido lugar por delitos monetarios y régimen tributario; los resultados prácticos de esta medida nunca se dieron a conocer.

Por último, mencionemos las restantes medidas del plan: liberalización de precios, supresión de diversos intervencionismos estatales, una ley para la defensa de la libre competencia (en 1963) y el reajuste en la política laboral, que se tradujo en la creación del subsidio de paro por el decreto de 26 de noviembre de 1959.

Primeros efectos positivos del plan

Como conjunto, el Plan de Estabilización fue la operación económica de más alcance en el período 1939-59. La inflación crónica se vio trastocada —al menos por algún tiempo— por un clima de estabilización. El aislamiento económico del bilateralismo y las restricciones cuantitativas se vio sustituido por un intercambio más ágil con el exterior. Los efectos del plan fueron inmediatos, y en muchos casos realmente alentadores.

Inversión de capital extranjero

«(...) Nada más irreal y pernicioso en estos instantes que la autarquía económica o el "chauvinismo" político. Son dos viejos conceptos que en los tiempos que corren han ido a ocupar sendos puestos en el archivo de los recuerdos (...). La apertura de un sugestivo portillo a la dinámica inquietud del capital extranjero afirma la idea de universalidad en lo económico, sin merma, naturalmente, de los indeclinables principios políticos que constituyen el patrimonio de soberanía de cualquier Estado. De tal manera se tiende a conjugar —en el Plan de Estabilización— el óptimo desarrollo económico de España mediante un sistema claro y sin reservas de atracción de capitales extranjeros, con el arbitrio de los recursos técnicos imprescindibles para mantener la participación extrana en su estricto cauce (...). A través de un programa racional de inversiones de capital extranjero será posible completar y fortalecer nuestra cuota de ahorro, a fin de mantener el ritmo de crecimiento económico a la máxima presión que sea posible (...).»

(FUENTE: editorial de «Arriba», 28-VII-1959.)

«El tren en la vía»

«(...) Debemos poner de relieve la ponderación, la contención expresiva con que está redactado el decreto-ley en que se esboza la ordenanza económica española. La necesidad es la premisa del mismo. No se trata de hacer esto o lo otro, sino de hacer aquello que necesariamente debemos hacer. La incorporación de España a la libre corriente económica europea nos obliga a ello (...) En un decir popular, tenemos, al fin, el tren en la vía. Una vía de curso legal europeo, que nos permitirá beneficiarnos de la teoría elemental de los vasos comunicantes (...).»

(FUENTE: artículo publicado por «Informaciones» el 23-VII-1959, bajo las iniciales C. F.)





Arriba (a la izquierda), Franco herido en la mano tras el accidente de caza que sufrió la víspera de Navidad de 1961. Este percance no revestía gravedad, aunque fue preciso operarle y utilizar la anestesia. Ante un eventual fallo cardíaco se hicieron numerosas consultas, pero, curiosamente, de las tres personas designadas para formar el Consejo de Regencia sólo se llamó a una, el capitán general Agustín Muñoz Grandes (a la derecha). Las otras dos, cardenal primado y presidente de las Cortes, fueron ignoradas. Franco no se paró en matices legales; quería «mantener el orden»

La primera fase de la ejecución del plan tuvo pleno éxito. Se consiguieron resultados notables mucho más rápidamente de lo que podía haberse esperado. Las medidas fiscales y monetarias eliminaron el exceso de demanda interior. Y los precios se mantuvieron estables, a pesar de la elevación del tipo de cambio y de la supresión de las intervenciones, por la liquidación de los *stocks*. También se produjo una considerable disminución de la actividad productiva, que se manifestó en el descenso de las importaciones. Esto último, unido al aumento de exportaciones promovido por el alza del tipo de cambio y por las buenas cosechas, determinó una mejoría sustancial de la balanza de pagos, lo cual permitió la cotización de la peseta en los mercados extranjeros en torno a la paridad; otro resultado fue la desaparición del circuito paralelo de divisas.

En el interior se contuvo la inflación, pero al coste de la disminución de la actividad económica, que fue más dura en los sectores con dificultades: minería del carbón, maquinaria, textil, papel, etc.

Las consecuencias no se hicieron esperar en el mercado de trabajo. La cifra oficial de parados apenas experimentó variación. Pero, hacia 1959 y 1960, la estadística oficial de paro en España carecía de verdadera significación para valorar la coyuntura. Más importante que el aumento del paro fue la disminución de remuneraciones complementarias del salario base (horas extraordinarias y pluses), que desaparecieron por entero en sectores muy extensos de la población obrera. Ello significó, en muchos casos, reducciones en los ingresos de hasta un 50 % respecto de los percibidos antes de la puesta en marcha del plan. Esa fue una parte de la factura que se pasó a las clases trabajadoras. La otra parte podría haber sido un paro masivo, pero aquí jugó la *renta de situación* de España, próxima a un Mercado Común en expansión. Efectivamente, el paro quedó muy amortiguado por la emigración. Con el estímulo, ya antes destacado, de un 43 % de elevación en el cambio para sus remesas al país, la emigración laboral experimentó un auge formidable, hasta el punto de que en



EFE



Keystone/F X Ratos

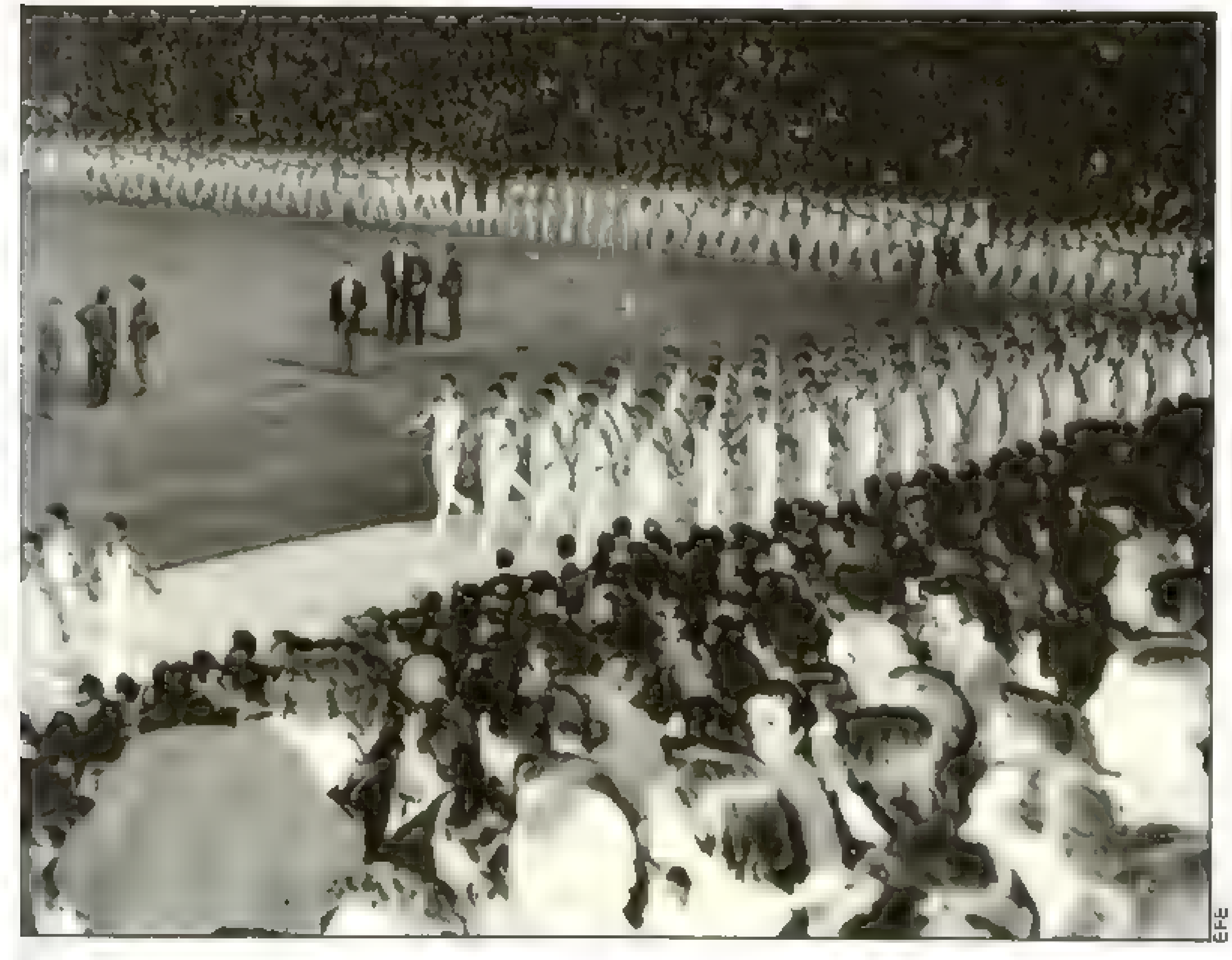
«Voluntariosa obediencia» del pueblo español

«(...) España posee muchos resortes morales y están bien dotadas sus gentes como para esperar de ellas la respuesta más correcta a las decisiones del Gobierno. La austeridad en los planos superiores de la sociedad engendra la más honrada y voluntariosa obediencia activa en la base de la pirámide social.

»Tenemos confianza en el pueblo español. La etapa de la estabilización, con el ejemplo moral y el sacrificio necesario presidiéndola desde arriba, no ha de ser empresa más ardua que otras felizmente acometidas y llevadas a término por España en los últimos veintitrés años. Si país y Gobierno van a una, podemos dar por cierto el éxito.»

(FUENTE: Editorial de «Ya», 24-VII-1959.)

Abajo, demostración sindical en el estadio Bernabeu de Madrid (1.º de mayo de 1958). Obligatoriamente encuadrados en los sindicatos verticales, los trabajadores españoles no pudieron hacer reivindicaciones de cierto alcance hasta que en 1958 se aprobó la ley de convenios colectivos. La huelga, considerada largo tiempo como un movimiento sedicioso, comenzó a ser más frecuente.



EFE

los años 1959, 1960 y 1961 se situaron en el exterior casi medio millón de españoles. Con sus remesas, los emigrantes sentaron una de las bases más sólidas para el éxito del plan, al contribuir al acrecentamiento de las reservas de divisas.

La reactivación

Entre el comienzo de la aplicación del Plan de Estabilización (julio de 1959) y las primeras medidas dirigidas a la preparación del Plan de Desarrollo y la petición de asociación de España a la CEE (febrero de 1962), transcurrió un lapso de dos años y medio, en el que la economía española experimentó en su conjunto una transformación importante.

Durante 1960 se registraron de forma acusada los efectos favorables y desfavorables de las medidas estabilizadoras. La balanza de pagos se cerró en ese año con un excedente de 400 millones de dólares, y el nivel de precios no sufrió apenas alteración, debido a los tres hechos ya señalados antes: contención del gasto público y del crédito, liquidación de los *stocks* y elimi-



Franco entrega la Copa del Generalísimo 1955 a Piru Gainza, extremo izquierda del Atlético de Bilbao y uno de los ídolos del fútbol español de la época. El Régimen sacó no poco provecho de los lances balompédicos, elevándolos, a veces, a la categoría de gestas nacionales. A ello contribuyeron, sobre todo, la prensa y las retransmisiones radiofónicas de los partidos, en las que se hizo muy popular la voz de Matías Prats.

EFE

nación de las demandas de índole especulativa. La contrapartida de esos favorables efectos fue la reducción de la renta nacional en un 3,6 % respecto a 1959.

Los primeros indicios de recuperación comenzaron a advertirse en los últimos meses de 1960, en parte como consecuencia de la natural variación estacional al alza que se aprecia en todos los otoños, y debido a como reaccionaron los medios empresariales tras la publicación del Arancel, que supuso un considerable alivio proteccionista y contribuyó no poco a superar el *shock* estabilizador. Esos primeros indicios se vieron seguidos de una cierta reactivación a lo largo de 1961, que se manifestó en un aumento de la renta nacional en un 3,7 % respecto a 1960, con lo cual el nivel de la producción se colocó de nuevo a la altura de 1959.

Ya en plena reactivación, de marzo a fines de junio de 1961, visitó España una misión del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, invitada por el gobierno español para redactar un informe sobre las posibilidades de desarrollo económico de España que sirviera luego de trasfondo al futuro Plan de Desarrollo. Una misión del Banco Mundial (compuesta por dieciséis economistas y asesores y presidida por Hugh Ellis-Rees), recogió un gran cúmulo de datos e impresiones directas, que tras una larga elaboración se tradujeron en el informe que se entregó a las autoridades españolas el 3 de agosto de 1962, y que fue hecho público a fines del siguiente mes

La publicación del Informe del Banco Internacional, esperado por muchos como una especie de Nuevo Testamento de la economía española, sirvió de punto de partida a una viva polémica sobre sus tesis y recomendaciones, en la que tomaron parte tanto defensores y adictos como escépticos, críticos severos y detractores. La ausencia de recomendaciones sobre unas medidas de reforma agraria, la gran benevolencia respecto al sistema fiscal, o ante la existencia de prácticas monopolísticas, la falta de referencias serias a la posible integración en el Mercado Común, la minimización del problema del desequilibrio regional, la ciega confianza en una economía de mercado que impregnaba todo el texto, fueron, sin duda, los aspectos más criticados. Pero el informe también procuró sugerencias de valor con vistas a hacer más racional la política económica y el funcionamiento de todo el sistema económico. De especial interés fueron los capítulos referentes a transportes y agricultura; este último sobremanera brillante, y muy aprovechable en la crítica de la política de regadíos.

A la publicación del informe le precedió en varios meses la creación de la Comisaría del Plan de Desarrollo. Quedaba así iniciada una nueva fase de la política económica española: la planificación indicativa. Pero esa es ya otra historia: la de los años 60, del crecimiento salvaje de la economía española, con grandes migraciones y con la definitiva previsión de que el régimen político autoritario no podría persistir indefinidamente.

El muro de Berlín

Un test a la coexistencia pacífica

Fernando Díaz-Plaja,
escritor

Desde 1950 a 1960, la República Democrática Alemana perdió más de 2 millones de habitantes, que pasaron a refugiarse en Alemania Occidental. Este «trasvase» se produjo, en su mayor parte, entre Berlín Este y Berlín Oeste. Dado que casi todos los que abandonaron la República Democrática eran obreros especializados, los efectos de su marcha repercutieron gravemente en la actividad económica. Pero en la noche del 12 al 13 de agosto de 1961, ante la impasibilidad de las potencias occidentales, el Ejército y la Policía de la República Democrática empezaron a levantar un muro para cerrar el acceso de sus conciudadanos a Berlín Oeste. La crisis puso de manifiesto la fragilidad de la coexistencia pacífica entre los dos grandes bloques.

Un domingo 13 de agosto de 1961, los berlineses occidentales se quedaron atónitos al comprobar que sus vecinos del sector oriental estaban atrapados tras un cinturón de alambre espinoso y ya no eran libres para salir de la República Democrática Alemana: desde entonces, el muro de Berlín se interpondría entre ellos. En la fotografía, jóvenes del Berlín Oriental levantan una valla metálica en el cementerio de St. Hedwig, distrito de Wedding, para mantener a los visitantes del recinto apartados del primitivo muro (1967)



Keystone/F. X. Rafols

Las tres crisis de Berlín

1945
5.VI: *tras la capitulación del Tercer Reich, las potencias aliadas asumen la soberanía de Alemania.*
17.VII-2.VIII: *Conferencia de Potsdam. Se acuerda la instauración de un gobierno militar aliado en Alemania. El estatuto de ocupación (30.VII) divide el país en cuatro zonas sometidas a la autoridad de los comandantes en jefe de los ejércitos vencedores, con una Comisión de Control como organismo coordinador. El Gran Berlín, situado en la zona soviética es, a su vez, dividido en cuatro sectores (soviético, británico, estadounidense y francés). Berlín Este (37.295 ha) queda bajo la tutela soviética; Berlín Oeste (46.692 ha), bajo la autoridad de los aliados occidentales.*

1948
VI. (1.ª crisis): *al ser modificado unilateralmente por las potencias occidentales el régimen monetario de Alemania Occidental, se crea una fuerte tensión que culmina en el bloqueo de Berlín. Los soviéticos cortan los accesos de superficie a Berlín Oeste, que resiste gracias a un eficaz puente aéreo.*
X: *se forman dos consejos municipales distintos, uno en Berlín Este y otro en Berlín Oeste, con sus respectivos ediles.*
30.XI: *Friedrich Ebert, del SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschlands), es elegido alcalde de Berlín Este.*
5.XII: *Ernst Reuter, del SPD (Sozialdemocratische Partei Deutschlands) es elegido alcalde de Berlín Oeste. Sus sucesores serán Otto Suhr (a partir de 1955) y Willy Brandt (desde 1957).*

1949
11. V: *fin del bloqueo.*
23. V: *promulgación de la Ley Fundamental de Bonn, Constitución provisional de la República Federal Alemana.*
7. X: *un Consejo del Pueblo Alemán proclama la República Democrática Alemana. Berlín Este pasa a ser la capital del nuevo Estado.*

1952
V: *suspensión del estatuto de ocupación en la República Federal Alemana.*

1953
VI: *miles de obreros del sector oriental de Berlín se rebelan contra el aumento de los índices de productividad laboral y los bajos salarios. Las manifestaciones callejeras son brutalmente reprimidas por la Volkspolizist y los carros de combate soviéticos. Todavía es posible pasar a Berlín Oeste.*

1955
V: *la Unión Soviética pone fin al estatuto de ocupación de la República Democrática Alemana.*

1958
27. X: *Walter Ulbricht, secretario general del SED, afirma que las potencias occidentales han violado los acuerdos de Potsdam al rearmar a la República Federal Alemana.*
10. XI. (2.ª crisis): *ultimátum de Kruschov a las potencias occidentales (retirada de todas las tropas en un plazo de seis meses y constitución de Berlín como «ciudad libre» o estrecho control de todos los accesos por parte de la República Democrática).*

1960
VIII: *el gobierno de Pankow prohíbe temporalmente el acceso a Berlín Este de los ciudadanos de la República Federal.*

1961
15. VI: *Walter Ulbricht desmiente que el gobierno de la República Democrática tenga intención de levantar un muro para separar Berlín Este de Berlín Oeste.*
12-13. VIII. (3.ª crisis): *empieza a levantarse el muro a lo largo de la línea de demarcación que separa el sector soviético de los otros tres.*


Keystone

Se levanta el muro de Berlín

La cerca de alambre se eleva tres metros por encima de la superficie. Detrás hay una zanja de cemento que impide tanto el paso de un vehículo lanzado contra la barrera a gran velocidad, como el posible túnel excavado para salvar el obstáculo por abajo. Pero, además, hay un pasadizo por el que circulan perros adiestrados, sujetos por una argolla que corre a lo largo de un cable y deja al animal la autonomía suficiente para atacar a cualquier insensato que intente saltar la valla. Por si fuera poco, una serie de armas, situadas a la altura del pecho de un hombre, se disparan automáticamente cuando algún intruso pisa la arena frente a ellas.

Esto es el muro de Berlín, llamado también «el muro de la vergüenza». La tenacidad alemana (en este caso, comunista alemana) ha convertido en un obstáculo prácticamente inexpugnable una simple barrera de alambre espinoso que durante la noche del 12 al 13 de

agosto de 1961 fue levantada ante el asombro del mundo para dividir a una ciudad en dos mitades. Era la respuesta de la República Democrática Alemana a la «sangría» —como se llamó entonces— de sus mejores técnicos, que, al gris porvenir que les esperaba en la zona oriental, preferían la libertad de expresarse y las oportunidades de enriquecerse que Alemania Occidental les ofrecía. Oficialmente, esto no se dijo; oficialmente se afirmó —y lo ha seguido afirmando la propaganda comunista— que los soldados guardaban la cerrada frontera para impedir el paso a espías y saboteadores cuyo propósito era infiltrarse para provocar el desorden en la feliz Alemania del Este.

Al principio, en lugar de frenar el éxodo, la decisión de levantar el muro desencadenó la estampida de los que, habiendo pensado pasar algún día al sector occidental, se encontraron con que les cerraban la puerta. Por ello, mientras estuvo entreabierta, es decir, mientras el muro no estaba terminado,



En la página anterior ciudadanos de Alemania Oriental esperando pasar al Berlín Oeste. Sólo el muro pudo frenar esta constante «sangría» que ponía en dificultades al gobierno comunista. Arriba, el muro frente a la célebre Puerta de Brandemburgo, viejo símbolo de la ciudad. Abajo, Walter Ulbricht, el hombre que ordenó levantar el muro, en compañía de Kruschov.

Reacción occidental

Los embajadores de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña en Moscú presentaron su protesta ante quienes consideraban responsables de la decisión de Walter Ulbricht. Esta fue la nota de la Embajada francesa.

Violación del estatuto

«La Embajada francesa presenta sus respetos al Ministerio de Asuntos Exteriores y, siguiendo instrucciones de su gobierno, tiene el honor de llamar la atención del gobierno de la URSS sobre lo siguiente: el día 13 de agosto, las autoridades de Alemania Oriental pusieron en vigor varias medidas para la regulación del tráfico en los límites de los sectores occidentales y del sector soviético de la ciudad de Berlín. Tales medidas han tenido el efecto de restringir, en una proporción cercana a la prohibición completa, el paso del sector soviético a los sectores occidentales de la ciudad. Estas medidas han sido acompañadas por el cierre efectivo de la línea de demarcación del intersector mediante un amplio despliegue de fuerzas de policía y destacamentos militares llevados al territorio de Berlín con este propósito.

»Esto constituye una flagrante y especialmente grave violación del estatuto cuatripartito de Berlín. La libertad de movimiento con respecto a Berlín fue reafirmada y garantizada por el acuerdo de las cuatro potencias en Nueva York, el 4 de mayo de 1949, y por la decisión tomada en París el 20 de junio de 1949, por el Consejo de Asuntos Exteriores de las cuatro potencias.

Medidas ilegales

»Estos textos internacionales continúan en vigor y obligan al gobierno soviético. El gobierno francés no ha estado de acuerdo en que puedan ser impuestas restricciones a la libertad de movimientos dentro de la ciudad. La línea de demarcación entre el sector soviético y los sectores occidentales de Berlín no es una frontera de Estado. El gobierno francés considera ilegales las medidas tomadas por las autoridades de la Alemania Oriental. Recuerda que no acepta la declaración según la cual el sector soviético de Berlín forma parte de la República Democrática Alemana y que Berlín está en su territorio. Tal declaración es, en sí, una violación del acuerdo solemnemente concluido sobre las zonas de ocupación en Alemania y sobre la administración del Gran Berlín. Además, el gobierno francés no puede reconocer el derecho de las autoridades alemanas orientales a enviar sus fuerzas armadas al sector soviético de Berlín.

»Por propia confesión de las autoridades de la Alemania Oriental, las medidas que acaban de ser tomadas están motivadas por el hecho de que un creciente número de habitantes de la Alemania del Este quieren abandonar este territorio. Las razones de este éxodo son conocidas: se trata de las dificultades internas de la Alemania Oriental.

Las competencias del Pacto de Varsovia

»A juzgar por los términos de la declaración conjunta de las potencias del Pacto de Varsovia, publicada el día 13 de agosto, las medidas en cuestión fueron recomendadas a las autoridades alemanas orientales por estas potencias. El gobierno francés hace notar que las potencias que se asociaron con la URSS en la firma del Pacto de Varsovia son las que intervinieron en un terreno en el cual no tienen competencia de ningún género.

»Hay razones para creer que esta declaración indica que las medidas tomadas por las autoridades alemanas orientales han sido adoptadas "en interés del propio pueblo alemán". Es difícil encontrar alguna base para tal declaración o para entender por qué es competencia de las potencias del Pacto de Varsovia decidir dónde radica el interés del pueblo alemán. Es evidente que los alemanes, y en particular aquellos cuya libertad de movimientos es impedida por la fuerza, no son de tal opinión. Una prueba de esto sería dada con total claridad si los alemanes pudieran ejercitar libremente su elección y si el principio de autodeterminación fuese aplicado igualmente al sector soviético de Berlín y a la Alemania Oriental. El gobierno francés protesta enérgicamente contra las medidas arriba mencionadas, de las cuales sólo puede ser responsable el gobierno soviético. El gobierno francés pide al gobierno soviético que ponga fin a estas medidas ilegales y llama su atención al hecho de que esta modificación unilateral del estatuto de Berlín sólo puede aumentar la tensión existente y empeorarla.»



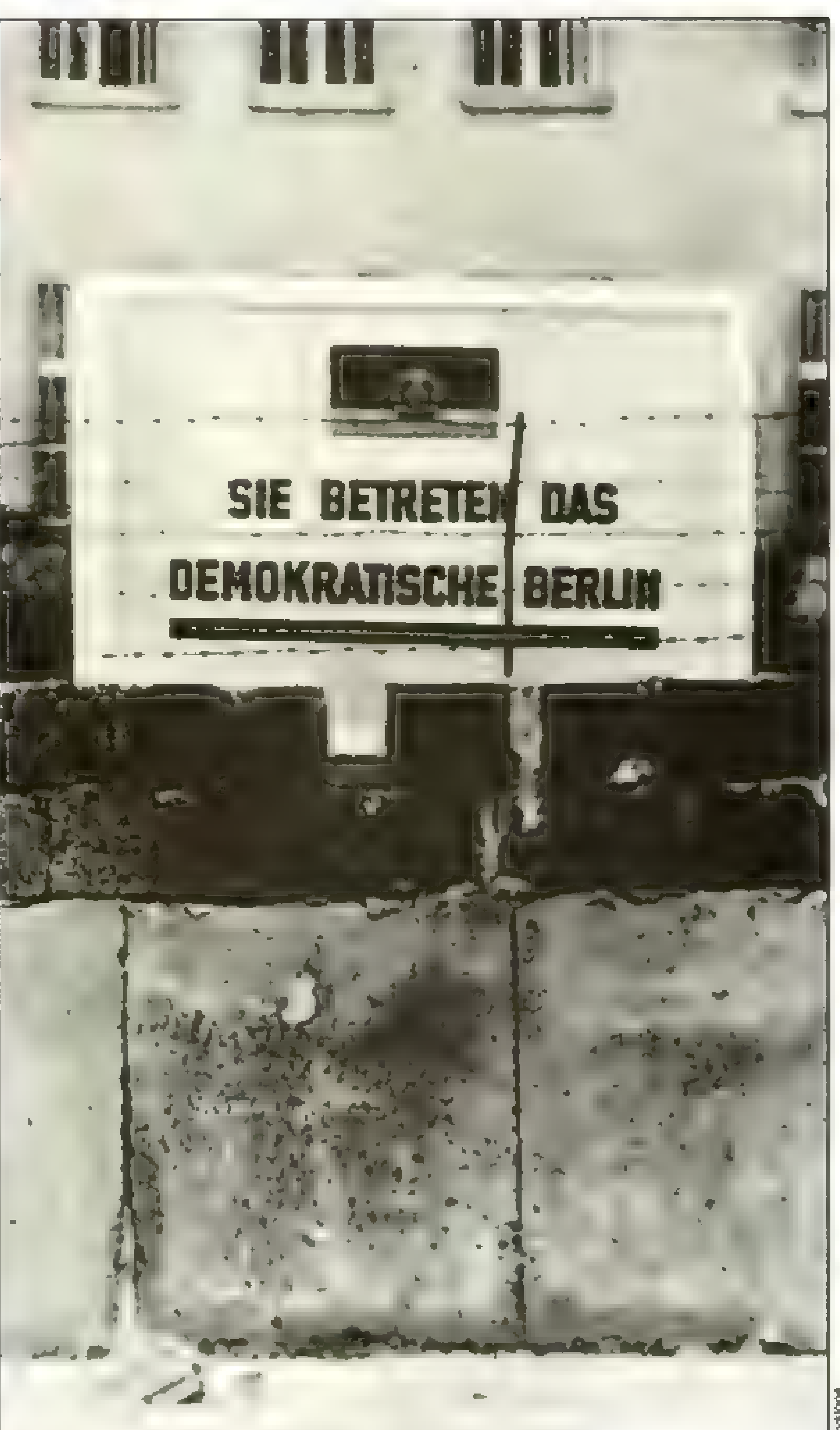
se marchó un mayor número de personas que antes. (Desde 1945, unos tres millones de alemanes se han pasado a la República Federal, aunque unos quinientos mil que no encontraron allí el paraíso volvieran a su país.)

Blanda reacción

Diez mil policías del pueblo (los *Volkpolizist* o *Vopos*) y dos divisiones acorazadas tomaron los puntos que comunicaban Berlín Este con Berlín Oeste. Cuando las tres potencias que compartían el mando del sector occidental (Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) hicieron llegar su nota de protesta, el comandante soviético contestó que «la República Democrática Alemana es un Estado soberano que puede hacer lo que quiera para



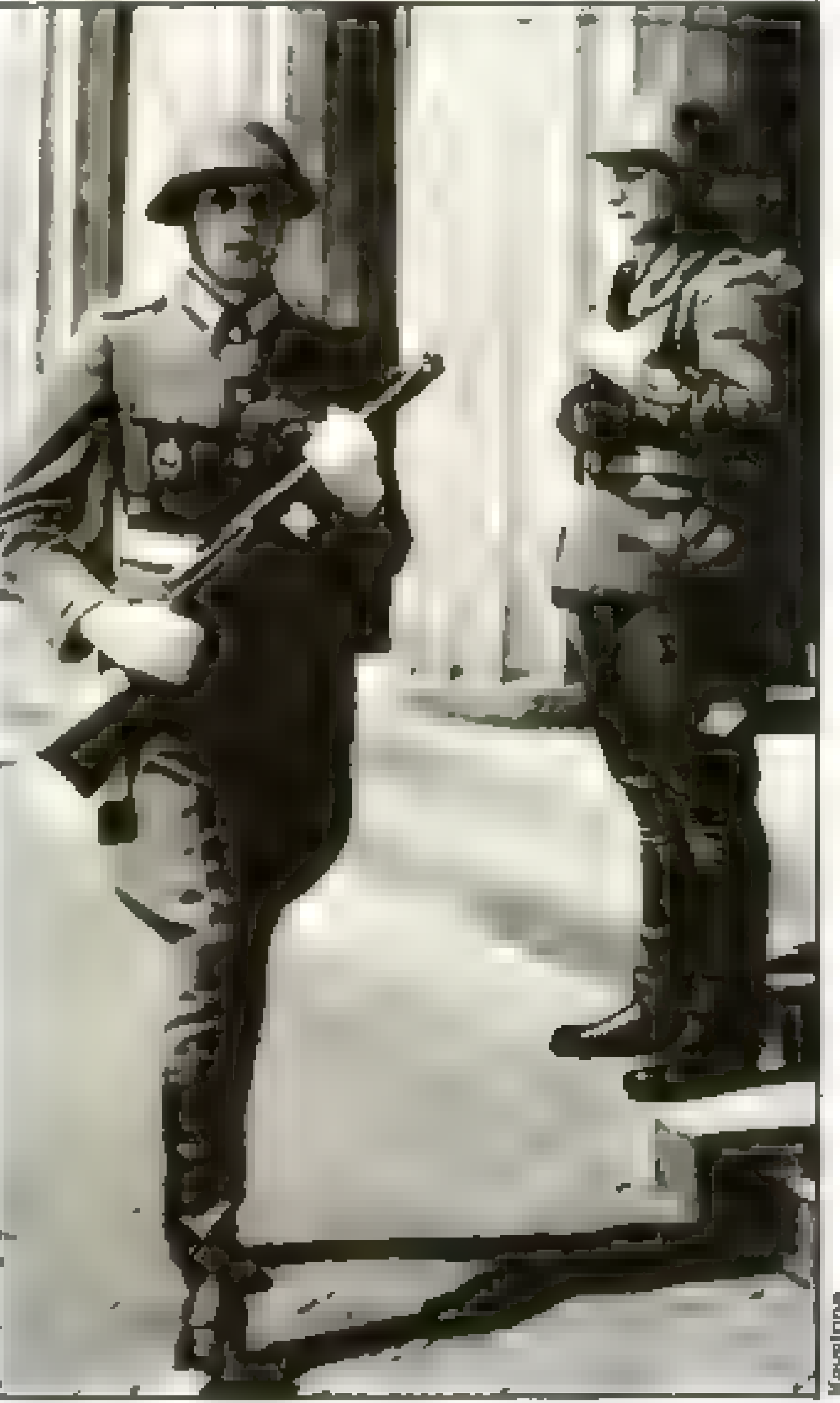
Magnum



Keystone



Keystone



Keystone



Keystone

En ambas páginas, soldados construyendo el muro. A partir del 13 de agosto de 1961, esta siniestra pared de bloques de cemento fue reemplazando a la línea de alambradas.

Arriba, a la izquierda, una pancarta emplazada en el sector oriental: «Usted está entrando en el Berlín democrático.» A la derecha, soldados del disciplinado Ejército Popular, de guardia en Berlín Este.

Abajo, Willy Brandt (izquierda), alcalde de Berlín Occidental, y Couve de Murville, ministro de Asuntos Exteriores de Francia.

proteger su territorio mientras no se inmiscuya en el de los demás».

Muchos se han preguntado por qué los aliados occidentales no tuvieron una reacción más dura ante el cierre de Berlín. La respuesta estriba en que, contra lo que se piensa comúnmente, los comunistas actuaron *dentro de la legalidad*. La ciudad de Berlín estaba dividida en cuatro sectores, y las fuerzas armadas de cada una de las potencias de ocupación tenían perfecto derecho a entrar en los sectores ajenos. Ese derecho no fue nunca conculcado por las autoridades comunistas, que, por ejemplo, permitieron el tránsito de tropas norteamericanas, uniformadas y con armas, por los pasos que dejaron abiertos. Hay más. Curiosamente, al trazar la división de la ciudad, el monu-

Anecdotario del muro

En agosto de 1961, todos los ojos se fijaron en Berlín. Los periodistas se apresuraron a contar a sus lectores la odisea de los que, en el último momento, decidieron cambiar de zona, y «elegir la libertad», según un eslogan que se hizo famoso. Como el caso de un albañil que, precisamente, tenía que asegurar el cierre del muro:

«Uno de los albañiles que estaban recreciendo la pared de cemento levantada por los comunistas en la Puerta de Brandemburgo para evitar la huida de alemanes orientales al Berlín Oeste, saltó la propia pared en la que estaba trabajando y consiguió refugiarse en el sector occidental. El albañil en cuestión aprovechó el momento en que un camión con ladrillos se interpuso fugazmente entre él y el centinela comunista más próximo.»

La deserción se extendió a los propios guardias. Los que debían vigilar para que sus compatriotas no se pasasen al enemigo eran los primeros en hacerlo, según relata un funcionario del Berlín Occidental.

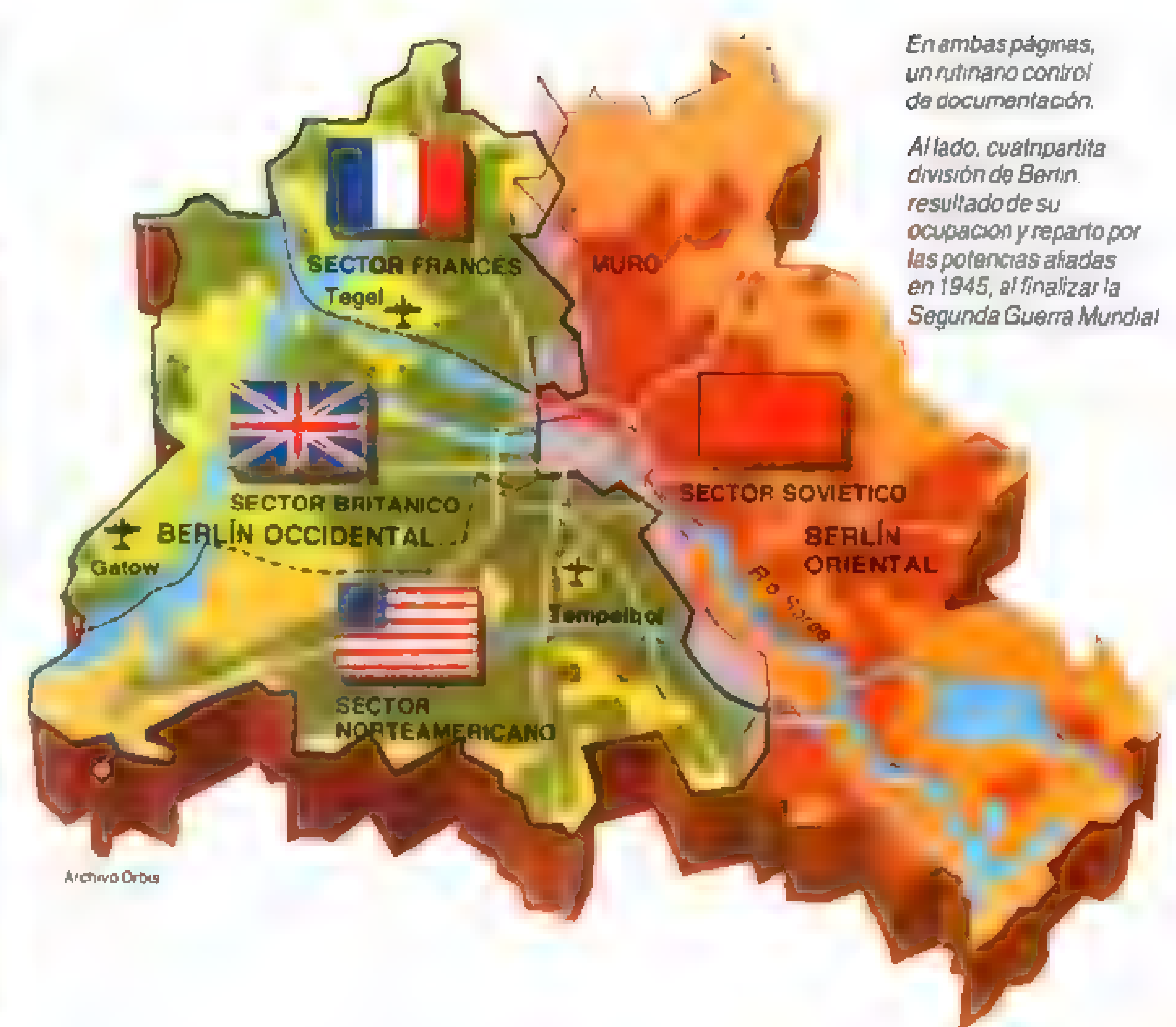
«El concejal del Berlín Oeste encargado de Asuntos Interiores, Joachim Lipschitz, declara que una de las razones del aumento de los efectivos policíacos comunistas en la frontera es dificultar la huida... de los propios guardias, que —afirmó— es de lo más frecuente. Y, en efecto, y como botón de muestra, cabe citar un caso concreto de que el protagonista acaba de dar cuenta en conferencia de prensa: el martes, el cabo de la policía popular Konrad Schumann, de diecinueve años, estaba de servicio en unión de dos números junto a una alambrada de espino tras la que se hallaban varios fotógrafos de prensa occidentales. Los dos números se volvieron de espaldas para que no se los retratase, y el cabo, tras hacer señas a los fotógrafos para que callasen, salvó de un gran salto la barrera. Había escogido la libertad.»

Otros fugitivos no tuvieron tanta suerte, y sufrieron accidentes:

«Un berlinés de la zona oriental ha resultado gravemente herido al caer sobre el pavimento cuando, mediante una cuerda, descendía de una ventana del segundo piso de la casa en que vivía a una calle del Berlín Occidental. Fue trasladado rápidamente a un hospital de este sector.»

Y muchos cayeron bajo las balas de la Volkpolizist *o policía popular, los* Vopos.





En ambas páginas, un rutinario control de documentación.

Al lado, cuatripartita división de Berlín, resultado de su ocupación y reparto por las potencias aliadas en 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial

Camera Press-Parimage

mento al soldado soviético había quedado en la zona británica, y allí siguió durante la crisis y sigue todavía: diariamente, un grupo de soldados soviéticos llegan desfilando marcialmente a través de los sectores «enemigos» para efectuar el cambio de guardia.

El secretario de Estado de Estados Unidos, David Dean Rusk, aseguró a la prensa (periódicos del 15 de agosto de 1961) que «las medidas hasta ahora adoptadas van dirigidas contra la población del Berlín Este y no contra la posición de los aliados en el Berlín Oeste o los accesos a él».

La indignación de los berlineses

Efectivamente, las represalias del gobierno de la República Democrática se dirigían en ese caso contra aquellos de sus compatriotas alemanes que disentían políticamente del régimen comunista. Primero, contra los alemanes orientales, que vieron esfumarse la posibilidad de abandonar el régimen comunista; después, contra los berlineses occidentales, a los que se les negó la posibilidad de visitar a amigos y familiares que vivían, a veces, a diez metros de distancia de sus hogares, y a los que de pronto vieron alejarse, simbólicamente, a miles de kilómetros.

Se daba el caso de que miles de trabajadores (los *Grenzganger*) cruzaban diariamente una frontera hasta entonces sólo señalada por carteles para ir a trabajar a las fábricas del Berlín Occidental. Después del 15 de agosto no pasó ninguno.

Por ello, la mayor preocupación de la policía de Berlín Occidental no fue contener a los comunistas del otro lado de la Puerta de Brandemburgo, sino a sus propios conciudadanos, a los millares de berlineses que se agolparon enfurecidos en los aledaños de la famosa puerta para protestar contra las medidas restrictivas impuestas a sus parientes y amigos. Hubo varios intentos de derribar las primeras barreras que levantaban los *Vopos*, y la policía berlinesa tuvo que cargar repetidamente para evitar un enfrentamiento que hubiera podido dar lugar a un baño de sangre.

El alcalde de Berlín Occidental, Willy Brandt, que tan larga carrera política iba a seguir, habló varias veces a la multitud para hacerle partícipe de su preocupación, pero también para desaconsejar las acciones violentas, que hubieran derivado en hechos luctuosos.

Antorchas de solidaridad

Sin poder adoptar ninguna respuesta, los berlineses occidentales recurrieron a protestas simbólicas. La noche del domingo 13 de agosto, de 20.000 a 30.000 ciudadanos de Berlín Oeste encendieron antorchas a lo largo del muro en un gesto de solidaridad con quienes habían quedado encerrados en el sector oriental. La irritación hizo que en las fábricas fueran abucheados los pocos obreros occidentales que pertenecían al Partido Comunista, y que

Fugitivos

La República Democrática Alemana de Ulbricht llevó a cabo su reconstrucción y su revolución según los planes establecidos de acuerdo con el Kremlin y al margen de Europa Occidental. Su aislamiento internacional le procuró, sin embargo, menos problemas que su demografía. Entre 1950 y 1960, más de dos millones de personas huyeron a Alemania Occidental. En 1960, 199.188 alemanes orientales abandonaron la República Democrática; de ellos, 152.291 lo hicieron atravesando la frontera abierta de los sectores de Berlín Oeste. A principios de 1961 hubo nuevas salidas (21.112 por Berlín Este). Por término medio, el 49% de los fugitivos eran menores de 25 años, y apenas un 5% superaba los 65 años. La categoría profesional más afectada era la de los obreros altamente cualificados.

En julio se registraron 30.415 fugitivos. En estas condiciones era imposible aplicar la planificación socialista. Así lo expuso Ulbricht, el 3 de agosto, en Moscú. Entonces, Kruschov aprobó la idea de impermeabilizar Berlín Este. El 6 de agosto, de regreso a Pankow (barrio de Berlín donde tiene su sede el Gobierno), Ulbricht comunicó a los miembros del Politburó que la erección del muro se llevaría a cabo en la noche del sábado 12 al domingo 13 de agosto. La cifra de refugiados en Berlín Oeste seguía siendo elevada: 2.305 el día 6, 963 el 7, 1.741 el 8, 1.926 el 9, 1.573 el 11. ¿Era el presentimiento de una opinión sensible a los rumores?

Keystone

fueran presionados para que abandonaran el trabajo.

Realmente, la mayoría de los berlineses tenían ideas muy alejadas de la izquierda, según habían demostrado las elecciones celebradas en 1946. En aquellos comicios, la socialdemocracia —el partido de Willy Brandt— había conseguido más del 48% de los votos, los democristianos más del 22%, y los comunistas casi el 20%, lo que les daba, *grosso modo*, una quinta parte de los votos válidos. Luego había sobrevenido el veto del mariscal soviético Skolovsky al alcalde Ernst Reuter «por antisoviético», el asalto al Ayuntamiento, que fue protagonizado por los comunistas el 6 de septiembre de 1948, y la creación de un nuevo ayuntamiento liberal segregado, que se refugió en el Oeste para testimoniar la división de la ciudad.

Se estrecha el cerco

A medida que pasaban los días, los alemanes orientales iban cerrando los boquetes que quedaban en su cerco de la ciudad. Primero fueron los canales (el de Teltow era frontera de los dos Berlín a lo largo de 3 km), en los que se tendieron redes metálicas y por los que vigilaban patrullas dispuestas a disparar contra la primera cabeza que se asomara; luego se talaron los bosques —tan hermosos en Berlín— para que no pudieran servir de escondrijo a quienes pretendían pasar al Oeste. Fueron voladas las casas de la zona oriental cuyas ventanas daban a la occidental, y por las cuales se había descolgado más de una familia entre los gritos de ánimo de quienes presenciaban la escena. Incluso se llegaron a tapiar las puertas de un cementerio que daba acceso a Berlín Oeste.



IPS

Keystone



Keystone

Arriba, a la izquierda, los Volkspolizist (Vopos) retiran de la alambrada el cuerpo sin vida del fugitivo Peter Fechter, al que habían dejado agonizar, impidiendo que le auxiliaran desde el sector americano (1962). A la derecha, desoladora imagen del muro con las viviendas vecinas desalojadas y la «tierra de nadie» extendida ante la pared de cemento

Abajo, a la izquierda, un Vopo salta la alambrada. Alrededor de 200 Grenzpolizist o guardias fronterizos se evadieron en 1961 de Berlín Oriental. A la derecha, vehículo blindado empleado en una fuga para romper el cerco de alambradas

Escarceos

Los aliados no sabían qué hacer. Los acuerdos sobre la administración de Berlín vigentes entre las cuatro grandes potencias se habían violado más en el espíritu que en la letra, porque en ningún momento fue prohibido el paso de franceses, británicos o norteamericanos por Alemania Oriental; sólo se ponían dificultades a la entrada de alemanes. Dado que estos acuerdos seguían siendo un tratado de *ocupación,* era evidente que lo importante —el respeto a los compañeros de la victoria— se mantenía, y ante ello sólo cabían declaraciones más o menos enfáticas, pero sin mordiente. Se reforzó, eso sí, la guarnición aliada, especialmente la norteamericana, con 1.500 hombres que llegaron precisamente por carretera, sin problema alguno.

Un recinto de campo de concentración

«Señor Presidente, señoras, señores. Las medidas adoptadas por el régimen de Ulbricht bajo la presión de los países del Pacto de Varsovia en vistas a echar el cerrojo entre la zona soviética y el sector de Berlín Oeste son inicuas. No es sólo una frontera de Estado lo que se ha trazado en pleno Berlín, sino también un recinto de campo de concentración. Con el consentimiento de los países del bloque oriental, el régimen de Ulbricht agrava la situación berlinesa y desprecia una vez más los compromisos jurídicos y los imperativos humanitarios. El Senado de Berlín protesta ante el mundo entero contra las acciones ilegales e inhumanas de aquellos que dividen Alemania, oprimen Berlín Este y amenazan Berlín Oeste. (...)»

(FUENTE: Discurso de Willy Brandt en la Cámara de Diputados de Berlín, 13 de agosto de 1961.)

A menudo, los carros de combate de los ejércitos soviético y norteamericano mostraron las bocas de sus cañones amenazantes.

Mientras tanto, el cerco se estrechaba también en el terreno político. Los puntos de paso a Alemania Oriental se redujeron de 12 a 5, y los vehículos civiles necesitaban un permiso especial, que en el caso de los ciudadanos alemanes, y especialmente berlineses occidentales, no se daba casi nunca.

Naturalmente, el muro de Berlín acabó convirtiéndose en el muro de toda Alemania Oriental. Y a los alemanes orientales se les indicó que estaba terminantemente prohibido acercarse a menos de 3 km de la zona fronteriza, incluso a quienes poseían pases especiales de la Policía. Los árboles fueron cortados para que las mirillas de las casamatas de cemento tuviesen el campo visual despejado. La «tierra de nadie» fue arada cada diez días y, a veces, recubierta de ceniza para que las huellas de pasos descubriesen a quienes clandestinamente se habían deslizado al abrigo de las sombras.

Testimonio de la «guerra fría»

Así se levantó el muro de Berlín, en plena «guerra fría». Poco a poco, la indignación decreció, y la gente se acostumbró a lo que iba a ser una curiosidad más para los turistas que visitaban la ciudad. El paso al Berlín Oriental resultaba una etapa más en la visita del viajero, pero en ningún caso redujo la severa vigilancia de los comunistas. Recuerdo que en 1966, al cruzar esa frontera el autobús debía describir continuos zigzags para circular a una velocidad que le impidiera la huida arrollando los obstáculos. También recuerdo a unos policías que pasaban un espejo por debajo de un vehículo particular para comprobar si alguien intentaba huir agarrado al chasis.

Luego vino el deshielo de la «guerra fría», la *Ostpolitik* de Brandt, el intento de llegar a un acuerdo entre las dos Alemanias y, en 1972, la posibilidad de pasar al otro Berlín e incluso de permanecer allí treinta días al año, previo pago para obtener permiso. En mi segunda visita, en 1977, Berlín Oriental era ya una ciudad brillante, y sus ciudadanos, gente bien alimentada y bien vestida, pero el paso de la aduana —esta vez en el aeropuerto— fue largo y minucioso, con estudio a fondo del pasaporte y consultas a ficheros y telefónicas sobre mi persona. Y, desde luego, allí seguía el muro. En el gran progreso realizado por Alemania Oriental —la primera potencia económica del Pacto de Varsovia, como Alemania Occidental lo es de la OTAN—, el muro no podía quedar atrás, y es ahora más sólido y seguro que nunca



Arriba, un puesto fronterizo entre las dos Alemanias. El muro es un elemento más de este «telón de acero».



Abajo, soldados junto a la boca de salida de un túnel excavado clandestinamente para pasar a Berlín Oeste.

«Ich bin ein Berliner»

«Me siento orgulloso de haber venido a vuestra ciudad invitado por vuestro burgomaestre en funciones, que ha simbolizado a los ojos del mundo el espíritu combatiente de Berlín Oeste. Y me siento orgulloso de visitar la República Federal con el canciller Adenauer, que durante tantos años ha conducido Alemania por la vida de la democracia, la libertad y el progreso. Me siento, también, orgulloso de estar aquí con mi amigo el general Clay, que, en esta ciudad, ha estado a vuestro lado en los momentos más graves de la crisis y que volverá a estar junto a vosotros cada vez que sea necesario.

»Hace dos mil años, el mayor acto de orgullo era afirmar "civis romanus sum". Hoy, en el mundo libre, uno no sabría jactarse de otra cosa que de decir "Ich bin ein Berliner" ("Yo soy un berlinés").

»Veo que mi intérprete traduce muy bien mi alemán. No faltan en el mundo gentes que ciertamente no comprenden, o que pretenden no comprender qué es lo que está en juego entre el comunismo y el mundo libre. Que vengan a Berlín.

»Hay otros que afirman que el futuro está en el comunismo. No tienen más que venir a Berlín.

»Algunos, en fin, en Europa y otras partes, declaran que se puede colaborar con los comunistas. A estos también les invitamos a venir a Berlín.

»Y, así mismo, hay unos cuantos que, aun reconociendo los defectos del comunismo, estiman que les permite, sin embargo, hacer progresos económicos. Sólo tienen que venir a Berlín.»

(FUENTE: Discurso del presidente John F. Kennedy ante el Ayuntamiento de Berlín-Schoneberg, 26 de junio de 1963.)

Magnum



Camera Press-Panmage



Keystone

El «pulso» entre Kruschov y Kennedy

La erección del muro de Berlín no fue sólo un asunto de política interior de la República Democrática Alemana, sino que derivó también en un enfrentamiento abierto entre los líderes de los dos grandes bloques. Al darle luz verde a Walter Ulbricht para construir el muro que separaba la capital de la República Democrática del Berlín Oeste, Kruschov sabía que desafiaba al presidente norteamericano John F. Kennedy.

El dirigente del Kremlin, consciente de que la «sangría» de ciudadanos de la República Democrática que huían a Berlín Occidental ponía en cuestión la supervivencia misma del régimen comunista de Pankow, decidió jugar fuerte, aun a sabiendas de que Kennedy era muy sensible a la cuestión berlinesa. En el primer encuentro entre ambos líderes, el 4 de junio de 1961 en Viena, el tema de Berlín ocupó un lugar preeminente. Kruschov anunció a Kennedy su decisión de firmar, antes de fin de año, un tratado de paz con la República Democrática que sellara definitivamente la situación de la posguerra, a lo que el presidente de Estados Unidos respondió altivamente que el estatus de la antigua capital del Reich era un compromiso prioritario para su país.

Pocas semanas más tarde, albañiles de Berlín Oriental, custodiados por los Vopos, consagraron con su obra un reto directo del Kremlin a la Casa Blanca. El duro diálogo de Viena y la presión diplomática norteamericana sobre la URSS no intimidaron a Kruschov, que hizo del muro de Berlín una prueba para medir sus fuerzas con las de su antagonista. Haciendo gala de astucia de viejo campesino, Kruschov aprovechó una circunstancia favorable: el gobierno norteamericano, y más concretamente la CIA, había sido pillado in fraganti en Bahía de Cochinos, en un acto de hostilidad hacia un régimen amigo de Moscú. En cierto modo, eso daba a la URSS un derecho a la réplica. Por otra parte, las conversaciones entre ministros de Asuntos Exteriores occidentales celebradas en París pocos días antes de la crisis mostraron a Kruschov la evidencia de que: a) nadie sospechaba que Ulbricht iba a levantar el muro, y b) no habría respuesta occidental inmediata a tal medida.

Ante la consternación de Washington y el desconcierto de las cancillerías europeas aliadas, los hechos consumados del 13 de agosto sumieron al mundo en el estupor, y se creó una psicosis de guerra. La Casa Blanca declaró que se trataba de un «acto agresivo, cuya plena responsabilidad recae sobre el gobierno soviético». A pesar de la decisión de Kennedy de enviar a Berlín al vicepresidente Lyndon B. Johnson acompañado del general Lucius Clay —que había dirigido el puente aéreo de Berlín en 1948— al frente de 1.500 soldados norteamericanos, después se puso de manifiesto que el presidente de Estados Unidos había tenido que devolver el envite de Kruschov. A la vista del efecto de su jugada, Kruschov se envalentonó y, a través de su embajador en Berlín, Semionov, amenazó con que los vuelos civiles hacia la antigua capital alemana deberían pasar bajo control de la República Democrática.

El 29 de agosto, Kruschov dio una vuelta más al torniquete, y anunció que: «Ante la amenaza de los dirigentes de Estados Unidos y de los países aliados de tomar las armas y desencadenar una guerra en respuesta a la conclusión del tratado de paz con la República Democrática Alemana, la URSS ha decidido reanudar los ensayos nucleares interrumpidos desde el otoño de 1958.» Este aviso marcó el punto culminante de la audacia del movimiento táctico de Kruschov frente a un Occidente al que sorprendía con las defensas diplomáticas bajas y al que le faltaban reflejos y recursos para responder a su provocación.

Por fin, casi un mes después del estallido de la crisis, el 8 de septiembre, los aliados hallaron el tono adecuado para disuadir al Kremlin y se negaron rotundamente al control de vuelos occidentales por parte del gobierno de Pankow con un seco: «No ha lugar.» Kruschov sabía que, a pesar de esta frase cortante, Kennedy había comprendido que la batalla de Berlín estaba perdida y quería negociar. «He sido metalúrgico. Sé cómo hay que hacer para enfriar el metal cuando está al rojo vivo...» A través de Paul-Henri Spaak, ex-secretario general de la OTAN y entonces ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica, se iniciaron las negociaciones, en las que Kruschov explotó la baza de Berlín para llevar a Estados Unidos a conversaciones más amplias.

A principios de octubre, los ministros de Asuntos Exteriores norteamericano y soviético, Dean Rusk y Andreij Gromyko pusieron en Nueva York las cartas sobre la mesa, y aunque no se trató de negociaciones propiamente dichas, se exploraron los puntos de vista recíprocos. A partir de estas conversaciones, los soviéticos intentaron hacer algunas concesiones. Finalmente, el Kremlin acordó con la Casa Blanca presentar a la ONU un documento conjunto sobre la cuestión del desarme.

No por ello, la cuestión de Berlín quedaría resuelta. Aunque Kruschov no logró actuar a su satisfacción —debido a las advertencias norteamericanas y a ciertas reticencias de los aliados del bloque socialista—, lo cierto es que el «pulso» entre él y John F. Kennedy arrojó un balance final favorable a Moscú.


IGDA

La guerra del Congo

De la independencia a la dictadura

Néstor Luján,
escritor

El 30 de junio de 1960 se proclamó oficialmente la independencia del Congo Belga. Otros dieciséis países africanos se emanciparon aquel mismo año, la mayor parte pacíficamente, pero en el Congo (hoy Zaire) la recién estrenada libertad se vio enturbiada por una sangrienta guerra civil que duró cinco años. A lo largo de este período, el país tuvo que sufrir motines militares, movimientos secesionistas (Katanga, Kasai) y la intervención del ejército belga, los mercenarios blancos y los «cascos azules» de la ONU.



Recién proclamada la independencia, el ex-Congo Belga se vio desmembrado por la secesión de la provincia minera de Katanga, cuyo «ejército», adiestrado por mercenarios blancos, se reveló pronto como un temible adversario de las fuerzas del gobierno y de los «cascos azules» enviados por la ONU. En la fotografía, una patrulla katangueña operando en plena selva.

1960: la nueva cara de África

Hasta finales de los años 50, África fue un continente colonial; pero a partir de 1960, iba a ofrecer una nueva imagen al mundo: 17 países, entre ellos el Congo Belga, alcanzaron la independencia aquel año, la mayoría de forma pacífica

Fecha de la independencia	País	Ex-colonia de
1.I	Camerún	Francia
27.IV	Togo	Francia
26.VI	Madagascar	Francia
30.VI	Congo-Léopoldville (Zaire)	Bélgica
1.VII	Somalia	Italia/Gran Bretaña
1.VIII	Dahomey (Benin)	Francia
3.VIII	Niger	Francia
5.VIII	Alto Volta	Francia
7.VIII	Costa de Marfil	Francia
11.VIII	Chad	Francia
13.VIII	República Centroafricana	Francia
15.VIII	Congo-Brazzaville (Republica Popular del Congo)	Francia
17.VIII	Gabón	Francia
11.IX	Senegal	Francia
22.IX	Malí	Francia
1.X	Nigeria	Gran Bretaña
28 XI	Mauritania	Francia

La cólera de un ex-colonizado

Tratados como esclavos...

«Ningún congoleño digno de este nombre podrá olvidar que la independencia del Congo ha sido conquistada por una lucha en la que no hemos escatimado fuerzas, privaciones, sufrimientos y sangre. Ha sido una lucha de lágrimas, fuego y sangre; una lucha que nos fue impuesta por la fuerza.

»Hemos conocido el trabajo extenuante exigido a cambio de salarios que ni tan sólo nos permitían quitarnos el hambre, ni vestirnos o vivir decentemente, ni cuidar a nuestros hijos como seres queridos.

»Hemos conocido las ironías, los insultos, los golpes que debíamos soportar día y noche porque éramos negros. ¿Quién va a olvidar que a un negro se le llama de «tu», no como a un amigo, sino porque el honorable «usted» estaba reservado exclusivamente a los blancos?

...y juzgados como esclavos

»La ley no era nunca la misma si se trataba de un blanco o de un negro. Cómoda para unos; inhumana para otros. Hemos conocido los atroces sufrimientos de los marginados por opiniones políticas o creencias religiosas: exiliados en su propia patria, su suerte era realmente peor que la misma muerte.

»Había en las ciudades magníficas casas para los blancos y ruinosas chozas para los negros. A un negro no se le admitía ni en los cines, ni en los restaurantes ni en los almacenes llamados europeos. Un negro viajaba en cubierta de la embarcación, al pie del blanco instalado en su camarote de lujo.

»¿Quién olvidará las ejecuciones en las que perecieron tantos hermanos nuestros, y los calabozos donde fueron brutalmente arrojados todos los que no querían someterse a un régimen de injusticia, opresión y explotación?»

(FUENTE: Respuesta de Patrice Lumumba al discurso de independencia del rey Balduino. Citada por Jean Bonnet en Les drames de la décolonisation, *Éditions Roblot, París, 1975.)*



Arriba, un operario borra en Bruselas la inscripción «Ministerio del Congo Belga y de Ruanda-Urundi»: el imperio colonial había terminado. Dividido en seis provincias, el Congo Belga estuvo administrado por un gobernador general que residía en Léopoldville y representaba al ministro de Colonias y al Gobierno. Ruanda-Urundi, territorio que formó parte de la antigua África Oriental Alemana, fue confiado a la administración belga después de la Primera Guerra Mundial y gobernado como una séptima provincia



Abajo, «cascos azules» de la ONU en acción. Una veintena de países enviaron a sus soldados para pacificar el Congo, sin embargo, tal medida levantó vivas polémicas.

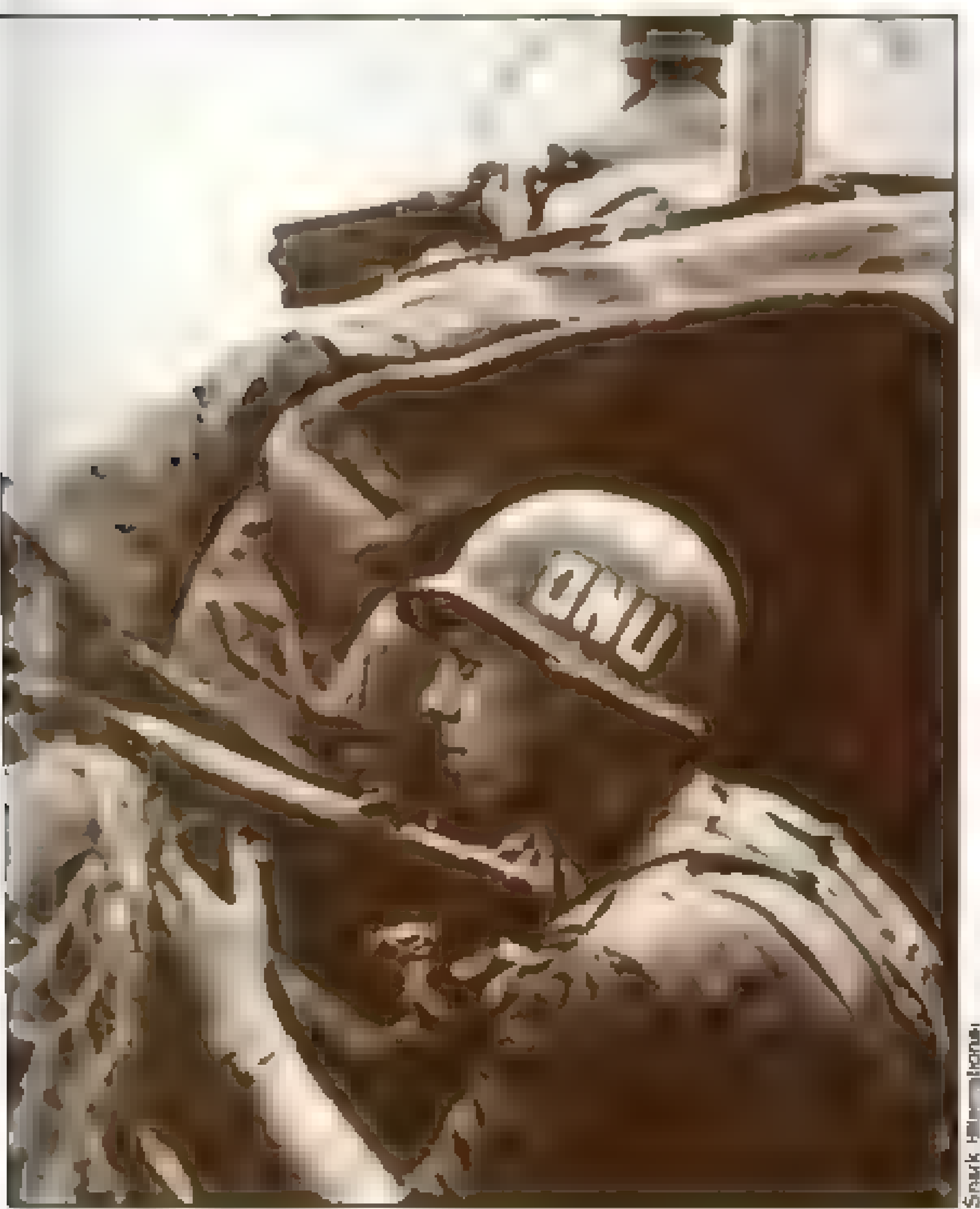


Farabola



hizo a la ciudad para proclamar la independencia del Congo, Balduino fingió ignorar la afrenta

Roger Viollet



Snark International

Cuando el explorador y periodista Henry Morton Stanley (1841-1904) atravesó África Central de este a oeste entre 1874 y 1877, las noticias de su aventura conmovieron a Europa. Descendiendo por el curso del río Congo, Stanley había descubierto una excelente vía para penetrar en la región, lo que abría la posibilidad de explorarla con fines de conquista y, por tanto, daba opción a la expansión colonial de las potencias europeas.

El Congo, propiedad privada de un rey

La hazaña de Stanley impresionó vivamente a Leopoldo II (1835-1909), rey de Bélgica. Astuto financiero y apasionado seguidor de las exploraciones geográficas, el soberano comprendió enseguida los beneficios que podrían obtenerse de explotar las riquezas —cobre, cobalto, diamantes, marfil, caucho— de la inmensa cuenca del Congo. Amparándose en la Asociación Internacional Africana, institución fundada con pretendidos fines científicos y humanitarios, Leopoldo II intentó convertir aquel territorio en su feudo personal. En 1878 envió secretamente a Stanley para que negociara concesiones comerciales con los jefes tribales de la región, y al año siguiente creó, para servir a sus objetivos, la Asociación Internacional del Congo (AIC), de carácter marcadamente comercial. Hábilmente se aprovechó de las disputas entre las potencias coloniales europeas, y en la Conferencia de Berlín (1884-85) consiguió que se reconociera el llamado Estado independiente del Congo como propiedad de la AIC, a cambio de permitir el libre comercio en su territorio.

La colonización del Congo se llevó a cabo mediante concesiones a compañías europeas, a las que el ambicioso monarca —que monopolizaba el comercio del caucho y del marfil— estaba vinculado financieramente. Este régimen duró desde 1885 hasta 1908. Leopoldo II, que jamás visitó su «impe-

Kasavubu, primer presidente del Congo

Joseph Kasavubu nació en Tshela, en 1913. Perteneciente a una poderosa familia terrateniente, de antiguo linaje, estudió en un seminario colonial, de donde fue expulsado a causa de sus ideas subversivas. Ingresó luego en la administración colonial e inició su actividad política, organizando el partido ABAKO (Asociación del Bajo Congo), asociación cultural tribalista que entre 1956 y 1960 constituyó el principal foco anticolonialista del área de Leopoldville.

Participó en las conversaciones de la «mesa redonda» de Bruselas, y fue elegido presidente de la República el 24 de junio de 1960. Desbordado por los sucesos que siguieron a la declaración de la independencia, gobernó durante unos meses con su enemigo Patrice Lumumba, primer ministro, y hubo de solicitar el auxilio de la ONU para restablecer el orden en el Ejército y terminar con la secesión de Katanga. En septiembre de 1960 destituyó a Lumumba y lo hizo detener, contribuyendo a su eliminación. En 1964 llamó al poder a otro ex-enemigo suyo, Moise Tshombé, posiblemente presionado por el gran capital extranjero. Pero el gobierno de Tshombe, claramente katangueño y odiado por la mayoría de la población, no podía durar, y fue disuelto por el propio Kasavubu en octubre de 1965. Poco después, el 24 de noviembre, Kasavubu debió abandonar la más alta magistratura de la República al producirse el golpe de Estado del general Mobutu. Murió en Boma, en 1969.



Publifoto



rio», ejerció sobre él un poder absoluto y despiadado a través de sus agentes; los abusos cometidos (trabajos forzados, castigos y mutilaciones corporales, masacres) supusieron el exterminio de 5 a 8 millones de congoleños. El clamor contra esta situación —incluso en Bélgica— contribuyó a que el rey hiciera público un testamento en el que cedía el Congo a su país. Y, aun antes de la muerte del soberano, el Parlamento belga votó la anexión del territorio, que se convirtió en colonia en 1908.

Un joven mutilado por los rebeldes en la ciudad de Stanleyville es acompañado por sus parientes y por paracaidistas belgas a un lugar seguro. De forma indiscriminada, tanto los colonos blancos como la población negra se vieron envueltos en sangrientas masacres

Colonialismo paternalista

La administración colonial se propuso mejorar las condiciones de vida de la población nativa, pero también explotar —aunque de un modo más «racional»— los nuevos dominios. Por una parte, proporcionó a los congoleños trabajo fijo, iglesias, viviendas, centros sanitarios y escuelas (por lo general en manos de misioneros católicos); por otra, los gobernó despóticamente, sin concederles derechos ni libertades, reduciéndolos a la condición de mano de

Lumumba, la voz del anticolonialismo africano

Patrice-Émery Lumumba nació en Katako-Kombé, en 1925. Empleado de correos en la administración colonial y dirigente sindical, era hombre de clara elocuencia y desplegaba una febril actividad. En 1958 creó el Movimiento Nacional Congoleño (MNC), alianza política entre el campesinado del Congo Central, el proletariado urbano y algunos grupos tribales del sur del país. En oposición al ABAKO de Kasavubu y a la CONAKAT de Tshombé, el MNC era partidario de un Estado democrático centralizado y contrario al tribalismo.

Acusado de provocar desórdenes, Lumumba fue detenido por las autoridades coloniales en 1958. Luego participó en la «mesa redonda» de Bruselas, y su partido fue el vencedor de las elecciones de la primavera de 1960, en las que consiguió una clara ventaja en las zonas urbanas. El 24 de junio se convirtió en primer ministro, mientras que su principal rival, Kasavubu, era proclamado presidente de la República. A pesar de sus ideas unitarias, no pudo impedir el fraccionamiento del Congo y los graves conflictos que se sucedieron tras la independencia. Reclamó la intervención de los «cascos azules» de la ONU y, en desacuerdo con su actuación e impotente ante la secesión de Katanga, pidió ayuda a la URSS, lo que precipitó su destitución por Kasavubu.

Aunque era natural de la provincia de Kasai, Lumumba tenía su fuerza política principal en la Provincia Oriental, cuya capital, Stanleyville, estaba controlada a la sazón por sus partidarios. Detenido tras el golpe del coronel Mobutu, intentó escapar de Léopoldville para unirse a sus correligionarios, pero fue capturado y encarcelado. El 17 de enero de 1961 fue entregado a Tshombé en Élisabethville, donde fue asesinado. Este hecho indignó al mundo, levantando una oleada internacional de protestas. Venerado como un mártir por el Tercer Mundo progresista, Lumumba se convirtió en el símbolo del nacionalismo africano



Intereses económicos internacionales en el Congo

A finales del siglo XIX, los metales presentes en la cuenca del río Congo interesaban a la codiciosa Europa, que no los poseía. En 1906 se creó la Union Minière du Haut-Katanga con el propósito de explotar uno de los yacimientos de cobre mas ricos del mundo. En 1959, la provincia minera de Katanga producía anualmente 275.000 Tm de cobre, 135.000 de manganeso, 25.000 de estaño, 100.000 de cinc y 18.000 de cobalto La Union Minière fue el principal abastecedor de uranio de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y una sola mina, la de Sinkolobwe, proporcionó cerca de 500.000 Tm de uranio en 1958. Ante tales riquezas era natural el interés puesto en la región por las grandes compañías internacionales, que alentando la descolonización, acechaban las posibilidades de controlarla.

La Union Minière formaba parte de la todopoderosa Societé Générale de Belgique. En 1959, en el momento en que se planteó la independencia del Congo, esta sociedad controlaba la economía congoleña, es decir, dominaba a la Union Minière y a la Société Minière du Beceka. La Union Minière era el primer productor de colbato y el tercer productor de cobre (después de Kennecott y Anaconda) del mundo, y un destacado productor de cinc, germanio, plata y uranio. Poseía acciones en la Compagnie Foncière du Katanga, las Forces Hydro-Electriques du Katanga, SOGELEC, la Societé Métallurgique du Katanga, SOGECHIM, y su filial CONGOCHIM, las Charbonnages de la Luena, Sud-Kat (manganeso), la Société Africaine d'Explosives, las Minoteries du Katanga, COBELKAT, etc. Por su parte, la Société Minière du Beceka constituía uno de los más importantes productores de diamantes industriales del mundo, estaba unida a la Société Minière de Bakwanga y era accionista de Diamond Trading, Diamond Purchasing and Trading, Diamond Development, Diamond Board, Industrial Distributors, así como de la Banque Diamantaire Anversoise, de las Tanganyika Concessions (Rodhesia), de Segemines (Canadá) y de Río Tinto (Canadá). Además, esta sociedad controlaba los ferrocarriles y la célebre Forminière, ligada al grupo Oppenheimer de Sudáfrica, que explotaba las minas de diamantes de Kasai.

Evidentemente, la independencia era un río revuelto que debía aprovecharse. Las organizaciones secesionistas eran sostenidas por los grandes trusts americanos, que ya controlaban el cobre de las compañías Kennecott y Anaconda. Estas sociedades norteamericanas se asociaron con capital sueco y abrieron una importante oficina en Léopoldville, poco antes de la secesión (oficina que casualmente dirigía el hermano de Dag Hammarskjöld, el idealista secretario general de la ONU). Todo este complejísimo trasfondo financiero influyó decisivamente en la precipitación de la independencia del Congo Belga y de la secesión de Katanga —Tshombé fue un peón de la Union Minière—. Luego, perdidas todas las esperanzas de consolidar su posición, los grandes trusts apoyaron el golpe de Mobutu

obra barata para los inversionistas europeos. Cincuenta años después, el Congo Belga era una de las colonias más ricas y mejor administradas de África, y una nutrida clase obrera semiurbanizada parecía acomodarse a una situación en la que estaba apartada de cualquier responsabilidad en la vida pública. Es preciso señalar que, a diferencia de lo que ocurrió en las colonias británicas y francesas, los belgas ni tan sólo se preocuparon de formar una clase dirigente indígena, una élite capaz de constituir el gobierno del país en el momento en que la metrópoli concediera la independencia. De hecho, Bélgica no se planteaba tal posibilidad; no podía concebir el Congo como un país emancipado

Elecciones municipales

La lucha por la independencia era, a finales de los años 50, alentada por un reducidísimo grupo de funcionarios que sabían leer y escribir en francés, concentrados en el área urbana de Léopoldville. En diciembre de 1957, el gobierno de Bruselas permitió un primer ensayo de participación política: tres ciudades de la colonia celebraron elecciones municipales. Esta simbólica medida, que posibilitó la elección de burgomaestres africanos, desencadenó el proceso de la independencia

El movimiento emancipador cobró fuerzas con el crecimiento de los partidos políticos, estrechamente ligados a intereses tribales o regionales. Los más importantes eran: la Asociación







A.G.E.



Archivo Orbe

Mobutu, el poder militar

Joseph-Désiré Mobutu, o Sese Seko Mobutu, nació en Lisala en 1930. En el momento de la independencia era comandante de la Fuerza Pública organizada por las autoridades coloniales y, a la vez, periodista. Miembro del Movimiento Nacional Congoleño de Patrice Lumumba y secretario particular de éste último, participó en los trabajos de la «mesa redonda» de Bruselas que prepararon el camino a la independencia. Cuando ésta se proclamó (30 de junio de 1960) y Lumumba ejerció funciones de primer ministro, Mobutu se convirtió en secretario de Estado y, más tarde, en jefe del Estado Mayor del Ejército. El 15 de septiembre de 1960 tomó el poder en nombre del Ejército, y aunque lo abandonó al año siguiente, siguió siendo influyente en la política congoleña. El 24 de noviembre de 1965 encabezó un golpe de Estado que puso fin a un largo período de anarquía, eliminando drásticamente todos los focos de rebelión y de secesión. Depuso a Kasavubu y se convirtió en presidente de la República. Tras expulsar a los mercenarios extranjeros, estableció relaciones normales con Bélgica e intentó relanzar la economía con la ayuda de capitales extranjeros. Su gobierno dictatorial encontró apoyo en un partido único, el Movimiento Popular de la Revolución, que gobierna en el Congo. Reelegido presidente en 1970 y 1977, tuvo que recurrir a las potencias occidentales para hacer frente a las invasiones de Shaba (Katanga) en 1977 y 1978.



Sipa International

En ambas páginas, arriba, partidarios de la independencia de Kasai manifestándose en Léopoldville. El 9 de agosto de 1960, un mes después de la escisión de Katanga, la provincia de Kasai –donde están los mayores yacimientos de diamantes del Congo– se sumó también al movimiento secesionista.

En ambas páginas, abajo, el coronel Joseph-Désiré Mobutu, jefe del Estado Mayor del Ejército, fotografiado durante una conferencia de prensa tras el golpe de Estado del 15 de septiembre de 1960. Para afrontar el amotinamiento de las Fuerzas Armadas y la generalización de los desórdenes, Mobutu impuso la destitución de Lumumba e indujo a Kasavubu a formar un gobierno provisional.

En esta página, arriba, mapa del ex-Congo Belga con la división colonial en seis provincias.

Tshombé, hombre fuerte de Katanga

Moïse Tshombé nació en Musumba, Katanga, en 1919. Este personaje es uno de los más pintorescos y confusos protagonistas de la independencia congoleña. Hijo de una antigua familia real de Katanga, fue educado por misioneros metodistas americanos y se dedicó al comercio, llegando a ser presidente de la Cámara de Comercio Africana, en Élisabethville. A través de este cargo entró en la política, y en 1959 constituyó la CONAKAT (Confederación de Asociaciones de Katanga), que debía convertirse a la larga en un partido político secesionista, de carácter conservador y tribal.

La CONAKAT consiguió la mayoría en las elecciones de la Asamblea provincial de Katanga (mayo de 1960) y, después de la independencia del Congo Belga, Tshombé proclamó la secesión de la provincia minera (11 de julio de 1960). Convertido en presidente del nuevo Estado, contrató mercenarios blancos para defender Katanga y fue acusado de complicidad en el asesinato de Lumumba, lo cual confirmó personalmente: «Ningún negro discute sobre la suerte de los prisioneros. Lumumba era nuestro prisionero. No somos europeos.»

Bajo la presión de las fuerzas de la ONU, Tshombé hubo de renunciar a la independencia de Katanga (enero de 1963) y se exilió a Europa. Llamado otra vez al Congo en 1964, fue primer ministro y promulgó una Constitución. Pero por su condición de katangueño no pudo hacer frente a la enemistad tradicional de otras etnias, sobre todo las de la región del este, claramente lumumbistas y revolucionarias. El gobierno de Tshombé duró tan sólo unos meses; en octubre de 1965 fue destituido por el presidente Kasavubu y se refugió de nuevo en Europa. Vivió en Madrid, y en julio de 1967 su avión fue secuestrado durante un vuelo privado a las Baleares y desviado a Argel. Encarcelado en la capital argelina y amenazado de extradición, murió en prisión el 29 de junio de 1969, al parecer debido a una crisis cardíaca.



Faresca

En esta página, Moïse Tshombé, jefe del gobierno secesionista de Katanga (1960-63) y, durante un breve periodo (de junio de 1964 a octubre de 1965), primer ministro del Congo.

En ambas páginas, arriba, mercenario al servicio de Katanga; abajo, moneda katangueña.

En la página siguiente, arriba, el sueco Dag Hammarskjöld, muerto en un extraño accidente de aviación en 1961 cuando iba a negociar con Tshombé; abajo, Cyrille Adoula, primer ministro del Congo tras el periodo de gobierno provisional que siguió a la destitución de Lumumba.

del Bajo Congo (ABAKO), animada por Joseph Kasavubu, de base tribal, federalista y con una fuerte implantación en Léopoldville; el Movimiento Nacional Congoleño (MNC), dirigido por Patrice Lumumba, de carácter democrático y unitario, opuesto al anterior, y la Confederación de Asociaciones de Katanga (CONAKAT), de Moise Tshombé, tribalista, conservadora y federalista, apoyada por los medios coloniales belgas de Katanga, una de las provincias más ricas del país.

«Mesa redonda» en Bruselas

La recesión económica y el desempleo avivaron la lucha anticolonial. A lo largo de 1959, la administración colonial se vió progresivamente amenazada: alborotos callejeros, huelgas, resistencia pasiva. El 13 de enero, el rey Balduino, forzado por las circunstancias, prometió, sin fijar fecha, la





Keystone


Farabola


Publifoto



Roger Viollet

independencia. Al aumentar la tensión, el gobierno belga anunció reformas y se apresuró a convocar una reunión —«mesa redonda»— en Bruselas (enero-febrero de 1960) con los principales líderes nacionalistas para decidir el futuro de la colonia. Los africanos, que acudieron dispuestos a una larga negociación para imponer su demanda de independencia en cinco años, quedaron sorprendidos cuando Bélgica se avino a fijar la fecha en el breve plazo de medio año. Temerosa de una guerra colonial, la metrópoli estaba dispuesta a desmantelar su imperio cuanto antes.

Sin embargo, los jefes nacionalistas congoleños continuaban divididos en cuanto a la forma que debería tener el futuro Estado: ¿una federación que respetara las diferentes etnias (alrededor de 200) o, por el contrario, un Estado fuertemente centralizado?

30. VI. 1960: independencia

Según la ley fundamental del 19 de mayo de 1960 se celebraron las elecciones generales, que llevaron al poder a un gobierno de coalición. El parlamento elegido, en el que los partidarios de la solución unitaria eran minoría, confió a Patrice Lumumba el cargo de primer ministro y, en compensación, otorgó la presidencia de la República a Joseph Kasavubu, quien no ocultaba sus preferencias federalistas. En realidad formaban un dúo explosivo, pues ambos hombres eran declarados rivales.

El 30 de junio se proclamó la independencia en presencia del rey Balduino. La alocución que el monarca dirigió a la multitud en Léopoldville fue mal aceptada por Lumumba, que la consideró marcadamente paternalista, y en respuesta pronunció una requi-

sitoria anticolonial. La nueva nación se emancipaba en unas condiciones extraordinariamente frágiles e inestables. No había habido tiempo para «africanizar» el aparato militar y administrativo, todavía dirigidos por funcionarios belgas.

Motín en las Fuerzas Armadas

Sólo cinco días después del traspaso de poderes entre Bélgica y su ex-colonia, la Fuerza Pública se amotinó. La sublevación de los soldados congoleños, a quienes los oficiales belgas se negaban a ascender, iba a abrir un largo período de agitación. Rápidamente, la insurrección se extendió a todo el Ejército; oficiales blancos y familiares suyos fueron secuestrados, y empezó a correr la sangre. En una semana, 60.000 blancos, temiendo por sus vidas, abandonaron el país. Saqueos, asesinatos e incendios se multiplicaron y ocuparon los titulares de la prensa occidental, y la opinión pública se estremeció ante las noticias —a veces exageradas— que llegaban del Congo.

Secesión de Katanga

El país pasó a ser campo de acción de los servicios secretos internacionales: nadie se resignaba a perder el control de sus riquezas. Se solicitó la protección de los residentes blancos y de sus propiedades, y el 10 de julio los paracaidistas belgas llegaban a Élisabethville. Al día siguiente, Tshombé proclamaba la independencia de Katanga, apoyado por Bélgica y por la Union Minière, poderosa compañía internacional, dueña de las enormes reservas de cobre y cobalto de la provincia.

Con el país privado de su principal fuente de ingresos tras la sucesión de Katanga, invadido por las tropas belgas y con las Fuerzas Armadas en rebeldía, Kasavubu y Lumumba acusaron ante la ONU a los medios colonialistas de fomentar la agitación y pidieron ayuda para restablecer la integridad territorial y la soberanía de la joven nación.

«Cascos azules» en acción

Un contingente de pacificación de la ONU, bajo la supervisión del secretario general Dag Hammarskjöld, colaboró en un principio con el gobierno congoleño, pero, bajo presión de intereses coloniales, se negó a intervenir en acciones de represalia contra Katanga. Como réplica, Lumumba se resistió a que los «cascos azules» desarmasen a los soldados amotinados del ejército congoleño y solicitó apoyo a la URSS. Esta apelación fue considerada por las potencias occidentales como un desafío, y las inclinó en favor del régimen de Katanga.

Por si fuera poco, el sur de la provincia minera de Kasai se declaró también independiente el 9 de agosto, y aquel mismo mes se confederó con Katanga. Con el apoyo logístico soviético, Lumumba lanzó a su ejército contra los secesionistas, pero Katanga y Kasai, sostenidas por Bélgica y los países occidentales, y defendidas por mercenarios blancos, no cedieron.

Lumumba asesinado

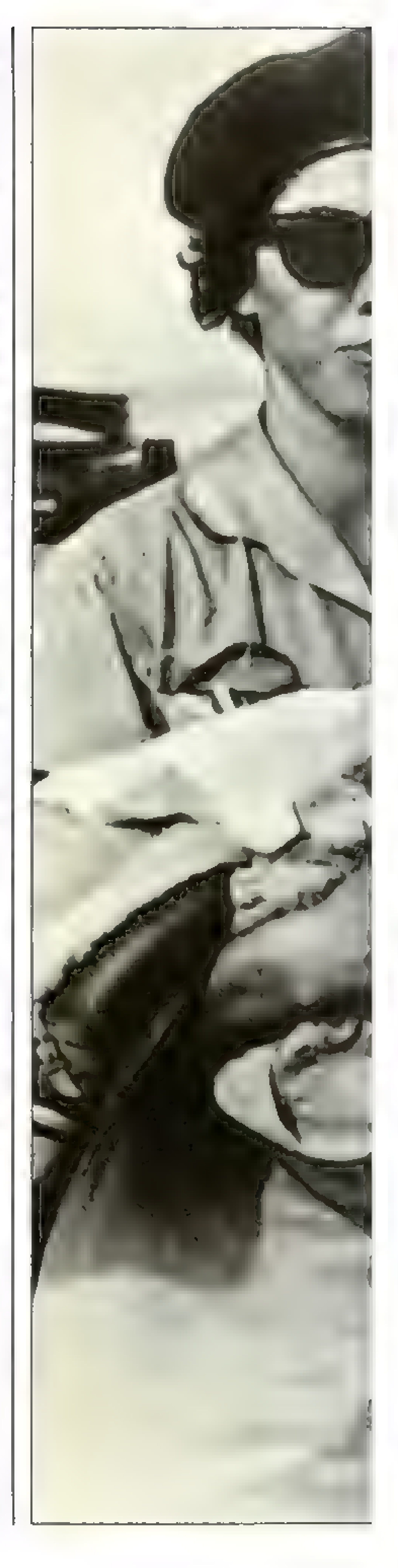
El 5 de septiembre, Kasavubu destituyó a Lumumba, que se negó a abandonar su cargo y revocó, a su vez, a Kasavubu. El 15 de septiembre, el coronel Mobutu, respaldado por los «cascos azules», tomaba el poder y constituía un gobierno de civiles que Kasavubu ratificó. Lumumba fue puesto bajo arresto domiciliario y los técnicos soviéticos fueron expulsados del país. Kasavubu volvió a ocupar la presidencia, aunque el poder real estaba en manos de Mobutu.

Lumumba intentó escapar de Léopoldville para reunirse con sus partidarios en Stanleyville, pero fue capturado por los soldados de Mobutu, encarcelado en Thysville y, posteriormente, el 17 de enero de 1961, enviado a Élisabethville, capital de Katanga, donde fue asesinado. La trágica muerte de Lumumba provocó un clamor internacional, pero no cambió las posturas de los contendientes. En Stanleyville, Antoine Gizenga y otros seguidores del líder radical formaron, el 13 de febrero, un Gobierno que fue inmediatamente reconocido por los países del bloque socialista y los Estados progresistas africanos

Misterioso accidente

Fragmentado en tres centros de poder —Léopoldville, Élisabethville y Stanleyville—, el Congo parecía abocado a la desintegración. No obstante, tras prolongadas negociaciones, los gobiernos de Léopoldville y Stanleyville llegaron a un acuerdo, y en una reunión convocada en julio por la ONU se aprobó un gobierno de coalición con Cyrille Adoula como primer ministro y Gizenga como viceprimer ministro.

Los enfrentamientos con los rebeldes katangueños, reforzados por mercenarios blancos, se recrudecieron, pero el gobierno del Congo no logró imponerse en los territorios secesionistas. En un intento de mediar en la pacificación y reunificación del país, el secretario general de las Naciones Unidas concertó una reunión con Tshombé, en Rhodesia del Norte (la actual Zambia), pero cuando se dirigía a la cita (17 de septiembre) su avión sufrió un misterioso accidente, a consecuencia del cual perdió la vida. Consternados por la muerte de Hammarskjöld,



La guerra civil provocó un constante movimiento de refugiados. Miles de niños fueron evacuados gracias a la Cruz Roja.

Farabola



Un grupo de civiles, cargados con los enseres que pudieron salvar, se dirigen al Congo-Brazzaville

Publifoto

los países occidentales se volvieron contra Katanga; sin embargo, hasta diciembre de 1962 Tshombé no se avendría a aceptar las condiciones de un plan de pacificación.

Fin de la secesión

Por otra parte, la situación económica era crítica: la agricultura estaba estancada y el desempleo iba en aumento en las áreas urbanas. No se sabía cómo hacer frente a la creciente agitación social. Presionado por el Ejército y los dirigentes políticos más conservadores, Adoula apartó a los líderes lumumbistas de los centros de decisión del Gobierno; Gizenga fue arrestado en enero de 1962, lo que significó el fin del régimen de Stanleyville.

En diciembre, los «cascos azules» pasaron de nuevo a la acción en Katanga y, finalmente, el 14 de enero de 1963, el gobierno de Léopoldville, respaldado por la ONU y por Estados Unidos, consiguió liquidar la secesión. (La de Kasai concluiría meses después.) Tshombé tuvo que exiliarse.

La vuelta de Tshombé

Pero la insurrección se había generalizado. Los lumumbistas luchaban por implantar un régimen centralizado de izquierdas, en tanto que los tribalistas lo hacían por el autogobierno. Bandas armadas de campesinos actuaban en el este del país (Kivu) y en la provincia de Léopoldville. El 29 de septiembre de 1963, Kasavubu disolvió el Parlamento y declaró el estado de emergencia. En enero de 1964 estalló una rebelión en Kwilu, capitaneada por un ex-ministro de Lumumba, Pierre Mulele, y en mayo la sublevación de Kivu se extendió por el nordeste del país.

El ejército congoleño era incapaz de contener la revuelta campesina. Entonces, inducido por Bélgica y Estados Unidos, Kasavubu destituyó a Adoula (26 de junio) y llamó a Tshombé para que ocupara el cargo de primer minis-

tro. Tshombé regresó del exilio y apeló a la gendarmería katangueña y a los mercenarios blancos para restablecer el orden. (El 30 de junio, por razones económicas, los «cascos azules» de la ONU habían abandonado el país.)

La situación se agravó con la toma de Stanleyville por los rebeldes (5 de agosto), que implantaron un régimen revolucionario y capturaron a numerosos europeos. En noviembre, paracaidistas belgas, transportados en aviones estadounidenses, fueron lanzados sobre Stanleyville con el objeto de rescatar a los rehenes blancos retenidos en la ciudad. Esta operación permitió a Tshombé apoderarse de Stanleyville y aplastar la revuelta.

Mobutu al poder

Restablecida la normalidad, en mayo de 1965 se convocaron elecciones; Tshombé alcanzó la mayoría parlamentaria, pero la oposición a su gobierno se hizo cada vez más patente en Léopoldville. Finalmente, el 14 de octubre, Kasavubu le destituyó y expulsó del país: Tshombé ya no era necesario, pero muy pronto el Ejército iba a hacerse cargo de la situación. El 24 de noviembre, un golpe de Estado incruento, encabezado por el general Mobutu, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, derrocó a Kasavubu e instauró la dictadura militar.

El régimen de Mobutu ha sabido atraerse importantes ayudas, tanto de los países tercermundistas y del bloque socialista como de los países occidentales —especialmente Estados Unidos— y, a pesar de que ha visto amenazada en dos ocasiones (1977 y 1978) la integridad del país, ha sido capaz de mantener la estabilidad política.

El Zaire de Mobutu

1965: *el general Mobutu derroca mediante un golpe de Estado militar a Joseph Kasavubu y se convierte en presidente de la República (24 de octubre)*
1966: *sublevación militar aplastada en Stanleyville (24 de julio). Mobutu se autodesigna jefe del Gobierno (17 de diciembre). Nacionalización de la Union Minière (31 de diciembre)*
1967: *Moïse Tshombé, exiliado en Madrid, es condenado a muerte en rebeldía por un tribunal militar, que le acusa de alta traición por sus vínculos con los ex-propietarios de minas de Katanga (13 de marzo). Se crea el Movimiento Popular de la Revolución (MPR), partido único (17 de abril). Tras referéndum, se adopta una nueva Constitución de carácter autoritario; el Congo-Léopoldville se convierte en República Democrática del Congo (24 de junio). Tshombé es secuestrado y encarcelado en Argel (1 de julio)*
1968: *el gobierno del Congo rompe relaciones con Ruanda por acoger a los mercenarios que, al servicio de antiguos colonos, luchan contra el gobierno de Mobutu (11 de enero). Atraído por una promesa de perdón, el líder Pierre Mulele regresa al país y es fusilado (9 de octubre).*
1969: *Tshombé muere en Argel (29 de junio)*
1970: *Mobutu es reelegido presidente por un período de siete años*
1971: *el nombre oficial del país es cambiado por el de República de Zaire (antigua denominación del río Congo); Léopoldville se convierte en Kinshasa, Élisabethville en Lubumbashi y Stanleyville en Kisangani, la provincia de Katanga toma el nombre de Shaba.*
1975: *una reforma constitucional refuerza el poder absoluto de Mobutu. Tropas de Zaire intervienen en la guerra civil de Angola a favor del FNLA de Holden Roberto, cuñado de Mobutu.*
1977: *revuelta en la provincia de Shaba (marzo), con la intención de derrocar a Mobutu. El régimen congoleño, que denuncia la ayuda prestada por Angola a los rebeldes, se mantiene gracias a la intervención de un cuerpo expedicionario marroquí, apoyado por Francia y Estados Unidos. Mobutu es reelegido nuevamente por otros siete años (5 de diciembre).*
1978: *el Frente Nacional de Liberación del Congo (FNLC) invade la provincia de Shaba (abril-mayo) y se hace fuerte con Kolwezi. El ejército de Mobutu es salvado por la acción conjunta de paracaidistas franceses y belgas, ayudados por Estados Unidos.*
1979: *Mobutu reorganiza el Gobierno. Bobiko Lokonga asume funciones de primer ministro*
1980: *Nguza Karl I Bond es nombrado primer ministro en sustitución de Bobiko Lokonga*



... sacerdote se dispone a bendecir los cadáveres de las víctimas de la

Ferabole

La guerra de Argelia

El camino hacia la independencia

Rafael Abella,
historiador

El Frente de Liberación Nacional de Argelia (FLN), fundado en 1954, organizó las guerrillas y controló las zonas rurales, dirigiendo la lucha anticolonialista. Aunque integraba algunos elementos moderados, acentuó su izquierdismo y se convirtió, tras la independencia, en el partido único y de gobierno de Argelia. En la fotografía, una compañía del FLN (1958)

La guerra de Argelia (1954-1962) fue un doloroso conflicto entre el pueblo argelino, en lucha por su emancipación, y la comunidad francesa —los *pieds-noirs*—, arraigada económica y sentimentalmente en aquel territorio desde hacía más de un siglo. Este enfrentamiento desencadenó una profunda crisis en el Ejército colonial que, tras el golpe de Estado de 1958, provocó la caída de la IV República y el retorno de De Gaulle al poder. El abortado *putsch* ultra de 1961 no pudo detener el irreversible proceso que culminó con la independencia de Argelia en julio de 1962.



AGE

Los antecedentes de la revolución argelina

Ahmed Messali Hadj y Ferhat 'Abbās

En 1926, Ahmed Messali Hadj, un musulmán imbuido de ideas revolucionarias, fue el iniciador de un movimiento de carácter nacionalista y antifrancés, en cuyo ideario se recogían las bases de lo que más tarde constituiría la doctrina de la lucha anticolonial. Entre la legalidad y la ilegalidad, el movimiento —llamado La Estrella Norteafricana— se mantuvo activo hasta 1934, año en el que fue puesto fuera de la ley por el gobierno francés. Messali Hadj no cejó en sus propósitos emancipadores y, en 1935, fundó la Unión Nacional de los Musulmanes Norteafricanos, que más tarde se convertiría en el Partido del Pueblo Argelino. Paralelamente, otro argelino, un farmacéutico de Sétif llamado Ferhat 'Abbās, encabezó una corriente política de afirmación nacionalista, la Unión Popular Argelina, cuyo programa perseguía la asimilación de Argelia y sus habitantes con Francia, la fusión de las escuelas europeas y autóctonas, el desarrollo de la enseñanza del árabe y otros postulados en favor del progreso del pueblo argelino. Ferhat 'Abbās, un político de centro cuyas ideas se enmarcan en la tradición liberal y democrática europea, se propuso unos objetivos reformistas y exentos de radicalismo que no fueron atendidos.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial fue un freno para el movimiento de emancipación. La derrota de 1940 significó un duro golpe al prestigio de la metrópoli; a los ojos de los argelinos, Francia era un país vencido de cuya caída convenía aprovecharse. En enero de 1941 unos disturbios ocurridos en Maison-Carré, cerca de Argel, pusieron de manifiesto el rebrote del nacionalismo de Messali Hadj, que poco después sería detenido, juzgado y condenado a 16 años de trabajos forzados.

El desembarco angloamericano en el Norte de África en noviembre de 1942 iba a cambiar el panorama en las relaciones entre Francia y Argelia. La metrópoli, ocupada por los alemanes, necesitaba extraer de las colonias el potencial humano que hiciera posible la puesta en pie de guerra de un ejército de liberación. A comienzos de 1943, el general Giraud tuvo una cita con los notables argelinos, a los que solicitó apoyo para reunir 300.000 combatientes. Entre las personas convocadas por Giraud estaba Ferhat 'Abbās, quien no desaprovechó el momento para poner condiciones a esa colaboración. La contrapartida consistía en la abolición del régimen colonial, la concesión de una Constitución que garantizase a los argelinos la igualdad de derechos y su participación efectiva en las tareas legislativas y gubernativas. Todo ello tenía que plasmarse al final de la guerra en una Asamblea Constituyente.

Como resultado, el Cuerpo de Ejército reclutado en el Norte de África, formado en su mayoría por argelinos, marroquíes y tunecinos, se batió brillantemente en Italia.

Mayo de 1945

La irritación del pueblo argelino al ver desoídas sus demandas se hizo patente en mayo de 1945, cuando unos disturbios en el departamento de Constantina costaron varios muertos y heridos. Simultáneamente, en Bona, Bugía, Phillipville y otras ciudades tuvieron lugar manifestaciones y choques entre franceses y musulmanes. Los manifestantes pedían la libertad de Messali Hadj, en una explosión de gritos que denotaban los sentimientos nacionales y xenófobos de una población a la que había llegado la propaganda panarabista de la Liga Árabe, creada en El Cairo. Estas demostraciones eran los prolegómenos de una insurrección general que, sintomáticamente, estallaría al día siguiente de firmarse el armisticio que puso fin a la Segunda Guerra Mundial. En Sétif, un multitudinario cortejo desfiló a los gritos de «¡Viva Argelia libre e independiente!» Unos disparos desataron el furor de los manifestantes, y en el motín que siguió murieron 28 europeos. Los hechos de Sétif se propagaron como la pólvora, y se registraron sabotajes y ataques a los colonos franceses y a sus propiedades: 104 franceses murieron asesinados.

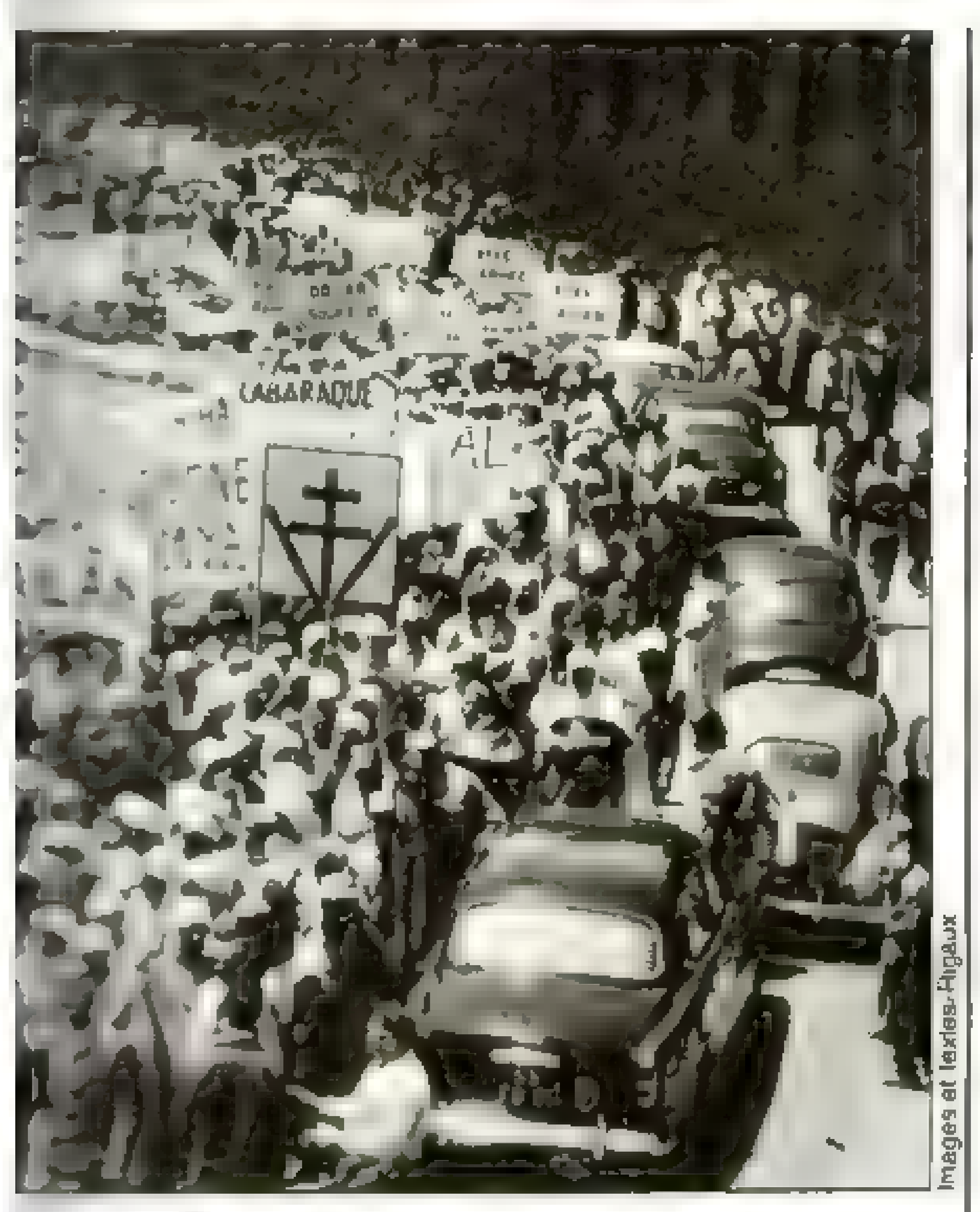
La represión fue brutal. Tropas integradas en su mayoría por senegaleses y marroquíes, mandadas por el general Duval, llevaron a cabo una serie de acciones de «limpieza» cuyo número de víctimas, no bien determinado, se evaluó sin exagerar entre 4.000 y 5.000. Unos 1.500 argelinos fueron sometidos a consejos de guerra, 181 fueron condenados a muerte y una veintena pasados por las armas.



Empieza la guerra

Hasta el 1 de noviembre de 1954, el territorio argelino —entonces colonia francesa— se había mantenido en una aparente calma. No obstante, desde la revuelta de mayo de 1945, ferozmente reprimida, el movimiento nacionalista había empezado a gestarse en la clandestinidad. Por su parte, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, la metrópoli tuvo que hacer frente a una cruenta lucha en Indochina. Aquel mismo año 1954, Francia sufrió la derrota de Diên Biên Phu, que significó el fin de su dominio en el Sudeste de Asia.

Como si se hubiera esperado el momento de tomar el relevo emancipador, aquel 1 de noviembre estalló, inopinadamente, la insurrección. La emboscada perpetrada contra un autocar en las gargantas de Tighanimine fue la señal. Y se generalizaron una serie de ataques contra los colonos franceses (los *pieds-noirs*) al sur del departamento de Constantina. Los insurrectos cortaron las líneas telefónicas y sabotearon puentes y carreteras. Fue un levantamiento en toda regla, cuya consigna ciclostilada llegó hasta los periódicos argelinos: «Argelino: el FLN es tu frente. Su victoria será tu victoria.» Meses de preparación de la revuelta habían dado como resultado la formación del Frente de Liberación Nacional (FLN), organización clandestina y guerrillera de carácter nacional, que estaba por encima de los partidos. Los franceses residentes en Argelia respondieron a la agresión creando milicias defensivas. Empezaba una guerra (1954-62) que iba a erosionar los cimientos de la Francia metropolitana.



Images et Textes-Rigaux



Cohen

En ambas páginas, mayo de 1958: manifestación en pro de un gobierno de salud pública capaz de oponerse a la política de abandono de Argelia.

A la derecha, asalto del Gobierno General por los estudiantes (13 de mayo de 1958). Abajo, Lagaillarde, dirigente estudiantil



Cohen

«L'Algerie, c'est la France»

El gobierno de París, presidido por Pierre Mendès France, reaccionó afirmando la pertenencia de Argelia a Francia. François Mitterrand, ministro del Interior, aseguró a la Asamblea francesa que Argelia era una parte del territorio patrio, y que no estaba dispuesto a admitir secesión alguna («*L'Algerie, c'est la France*»). Se abrió así una primera fase del conflicto, con operaciones de limpieza y rastreo en las zonas donde anidaba la insurrección de los *fellaghas*. Colonos y argelinos profranceses se vieron en la necesidad de agruparse en áreas de seguridad para protegerse. A finales de 1954, la «operación *fellagha*» dio un balance de más de 2.000 sumisiones. Pero, a los ojos de los más avisados, la insurrección no estaba más que en sus comienzos. Mitterrand propuso un programa de reformas económicas, administrativas y culturales, tendente a favorecer la integración de Argelia a Francia, pero era demasiado tarde. Firme en un único objetivo, la independencia, el FLN lo ignoró.

La cercanía del territorio argelino a la metrópoli, los intereses franceses en la zona y la existencia de colonos franceses influyentes y refractarios a cualquier cambio que favoreciera a los independentistas, daban al problema un cariz altamente polémico. El trasfondo político-colonial era evidente, y se encendió el debate entre los partidarios de dar a los argelinos un margen de autogobierno y los que estaban decididos a que Argelia siguiera siendo un departamento galo.

Las consecuencias sobre la política francesa empezaron a sentirse cuando, en febrero de 1955, una moción de René Mayer contra Mendès France acerca de la política argelina de su gobierno, obligó a un voto de confianza; la derrota gubernamental desembocó en una crisis ministerial, de la que salió el nombramiento de Edgard Faure como primer ministro

Acción-represión-acción

A lo largo de 1955 se sucedieron los ataques guerrilleros. La inseguridad se extendió a la mayor parte del territorio argelino y creció de punto cuando, en junio, la guerrilla hizo su aparición en forma de terrorismo urbano al estallar unas bombas en Phillipville. Era el preludio del ataque generalizado que iba a producirse en agosto. Los insurgentes, con uniformes militares del FLN, asaltaron una veintena de poblados en el norte de Constantina y dieron un golpe de mano en Phillipville, dejando 60 víctimas, entre ellas mujeres y niños. La audacia de los guerrilleros decantó a la población musulmana cada vez más claramente hacia su causa. Ello hizo que el número de sospechosos aumentara, y que, tras cada acción guerrillera, se desencadenaran operaciones de represalia en las que la sangre llamaba a más sangre. Los entierros de las víctimas francesas daban lugar a manifestaciones tumultuarias, en las que se exigía venganza. Y las contramedidas represivas cobraron una dureza que no hizo más que separar a las dos comunidades. Entre tanto, los efectivos franceses, que en noviembre de 1954 sumaban 60.000 hombres, ascendieron a 120.000 en agosto de 1955. Y el forzado envío de soldados de reemplazo dio lugar a las primeras manifestaciones de protesta contra la intervención militar en Argelia.

El 2 de febrero de 1956, Guy Mollet sustituyó a Edgard Faure como presidente del Consejo. Para los *pieds-noirs*, temerosos de que en París se estuviera urdiendo su abandono, Mollet resultaba una figura inquietante. Cuando el presidente llegó a Argel el 6 de febrero fue recibido por los gritos de protesta de los manifestantes, blandamente contenidos por el Ejército. El general Catroux, nombrado ministro residente en sustitución de Jacques Soustelle, prefirió dimitir, y fue reemplazado por el socialista Robert Lacoste. Aquella misma tarde se creó en Argel un Comité de Salud Pública. La mecha lenta del barril de pólvora argelino acababa de ser encendida.

La propaganda gaullista organizada en Francia se hizo eco del «Viva De Gaulle» lanzado en Argel por el general Raoul Salan el día 15 de mayo de 1958 desde el balcón del Gobierno General, ante la multitud allí reunida.



Roger Viollet

Escalada militar y represión

En marzo de 1956, Francia otorgó la independencia a Marruecos y Túnez. Y en esta línea de concesiones, Mollet inició contactos secretos entre su gobierno y Muhammad Khider, jefe político del FLN. Las conversaciones fracasaron porque Khider impuso, como condición previa al alto el fuego, el reconocimiento del hecho nacional argelino. Poco después, y en la línea de progresiva radicalización, los líderes moderados de la causa argelina Ferhat 'Abbās y Ahmed Francis huyeron a El Cairo para unirse al FLN. El fracaso del intento de acuerdo decidió a Mollet a pasar a la acción bélica con todos los medios disponibles. Sin embargo, la cuestión no era fácil de resolver, pues el conflicto norteafricano iba a absorber cada vez más efectivos a un Ejército que se encontraba en trance de modernización, adecuando sus unidades a las exigencias de la OTAN. Es decir, un Ejército que estaba poniendo a punto sus unidades para una eventual guerra con armas tácticas y nucleares, y que se veía ahora obligado a enfrentarse a una rebelión con legionarios y tropas de la reserva reforzados por las quintas, lo que aumentaba la impopularidad de la intervención en la Francia metropolitana, donde se hacía un reproche sordo hacia los *pieds-noirs*, a quienes se consideraba responsables de la crisis por su manera de tratar a los árabes. Otro factor desencadenante de esa impopularidad fue el conocimiento de los métodos usados en la represión, el descubrimiento de las «máquinas para hacer cantar», que la Gendarmería y el Ejército emplearon en un conflicto que para unos era un problema de subversión y terrorismo y para otros una guerra de liberación. Al amparo de esta indefinición, la guerra adquiriría caracteres de extrema violencia.

El FLN, decapitado

El año 1956 significó para Francia el año de la toma de conciencia de que lo de Argelia era una guerra con todas sus consecuencias, y de que ya era inevitable hacer concesiones.

Aquel año, el FLN se consolidó y se organizó en *wilāyas* —distritos militares—, bajo el mando de Krim Belkacem y la directiva de Ramdane Abbane. En octubre se produjo el espectacular golpe de la detención de los líderes del FLN. Invitados por el sultán de Marruecos, Ben Bella, Muhammad Khider, Ahmed Hocine, Muhammad Budiaf y Mustafá Lacheraf fueron a Rabat. A su regreso a Túnez, el avión de Air Atlas en el que viajaban fue interceptado por los franceses y obligado a aterrizar en Argel. Parecía que la rebelión había sido decapitada, pero la realidad iba a ser muy otra, porque la guerra continuaría a base de emboscadas, sabotajes y terrorismo urbano. Y si la Legión y los paracaidistas acudieron a sofocar los núcleos de rebeldía declarada, las tropas territoriales sufrieron el acoso de francotiradores escurridizos, amparados por la población civil árabe, que había tomado partido por el FLN.

La batalla de Argel

A comienzos de 1957, y para hacer frente a los actos terroristas que sembraban el pánico en la capital, se designó al general Massu, jefe de la 10.ª División de Paracaidistas, responsable del mantenimiento del orden en Argel. Ello no obstó para que Mollet intentara una nueva e infructuosa negociación con el FLN. La acción de Massu y sus paracaidistas descubrió las profundas ramificaciones de la rebelión en el propio Argel, donde un atentado del FLN en el Estadio causó 20 muertos y más de 100 heridos. Minada por el terrorismo, la capital pasó a ser prácticamente ocupada por los «paras», que cribaron casa por casa. La transferencia de los servicios de policía al Ejército confirió a éste la responsabilidad de la represión. Una represión que no impidió a las bombas del FLN seguir matando indiscriminadamente. En Kabilia, punto fuerte de la insurrección rural, las comunidades que pidieron protección a Francia fueron arrasadas, y los habitantes mayores de veinte años, asesinados. En aquel momento, las fuerzas francesas en Argelia superaban los 400.000 hombres.

Es preciso resaltar que la evolución de la situación internacional iba a seguir un curso favorable al FLN. La frustrada expedición anglofrancesa a Suez, en noviembre de 1956, estimuló las esperanzas del mundo árabe. El Cairo, en la persona de Nasser, era portavoz del panarabismo, y la rebelión argelina tenía en Túnez y Marruecos dos retaguardias bien cubiertas, mientras que los países del Este y el propio comunismo francés no ocultaban sus simpatías hacia el FLN.

Los «centuriones»

El ejército colonial francés vio en la guerra la posibilidad de borrar una frustración nacida de la derrota de 1940 y que culminó en Indochina. Los Salan, Bigeard, Beaufre, Trinquier y Godard —los «centuriones»— se lanzaron a



Tras formar un gobierno provisional, De Gaulle dirigió a los habitantes de Mostaganem (7 de junio de 1958) un discurso en el que pronunció la consigna «Viva Argelia francesa», que le fue reprochada por algunos seguidores.

combatir la subversión, pertrechados con la idea de la integración de Argelia y desplegando todos los medios de la guerra psicológica, extremo en el que descolló el coronel Argoud, jefe del Estado Mayor de Massu. Esta actitud, que no reparaba en los procedimientos utilizados frente a la guerrilla revolucionaria, creó una fisura entre los propios jefes del Ejército. Hubo casos como el del general Bollardière, que pidió el relevo de su mando en el Atlas, disconforme con los métodos represivos (métodos que, transmitidos por reclutas traumatizados, se divulgaban en la metrópoli y provocaban la reacción airada de la izquierda intelectual y de parte del clero).

La crisis argelina iba socavando el poder civil, y buena muestra de ello fue el rigodón ministerial, con la caída de Guy Mollet, que fue sustituido por Maurice Bourgès-Maunoury el 13 de junio de 1957, y la de éste, reemplazado por Félix Gaillard el 6 noviembre de aquel mismo año.

La batalla de Argel sería ganada por los «paras», en cuanto que una serie de acciones afortunadas limpiaron Constantina de rebeldes. Sin embargo, estas victorias, con su cortejo represivo, iban a suponer la apertura de un abismo infranqueable entre la comunidad francesa y la árabe.

El golpe de mayo de 1958

En la primavera de 1958 se precipitaron los acontecimientos. A la caída de Félix Gaillard (15 de abril), el encargo de formar gobierno recayó en Pierre Pflimlin, de quien se sabía era partidario de negociar con el FLN. La noticia de su nombramiento cayó como una bomba entre los *pieds-noirs*, crecidos por el positivo balance de la batalla en la capital. El 13 de mayo de 1958 tuvo lugar el asalto al edificio del Gobierno General de Argelia, encabezado por Pierre Lagaillarde, oficial paracaidista de la reserva. La población francesa se lanzó a la calle al grito de «¡Argelia francesa!». Ante los hechos, el gobierno de París delegó poderes en los generales Salan y Massu; éste último fue designado presidente del Comité de Salud Pública, del que también formaron parte Lagaillarde y Léon Delbecque, destacado gaullista.

El golpe no impidió la investidura de Pflimlin, pero la tensión entre la colonia y la metrópoli aumentó. En París había partidarios de poner a los sublevados de Argel fuera de la ley. En Argel había quienes estaban dispuestos a lanzar un regimiento de paracaidistas sobre París. El fantasma de la guerra civil planeaba sobre Francia.

En aquellas circunstancias, Charles de Gaulle parecía la única personalidad capaz de evitar un enfrentamiento de consecuencias incalculables. El 14 de mayo, el Comité de Salud Pública hizo un llamamiento a De Gaulle para que asumiera el poder. Pero el general, aun mostrándose dispuesto a aceptar, dejó bien claro que sólo lo haría si recibía el encargo siguiendo las normas constitucionales. Finalmente, el 30 de mayo, el presidente de la República, René Coty, dirigió un mensaje a los parlamentarios, pidiendo la investidura para De Gaulle. El 1 de junio, el general ganó el voto de confianza en la Asamblea y recibió, además, una concesión de poderes excepcionales.

Hacia la victoria militar

Argel vivió la crisis entregada a las más eufóricas manifestaciones. El Forum se convirtió en asamblea masiva, que reunía a franceses y a musulmanes vinculados a la Administración que, al canto de *La Marsellesa*, proclamaban su unión indisoluble con la metrópoli.

El 4 de junio, De Gaulle visitó Argel. Ante 200.000 personas que le aclamaban, el general dijo: «Os he comprendido», pero no pasó de aquí. De entrada hizo concesiones a los partidarios de la Argelia francesa, entre ellas la de mantener como cabeza visible del poder metropolitano al general Salan. Pero De Gaulle tenía sus propias ideas sobre el problema argelino; porque él era un continental, un metropolitano, y los colonos franceses, en su mayoría «petainistas» durante la ocupación alemana, no le inspiraban simpatía. Por otra parte, la independencia altiva de su carácter evitó que se convirtiera en «prisionero» de los militares a quienes debía su vuelta al poder, como le había impedido serlo de la Resistencia en 1944. En su mentalidad de estadista estaba fijado un objetivo prioritario: la reforma constitucional, la conversión de Francia en República presidencialista. Por eso, sus primeros pasos contemporizadores se encaminaban a lograr que los franceses de Argelia dieran el «sí» a su reforma.

Desde el punto de vista militar, la guerra había dado un giro favorable a Francia. Argel había sido depurado, y las fuerzas más aguerridas del FLN, batidas por los paracaidistas con el apoyo de la Legión. Ello había hecho saltar a primer plano la figura del general Maurice Challe, del Ejército del Aire, cuyas ideas sobre la guerra argelina se revelaron eficacísimas. Impermeabilizando las fronteras tunecina y marroquí, el «plan Challe» puso en

Ben Bella, el líder que cayó en desgracia

Ahmed Ben Bella nació en Marnia, cerca de Orán, en 1916. Hijo de campesinos acomodados, fue educado en la tradición islámica. Sin profesar una militancia activa en los movimientos nacionalistas, se enroló en el Ejército francés y participó en la campaña de Italia, siendo condecorado y alcanzando el grado de suboficial. En 1947 fundó, en compañía de otros dirigentes nacionalistas, el Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas. En 1949 participó en un golpe de mano contra la Central de Correos de Orán. Detenido en 1950, fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad, pero en 1952 pudo huir de Argelia y llegar a El Cairo, donde tomó parte en la preparación de la insurrección del 1 de noviembre de 1954 y en la organización del FLN.

En octubre de 1956 fue detenido por los franceses al interceptar éstos el avión en el que se trasladaba con otros dirigentes del FLN desde Marruecos a Túnez. Internado en Francia hasta la conclusión de los acuerdos de Évian, regresó a Argelia, donde fue nombrado, sucesivamente, jefe de Gobierno (1962), presidente de la República (1963) y secretario general del FLN (1964). Implantó un gobierno de corte socialista y apoyó los movimientos nacionalistas y revolucionarios del Tercer Mundo. El desempeño de un poder casi absoluto le creó fuertes enemistades en el Ejército, y el 19 de junio de 1965, un golpe de Estado encabezado por el coronel Huari Bumedien, que había sido jefe de la Wilāya V *y, más tarde, jefe del Estado Mayor del FLN, le derrocó. Ben Bella desapareció de la escena política, ignorándose si había sido fusilado o deportado a un lugar desconocido. Encarcelado en un campo militar hasta julio de 1979, fue luego deportado a la ciudad de M'Sila, donde permaneció en régimen de residencia vigilada hasta que, en noviembre de 1980, fue amnistiado por el presidente Chadly Benjedid, sucesor de Bumedien.*

La Argelia de Bumedien



Después de tres años escasos en el poder, Ahmed Ben Bella, héroe de la guerra de la independencia, líder incontestado del FLN y presidente de la República, fue bruscamente apeado del poder por quien había sido uno de sus más fieles colaboradores, el coronel Huari Bumedien. El 19 de junio de 1965, un golpe de Estado organizado por el hasta entonces ministro de Defensa confinó definitivamente a Ben Bella a la cautividad y al olvido.

Bumedien, que había nacido en 1925 en el seno de una familia campesina, logró estudiar en las universidades islámicas de Túnez y El Cairo, donde entró en contacto con Ben Bella. En 1955 penetró clandestinamente en Argelia para alistarse en las filas nacionalistas. Con dotes militares sobresalientes, alcanzaría la jefatura de la Wilāya V *(Oranesado), en 1957, y tres años después sería jefe de Estado Mayor del Ejército de Liberación Nacional. El GPRA lo destituyó en julio de 1962, pero se unió a Ben Bella, a quien ayudó a imponerse en la* Wilāya IV. *En el primer gobierno tras la independencia (1962), Ben Bella lo nombró ministro de Defensa, comandante en jefe del Ejército Nacional Popular y viceprimer ministro. Después vendrían las disensiones entre ambos, que desembocarían en el intento de Ben Bella de cesarle como ministro y en el golpe que llevaría a Bumedien al poder.*

Bajo Bumedien, el régimen adquirió un carácter menos personalista, y se constituyó el primer gobierno colegiado (Consejo de la Revolución). Con mano férrea impuso el despegue económico del país, mediante la reforma agraria (1971) y la creación de una infraestructura industrial vertebrada en torno a las empresas nacionalizadas. Argelia logró la evacuación de todas las bases extranjeras (1972), y en política exterior practicó un claro neutralismo, lo que la convirtió en un firme puntal del Tercer Mundo.

Tras superar un golpe de Estado y un atentado, Bumedien se mantuvo en el poder sin concesiones a la oposición, potenciando el papel dirigente del FLN hasta su muerte en 1981.



marcha una serie de operaciones de limpieza, de este a oeste, con gran apoyo de helicópteros. A lo largo de un año, los repetidos éxitos franceses culminaron con la muerte del temible jefe Amirouche, comandante de la *Wilāya III*. La guerra parecía finalmente ganada.

En septiembre de 1958 tuvo lugar el anunciado referéndum sobre la reforma constitucional preconizada por De Gaulle. El voto afirmativo en Argelia alcanzó el 96,5%. En octubre, De Gaulle hizo un nuevo viaje al Norte de África, y en él habló de «la llegada de la paz de los valientes que traiga el olvido de los odios».

De Gaulle propone la autodeterminación

En enero de 1959, De Gaulle fue elegido presidente de la República francesa. En abril, el balance del «plan Challe» era de más de 2.000 rebeldes puestos fuera de combate. Entretanto, el FLN, que había perdido prestigio en

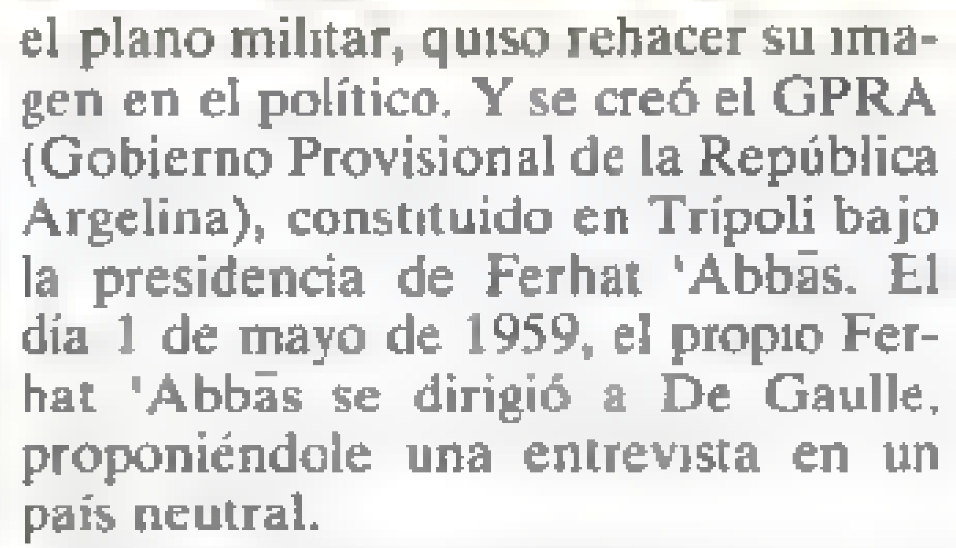




En ambas páginas, Ahmed Ben Bella (derecha) y Huari Bumedien (centro), figuras clave de la independencia de Argelia

En esta página, arriba lunes 24 de abril de 1961: tras el putsch, los pieds-noirs no ocultan su satisfacción al ver de nuevo a los «paras» ocupar Argel. Abajo, desfile de una harka. El interés por no abandonar al FLN a los musulmanes que servían en el ejército francés empujó a numerosos oficiales a enrolarse en la OAS





el plano militar, quiso rehacer su imagen en el político. Y se creó el GPRA (Gobierno Provisional de la República Argelina), constituido en Trípoli bajo la presidencia de Ferhat 'Abbās. El día 1 de mayo de 1959, el propio Ferhat 'Abbās se dirigió a De Gaulle, proponiéndole una entrevista en un país neutral.

El plano de ambigüedad en el que se movía De Gaulle despertó las primeras suspicacias entre los militares que le habían llamado al poder. El 31 de julio, el general Salan fue el primero que expuso públicamente su recelo, y en septiembre mostró ya su discrepancia al afirmar: «Nadie tiene el derecho de decidir el abandono de una parcela de territorio donde se ejerce la soberanía de Francia.» Días más tarde, De Gaulle hizo sus primeras declaraciones transparentes sobre Argelia. En ellas habló de conceder el «derecho de autodeterminación» a los argelinos mediante un referéndum con tres opciones: integración, asociación o secesión.

La confusión que estas palabras sembraron en los medios militares fue profunda. Challe —el hombre de la victoria— era la imagen misma de la decepción. Pero De Gaulle había llegado a la conclusión de que la victoria militar no era más que una solución a corto plazo, que no evitaría el futuro rebrote del FLN. Sin embargo, la creciente frustración del Ejército de Argelia fue aprovechada por los militares «ultras» para ejercer presión sobre las asociaciones de antiguos combatientes y sobre la derecha tradicional, que no había perdonado a De Gaulle la condena de Pètain.

Barricadas en Argel

El malestar empezó a cundir en el Ejército, y los «coloniales» se juramentaron para otorgar a la salvaguardia de la Argelia francesa el rango de «objetivo prioritario de la Defensa Nacional». El soporte civil a esta actitud lo iban a dar los *pieds-noirs*, que se constituyeron en milicias patrióticas

La proclama del general Challe

«Oficiales, suboficiales, gendarmes, soldados, marinos, aviadores de las fuerzas francesas de Argelia, os habla el general Challe:

»Estoy en Argel con los generales Zeller y Jouhaud, y en contacto con el general Salan, para mantener nuestro juramento, el juramento del Ejército de conservar Argelia para que nuestros muertos no hayan muerto en vano. Un gobierno abandonista nos daba a conocer sucesivamente la Argelia francesa, la Argelia dentro de Francia, la Argelia argelina, la Argelia independiente asociada a Francia. Hoy se dispone a entregar definitivamente Argelia a la organización exterior de la rebelión. ¿Es ésta la paz anunciada? ¿No sabe que no habría más garantía, incluso militar, de libre elección, que de libertad y de justicia en una organización totalitaria?

»Incluso ha rechazado hacer la paz con ciertos rebeldes del interior, dispuestos a cesar los combates. ¡Tenemos pruebas!

»Sabiendo todo esto, ¿querríais renegar de vuestras promesas, abandonar a nuestros hermanos musulmanes a la venganza de los rebeldes?

»¿Querríais que Mers-el-Kébir y Argel sean mañana bases soviéticas?

»¿Queréis una vez más, la última, llevaros vuestra bandera cuando ya lo hayáis perdido todo, incluso el honor? Yo os conozco a todos y sé cuales son vuestro valor y vuestro orgullo, vuestro sentido del honor y del deber; la disciplina que hace nuestra fuerza no podría en ningún caso conducir al deshonor. El Ejército está antes que nada al servicio de Francia y es garante del territorio nacional.

»El Ejército no desfallecerá jamás en su misión, y las órdenes que yo os daré no tendrán jamás otro objetivo.»

El general del Ejército del Aire
Maurice Challe
Comandante en jefe de las fuerzas
en Argelia y en el Sáhara.



para incitar al Ejército a la toma del poder. Unas declaraciones del general Massu, en las que expuso su discrepancia con la política de De Gaulle, le hicieron ser relevado del mando de la 10.ª División Paracaidista. Como si la noticia de su destitución hubiera sido una señal, el 24 de enero de 1960 una gran multitud, encabezada por Lagaillarde, Ortiz y Susini, líderes de los franceses de Argelia, se reunió en la explanada de Glières y se atrincheró formando un perímetro de barricadas al grito de «¡Argelia francesa!» La Gendarmería, encargada de dispersar a la multitud, abrió fuego y ocasionó la muerte de ocho civiles. En el choque también perdieron la vida catorce gendarmes. El general Challe proclamó el estado de sitio. El 26 de enero, nuevos manifestantes afluyeron al campo atrincherado, que fue cercado por tropas paracaidistas. En este pleito entre franceses, la población musulmana se abstuvo de participar.

La repercusión de estos hechos en la metrópoli marcó la mayoritaria decantación de la opinión pública francesa hacia la política de De Gaulle. Centrales sindicales y partidarios políticos prestaron su apoyo decidido al general, quien lanzó un mensaje televisado en el que, haciendo uso de su elocuencia, afirmó que «la fuerza permanecerá del lado de la ley». El 1 de enero, el campo atrincherado se rindió a los «paras», que a la salida de los sediciosos mostraron su adhesión presentándoles armas. Pierre Lagaillarde fue arrestado y Ortiz buscó refugio en España, donde en ciertos medios no se ocultaban las simpatías por la causa anti-gaullista de los franceses de Argelia.

La sublevación de las barricadas incidió en el propio ejército francés, marcando el distanciamiento entre los oficiales de carrera y los ultras coloniales, que estaban en las unidades de élite o en los servicios de inteligencia, como Lacheroy, Gardes o Broizat. El error de éstos últimos fue creer que en París había un régimen vacilante e inestable. El fortalecimiento del ejecutivo, presidido por De Gaulle, tenía ahora el apoyo de la mayoría de la opinión pública, que no veía en Argelia más que una costosa aventura. El francés medio de 1960 estaba más interesado en el porvenir económico de su país y en el suyo propio que en mantener a sangre y fuego a Argelia francesa.

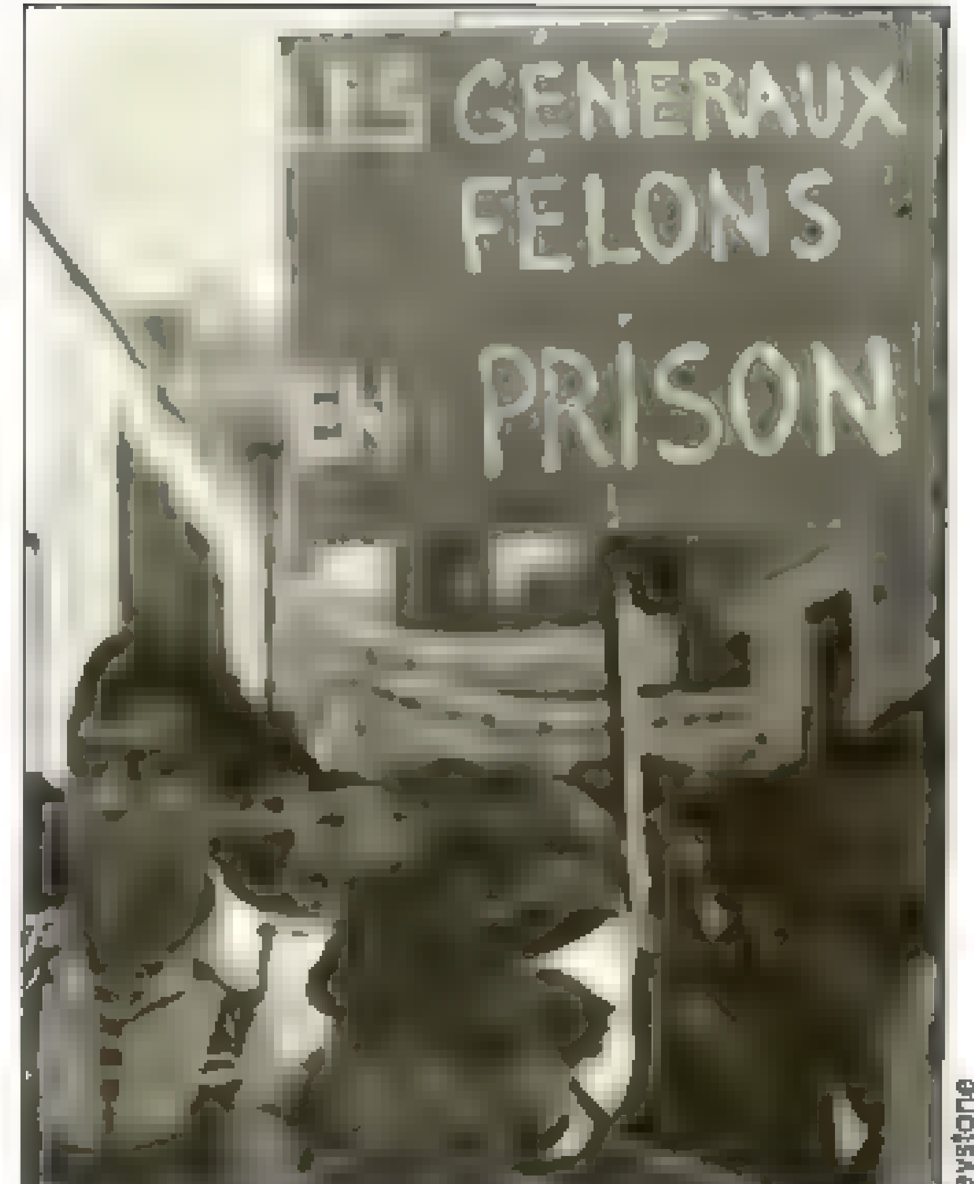
La OAS

Un nuevo viaje de De Gaulle a Argelia se centró en la visita a los puestos de mando para sondear las opiniones


Keystone



Keystone



Keystone



Keystone



Keystone

En ambas páginas, los generales Salan (izquierda) y Challe, protagonistas del putsch de abril de 1961. Tras la intentona, Challe se entregó y Salan dirigió en la clandestinidad las acciones de la OAS.

En la página anterior, soldados destinados en Argelia siguen la evolución del putsch a través de un transistor

En esta página, arriba a la izquierda, obreros desfilando con pancartas contra los sublevados; la izquierda respondió al golpe con una huelga general de una hora. Arriba, a la derecha, unidades de la Marina —que permaneció fiel al Gobierno— fondeadas ante el puerto de Argel

Abajo, carros de combate en las calles de París.

del estamento militar. Simultáneamente De Gaulle inició contactos secretos con el GPRA a fin de persuadirle de que el FLN había dejado de existir, pero estos contactos no dieron resultados positivos. Se llevó a cabo una profunda remoción de mandos militares, cuyo objetivo era alejar de Argelia a los más «duros». Challe, cada vez más influido por sus teóricos de la guerra revolucionaria, Argoud y Lacheroy, fue relevado y enviado a la metrópoli. En Argel le sucedió el general Crépin. Y en este compás de espera, los asesinatos aislados de que fueron víctimas los partidarios de la ruptura, tiñeron de sangre el proceso descolonizador a que se había entregado De Gaulle. En noviembre de 1960, Salan desapareció de Argelia y se refugió en España, a donde también marcharon Lagaillarde y otros militares que por iniciativa de Salan crearon la OAS (Organisation de l'Armée Secrète), dispuestos en un último y exasperado gesto de rebeldía a aniquilar a los responsables de la pérdida de Argelia.

Antes de que se consumiera lo inevitable, los franceses argelinos crearon el Frente de la Argelia Francesa. La disparidad de posturas provocó choques armados entre los colonos franceses y el Ejército; entre franceses y argelinos y entre todos ellos y la Gendarmería, dura en la represión de las manifestaciones profrancesas de quienes se resistían a abandonar Argelia en manos del FLN. En este confuso marco tuvieron lugar los gravísimos incidentes de diciembre de 1960, en los que resultan muertas 120 personas. Y al tiro en la nuca le siguió la bomba de plástico de la OAS.

Del referéndum al *putsch* de abril de 1961

En enero de 1961 se celebró el referéndum propuesto por De Gaulle. Su fin era sellar el destino de Argelia. El resultado fue favorable a la autodeterminación. Ello abrió las negociaciones entre el gobierno francés y el GPRA en Évian. Ante los hechos consumados, la OAS recrudeció su acción terrorista. Se produjeron atentados en Argel, Orán, Bona y en el mismo París. El día 11 de abril, De Gaulle anunció en una conferencia de prensa que Argelia sería un Estado soberano. Fue la chispa que provocó el último coletazo militar. El día 23 de abril, Radio Argel anunció que los generales Challe, Zeller y Jouhaud habían tomado el poder y declarado el estado de guerra. A la sedición se unieron también los generales Gouraud y Gardy. El ministro de Asuntos

La aventura

«Por segunda vez en tres años, elementos del ejército que combate en Argelia se sublevan contra el poder central. En 1958 lograron derribar al Gobierno y cambiar el Régimen. Pero el hombre que, de buen o mal grado, aceptaron entonces llevar a la cabeza del país debía decepcionarles pronto, y en 1960 dominaba una nueva revuelta. Hoy son oficiales generales retirados —pero que han ejercido los más altos cargos de mando— quienes toman la iniciativa y se hacen cargo de todos los poderes sobre el terreno. A su cabeza se encuentra el antiguo comandante en jefe que en 1960 tuvo que hacer frente, mejor o peor, a la insurrección.

»La primera fase de la operación —reconozcámoslo— ha sido notablemente concebida y ejecutada. Esa noche, cuando el telón había caído sobre la última réplica de Britannicus, ni el general De Gaulle ni la pléyade de ministros que le acompañaban, entre los cuales estaba el de Argelia, no tenían dudas manifiestas sobre nada.

»Pero, ¿y ahora? Si como los precedentes permiten creerlo el Elíseo aguanta el timón, es poco probable que el movimiento gane la metrópoli o que la autoridad legítima permanezca desarmada, como el 13 de mayo, por la total pasividad de los mandos. Parece cierto, en cambio, que en esta ocasión todavía las fuerzas populares, a pesar de los agravios y los rencores, no dudarán en formar un bloque detrás del general De Gaulle. En Argelia, incluso los jefes responsables de las regiones de Orán y Constantina han rehusado secundar la aventura.

»Si esta situación se mantiene, ¿qué podría esperar un gobierno insurreccional constituido —es una hipótesis— en Argel? ¿La adhesión de las masas musulmanas? ¿Apoyos exteriores? La idea de maniobrar de los militares sublevados es, al parecer, siempre la misma: contar con la negativa del Ejército de marchar contra el Ejército y, de este modo, presionar al Gobierno para obligarle a cambiar de política o a abandonar.

»Si lo lograsen, ¿cuáles serían finalmente los resultados del golpe de fuerza? No sería con un ejército cuya unidad estaría quebrada, con los reclutas exentos del deber de obediencia, con una metrópoli transtornada y menos aún ante en el horror de una eventual guerra civil que la lucha por una Argelia francesa podría proseguirse y ganarse.

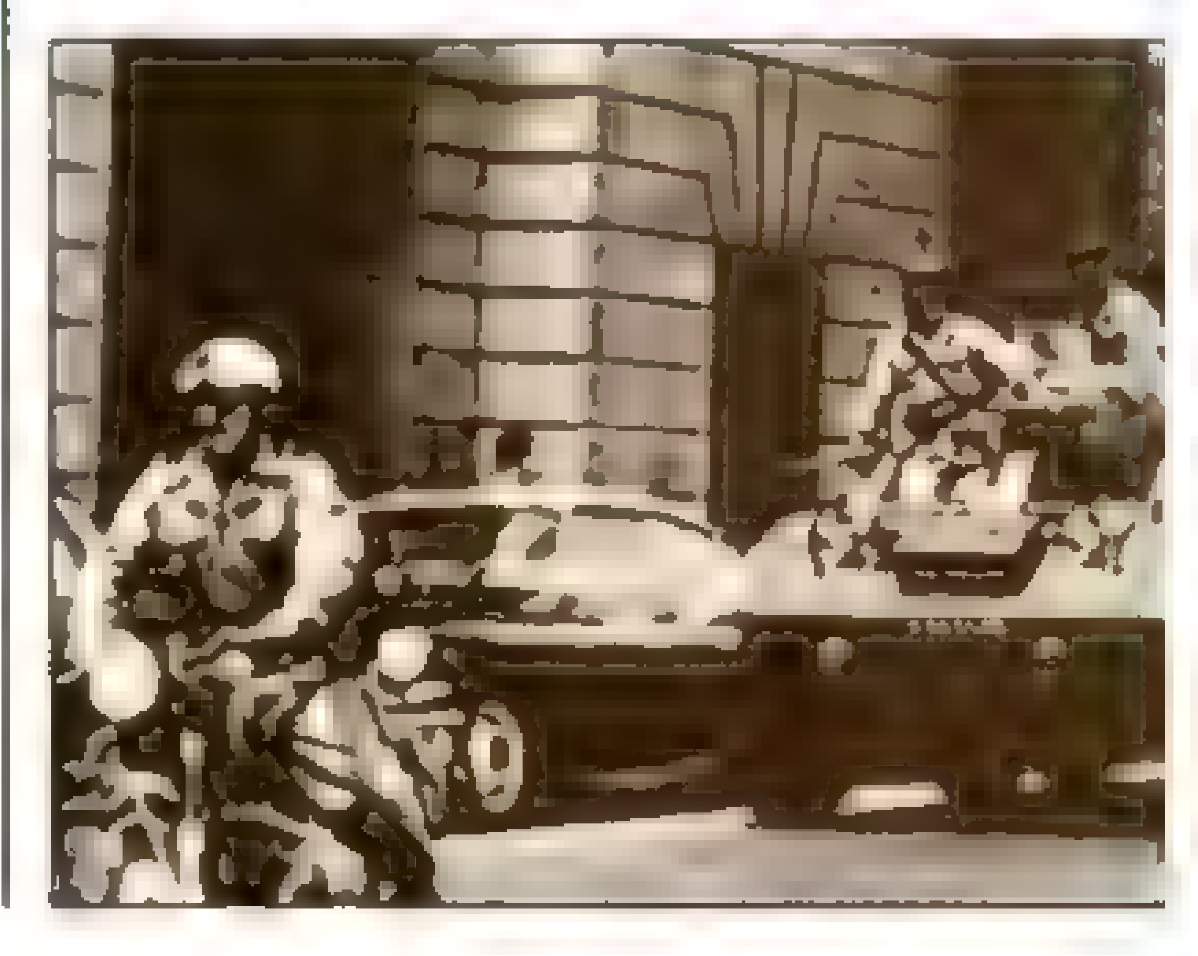
»Quienes conocen bien al general Challe, y a quienes su gesto deja asombrados, están convencidos de que no se ha lanzado a la aventura sin haberla preparado minuciosamente. Pero, en definitiva, se trata aquí mucho más de estrategia política, que de táctica insurreccional. Son las relaciones de Francia con Túnez, Marruecos y, sin duda, toda África negra las que se pondrían en cuestión. La internacionalización del conflicto sería inevitable a través de un caos al estilo congoleño. Sería para el Kremlin, después de Cuba, una nueva ocasión de asegurarse la ventaja ofrecida por los mismos que la execran y se jactan de presentarle una resistencia victoriosa.

»Rara vez los aprendices de brujo han tomado sobre ellos tales responsabilidades y aceptado tamaños riesgos. ¿Existe todavía una posibilidad de que lo comprendan antes de lo irremediable?»

(FUENTE: Editorial de «Le Monde», firmado por Sirius, seudónimo de Hubert Beuve-Mery, 23.IV.1961.)







Argelinos, Joxe, desplazado urgentemente a Argel, hubo de volver a París ante el cariz que tomaba la situación. El mismo 23 de abril llegó a Argel procedente de Madrid el general Salan, que pudo eludir la vigilancia de que era objeto gracias a la ayuda del ex-ministro español Serrano Súñer. Challe, Zeller, Jouhaud y Salan, hicieron su primera aparición pública como dueños de la situación.

Ante las noticias de Argel, en París se alcanzó la máxima tensión. ¿Harían las guarniciones de Orléans, Rambouillet y Pontoise causa común con los sublevados? ¿Planearían los insurgentes lanzar a los paracaidistas sobre la capital de Francia? El Gobierno se vio obligado a tomar urgentes medidas: reclamó parte de las tropas acantonadas en Alemania; redobló la vigilancia de las unidades inseguras; puso bajo custodia a los jefes dudosos y cursó órdenes extremas a los servicios de defensa aérea para que estuvieran alerta ante la presencia de aviones sospechosos procedentes de África del Norte. Un objetivo se impuso categóricamente: evitar a cualquier precio el enfrentamiento entre soldados que ha-



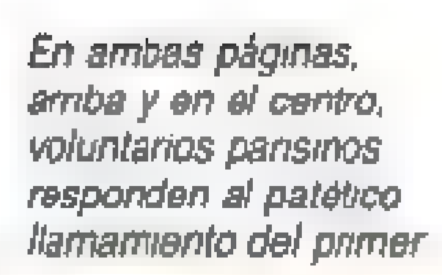

Keystone



Keystone



Coll. particulière



En ambas páginas, arriba y en el centro, voluntarios parisinos responden al patético llamamiento del primer ministro francés Michel Debré, movilizándose en plena noche para luchar contra una posible acción de los golpistas; abajo, el camión que conduce a prisión al ex-general Zeller sale de la jefatura de policía de Argel. Bajo estas líneas, jóvenes musulmanes leen en la prensa de París la noticia del arresto de Challe

Keystone

bían jurado la misma bandera; impedir que se produjera el primer disparo. El día 23, a las 20.00, De Gaulle dirigió un patético llamamiento por televisión: «Un poder insurreccional se ha establecido en Argelia por un "pronunciamiento" militar. Este poder tiene una apariencia: un "cuarterón" de generales. Y una realidad: un grupo de oficiales, sectarios, ambiciosos y fanáticos. En nombre de Francia yo ordeno que todos los medios, digo "todos los medios", sean empleados para cortarles el paso en tanto no sean reducidos.»

Aquella noche, París vivió en estado de alerta. Partidos y sindicatos movilizaron a sus afiliados en previsión de una orden extrema: concentrarse en los aeródromos e invadir las pistas a fin de impedir el aterrizaje de los aviones facciosos. Pero el mensaje de De Gaulle (que incitaba a los soldados al desacato) llegó, gracias a la radio, a las unidades de reemplazo destacadas en Argelia. La reacción de estas fuerzas, y la de la gran mayoría de sus jefes, fue atenerse a la legalidad. De Gaulle ganar a «la batalla de los transistores».

El 24 de abril, los generales sublevados pudieron comprobar que la gran

Arriba, el comandante Saint-Marc, uno de los militares sublevados, es conducido a prisión (mandaba un prestigioso regimiento de paracaidistas extranjeros). En el centro, registro del vehículo de un pied-noire: era preciso hallar las armas desaparecidas en favor del putsch. Abajo, coche destruido en un atentado de la OAS

mayoría de las unidades no estaban dispuestas a seguirles. En Orán, el general Pebrotât se mantuvo leal a París. En Constantina, el general Gouraud desistió de su actitud de rebeldía y se puso a disposición del Gobierno. El 25 de abril tuvo lugar la última manifestación de *pieds-noirs* y la postrera aparición pública del cuadrunvirato. El *putsch* había fracasado.

Argelia, Estado independiente

El general Challe se entregó. Los demás, Zeller, Jouhaud y Salan, huyeron, así como los coroneles Argoud, Godard, Lacheroy, Gardes y Broizat. Algunos de ellos dirigirían las acciones terroristas de la OAS, mientras que Zeller, Jouhaud y Salan serían, a la larga, capturados. Los juicios a que fueron sometidos conmovieron a Francia. Challe y Zeller fueron condenados a 15 años de prisión; Jouhaud a la pena de muerte (que le fue conmutada) y Salan a cadena perpetua.

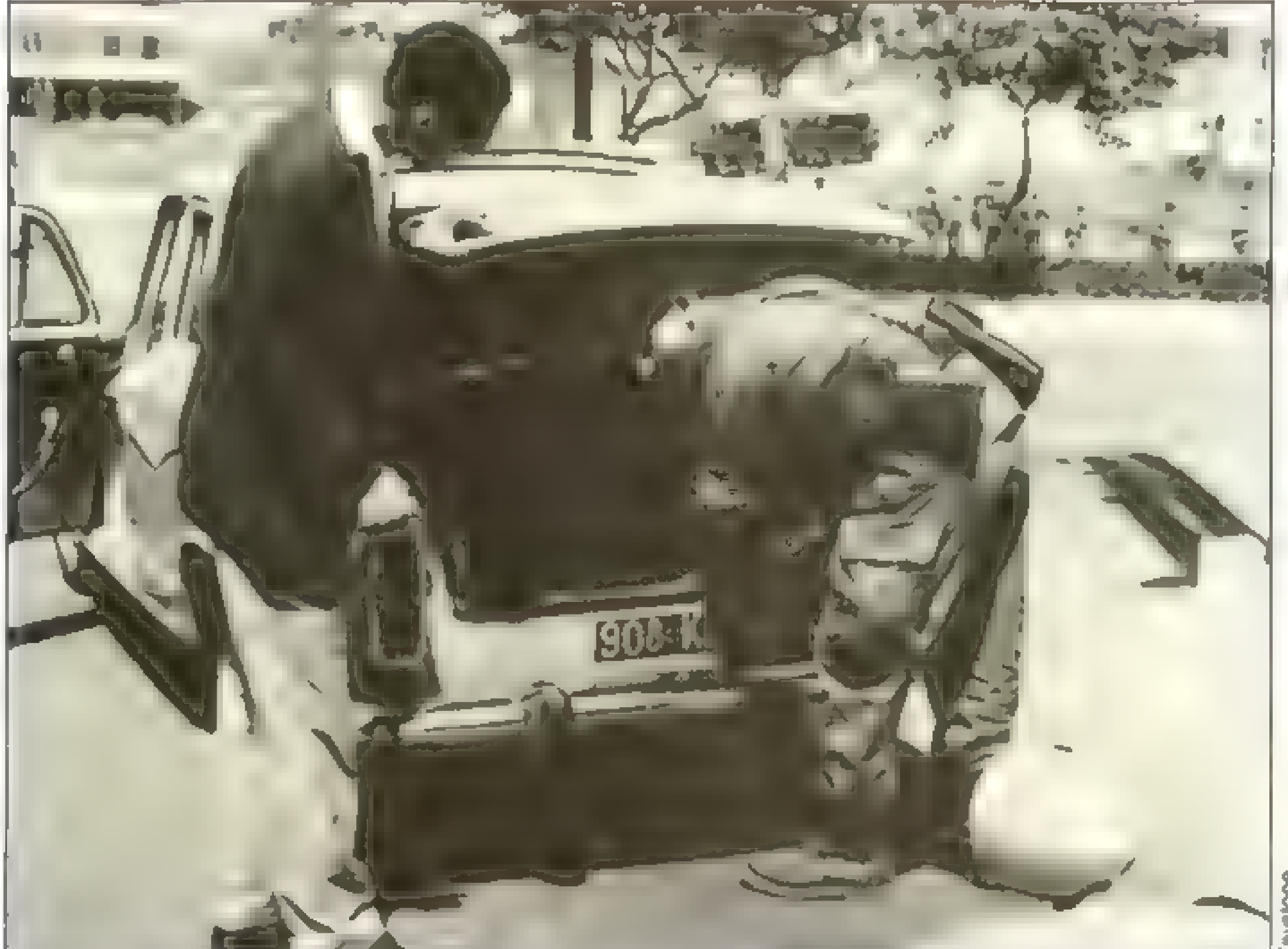
El 21 de abril de 1962 se inició el éxodo de los franceses de Argelia. Un mes después, más de 100.000 *pieds-noirs* habían abandonado las tierras norteafricanas. En junio, 300.000 personas —la tercera parte de los franceses residentes en la colonia— llegaban a la metrópoli; lo habían dejado todo detrás de ellos. En marzo de 1962, los acuerdos de Évian concedieron la independencia a Argelia. De Gaulle, convocó un nuevo referéndum para aprobar los acuerdos suscritos. El 90,70% de la población francesa votó afirmativamente.

El 3 de julio de 1962 se proclamó oficialmente la independencia de Argelia. El gobierno argelino no estaría dirigido por Ferhat 'Abbas ni por Ben Jedda, que le había sucedido. El nuevo hombre fuerte era Ben Bella, uno de los fundadores del FNL, que hizo su entrada triunfal en Argel el 3 de agosto. En una de sus primeras declaraciones, Ben Bella proclamó: «La democracia es un lujo que Argelia no puede pagarse.» Tres años después, al líder de la independencia le tocaría sentir en su propia persona lo que significaba prescindir del «lujo» de la democracia.

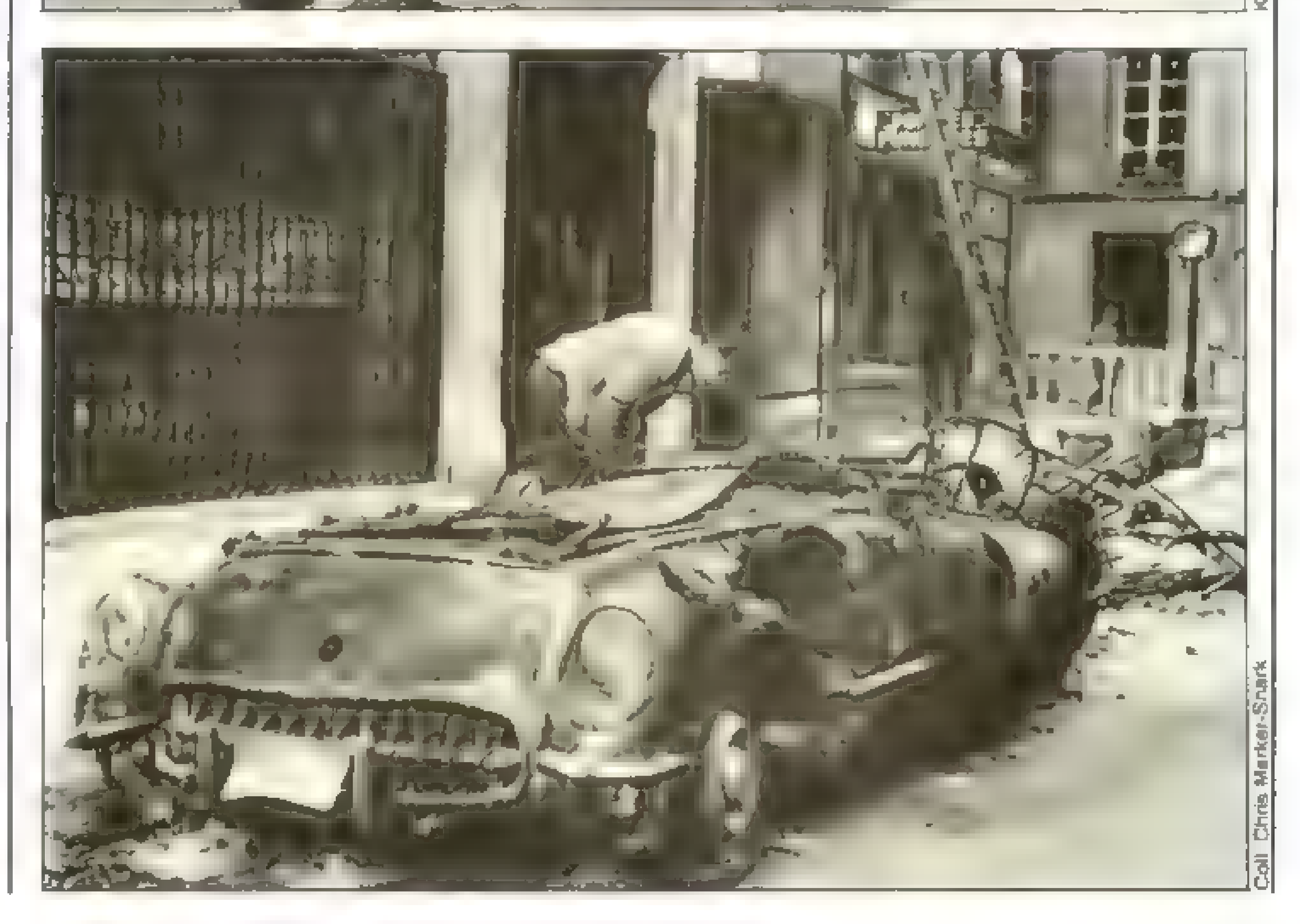
Quedaban atrás siete años y medio de guerra y miles de muertos. Además de centenares de víctimas de la OAS, Francia sufriría una profunda herida, hecha del rencor de quienes se lo jugaron todo por una tierra que llegaron a creer que era la suya propia.



Coll. particulière



Keystone



Coll. Chris Marker-Shark

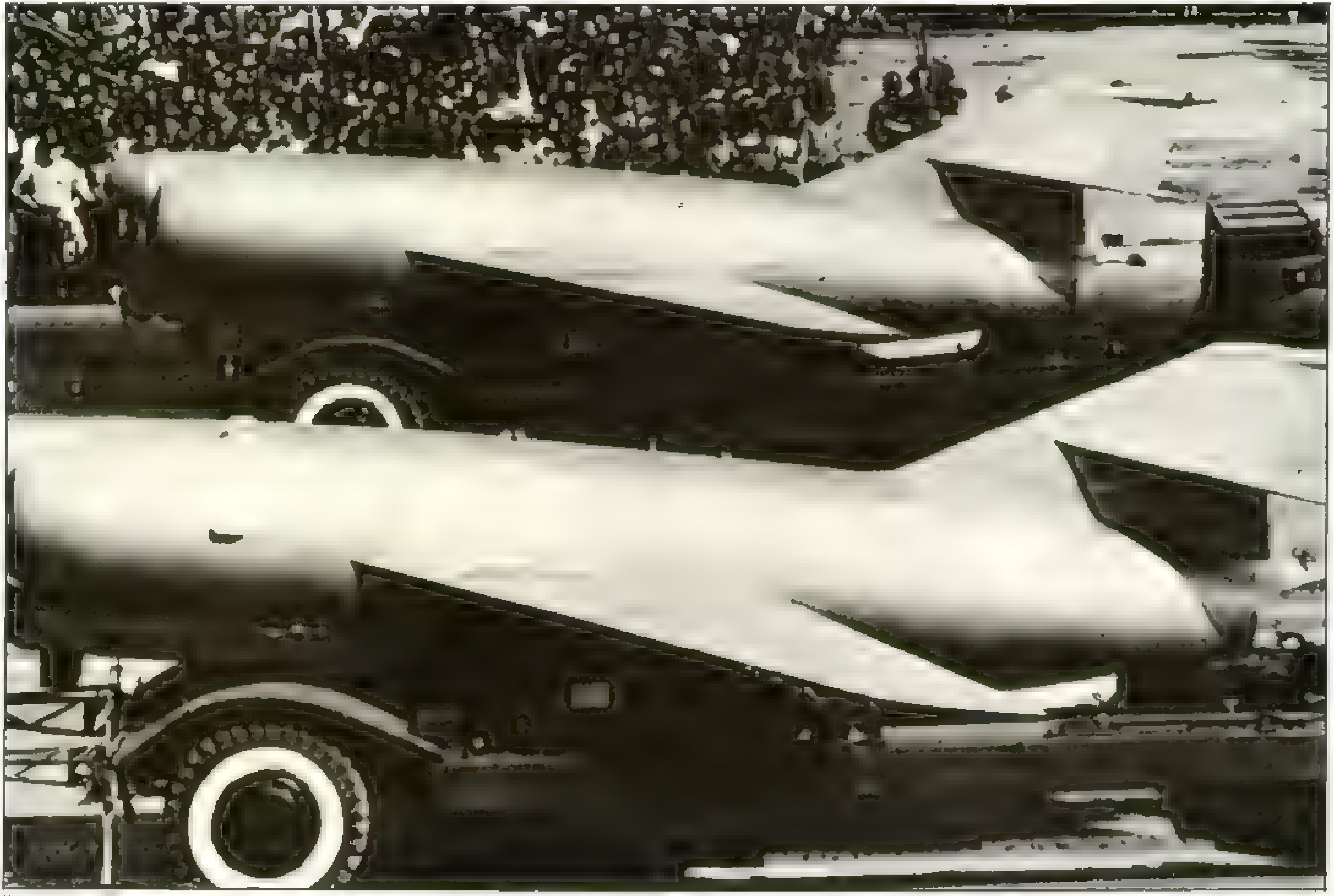
La crisis de los misiles

Armas atómicas soviéticas en Cuba

Carlos Enrique Bayo Falcón,
periodista,
redactor de *El Periódico*

En octubre de 1962, el mundo estuvo al borde de la guerra nuclear. Aviones espía U-2 de Estados Unidos descubrieron la construcción de bases de misiles soviéticos en Cuba, y el presidente Kennedy impuso el bloqueo naval a la isla para impedir la llegada de «cualquier equipo militar ofensivo». Unos 250.000 hombres fueron puestos en pie de guerra. Finalmente, el diálogo directo entre Washington y Moscú condujo a que Kruschov aceptara —sin consultar a Castro— el desmantelamiento de las bases a cambio de la promesa de Kennedy de no invadir Cuba.

En julio de 1962, Castro accedió a la instalación de misiles nucleares soviéticos en Cuba, y cuando en octubre Washington tuvo pruebas concluyentes de ello estalló la llamada «crisis del Caribe». La disuasión entre las dos grandes potencias evitó la guerra atómica. En la fotografía, misiles tierra-aire cubanos en un desfile celebrado en La Habana.



Keystone/F X Rafols

Embargo a Cuba

Un mes después de obtener la expulsión de Cuba de la OEA, Washington consiguió, en la Conferencia de Punta del Este (Uruguay, febrero de 1962), que todas las repúblicas latinoamericanas rompieran sus lazos económicos y diplomáticos con La Habana. El embargo norteamericano se extendió a todas las exportaciones, y Cuba se quedó pronto sin recambios para su incipiente industria, sin los bienes de consumo que la pequeña isla no producía e incluso sin los alimentos básicos (los cubanos iban a pasar largas temporadas alimentándose casi exclusivamente de tallarines)

Alianza con Moscú

Esa situación llevó a Castro a sellar una alianza total con Moscú. Pero la ayuda soviética, que rápidamente ascendió a 570 millones de dólares al año, no era suficiente; Cuba debía sustituir toda su base tecnológica (el único suministrador de algunas de las piezas de recambio adecuadas era Canadá) y no disponía de hierro ni de carbón. Cada kilowatio industrial le costaba 345 gramos de petróleo —que debía adquirir— y los mercados de sus materias primas, como la caña de azúcar, le estaban cerrados ante las presiones de Washington, que no cesaba de proclamar que «el marxismo es incompatible con el sistema americano, (...) la alianza Castro-comunismo amenaza a todo el continente».

La propuesta soviética

En marzo de 1962 se registraron incidentes en la isla por la escasez de productos básicos, y la situación se agravó al descubrirse actividades encubiertas de la URSS en Cuba. El veterano militante comunista Aníbal Escalante fue depurado, acusado de convertir las Organizaciones Revolucionarias Integradas (partido único) en «instrumento de su propia ambición». Escalante era el hombre apoyado por Moscú, y el embajador soviético, Kudriatsev, fue expulsado. Siguió una viva polémica La Habana-Moscú, pero Castro se dio pronto cuenta de que el enfrentamiento sólo debilitaba su ya precaria situación y daba otra oportunidad a Washington de invadir la isla. Su hermano Raúl acudió a Moscú en julio para hacer las paces, y allí recibió la primera propuesta soviética de instalar misiles estratégicos en Cuba

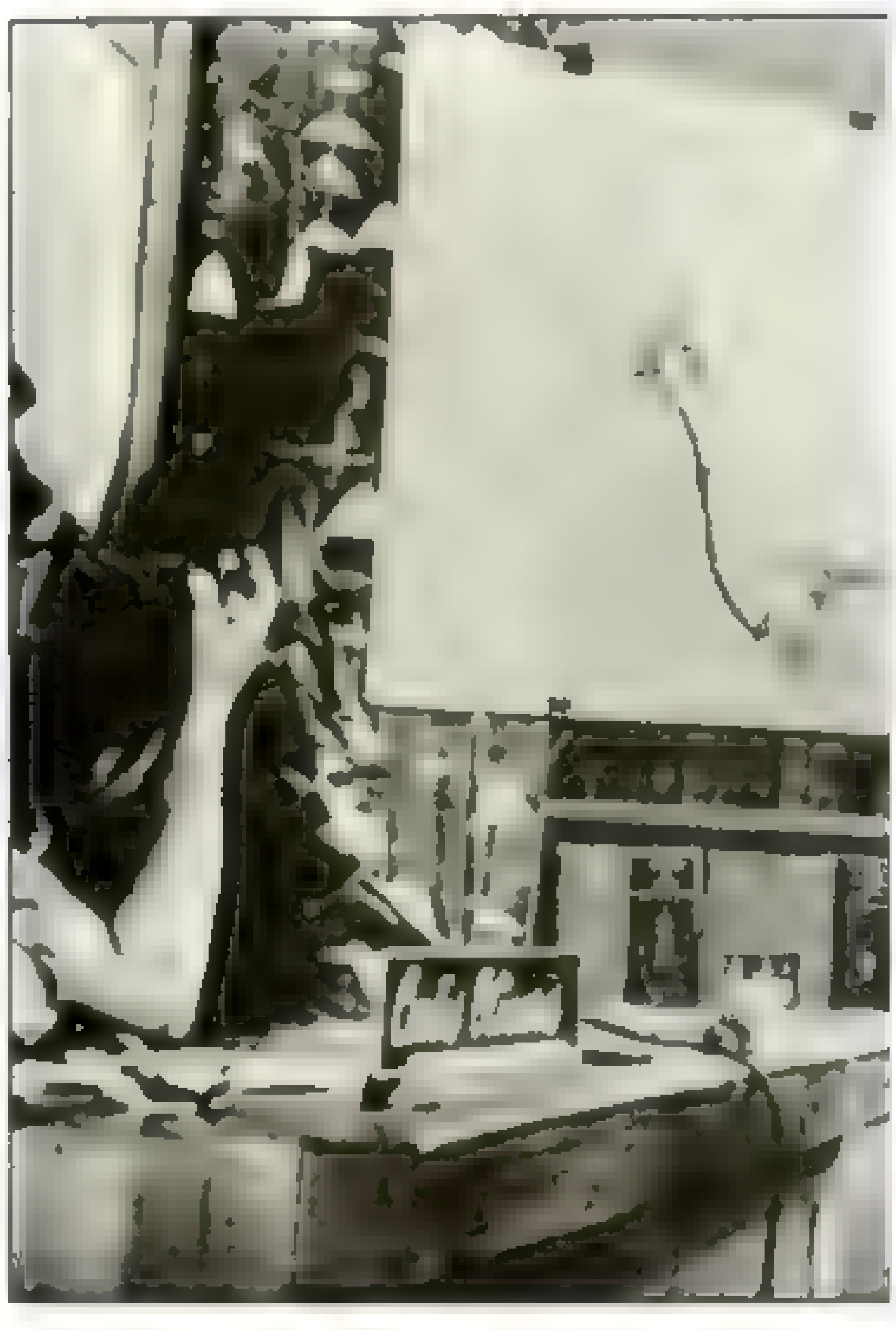
Bajo estas líneas, Kennedy y Kruschov en Viena poco después del desembarco anticastrista en Bahía de Cochinos. EE. UU. y la URSS seguían una política de neutralización recíproca

En ambas páginas, arriba, armas ocupadas a los anticastristas que participaron en la operación de Bahía de Cochinos; abajo, Castro explica los pormenores de la fallida invasión.



Keystone





Fotografías reveladoras

A las 9.00 del 16 de octubre de 1962, cuando el presidente John F. Kennedy se disponía a desayunar, su asesor en temas de seguridad nacional, McGeorge Bundy, le comunicó una información del más alto secreto, deducida por quince especialistas que a lo largo de todo el día anterior habían analizado unas fotografías aéreas tomadas sobre la isla de Cuba. El minucioso examen había probado algo que ya se sospechaba y cuya existencia era considerada por los altos mandos militares norteamericanos como pretexto suficiente para lanzar un ataque contra Cuba. Un ataque que, sin lugar a dudas, desencadenaría la Tercera Guerra Mundial.

Poco después, el presidente llamó por teléfono a su hermano Robert, entonces fiscal general, y le dijo lacónicamente: «Estamos en un grave apuro. Ven inmediatamente a la Casa Blanca.» En el despacho oval, John Kennedy fue igual de escueto: «Un U-2 acaba de regresar de una misión fotográfica sobre Cuba y el servicio de inteligencia está convencido de que la URSS instala misiles nucleares y bombarderos capaces de transportar armas atómicas en la isla.» A continuación, el presidente, sonriente y amable, salió a recibir al astronauta Walter Schirra, primera de sus citas del día, pero sobre él pesaba ya la responsabilidad de iniciar o evitar la guerra nuclear.

Cuba: un arsenal de armas atómicas

Desde el principio del verano, los *marines* realizaban maniobras militares en el Caribe mientras que buques soviéticos y de Europa Oriental descargaban grandes cantidades de armas y munición en Cuba. En La Habana había la certeza de que Washington se disponía a lanzar una invasión como la de Bahía de Cochinos, pero esta vez apoyada en todo el poderío del ejército norteamericano. Por su parte, los influyentes exiliados de Miami divulgaban a los cuatro vientos que la URSS había convertido Cuba en un enorme arsenal de armas nucleares dirigidas hacia Estados Unidos, con el fin de que la Casa Blanca se decidiera a barrer el régimen de Castro mediante un desembarco en toda regla.



Col. particulare-Snark



Keystone

Ambas superpotencias estaban empeñadas, desde el 7 de febrero, en una carrera de experiencias atómicas para perfeccionar sus recién estrenados ingenios termonucleares de fusión. A finales de agosto, algunos de los miembros más reaccionarios del Senado, como Keating y Goldwater, aseguraron tener filtraciones de los servicios secretos que probaban la existencia de misiles nucleares ofensivos soviéticos en Cuba. En realidad, los primeros informes fidedignos de agentes norteamericanos en Cuba empezaron a llegar a Washington en septiembre: un ex empleado del Hotel Hilton de La Ha-

El porqué de la crisis

Los temores de Castro

Al aumentar las presiones norteamericanas tras la fracasada intentona de Bahía de Cochinos (1961), Castro estaba convencido de que Estados Unidos se proponía invadir Cuba en cuanto la situación internacional lo permitiera.

En cualquier caso, Castro recibió en enero de 1962 un alarmante informe de Moscú que confirmaba sus temores. Era un resumen de la entrevista mantenida poco antes por el presidente Kennedy y el redactor-jefe de Pravda, *Adzûbej, yerno de Kruschov. Según el Kremlin, Kennedy afirmó que no seguiría tolerando a un régimen comunista en Cuba, porque alteraba el equilibrio acordado, y le recordó a su visitante que Washington no había intervenido tras la ocupación soviética de Hungría, en 1956. Castro interpretó eso como un aviso de que la URSS debería permanecer pasiva si se producía la invasión de Cuba, ya que la isla pertenecía al área de influencia del bloque occidental.*

A lo largo de 1962, Castro afirmó poseer «abundantes informes» sobre los preparativos de la CIA para una nueva invasión, y lanzó una campaña interior contra «los elementos burgueses en las ciudades y en el campo». El 2 de septiembre, con motivo de la visita de Che Guevara a Moscú, la URSS anunció que reforzaría la ayuda militar y económica a Cuba. En realidad, las primeras piezas para las 25 bases de lanzamiento de misiles de medio alcance (M R.B.M.) y las 6 de misiles de alcance intermedio (I.R B M) habían empezado a llegar a Cuba en barcos mercantes soviéticos desde un mes antes.

Evitar la invasión

Se ignoran los motivos que impulsaron a los dirigentes cubanos y soviéticos a emprender tal jugada de póquer, poco acorde con el razonamiento ajedrecístico de ambos pueblos, pero existen algunas hipótesis plausibles. En cierta ocasión, Castro aseguró a periodistas norteamericanos que él mismo había pedido la instalación de los misiles a la URSS, pero en otra afirmó que él habría preferido concertar una alianza con Moscú, aunque el Kremlin le convenció de que enfrentar a Washington con el hecho consumado de la presencia de misiles nucleares en Cuba era el mejor medio para disuadirle de una invasión. Castro añadió que esta opción le pareció una oferta positiva —permitiría convencer a la Casa Blanca de que la coexistencia no era un signo de debilidad—, y que los soviéticos argumentaron que las bases no sólo salvarían la Revolución cubana, sino que impedirían una nueva guerra mundial, ya que si Cuba sólo contaba con armas convencionales, Washington se lanzaría a la invasión y el conflicto sería inevitable.

Los «halcones» del Kremlin

En lo que respecta a Kruschov, sus últimas declaraciones se habían enfriado considerablemente en relación a la afirmación que hizo en 1960, en el momento culminante de la crisis provocada por el derribo de un avión espía U-2 norteamericano sobre la URSS: «En caso de necesidad, los artilleros soviéticos podrían ayudar al pueblo cubano con el fuego de sus cohetes si las fuerzas agresoras del Pentágono se atreven a intervenir contra Cuba.» Kruschov matizó de inmediato esa afirmación, aclarando que hablaba «en sentido figurado», y sólo prometió «el apoyo necesario» a Cuba cuando tuvo lugar el ataque a Bahía de Cochinos.

El líder soviético había repetido una y otra vez, en mensajes personales a Kennedy, que «la URSS no tiene bases en Cuba y no tiene la menor intención de establecerlas». Pero las presiones internas y externas le hicieron cambiar de opinión. En agosto de 1962, Berlín fue escenario de varios incidentes con motivo del primer aniversario de la construcción del muro Kruschov se vio asediado por los «halcones» del Kremlin, que exigían la firma de una paz por separado con la República Democrática Alemana si los aliados seguían negándose a reconocer la división de Alemania. La situación económica de la URSS era difícil: mientras Estados Unidos y Europa Occidental batían todas las marcas de producción, la escasez de alimentos, consecuencia del fracaso de la reforma agraria, minaba las bases del poder de Kruschov. Al mismo tiempo, el enfrentamiento con China empezaba a hacerse patente. Kruschov decidió buscar a toda costa un éxito político que le permitiera acabar con sus adversarios en el Kremlin y recuperar la confianza de Pekín, y se lanzó a la peligrosa aventura de los misiles.

Kennedy anuncia el bloqueo

A las 19.00 del 22 de octubre de 1962 (hora de Washington), todas las cadenas de televisión de Estados Unidos conectaron con la Casa Blanca para transmitir en directo el más dramático discurso que haya pronunciado un presidente norteamericano. Kennedy empleó un tono de extrema gravedad para anunciar, a lo largo de 18 minutos, que el mundo se encontraba al borde de una guerra nuclear y que él mismo estaba dispuesto a hacer frente a esa catastrófica posibilidad

«Amenaza explícita para la paz»

Kennedy comenzó afirmando que poseía «pruebas indudables» de la presencia en Cuba de bases de misiles nucleares («que pueden alcanzar Washington, el Canal de Panamá y México»), que se estaban instalando allí cohetes de mayor alcance («hasta la Bahía de Hudson y Lima») y que se estaban montando bombarderos capaces de transportar armas nucleares. El presidente calificó todo ello como «amenaza explícita para la paz y la seguridad de las Américas... en contradicción con las repetidas seguridades de los portavoces soviéticos», que constituía «un engaño indudable que ni los Estados Unidos ni la comunidad mundial de las naciones pueden tolerar... Una modificación deliberadamente provocadora e injustificada del statu quo.»

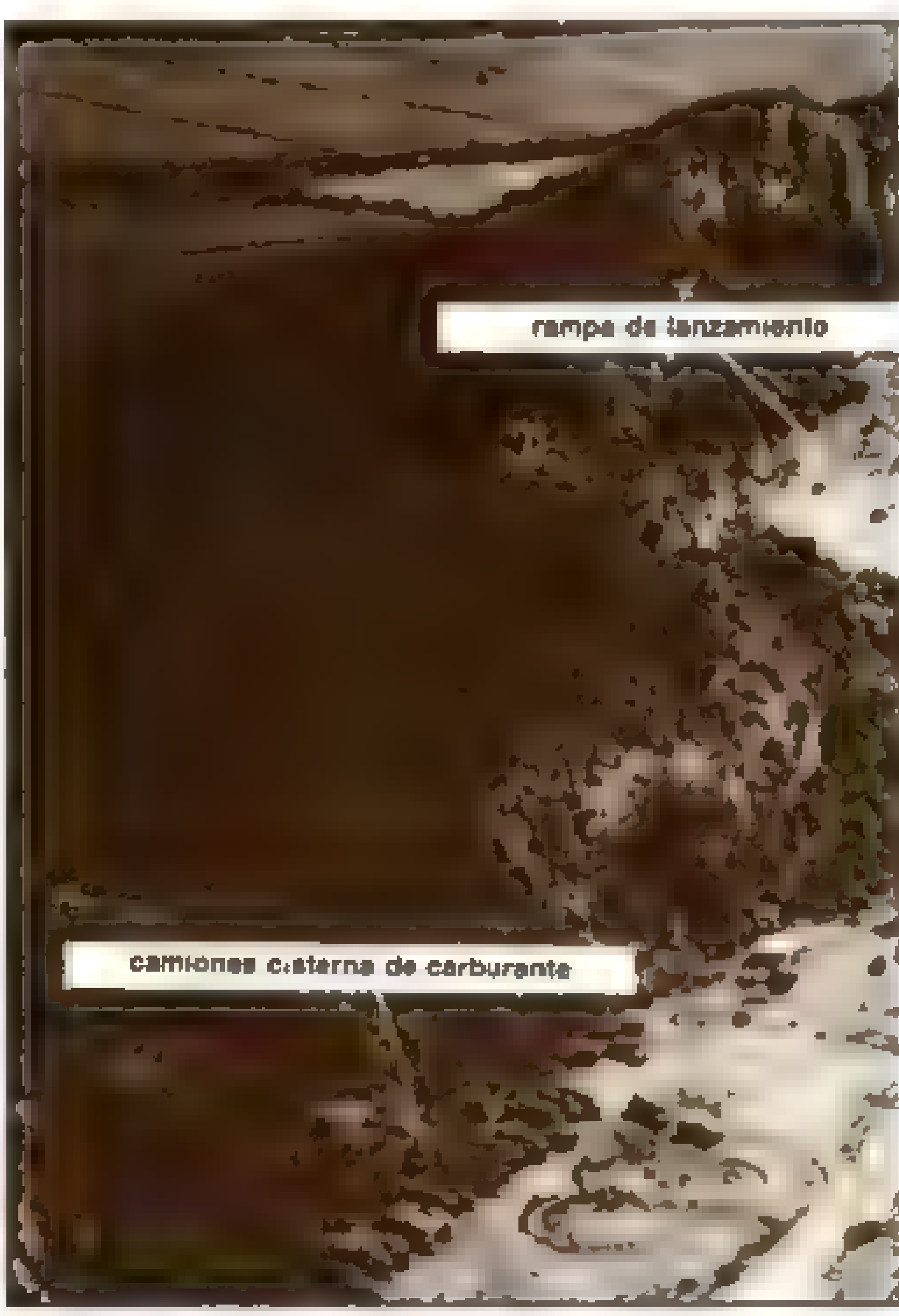
Cuba en cuarentena

Y continuó diciendo: «Los años 30 nos enseñaron una lección clara: si se permite que las formas agresivas se intensifiquen sin control y sin respuesta, llevan finalmente a la guerra... Nuestra política ha sido de paciencia y de moderación... No nos arriesgaremos prematuramente y sin necesidad a una guerra nuclear, pero tampoco nos negaremos a considerar ese riesgo si es que tenemos que hacerle frente en algún momento... Por tanto, para impedir la puesta en marcha de un dispositivo militar ofensivo, será aplicada una rigurosa cuarentena sobre todo el equipo militar destinado a Cuba. Cualquier barco de cualquier tipo que se dirija a la isla será obligado a dar la vuelta si se confirma que lleva a bordo armas ofensivas. Si pese a esto continúan los preparativos militares ofensivos, aumentando de esa forma la amenaza que pesa sobre el continente, se tomarán las medidas necesarias.»

La respuesta adecuada

Kennedy finalizó con la advertencia a la URSS de que Estados Unidos aceptaba el desafío de un conflicto atómico: «Estados Unidos considerará los posibles lanzamientos de misiles procedentes de Cuba contra cualquier nación del continente americano como un ataque de la Unión Soviética contra Estados Unidos. Tal ataque exigiría una respuesta a gran escala contra la URSS. El camino que hemos emprendido está lleno de incertidumbres, pero es el que más se acomoda a nuestro carácter y a nuestro compromiso con el mundo. El precio de la libertad siempre fue elevado, pero los americanos jamás lo han dejado de pagar. Hay un camino que no tomaremos jamás: el de la rendición y el de la sumisión.»





bana creía que se estaba construyendo una base de misiles cerca de San Cristóbal, y un piloto de Castro había alardeado, ebrio, de que Cuba pronto contaría con cohetes atómicos soviéticos.

Para acallar, en época preelectoral, a los belicosos republicanos, el 4 de septiembre Kennedy advirtió que la presencia de armas ofensivas en Cuba daría lugar a «los más graves problemas». El Kremlin se sintió obligado a responder y, una semana después, proclamaba: «Nuestras armas nucleares son tan poderosas y la URSS dispone de cohetes tan poderosos para transportar esas armas que no tiene la menor necesidad de buscar emplazamientos fuera de sus fronteras.»

Vuelos de espionaje

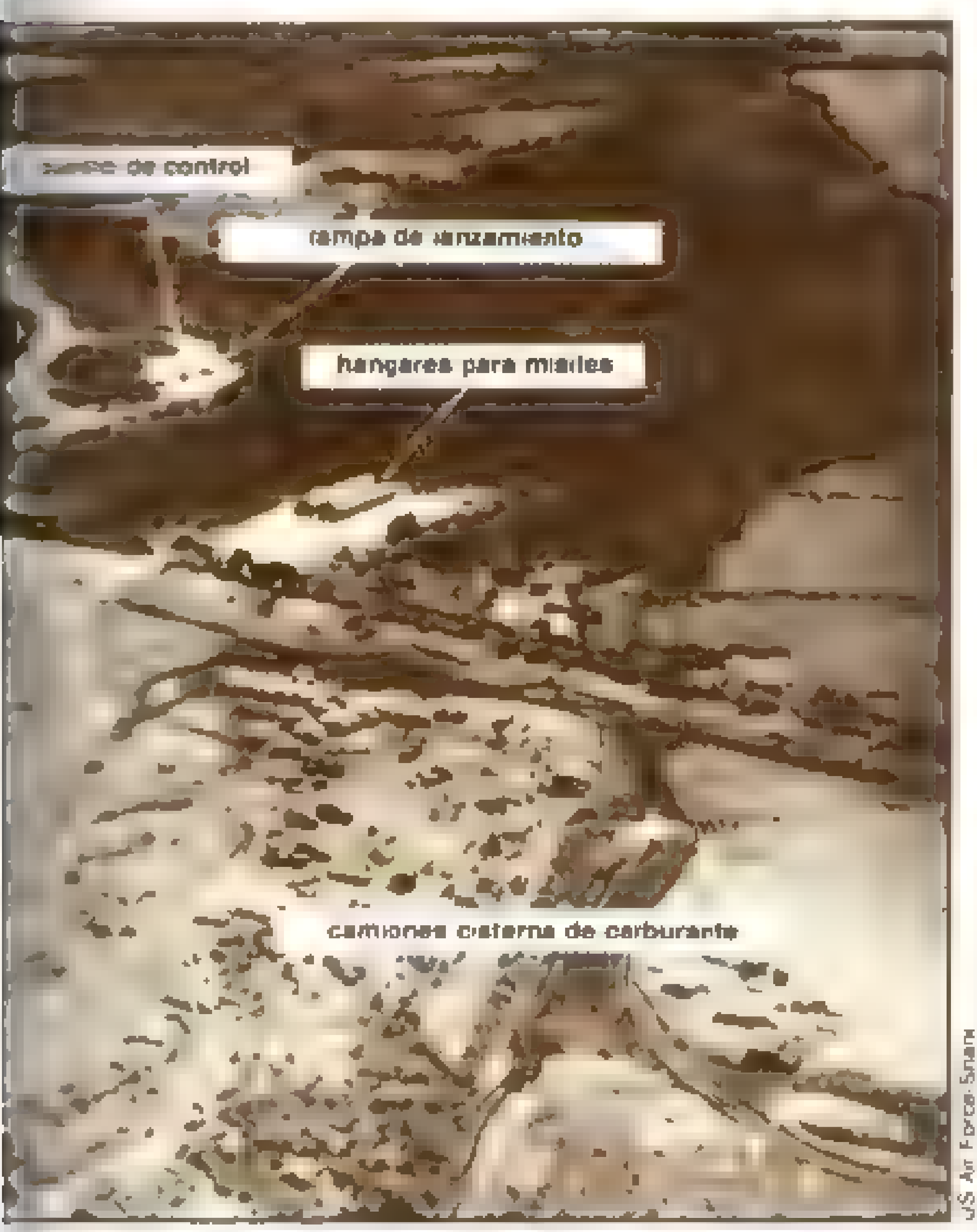
Los U-2 que sobrevolaban Cuba dos veces al mes habían descubierto, el 22 de agosto, bases de misiles S.A.M. (tierra-aire) en varios puntos de la isla, y el director de la CIA, John McCone, estimó que su función era proteger a los cohetes nucleares que serían instalados en el futuro. Nadie en la Casa Blanca le creyó, y McCone se fue de «luna de miel» a Francia. Fue la presión de los «halcones» republicanos sobre la opinión pública la que forzó a Kennedy —convencido de que Kruschov jamás osaría arriesgarse a una guerra atómica— a renovar su advertencia el 13 de septiembre, y a pedir, al día siguiente, poderes especiales al



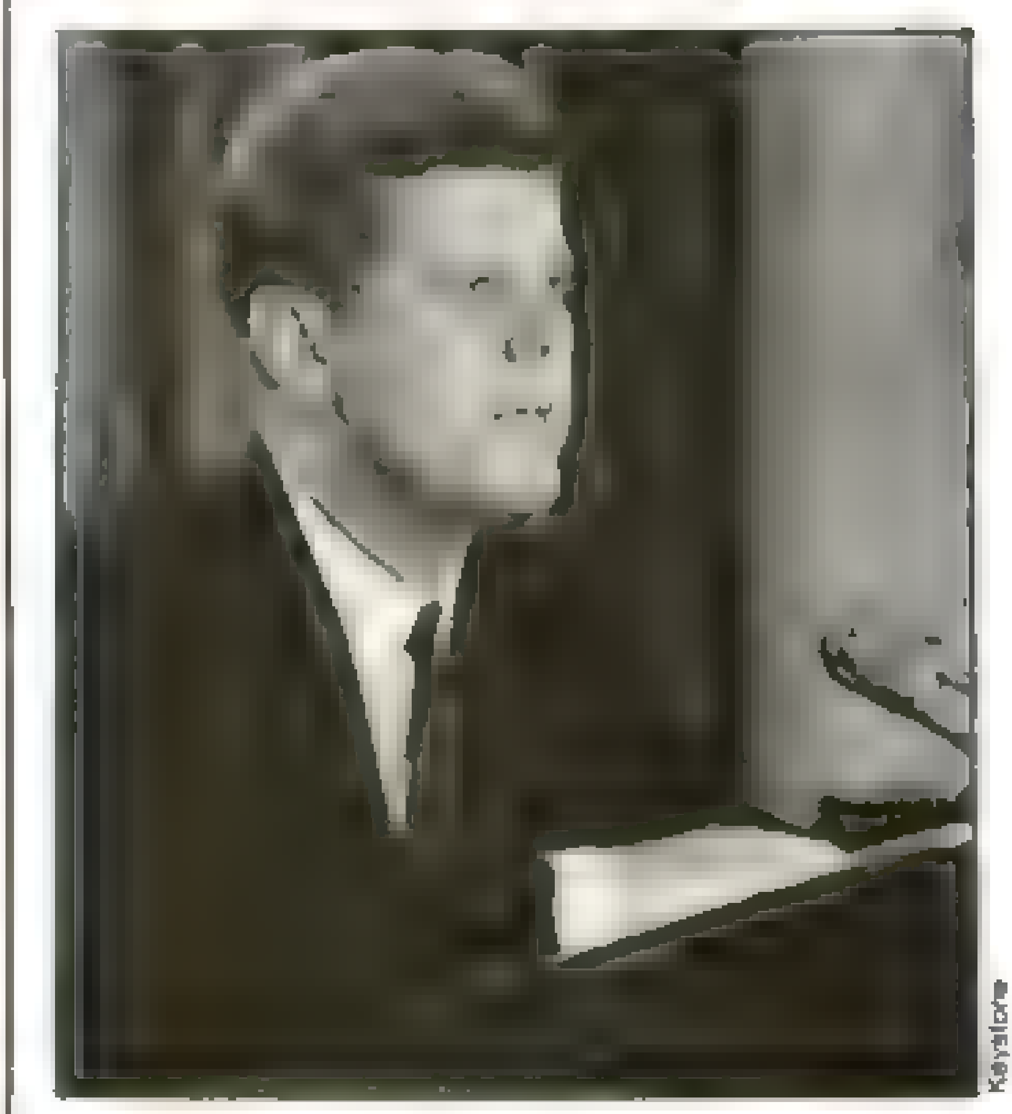


IPS


Keystone



US Air Force-Snark


Keystone


IPS

En ambas páginas, arriba, un avión-espía U-2 de EE. UU.: aparatos como éste fotografiaron las bases de misiles nucleares soviéticos, y uno de ellos fue abatido el 27 de octubre, pereciendo su piloto. En el centro, fotografía aérea de una instalación para misiles en fase de construcción: valiéndose de tales documentos Kennedy decidió el bloqueo naval de Cuba. Abajo, entrevista en la Casa Blanca: Kennedy, el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Gromyko (centro), y el embajador de este país en Washington, Dobrinin.

En esta página, arriba, reunión del Consejo de Seguridad de la ONU, convocado por EE. UU. URSS y Cuba; el día 25 de octubre, en una tumultuosa sesión, el representante de EE. UU., Adlai Stevenson, presentó pruebas irrefutables de la presencia de misiles en la isla. Al lado, Kennedy pronunciando el célebre discurso del 22 de octubre en el que anunció la cuarentena «a todo el equipo militar destinado a Cuba» y su resolución de responder al desafío de la guerra atómica lanzado por la URSS.

Congreso para movilizar a 150.000 reservistas.

El 21 de septiembre, la CIA detectó un cohete «mayor que los demás», y cinco días después, a su regreso, McCone se dedicó a una intensa campaña para que el presidente ordenase la reanudación de los vuelos de espionaje sobre Cuba Occidental, a lo que Kennedy accedió el 9 de octubre.

El mal tiempo impidió los vuelos hasta el 14 de octubre, y ese día, mientras McGeorge Bundy negaba la presencia de armas ofensivas en Cuba, en el programa televisivo *Issues and Answers* (Temas y respuestas), de la A.B.C., un avión U-2 fotografiaba largos misiles móviles, pistas de lanzamiento, cohetes de alcance medio, búnkers, radares y un silo recién construido de techo metálico.


El ExCom

A las 11 45 del 16 de octubre, varios expertos de la CIA acudieron a la Sala del Gabinete de la Casa Blanca para informar al Comité Ejecutivo (Executive Committee) del Consejo Nacional de Seguridad que acababa de crear el presidente. Aquel comité, conocido como ExCom por los pocos que supieron de su existencia, estaba formado por quince personas: los hermanos Kennedy, el vicepresidente Lyndon B. Johnson, McGeorge Bundy, John McCone, Robert McNamara (secretario de Defensa), el general Maxwell Taylor (presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor), Dean Rusk (secretario de Estado), Adlai Stevenson (embajador ante la ONU), Douglas Dillon (secretario del Tesoro) y sus asesores más cercanos.

Robert Kennedy reconocería después que, tras examinar cuidadosamente las fotos, «lo que vi no me pareció más que un claro en el campo, dispuesto para construir los cimientos de una casa o una granja», y que «ésa fue la misma impresión que sacaron

Mensajes de Kruschov a Kennedy

26 de octubre

«(...) Estamos dispuestos a retirar de Cuba las armas que usted considera ofensivas y a aceptar esa obligacion ante la ONU. Sus representantes harán una declaración de que Estados Unidos, tomando en consideración las inquietudes del gobierno soviético, retirarían, por su parte, las armas correspondientes de Turquía. Después, los delegados del Consejo de Seguridad de la ONU podrían controlar sobre el lugar la ejecución de los compromisos. (...)

»Evidentemente, deberemos ponernos de acuerdo sobre esa cuestión y fijar un plazo, prever un tiempo determinado, sin que las cosas se demoren más allá de dos o tres semanas, un mes a lo sumo

»Las armas instaladas en Cuba, y que usted dice que le inquietan, están en manos de oficiales soviéticos, por lo que queda excluida su utilización fortuita en perjuicio de Estados Unidos.

»Estas armas han sido entregadas a Cuba a petición del gobierno de La Habana, y únicamente con una finalidad de defensa. Por ello, si no se produce ninguna agresión contra Cuba o ataque contra la URSS y sus otros aliados, esas armas, por descontado, no amenazarán a nadie.»

28 de octubre

«(...) Me refiero con respeto y confianza a la declaración que usted hizo en su mensaje del 27 de octubre de 1962, según la cual no habrá ataque contra Cuba ni invasión, ni por parte de Estados Unidos ni de los otros países del hemisferio occidental, como se dice en ese mismo mensaje. Por tanto, desaparecen los motivos que nos han obligado a prestar a Cuba una ayuda de ese carácter. Por ello, hemos ordenado a nuestros oficiales (esos medios de defensa, como ya se lo había comunicado, están en manos de oficiales soviéticos) que tomen las medidas adecuadas para interrumpir la construcción de los mencionados objetivos, los desmantelen y los devuelvan a la URSS. Estamos dispuestos a ponernos de acuerdo con usted para que los representantes de la ONU vayan a Cuba a fin de poder constatar el desmantelamiento de ese material.»



todos los reunidos, incluido el presidente», quien estimó, «incluso varios días después, cuando se habían hecho nuevas obras en el lugar, que parecía un campo de fútbol». No obstante todos aceptaron el criterio de los técnicos, según el cual se trataba de una base de misiles nucleares cerca de San Cristóbal, 160 km al sudoeste de La Habana

A pesar de que sólo cinco días antes Moscú había anunciado que cualquier ofensiva militar contra Cuba significaría «el desencadenamiento de una guerra, pues, como le ocurriera a Hitler, quien siembra vientos cosecha tempestades», la mayoría de los componentes del ExCom opinó desde el principio que «el único camino posible» era responder con un ataque aéreo masivo contra las bases de misiles. Al poco, Robert Kennedy le pasó una nota a su hermano: «Ahora sé lo que sintió Tojo cuando estaba planeando lo de Pearl Harbor.»

El general Taylor y Douglas Dillon sugirieron un desembarco por sorpresa, y el presidente, sombrío, les advirtió que la decisión que se tomara en aquella reunión «podría impulsar a la URSS a desencadenar una guerra atómica», y que con una cruenta invasión a traición de un país pequeño por la gran máquina militar norteamericana, «la Historia condenaría a Estados Unidos como agresor».

Sin embargo, Kennedy suponía que Kruschov trataba de poner a prueba la







En ambas páginas, milicianas cubanas ante la Embajada de EE. UU. tras la ruptura de relaciones diplomáticas entre este país y Cuba (enero de 1961): primer paso hacia la crisis

Arriba, 26 de octubre un convoy estadounidense llega con refuerzos a Key West (Florida)

Abajo, un soldado del ejército cubano monta guardia junto a una pieza de artillería

determinación de Estados Unidos, y que si la Casa Blanca mostraba debilidad, el Kremlin creería tener las manos libres en Berlín. Quizá Moscú pretendiera impulsar a Washington a lanzar un ataque contra Cuba para, aprovechando la indignación internacional que provocaría la agresión norteamericana, apoderarse de Berlín Occidental. Todos estuvieron, pues, de acuerdo en que había que actuar con firmeza y tratar de evitar que esa acción iniciara una escalada de respuestas y contrarrespuestas hacia la guerra mundial. El presidente encargó al ExCom que elaborara planes detallados para las diversas opciones —incluido un ataque a Cuba en toda regla—, que se asegurara de la presencia de los misiles y que celebrara continuas reuniones sin su presencia, a fin de que el debate fuera más libre.

Ataque masivo o bloqueo

Al día siguiente, miércoles 17, nuevas fotografías aéreas detectaron otras instalaciones de 16 ó 32 misiles de un alcance de 1.800 km, con una potencia nuclear equivalente a la mitad de un cohete intercontinental soviético. La Junta de Jefes de Estado Mayor recomendó unánime y vigorosamente el bombardeo inmediato de las bases de misiles, a pesar de que su propio informe concluía que una acción militar de esa índole debería abarcar todas las instalaciones militares de Cuba y conducir a una invasión de la isla. Robert Kennedy, que presidía las reuniones, y Robert McNamara se opusieron firmemente al ataque y apoyaron el bloqueo de la isla. Los militares insistieron en que con el bloqueo no sólo permanecerían los misiles en Cuba, sino que ni siquiera se detendría la construcción de sus bases: el conflicto con la URSS sería inevitable sin haber obtenido, en contrapartida, resultados prácticos. Ante la presión militar en favor del ataque, Robert llegó a gritar violentamente: «Mi hermano no será jamás un nuevo Tojo. El bombardeo a traición sería un Pearl Harbor a la inversa que mancillaría su nombre. Me opongo a ello rotundamente en nombre del respeto de Estados Unidos a sus más sagradas tradiciones.»

Miedo a la guerra atómica

Una pistola apuntando al corazón de América

Los norteamericanos siguieron milla a milla, angustiados, a los buques soviéticos que se acercaban a la zona de bloqueo escoltados por submarinos, y el pánico de hallarse a «dos dedos» de la guerra se extendió por el país. Diarios y revistas publicaron mapas señalando los lugares del mundo donde había más posibilidades de escapar a la desintegración y a la radiactividad en caso de un conflicto nuclear. Pero se demostró que la guerra nuclear no es posible en un momento de gran tensión, con los misiles listos para el lanzamiento, ni por motivos estratégicos como el de Cuba, precisamente porque decidir usarlos significaría el suicidio para ambas partes, sería, en palabras de un mariscal soviético, «como enviarse a uno mismo sus propios misiles».

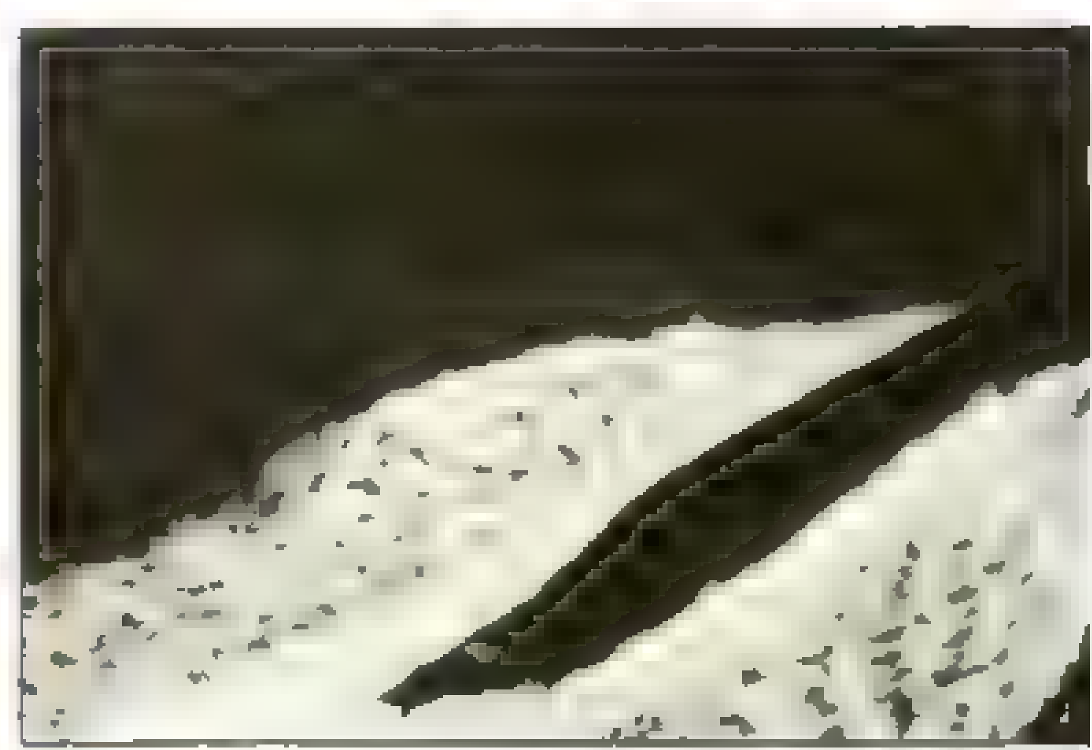
En Estados Unidos, la hábil propaganda de la Casa Blanca convenció a la opinión pública de que se había puesto «una pistola apuntando al corazón de América» y de que «los rusos» se habían visto obligados a retirarse con el rabo entre las piernas. Kennedy aprovechó la situación para imponer por vez primera lo que Arthur M. Schlesinger llamaría «presidencia imperial» y actuó sin consultar al Congreso, una vez obtenido el apoyo de la OEA, apelando a sus «poderes presidenciales inherentes» y a que la crisis requería decisiones unilaterales del ejecutivo.

Los errores de Kennedy

En el fondo, Kennedy y el ExCom actuaron sin conocimiento de las nuevas leyes que impone el armamento nuclear, y sobrevaloraron riesgos inexistentes de holocausto atómico. Sus temores no eran justificados, con una superioridad nuclear en la época de 25 a 1, pero fue Moscú el que consiguió un aliado a 7.000 km de distancia y Washington el que perdió la posibilidad de sacudirse a un régimen socialista enemigo junto a las costas de Estados Unidos. La crisis permitió que, por primera vez, se consolidara un gobierno comunista revolucionario en América, y Kruschov proclamó que «la URSS ha ganado una Cuba socialista sin disparar un solo tiro»

A partir de entonces, la URSS adquirió tanto potencial atómico como Estados Unidos y los aliados occidentales comenzaron a descohesionar la Alianza Atlántica, enfrentados a las contradicciones de considerar posible otro holocausto. Ciertamente, Kennedy cometió graves errores, pero Kruschov vio cómo su aventura exacerbaba la querella con China y el sentimiento de impotencia del Kremlin provocaba un desorbitado esfuerzo de rearme.





Aquella tarde, el presidente Kennedy argumentó que la URSS respondería a un ataque a Cuba, pero reconoció que las fuerzas soviéticas también podrían actuar en Berlín y en otras zonas del mundo si se convencían de la impotencia de Estados Unidos para sacar los misiles de la isla. «Está usted metido en un buen lío, señor presidente», le dijo el general David Shoup, jefe de la U.S. Navy. Kennedy contestó rápidamente: «Y ustedes también.»

Preparativos para el bombardeo

Por la noche comenzaron los preparativos para bombardear Cuba el martes 23 de octubre. El plan inicial consistía en 500 salidas contra todos los objetivos militares de la isla, incluidos puertos y aeropuertos. En la tarde del jueves 18, Kennedy recibió al ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrej Gromyko, en audiencia ya prevista. Gromyko reiteró sus amenazas sobre Berlín y, cuando se quejó de la campaña anticubana de Estados Unidos, Kennedy le advirtió —sin revelarle que ya contaba con pruebas de ello— de las gravísimas consecuencias que tendría la creación de una base de armas ofensivas en Cuba. Gromyko, sin inmutarse, le aseguró que eso jamás sucedería.

El presidente estaba furioso tras la entrevista. Aquel día, asistió a las deliberaciones del ExCom, y mientras los miembros del comité consideraban las posibilidades de un ataque masivo e incluso el empleo de armas nucleares en el caso de que los misiles cubanos entraran en acción, el secretario de Estado, Dean Rusk, ofrecía un banquete a Gromyko. Al terminar la reunión, Kennedy dijo a sus asesores: «Cualquier cosa que me aconsejéis ahora la lamentaréis dentro de una semana.» El día siguiente, al tiempo que el presidente viajaba a Chicago para seguir, como si nada ocurriera, con la campaña electoral, los comandantes en jefe de las fuerzas norteamericanas en el Caribe y en el Atlántico recibieron la orden de poner a sus tropas en estado de alerta. El Pentágono volvió a desmentir que se tuvieran informaciones de la existencia de misiles en Cuba, pero la febril actividad en los más altos niveles de la Administración y de las Fuerzas Armadas había movilizado a los periodistas y diplomáticos de todo el mundo para indagar lo que estaba ocurriendo.

Alerta máxima

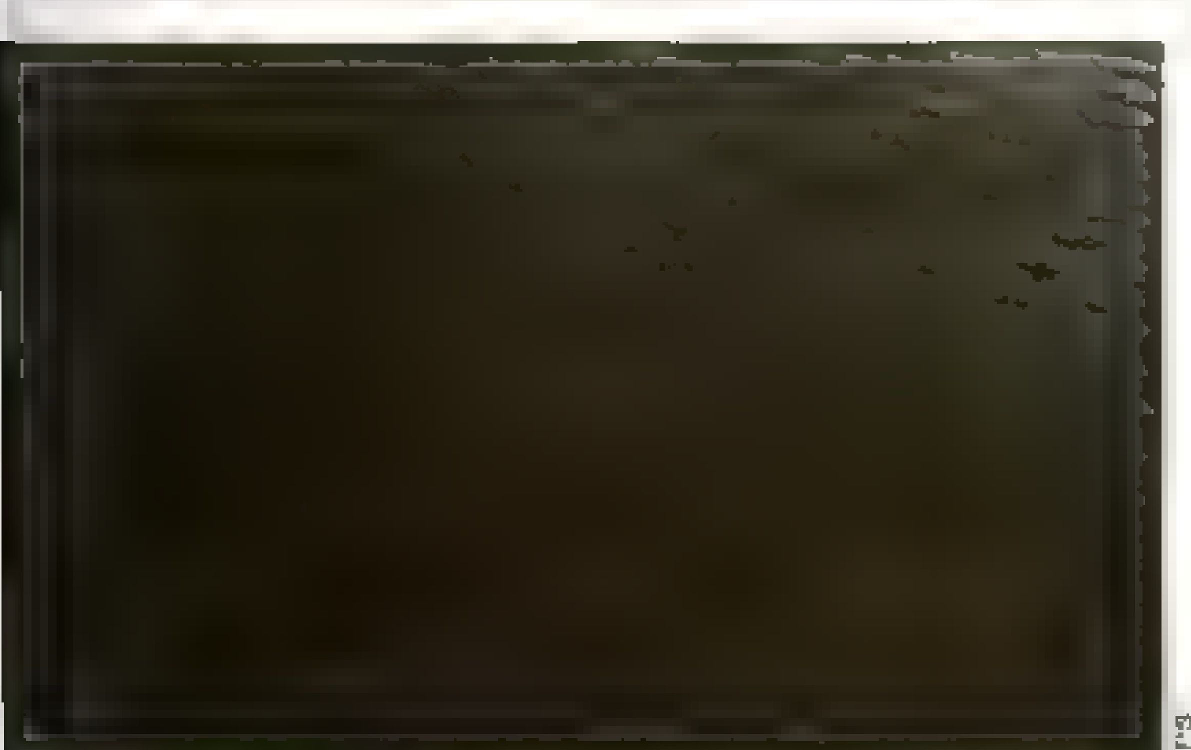
El sábado, a las 8 de la mañana, el presidente ordenó que se comunicase que padecía un ligero catarro y que los médicos recomendaban su regreso a Washington ante el tiempo frío y lluvioso de Chicago. Mientras Kennedy volaba hacia la capital federal, las fuerzas norteamericanas en todo el mundo fueron puestas en estado de alerta máxima, y cuatro escuadrillas de bombarderos se dispusieron a atacar Cuba. Por

En ambas páginas, arriba, un aspecto de la cubierta del portaaviones Ticonderoga, anclado en la Bahía de Guantánamo durante el conflicto; abajo, un submarino Polaris equipado con misiles intercontinentales



Bajo estas líneas, base naval de Guantánamo, al sur de Cuba. Utilizada por EE. UU. en virtud de un tratado firmado en 1903 y renovado en 1934, tiene gran importancia estratégica por dominar el paso entre el Caribe y el Océano Atlántico





la tarde, tras una breve reunión en el ExCom, Kennedy quedó convencido de que ni siquiera un ataque masivo ofrecía la garantía de destruir la totalidad de los misiles cubanos, y decidió optar por el bloqueo.

Casi al mismo tiempo, James Reston concluía un artículo en el *New York Times*, donde exponía que la movilización militar de Estados Unidos en el Caribe y en el resto del mundo sólo podía deberse a la existencia de misiles atómicos en Cuba. Antes de publicarlo, Reston avisó a la Casa Blanca, y pocos minutos después el propio presidente telefoneaba al periódico para pedirle que no hiciera pública una revelación que podía provocar «un ultimátum de Moscú antes de que podamos actuar».

El domingo, mientras el ExCom preparaba febrilmente el anuncio de la «bomba», el *New York Times* permaneció en silencio. Washington ardía en rumores de guerra, los diplomáticos norteamericanos preparaban una reunión urgente de la Organización de Estados Americanos (OEA), el Departamento de Estado avisaba a los principales aliados y el ExCom redactaba la justificación legal de la acción. Las bases de misiles nucleares y seis divisiones fueron puestas en alerta máxima, miles de hombres fueron trasladados al sudeste de Estados Unidos, la 1.ª División Blindada de Texas avanzó hacia Georgia, 180 buques de guerra se desplegaron en el Caribe, la base de Guantánamo fue reforzada, los B-52, cargados con bombas atómicas, despegaron una y otra vez para mantener permanentemente la posibilidad de atacar a la URSS, y el Mando Aéreo Estratégico se repartió por los aeropuertos civiles del país.

250.000 hombres para invadir Cuba

De Gaulle, MacMillan y Adenauer fueron los primeros en ser informados. El general, sin hacer caso a las fotos, le confesó a Dean Acheson: «No hay más remedio que apoyar a su presidente. Ha hecho exactamente lo mismo que yo habría hecho.» Acheson informó también al Consejo de la OTAN

El lunes 22 por la tarde, el embajador soviético Dobrinin, casi el último en enterarse, entró sonriente en el despacho del secretario de Estado, una hora antes del discurso de Kennedy. Salió demudado. Entre tanto, el presidente hablaba con los líderes del Congreso que, enfurecidos por la noticia, le exigieron que decidiera un ataque contra Cuba. Varios senadores protestaron formalmente por la «debilidad» de la acción presidencial.

En su dramático anuncio a la nación, Kennedy subrayó que Estados Unidos se preparaba para una siguiente acción militar e invitó al Kremlin a «abandonar esta intentona de dominio mundial». En menos de 24 horas, la OEA aprobó unánimemente «tomar todas las medidas... incluso el uso de la fuerza» para impedir la amenaza de los misiles cubanos. Desde la mañana, la II Flota rodeaba Cuba en un círculo de 800 km de radio.

El Pentágono presentó a Kennedy los planes para un ataque: desembarco de 90.000 marines y paracaidistas en la isla, apoyados por 2.000 oleadas de bombarderos. Se estimaba que podía caer la décima parte de los 250.000 soldados que participarían en la invasión de la isla.

Los aliados se prepararon para un posible bloqueo de Berlín, y se intensificó hasta la «alerta roja» la vigilancia en torno al ejército soviético, después de que el Kremlin, ese mismo día, se dijera obligado a «advertir al gobierno de Estados Unidos de la grave responsabilidad que asume para con el destino del mundo». Simultáneamente, Fidel Castro anunciaba que las Fuerzas Armadas cubanas estaban en «alarma de combate... el máximo grado de alerta».

Las razones de Kruschov

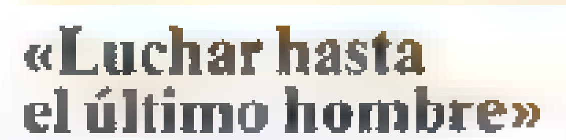
«(...) Estábamos seguros de que Estados Unidos nunca se resignaría a la existencia de una Cuba socialista. Temían, y nosotros lo esperábamos, que Cuba se convirtiera en un polo que atrajera al socialismo a otros países de América Latina. ¿Qué política debíamos adoptar ante la permanente amenaza de intervención que Estados Unidos hacía pesar sobre el Caribe? Esta cuestión me obsesionaba y la discutía a menudo con los otros miembros del Presídium. Todos estaban de acuerdo en admitir que Estados Unidos no dejaría tranquila a Cuba mientras no hiciéramos alguna cosa. Y era nuestro deber proteger a Cuba en cuanto país socialista y ejemplo viviente para los otros países de América Latina. Estaba seguro de que nos arriesgábamos a perder Cuba si no hacíamos un gesto que mostrara claramente nuestra intención de defenderla. (...)

Devolver el obsequio

»Fue durante mi visita a Bulgaria cuando tuve la idea de instalar cohetes con cabeza nuclear en Cuba, y de hacerlo clandestinamente, a fin de que Estados Unidos se enterara demasiado tarde para cualquier reacción. (...) Mi razonamiento era el siguiente: si instalábamos los misiles en secreto y Estados Unidos ignoraba su existencia hasta el momento en que ya fueran operacionales, se lo pensaría dos veces antes de intentar aniquilar militarmente nuestras instalaciones. Yo sabía que Estados Unidos poseía los medios para destruirlas en parte, pero sólo en parte; si un cuarto de todos los misiles se les escapara, o un décimo, o simplemente uno o dos grandes misiles, eso sería suficiente para reducir Nueva York a su mínima expresión... Pero no es ésa la cuestión. Lo esencial, para mí, era que la presencia de cohetes soviéticos en Cuba disuadiría a Estados Unidos de atacar Cuba para derribar a Fidel Castro y a su régimen. Por otro lado, al tiempo que protegían Cuba, nuestros misiles restablecerían eso que a los occidentales les gusta llamar "equilibrio de fuerzas". Estados Unidos había rodeado nuestro país de bases militares; permanentemente nos tenía bajo la amenaza de sus armas nucleares. Debía aprender lo que se siente cuando te apuntan misiles enemigos; no hicimos otra cosa que devolverle —en menor grado— el obsequio. Y ya era hora de que Estados Unidos se sintiera amenazado a su vez, en su pueblo y su suelo, a fin de saber lo que eso significa exactamente.»

(*FUENTE:* Memorias, *N. S. Kruschov.*)





«Luchar hasta el último hombre»

En los días siguientes, el mundo vivió electrizado. El Kremlin declaró su rechazo absoluto de «las pretensiones» de Estados Unidos, y denunció ante el Consejo de Seguridad la violación de la carta de la ONU por las medidas de guerra de Washington, que «con el fin de aplastar a un Estado soberano... no retrocede ni ante el abismo de una catástrofe militar».

Castro proclamó que el pueblo cubano estaba «decidido a defenderse casa por casa... a luchar hasta el último hombre» y que «nunca podrá nadie venir a inspeccionar nuestro país» más que «en orden de batalla». Cientos de miles de jóvenes cubanos se movilizaron en horas, y varios submarinos soviéticos partieron en apoyo de los barcos de la URSS que se dirigían hacia Cuba y que no cambiaron rumbo. Los trabajos de construcción de las bases de misiles y el montaje de los bombarderos estratégicos prosiguieron a ritmo acelerado, a pesar de los diversos mensajes cruzados entre Washington y Moscú, en cartas personales en las que Kennedy subrayaba a Kruschov las terribles consecuencias de una guerra nuclear, y el líder soviético afirmaba que sus barcos no obedecerían a la Armada de Estados Unidos ante aquel «descarado acto de bandidaje».

Momentos decisivos

U Thant, secretario general de la ONU, apeló a ambos dirigentes para que reflexionaran antes de poner en peligro «el mismo destino de la Humanidad» y se ofreció a mediar durante la interrupción voluntaria y temporal de los envíos de armas a Cuba y del bloqueo naval de la isla.

El jueves 25, Zorin y Stevenson, embajadores soviético y estadounidense en la ONU, habían librado una violenta batalla verbal. Zorin alegó que las pruebas fotográficas de Estados Unidos estaban trucadas, y Stevenson le avasalló con agresivas preguntas, apoyadas por un espectacular despliegue de gigantescos mapas.

En la mañana del sábado 27, los barcos soviéticos *Gagarin* y *Komiles*, protegidos por un submarino, estaban a pocas millas de la barrera de la flota estadounidense, a pesar de que el radio de control había sido rebajado a 500 millas para dar tiempo a que Kruschov cediera. (El buque cisterna *Bucharest* también había entrado en la zona del bloqueo, tras informar por radio que sólo llevaba petróleo, y el carguero libanés *Marucla*, fletado por la URSS, había sido inspeccionado el día 26 por el destructor *Joseph P. Kennedy* sin que se hallaran armas en él.)

La hora de la decisión había llegado. Poco despues de las 10.00, Kennedy dio la orden de que el portaaviones *Essex* interceptara al submarino y le obligara a salir lanzando cargas de profundidad. Un silencio profundo reinó entre los miembros del ExCom hasta que, a las 10.25, se supo que algunos buques soviéticos se habían parado. A las 10.32 hubo confirmación de que seis de los veinticinco barcos que se hallaban en la zona habían dado media



vuelta. Entonces, Kennedy hizo avisar de inmediato al *Essex* para que postergara su acción.

Kennedy había recibido un mensaje de Kruschov, transmitido el día anterior al periodista de la ABC John Scali por el diplomático soviético Alexandr Fomin. En este mensaje se ofrecía un compromiso de tres puntos: retirada de los misiles bajo supervisión de la ONU, renuncia a la instalación de armas ofensivas en Cuba y garantías de Washington de que ni Estados Unidos ni sus aliados atacarían la isla. Pero aquel mismo día, Radio Moscú transmitió una nueva oferta de Kruschov en la que se proponía la retirada simultánea de los misiles de Cuba y los cohetes nucleares norteamericanos *Jupiter* instalados en Turquía. Kennedy ya había decidido rechazar ese trueque (a pesar de que a Estados Unidos le convenía sustituir los viejos *Jupiter* por los nuevos sistemas de los submarinos *Polaris*), en base a que los soviéticos eran los que debían volver primero al *statu quo* anterior.

El «teléfono rojo»

La crisis mostró el grave peligro que derivaba de la insuficiencia de comunicaciones directas entre Washington y Moscú en momentos de amenaza de guerra nuclear. Lo que una potencia decidía con intenciones defensivas podía ser tomado por la otra como una medida ofensiva.

En 1962, los mensajes de Kruschov a Kennedy, entregados a la Embajada norteamericana en Moscú, tardaban más de doce horas en llegar a manos del presidente, una vez traducidos, codificados, transmitidos y descodificados. La Embajada de Estados Unidos no contaba con una sola línea de comunicación directa con Washington, y debía enviar sus mensajes a través del servicio estatal de telégrafos soviético. Esto decidió a Kruschov a emitir el texto de sus mensajes por Radio Moscú, al mismo tiempo que eran entregados a la Embajada norteamericana.

Sólo ocho meses después de la crisis de los misiles, el 20 de junio de 1963, Estados Unidos y la URSS acordaron establecer una línea directa de teletipo entre la Casa Blanca y el Kremlin, el famoso télex que, erróneamente, recibió el nombre de «teléfono rojo». Esa línea, que funcionó durante la llamada guerra de los Seis Días, en 1967, comprende dos circuitos: el permanente (Washington-Londres-Copenhague-Estocolmo-Helsinki-Moscú) y el de seguridad, por si falla el anterior, casi directo (Washington-Tánger-Moscú). Cada parte proporciona a la otra cuatro instalaciones transmisoras completas y aparatos codificadores que aseguren el secreto de las comunicaciones.

Además, en 1969 entraron en servicio líneas telefónicas directas entre el Departamento de Estado norteamericano y su Embajada en Moscú y entre el Ministerio de Exteriores soviético y su Embajada en Washington. Por su parte, tanto París como Londres han establecido línea directa de teletipo con el Kremlin.

En ambas páginas, Castro y Kruschov. El dirigente cubano no ocultó su decepción cuando los soviéticos aceptaron la solución de compromiso que garantizó la pertenencia de Cuba al bloque socialista, y aunque en la primavera de 1963 realizó un viaje a la URSS, reiteró allí su propósito de no sacrificar la Revolución cubana a los objetivos de la estrategia mundial del comunismo.

Abajo, misiles soviéticos sobre la cubierta del Metallurg Anosov. El 28 de octubre, Kruschov ordenó el desmantelamiento de las bases y el regreso a la URSS de los barcos cargados con misiles. En buena parte había provocado la crisis y aprovechado la situación para obtener de EE UU importantes concesiones sobre Cuba, aun dejando a Kennedy la ilusión de haber obtenido un gran éxito diplomático.



Keystone

Los cinco puntos de Fidel Castro

En respuesta a la divulgación del acuerdo Kruschov-Kennedy, Fidel Castro respondió que no habría auténticas garantías de que Cuba no sería invadida si además de poner fin al bloqueo naval no se adoptaban entre otras, las siguientes medidas.

«Primero. *Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económica que Estados Unidos ejercen, en todas las partes del mundo, contra nuestro país.*

»Segundo. *Cese de toda actividad subversiva y del lanzamiento o desembarco de armas y explosivos por vía aérea o marítima; de toda organización de invasiones mercenarias, infiltraciones de espías y saboteadores, así como de toda acción que se desarrolle partiendo del territorio de Estados Unidos o de algunos países cómplices.*

»Tercero. *Cese de toda actividad de piratería que proceda de las bases de Estados Unidos en Puerto Rico.*

»Cuarto. *Cese de toda violación de nuestro espacio aéreo y naval por parte de aviones y barcos de guerra norteamericanos.*

»Quinto. *Retirada de la base naval de Guantánamo y restitución del territorio cubano ocupado por Estados Unidos.*»



2 de enero de 1963 en ocasión del cuarto aniversario de la Revolución cubana tuvo lugar esta multitudinaria concentración ante el Ministerio de Industria de La Habana para apoyar los cinco puntos de Fidel Castro

Col. Khaibine Snark

Un U-2 derribado

El ExCom se quedó perplejo al recibir dos inquietantes noticias. Un avión U-2 había sido derribado por un misil cubano y los servicios de inteligencia creían que los funcionarios de la Embajada soviética se disponían a deshacerse de la documentación secreta. Cualquier chispazo podía hacer estallar la guerra, y Kennedy decidió no tomar represalias por lo del U-2 (cuyo piloto había muerto), al enterarse de que otro aparato del mismo tipo había sido perseguido dentro de territorio soviético y logrado escapar.

Entonces, Robert Kennedy tuvo una oportuna idea: aceptar el primer mensaje confidencial de Kruschov y hacer oídos sordos al segundo. El propio Robert entregó la respuesta a Dobrinin, y le indicó que los *Jupiter* ya iban a ser retirados, pero sólo si no se contemplaba el hecho como parte de un trueque.

En la noche de aquel 27 de octubre, Castro rechazó la suspensión de los trabajos de construcción de las bases mientras durara la negociación Kennedy-Kruschov, tal como le había pedido U Thant. Pero, a la manana siguiente, Kruschov anunció que había ordenado el desmantelamiento de las bases de misiles y bombarderos, puesto que «ha dejado de existir el motivo» de su presencia al declarar Kennedy que no se iba a atacar la isla. El presidente norteamericano aceptó el acuerdo, pero el gobierno cubano aseguró que sólo existirían garantías de no agresión por parte de Estados Unidos si cesaban el bloqueo económico, las acciones anticastristas apoyadas por Washington, las violaciones del espacio aéreo de la isla y la ocupación de Guantánamo. De nada servirían ni esta objeción ni la negativa de Castro, el 31 de octubre, a permitir la inspección de la ONU dentro de Cuba para impedir que Kennedy y Kruschov mantuvieran el acuerdo.

Fin del bloqueo

Los U-2 comprobaron durante los días siguientes el desmantelamiento de las bases, y el 20 de noviembre, Kennedy anunció el fin del bloqueo, dado el compromiso de Moscú de retirar los bombarderos en treinta días.

La crisis tuvo profundos efectos en las relaciones entre Estados Unidos y la URSS, entre la URSS y China, y entre Cuba y la URSS. Las dos superpotencias firmaron al año siguiente un acuerdo de suspensión de las pruebas nucleares atmosféricas, e iniciaron el proceso de distensión que dominó la década siguiente. Castro consideró que Kruschov hizo una «seria afrenta» a su país, y buscó protección en el Tercer Mundo. China, por su parte, esgrimió la «retirada» de Kruschov como una nueva traición de la URSS, y precipitó la ruptura entre Moscú y Pekín. En definitiva, la crisis de los misiles mostró la locura de hallarse a las puertas de una guerra atómica.

El asesinato de J. F. Kennedy

Dallas, etapa final de un presidente

Fernando Díaz-Plaja,
escritor

En su discurso del 20 de enero de 1961 ante el Congreso, Kennedy pronunció una frase que se hizo famosa «No preguntéis lo que vuestro país puede hacer por vosotros, preguntaros lo que vosotros podéis hacer por vuestro país.» Kennedy proponía una «nueva frontera» –como antes, en el año 1933, F. D. Roosevelt había prometido un New Deal–, pero desde que accedió a la Casa Blanca su gestión política estuvo enzada de dificultades

John Fitzgerald Kennedy, 46 años, el presidente más joven de la historia de Estados Unidos, había despertado la esperanza de una «nueva frontera», encarnaba la imagen de un país dinámico y emprendedor, dispuesto a resolver sus graves problemas internos y a practicar una política de cooperación internacional. El mundo quedó consternado cuando el 22 de noviembre de 1963 conoció la noticia de su asesinato. El magnicidio de Dallas, nunca suficientemente esclarecido, acabó con la ilusión de aquella América en la que Kennedy hizo soñar.



E. Nuova

John Fitzgerald Kennedy

John Fitzgerald Kennedy nació el 29 de mayo de 1917 en Brookline, Massachusetts. Era el segundo de los nueve hijos de Rose Fitzgerald y Joseph Patrick Kennedy, acaudalado financiero de origen irlandés que fue embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña entre 1937 y 1940. John pasó su infancia en Boston; luego, sus excelentes resultados en los estudios le llevaron a la London School of Economics, a Princeton y a Harvard, donde en 1940 se licenció en Ciencias Políticas.

Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en la Marina, en el frente del Pacífico, y el 2 de agosto de 1943 estuvo a punto de perder la vida cuando el destructor japones Amagiri *abordó la lancha torpedera que estaba a sus órdenes, a la altura de las islas Salomón. Herido, Kennedy permaneció durante 14 horas en el mar con otros dos compañeros, hasta que juntos alcanzaron un islote donde tuvieron que esperar siete días a que les rescataran.*

Después de la guerra trabajó como corresponsal de prensa, y en 1946, a los 29 años, fue elegido representante en el Congreso por la undécima circunscripción de Massachusetts. Reelegido en 1948 y 1950, se significó por sus posturas «sociales», pero siguiendo en todos sus puntos la línea política del presidente Truman. En 1952 se enfrentó al prestigioso Henry Cabot-Lodge en las elecciones al Senado, y le arrebató por 60.000 votos la representación de Massachusetts. América descubría en él a un nuevo «animal político».

En 1953 se casó con Jacqueline Bouvier, fotógrafa de Paris Match. *Siguieron tiempos difíciles. Debido a sus heridas de guerra, en 1955 fue sometido a una operación en la columna vertebral, a raíz de la cual se vio obligado a utilizar un corsé ortopédico. El restablecimiento fue lento, y Kennedy aprovechó sus ocios forzados para dedicarse a escribir* Profiles in Courage, *que recibió el premio Pulitzer (1956).*

Reemprendida la carrera política, sus ideas inconformistas suscitaron la animosidad de ciertos lobbies, *lo que explica en parte que en la Convención demócrata de 1956 no fuera designado candidato a la vicepresidencia. Este fracaso permitió, no obstante, que su figura política adquiriera dimensiones nacionales. Rodeado por un brillante equipo —su hermano Robert, Salinger, Katzenbach—, preparó cuidadosamente la Convención de julio de 1960, en Los Angeles, y consiguió ser nombrado candidato demócrata a la presidencia. A lo largo de una brillante campaña, en la que propuso una «nueva frontera», se ganó las simpatías de amplios sectores de la clase media, de la población negra y de los intelectuales, y, aunque por escaso margen, se impuso al candidato republicano Richard Nixon (noviembre de 1960).*

Kennedy presentó un programa de corte liberal, partidario de la intervención estatal, y un proyecto de ley sobre los derechos civiles, pero se vio frenado en el Congreso. Su política exterior conoció también unos comienzos difíciles: autorizó la invasión de Cuba organizada por la CIA (Bahía de Cochinos, abril de 1961) —aunque se negó a prestar cobertura aérea— y envió a miles de consejeros militares a Vietnam. En junio de 1961 se entrevistó en Viena con Kruschov, y en octubre de 1962 demostró sus dotes de estadista durante la crisis de los misiles, obligando a la URSS a desmantelar sus bases de armas atómicas en Cuba a cambio de la promesa de no invadir la isla. En el marco de la política de coexistencia pacífica, obtuvo su mayor éxito con la firma del Tratado de Moscú (agosto de 1963) sobre pruebas nucleares. En cambio, la Alianza para el Progreso, cuyo objetivo teórico era favorecer a los regímenes democráticos, se materializó en la extensión de la presencia militar estadounidense en América Latina. El 22 de noviembre de 1963, en plena campaña para su reelección, fue asesinado en Dallas (Texas).



Wayne Miller-Magnum

Imagen de la campaña electoral de 1960. Designado candidato a la presidencia de Estados Unidos en la Convención demócrata celebrada en julio de aquel año en Los Angeles, John F. Kennedy tuvo que sostener un duro duelo contra el republicano Richard Nixon; pero, mucho más telegénico que su adversario, salió beneficiado del debate que enfrentó a ambos ante las cámaras de la televisión. No sería exagerado afirmar que su atractivo personal le valió el voto de muchos indecisos que hasta el último momento no se decantaron por él. Sin embargo, su victoria fue apretada: sobre un total de 68 millones de electores, Kennedy ganó por un escaso margen de sólo 100 000 votos



USIS-Arch Ed Atlas

Dallas, feudo conservador del Sur

Viernes, 22 de noviembre de 1963 Poco antes del mediodía, a las 11.37, el *Air Force One*, un Boeing 707 que transportaba al equipo presidencial, aterrizaba en Love Airfield, el aeropuerto de Dallas. Miles de seguidores de John F. Kennedy se habían congregado allí para recibirle, aunque también podían observarse algunas pancartas hostiles. Dallas, la segunda ciudad de Texas después de Houston, es un centro de magnates del petróleo, ganaderos y hombres de negocios. Para la mayoría de los tejanos, Kennedy era la encarnación del «mal». Católico de origen irlandés, demócrata del pequeño estado de Massachusetts, exaltaba los ideales de tolerancia, ayuda a los pobres, integración racial y coexistencia pacífica con la URSS, es decir, aquello que más irritaba a una comunidad profundamente conservadora, racista y anticomunista. Por esta razón, la gira tejana de la campaña electoral del presidente, firmemente apoyada por el vicepresidente Lyndon B. Johnson, había sido muy discutida por otros colaboradores de la Casa Blanca.

Un inesperado recibimiento

A las 11.55, el Lincoln descubierto que llevaba al presidente abandonó el aeropuerto; le acompañaban varios motoristas, el vehículo de los agentes de Servicio Secreto, el descapotable del vicepresidente y otros automóviles de la prensa y la Policía. En el coche presidencial viajaban seis personas: los esposos Kennedy, el gobernador de Texas, John B. Connally, y su mujer, un agente de seguridad y el chófer. A medida que se acercaban al centro se observaba en las calles un público más numeroso. Kennedy y Jacqueline sonreían y saludaban con la mano. Connally, demócrata conservador del mismo partido que el presidente, estaba satisfecho: la visita empezaba a desarrollarse mucho mejor de lo previsto si se tiene en cuenta el ambiente poco favorable a Kennedy que se respiraba en la ciudad unos días antes de su llegada (octavillas donde se le tachaba de «traidor», agria campaña radiofónica). No, Kennedy no tenía buen ambiente en Texas, y Connally lo sabía; por ello se regocijaba al ver que la gente había preferido lanzarse a la calle para saludar al joven y guapo presidente antes que quedarse en sus casas para disentir de sus ideas políticas. No puede decirse que la muchedumbre se apiñase a lo largo del recorrido oficial, pero eran muchos los que se alineaban en las aceras y, lo que es más importante, aplaudían a Kennedy.

12.30, Elm Street

Al salir de Harwood Street, el Lincoln presidencial hizo un giro que le condujo a Main Street. Había una notable afluencia de gente y el vehículo redujo su velocidad; primero a 15 y luego a 10 km por hora. Un reloj público marcaba las 12.21. A las 12.29, la comitiva dejaba Main Street y enfi-

Los derechos de un católico

John Kennedy era católico, lo que en los años 50 y principios de los 60 despertaba cierto recelo en su país. Tanto más que no había habido nunca un presidente católico. Incluso se veía en el Vaticano un Estado extranjero con intenciones de injerirse en Norteamérica. Ante esas reservas, Kennedy pronunció una frase inspirada, dirigida al sentido del fair-play *anglosajón, que le granjeó la simpatía de muchos adversarios. «Yo no puedo creer —dijo solemnemente— que mi derecho, igual al de todos los ciudadanos de este país, a llegar a la presidencia de Estados Unidos lo perdiera en el momento en que me bautizaron en la Iglesia católica, apostólica y romana.»*

La mujer del presidente

En ocasión de la visita de Kennedy a París, en 1962, invitado por el general De Gaulle, la prensa francesa dedicó la mayoría de los comentarios a la belleza y elegancia de su mujer. A esa atención desmedida se refirió irónicamente el presidente cuando en una conferencia de prensa dijo: «Quizá será necesario que me presente. Soy el caballero que ha acompañado a Jacqueline Kennedy en su viaje a París...»

La ironía de los Kennedy

En su brillante carrera política, John Kennedy utilizó a menudo su evidente atractivo físico y un gran sentido del humor, que le permitía contrarrestar con ironía los ataques de sus enemigos. Acusado de poder financiar cómodamente su campaña electoral por ser hijo de un millonario, en lugar de negar algo tan evidente como la fortuna de su padre y el deseo de éste de verle elegido, quiso precisar esa ayuda con una frase que se hizo famosa: «He recibido un telegrama de mi padre que dice: No compres ni un solo voto más de los necesarios. No tengo ningún interés en que ganes por abrumadora mayoría.»



En ambas páginas, arriba, el clan Kennedy en 1962. Entre otros se pueden distinguir: sentados, de izquierda a derecha, Eunice, Rose, Joseph, Jacqueline y Ted; en pie, en el centro, John y Bob (que también iba a morir asesinado).



USIS

Abajo, John F. Kennedy aclamado en las calles neoyorquinas después de su triunfo electoral en noviembre de 1960



Farabola

En esta página, el presidente con Jacqueline y sus hijos Caroline y John en Palm Beach (verano de 1963)

Farabola

laba Houston Street para girar, casi en seguida, hacia Elm Street. Cuando la comitiva pasaba delante del Texas School Book Depository, un edificio donde se almacenan los libros del sistema escolar tejano, sonó un disparo. Kennedy se llevó la mano al cuello. «Dios mío, me han dado», exclamó. El gobernador Connally gimió: «¡No, no, no, no! Nos quieren matar a los dos.» También él había sido alcanzado. Jackie se abalanzó sobre su marido y Connally se desplomó en su asiento, mientras un segundo proyectil penetraba en la cabeza de Kennedy. La sangre y la materia cerebral salpicaron a Jackie. John Kennedy estaba prácticamente muerto. Eran las 12.30.

13.00, Parkland Memorial Hospital: «El presidente ha muerto.»

Inmediatamente se produjo el caos. Los policías saltaron de las motos y los coches, y la gente se dispersó gritando. Un policía de la escolta se precipitó

Bajo estas líneas, un dibujo que ilustra dos hipótesis planteadas acerca de la trayectoria de las balas disparadas durante el atentado. La ***primera hipótesis*** *supone que Oswald (1) fue el único asesino. Un testigo (3) le vio disparar tres veces contra el coche en que iba el presidente, en tanto que otra persona del público, Zapruder, filmaba la escena con su cámara (2). Kennedy fue alcanzado por dos balas, una de las cuales hirió también al gobernador Connally. La* ***segunda hipótesis*** *sostiene que Oswald hizo sólo un disparo, y alcanzó por primera vez a Kennedy, pero que la segunda bala, mortal, fue disparada por otro hombre (4) oculto en la calle detrás de un terraplén ajardinado. En menos de cinco segundos, dos balas habían bastado para matar a Kennedy y herir al gobernador. En este punto, la versión oficial del Informe Warren fue varias veces puesta en cuestión.*

TEXAS SCHOOL BOOK DEPOSITORY

1

2

3

4

Posición de Kennedy al ser herido por primera vez. El segundo disparo pudo efectuarse desde la calle

Ford blanco en el que iba el jefe de la Policía, Curry

ELM STREET

GDA

hacia el coche presidencial y subió en el vehículo ayudado por Jackie. Bill Greer, chófer profesional desde hacía 35 años, necesitó sólo seis minutos para llevar el pesado Lincoln hasta el Parkland Memorial Hospital, el mayor centro hospitalario de Dallas. El estado de Kennedy parecía desesperado; Connally, gravemente herido, seguía sin embargo consciente. La confusión era enorme: los vehículos del cortejo llegaban uno tras otro, y un clamor de voces de policías, periodistas y funcionarios federales llenaba los pasillos del hospital. El interno Charles J. Carrico fue el primero en examinar a Kennedy. El presidente tenía las pupilas fijas y dilatadas, y un débil y esporádico latido de corazón era la única señal de que seguía vivo. El cirujano Malcolm Perry le practicó una traqueotomía para restablecer la respiración. Pero fue inútil. Luego se le aplicó un vigoroso masaje externo al corazón. El electrocardiograma, ya muy débil, se hizo lineal. Eran las 13.00. El doctor Burck-





Jiisiein

ley, médico personal de Kennedy, se acercó a Jackie: «El presidente ha muerto.»

Empieza la «caza del hombre»

Paralelamente a lo que sucedía en el hospital, se iniciaban las investigaciones policiales. Un testigo había visto a un hombre inmóvil en una ventana del quinto piso del Texas School Book Depository, desde donde, al parecer, habían sido hechos los disparos. No se tardó en encontrar allí el fusil Männlicher-Carcano, con mira telescópica, que desde entonces se ha considerado el arma del delito. Los empleados habían visto salir precipitadamente del edificio a uno de sus compañeros, un tal Lee Harvey Oswald, que trabajaba en la empresa desde hacía unos meses. Poco después, la Policía daba una descripción de Oswald a todas las unidades que patrullaban por la ciudad.

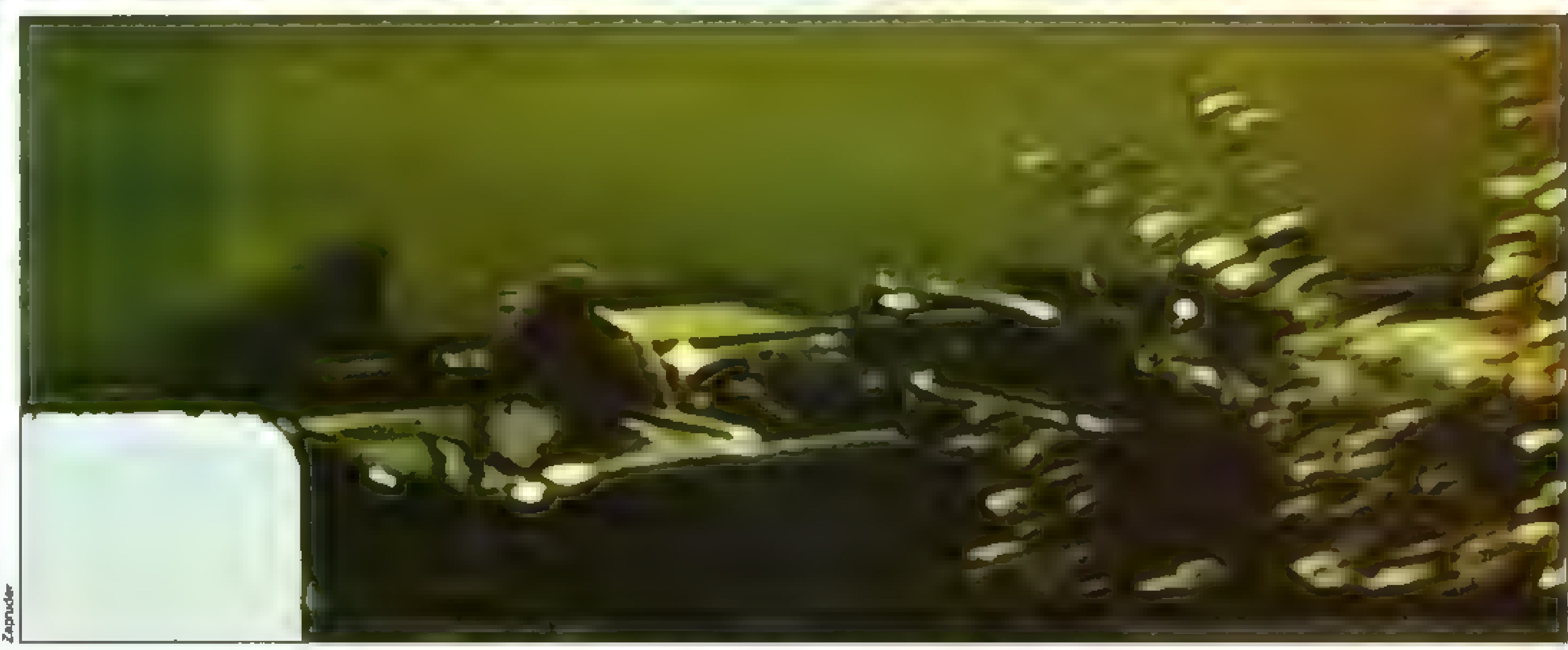
A las 12.45, el agente L. D. Tippitt tuvo noticia por la radio de su coche de que se había disparado contra el presidente, y sus jefes le ordenaban patrullar en el barrio de Oak Cliff. Tras una primera ronda, Tippitt no observó nada relevante. Recibió entonces la descripción de Oswald, y el aviso de que estuviera preparado para hacer frente a cualquier eventualidad. A las 13.16 se fijó en un joven que andaba nervio-


Archivo Orbis

Sobre estas líneas, el fusil Mannlicher-Carcano, modelo 1938, utilizado por Oswald. (En el momento del atentado llevaba un teleobjetivo japonés.) Sus características son: longitud, 1.022 mm; peso, 3,45 kg; longitud del cañón, 533 mm; calibre, 6,5 mm; estrías, 4 que giran a la derecha; cargador, 6 cartuchos; velocidad de salida 701 metros por segundo. Abajo, en ambas páginas, Kennedy, Connally y sus esposas poco antes de producirse el atentado; a la derecha y en la parte inferior, dos fotogramas del filme obtenido por Zapruder.




Zapruder


Zapruder

samente por la acera y detuvo su coche junto a él para interrogarle, pero cuando quiso salir del vehículo, el desconocido sacó una pistola del bolsillo y le disparó cuatro tiros, dándose a la fuga. Tippitt estaba muerto.

Oswald, capturado

A las 13.42, el gerente de una zapatería vio a Oswald procurando dar la espalda a una patrulla de la Policía, y le siguió. Poco después comprobó que entraba en un cine del barrio, el Texas Theater, y alertó a la Policía. A las 13.50, una quincena de agentes entraban en la sala y reducían a Oswald tras un breve forcejeo. Casi una hora después, a las 14.30, empezaba su interrogatorio en la Jefatura de Policía de Dallas. Lee Harvey Oswald, 24 años, sonrió a los representantes de los medios de comunicación presentes, y les saludó con el puño izquierdo cerrado, lamentándose de los golpes recibidos al ser arrestado. Se trataba de un ex-*marine*, conocido ya por el FBI por sus actividades políticas de signo izquierdista. Había vivido en la URSS y estaba casado con una ex-ciudadana soviética. El presunto asesino negó toda relación con los hechos que se le imputaban, pero se averiguó que había comprado el arma empleada en el magnicidio por correspondencia y contra reembolso en una tienda de Nueva York, y en su domicilio se halló una fotografía en la que se exhibía con el Mannlicher-Carcano. El mismo Oswald se autodefinió como «marxista-leninista».

Rechazo y afecto

Una de las anécdotas más lamentables del 22 de noviembre tuvo lugar en una elegante escuela privada de Dallas, cuando una maestra entristecida comunicó a sus alumnos la noticia del asesinato, que fue acogida con aplausos y gritos de alegría. Esto probaba la atmósfera que los chicos habían vivido en sus hogares en las semanas anteriores a la visita del presidente.

En cambio, la muerte de John Kennedy fue particularmente sentida por los jóvenes, las minorías raciales, los intelectuales y los artistas. A los primeros les había abierto una nueva esperanza en el porvenir de su país y del mundo, que se concretó en la creación del Peace Corps (Cuerpo de la Paz) —por un mínimo salario, muchos jóvenes se lanzaron a enseñar a los pueblos del Tercer Mundo las técnicas agrícolas e industriales que podían aliviar su miseria—. Las minorías étnicas, especialmente los negros, agradecieron las gestiones de Kennedy para borrar la discriminación racial. En cuanto a los intelectuales y artistas, por vez primera sintieron que la Casa Blanca les daba la importancia que merecían. En la ceremonia de la inauguración de su mandato, y como símbolo del período que se abría, Kennedy quiso que fuera un poeta, Robert Frost, el que pronunciara el discurso oficial. Desde ese día, los creadores de las letras y las artes tuvieron abierta la mansión presidencial.

Por la tarde, se convocó una conferencia de prensa, en la que Oswald fue oficialmente inculpado del doble crimen (Kennedy y Tippitt). Henri Wade, encargado de la instrucción del sumario, declaró que creía tener suficientes pruebas para condenarlo, que se disponía ya de unos quince testigos y que, aparentemente, Oswald había actuado solo.

Jack Ruby asesina a Oswald

La mañana del domingo 24 de noviembre, Oswald iba a ser sacado por una puerta secundaria de la Jefatura de Policía para trasladarlo a la cárcel. Había una gran confusión en los pasillos que debía recorrer el prisionero hasta llegar al furgón celular. Y allí se encontraba Jack Ruby (Jack Leon Rubinstein), un hombre de 42 años, con traje oscuro y sombrero, propietario de un pequeño club nocturno de la ciudad. Ruby, «viejo conocido» de la Policía por sus turbios manejos en el hampa local, había entrado sin dificultad en las dependencias de la Jefatura, se abrió paso entre la gente, sacó un revólver del bolsillo y se precipitó sobre Oswald, vaciándole medio cargador en el abdomen. Eran las 11.21, y la escena fue filmada en directo por las cámaras de televisión de las cadenas N.B.C. y C.B.S. Trasladado —como dos días antes Kennedy— al Parkland Memorial Hospital, Oswald fue operado inmediatamente. A las 13.07 moría sin haber podido confirmar si conocía o no a su asesino. La versión de Ruby fue que había actuado, sin ninguna complicidad ni instigación, para vengar la muerte de Kennedy.

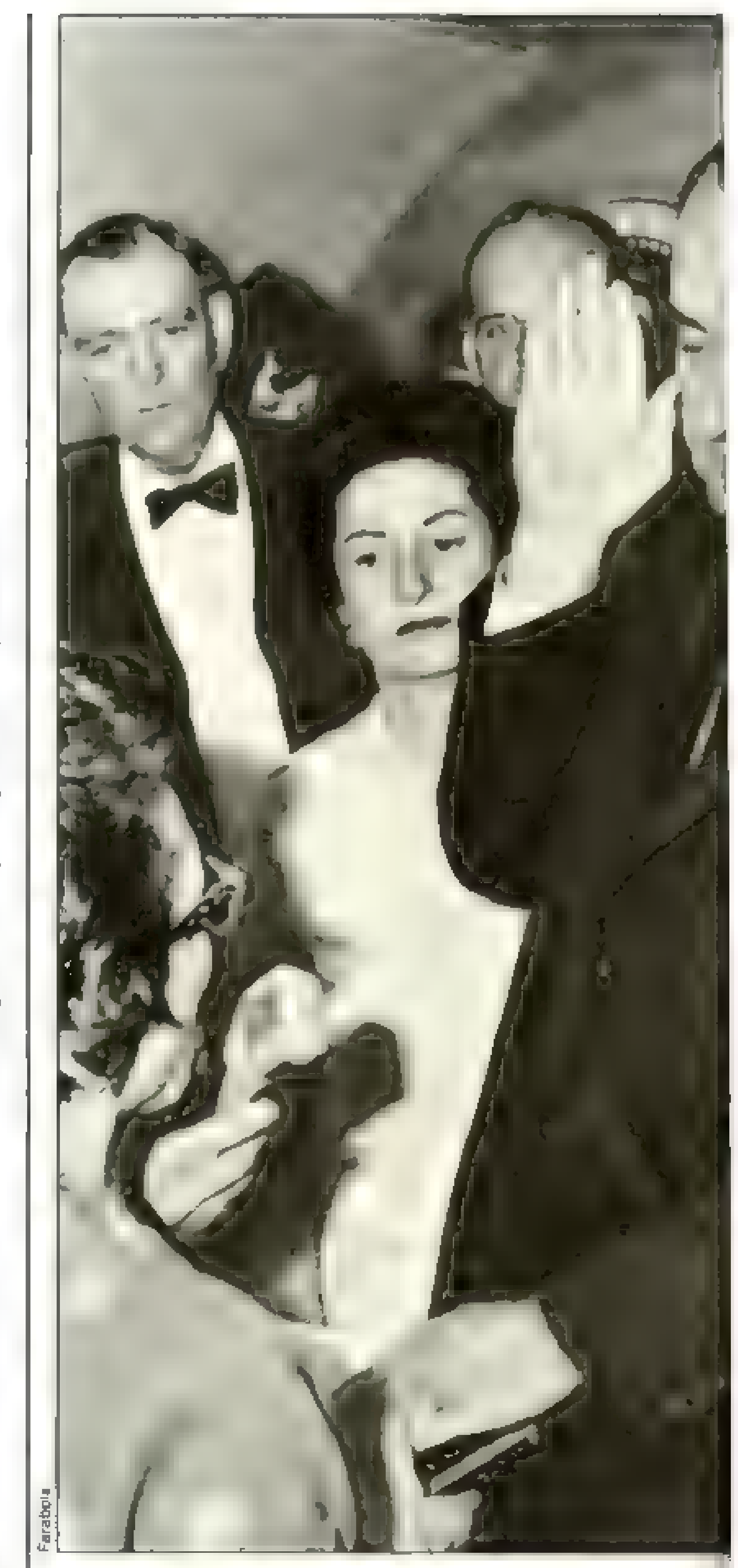
En ambas páginas, arriba, el vicepresidente Johnson presta juramento de fidelidad a la Constitución, como nuevo presidente de Estados Unidos, a bordo del Air Force One que trasladaba el cadáver de Kennedy a Washington (a su lado, con el traje todavía manchado de sangre, Jackie Kennedy); abajo, Lee H. Oswald, fotografiado en la tarde del día en que fue inculpado del asesinato de Kennedy al ser presentado a la prensa (en su rostro son perceptibles las huellas de los golpes recibidos durante el forcejeo que se produjo al ser arrestado).

En la página siguiente arriba, Oswald fotografiado en su casa con un fusil en la mano, pocos meses antes del atentado de Dallas; abajo, su esposa, Marina Nitchilayeva

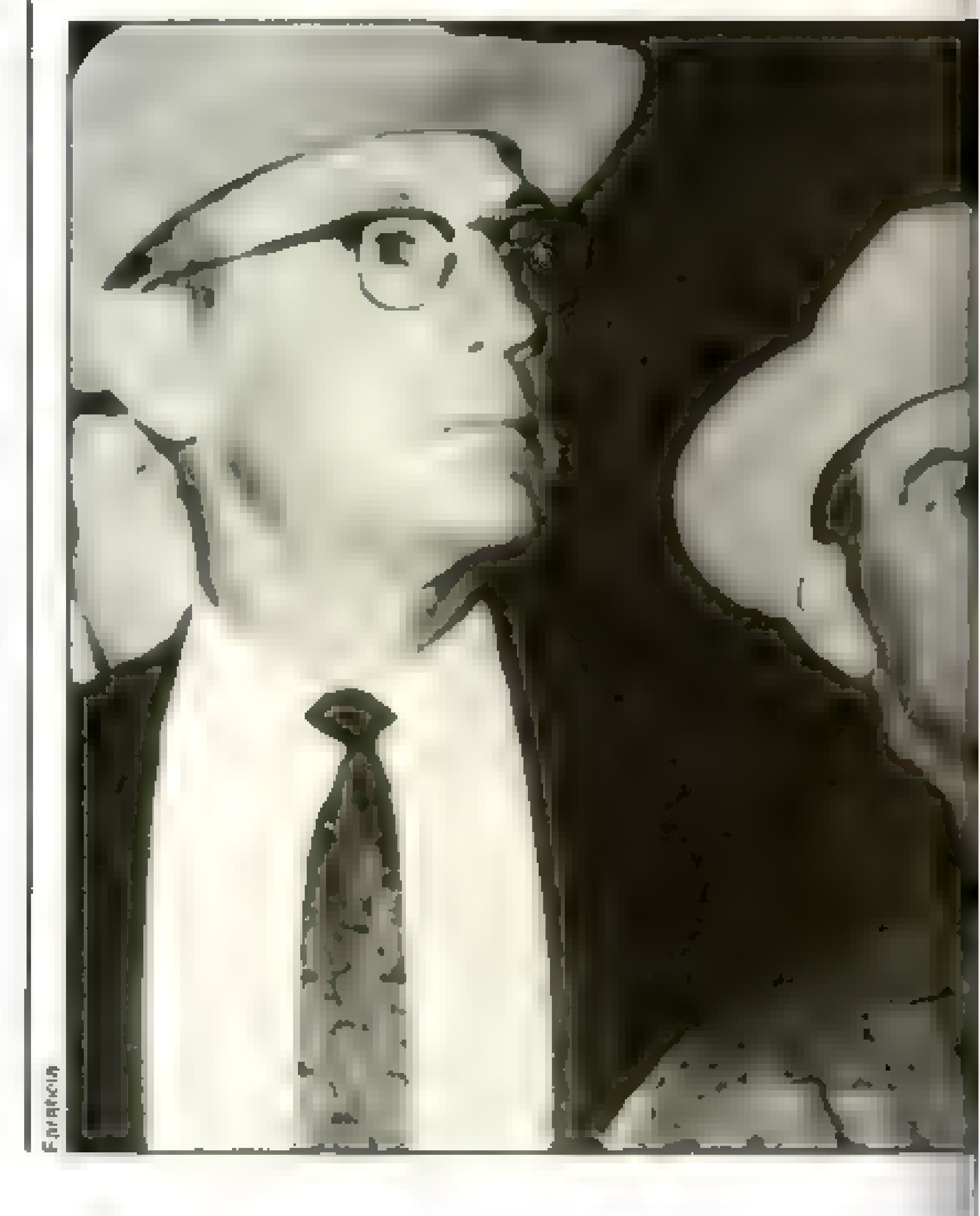
Johnson, nuevo presidente

Estados Unidos tenía un nuevo presidente, el tejano Lyndon B. Johnson, antiguo rival de Kennedy en las primarias de 1960. El mismo día del magnicidio, a bordo del *Air Force One* que transportaba el cadáver del presidente desde Dallas a Washington, Johnson había jurado, sobre la *Biblia* familiar de un notario público encontrado a toda prisa —Sarah Hughes—, fidelidad a la Constitución. Durante esa breve ceremonia, Jacqueline Kennedy permaneció al lado de Johnson con el vestido todavía manchado por la sangre de su marido. (A los requerimientos para que se lo cambiara había contestado con una frase dramática: «No. Que vean lo que han hecho.»)

Johnson se hallaba ante la nada fácil tarea de esclarecer los móviles de un delito que había conmovido al mundo, asegurar una transición sin traumas e impedir que el momentáneo vacío de poder pudiera ser aprovechado por los «enemigos extranjeros» —es decir, la URSS—. Los funerales de Kennedy fueron un primer paso hacia la normalización. Los principales dignatarios políticos del mundo occidental, con Charles de Gaulle a la cabeza, se reunieron en Washington para asistir al sepelio, que tuvo lugar en el cementerio de Arlington el lunes 25 de noviembre.



Farabola



Farabola



Mondadori



Opera Mundi



Lee Harvey Oswald

El hombre que fue acusado del asesinato del presidente Kennedy, Lee Harvey Oswald, nació en Nueva Orleans el 18 de octubre de 1939. En octubre de 1956 ingresó en los marines, y cumplió su servicio militar en Japón, donde tuvo que comparecer en dos ocasiones ante un tribunal militar. La primera, el 11 de abril de 1958, por haber violado el reglamento que exige a un militar la inscripción de sus armas personales en un registro especial; la segunda, el 18 de junio de aquel mismo año, por insulto a un suboficial.

En el cuerpo de marines, Oswald se distinguió como tirador de élite y se especializó en electrónica, pero nunca fue ascendido, y terminó su servicio como soldado de primera clase. En realidad fue desmovilizado un año antes de cumplir el tiempo de permanencia reglamentario, ya que así lo solicitó con el propósito de poder atender a su madre.

En octubre de 1959 se marchó a la Unión Soviética dispuesto a naturalizarse ciudadano de este país. Trabajó en una fábrica de Minsk, y se casó con Marina Nitchilayeva, con la que en 1963 tendría una hija, Audrey. En junio de 1962, el matrimonio Oswald regresó a Estados Unidos y se instaló en Fort Worth, cerca de Dallas. A partir de entonces, Oswald empezó a desarrollar una intensa actividad procastrista.

En agosto de 1963 se vio envuelto en una riña callejera con exiliados cubanos mientras repartía propaganda en favor de la Cuba de Castro. Detenido, fue acusado de perturbar el orden público y condenado a una multa de 25 dólares; en el juicio afirmó que era el secretario del comité de «Fair Play for Cuba» de Nueva Orleans. Durante la última semana de septiembre, Oswald hizo un misterioso viaje a México donde, como lo prueba una carta suya con fecha 9 de noviembre, se puso en contacto con miembros de la Embajada de la Unión Soviética.

El 24 de noviembre de 1963, dos días después de ser apresado por los presuntos asesinatos del presidente Kennedy y del policía L. D. Tippitt, murió asesinado en la Jefatura de Policía de Dallas, abatido por los disparos de Jack Ruby, propietario de un pequeño club nocturno de la ciudad.

«Una América que practique lo que predica»

«Si la ignorancia y las falsas informaciones de política extranjera de algunos han de prevalecer, la seguridad de nuestro país se verá comprometida (...).

»En un mundo hecho de continuos y complejos problemas, en un mundo lleno de frustraciones y de rabias, la política de Estados Unidos debe conducirse a la luz de las experiencias y de la razón, de lo contrario, aquellos que confunden la retórica y la realidad, lo plausible y lo posible, tomarán la iniciativa con las soluciones aparentemente simples y rápidas que proponen a todos los problemas mundiales.

»Entre tanto, siempre habrá voces disidentes que se harán oír en el interior del país, criticando sin proponer otras soluciones y procurando tener influencia sin responsabilidades.

»La influencia americana en el mundo depende de su fuerza, pero también del respeto que manifieste a la libertad que se opone a la tiranía. Sólo una América que practique lo que predica sobre la igualdad de derechos y la justicia social, será respetada por aquellos cuya elección tiene influencia sobre nuestro futuro.

»La libertad del mundo puede perderse sin disparar un solo tiro, y puede sucumbir bajo las papeletas de voto lo mismo que bajo las balas.

»El programa de ayuda al extranjero tiene un papel capital para permitir a quienes viven en la periferia del mundo comunista conservar su independencia. Si los comunistas llegaran a penetrar en estas zonas, la intervención directa de Estados Unidos costaría muchas veces el precio del programa de ayuda al extranjero, sin contar las cuantiosas pérdidas en vidas humanas.

»Nuestros adversarios no han abandonado sus ambiciones, el peligro no ha desaparecido, nuestra vigilancia no debe disminuir. Pero la fuerza americana no será jamás utilizada con fines agresivos, sino exclusivamente para la defensa de la paz.»

(FUENTE: Discurso que John F. Kennedy debía pronunciar en el Trade Mark de Dallas, en el curso de un almuerzo que iba a darse en su honor, el 22 de noviembre de 1963.)



Keystone



I.G.D.A.



Opera Mundi

En la página anterior, arriba, el féretro con los restos mortales de Kennedy, cubierto con la bandera de Estados Unidos (al fondo, la viuda entre Bob y Ted); en el centro y abajo, dos momentos del asesinato de Oswald por Jack Ruby en el momento en que era trasladado a la cárcel –millones de personas pudieron presenciar en directo estas escalofriantes imágenes en la pantalla de sus televisores–.

A la derecha, primeras páginas del New York Times *y de* Le Monde *que recogen en sus titulares la noticia del asesinato de Oswald y la consternación internacional por la muerte de Kennedy. El mundo vivió horas de angustia pensando en las repercusiones que el magnicidio de Dallas podía tener para el futuro de EE.UU.*



VINGTIÈME ANNÉE — N° 5865

20 PAGES — DERNIÈRE ÉDITION

DIMANCHE 24 - LUNDI 25 NOVEMBRE 1963

Le Monde

A L'EST COMME A L'OUEST

L'ASSASSINAT DE JOHN KENNEDY SOULÈVE CONSTERNATION ET INQUIÉTUDE

INTERNATIONAL EDITION

"All the News That's Fit to Print"

The New York Times.

PARIS, MONDAY, NOVEMBER 25, 1963.

PRESIDENT'S ASSASSIN SHOT TO DEATH IN JAIL CORRIDOR BY A DALLAS CITIZEN; GRIEVING THRONGS VIEW KENNEDY BIER

CROWD IS HUSHED

Mourners at Capitol File Past the Coffin Far Into the Night

Lodge and Key Advisers Brief Johnson on Vietnam

AVENGER SEIZED

Fires Point Blank at Oswald Despite a Heavy Guard

HATRED AND EVIL

Pekine Assails Johnson:

KENNEDY'S COFFIN

Capital Weighing Political Effect

DE GAULLE LEADS CAPITAL ARRIVALS

El *Informe Warren*

El 29, una semana después de la muerte de Kennedy, Johnson constituyó una comisión de encuesta para indagar las circunstancias del delito. Earl Warren, magistrado del Tribunal Supremo, fue el encargado de dirigir la investigación, en la que tomaron parte, entre otros, el ex-jefe de la CIA, Allen Dulles, y el alto comisario en la República Federal Alemana, John McCloy, además de varios representantes de los partidos demócrata y republicano. Las audiencias de la Comisión se prolongaron durante diez meses y fueron realizados 26.500 interrogatorios y contrainterrogatorios.

A pesar de las contradicciones y de las dudas, la versión inicial de los hechos pareció confirmarse. Las principales conclusiones fueron reunidas en un informe de 900 páginas al que se adjuntaron 26 volúmenes de alegatos y documentos, publicado el 26 de septiembre de 1964. Según este informe no hubo complot para asesinar a Kennedy; Oswald había actuado solo, y lo mismo Ruby, cuyo único propósito habría sido vindicar la memoria del presidente. Tampoco había pruebas de que Oswald y Ruby se conocieran. En cuanto a los disparos efectuados contra el Lincoln en que iba el presidente, se fijaron en tres: el primer proyectil entró por la nuca de Kennedy y salió por su tórax, hiriendo a Connally; el segundo, mortal, alcanzó la cabeza del presidente, y el tercero no consiguió su objetivo. Por otra parte, las dos balas recuperadas correspondían a dos de las tres vainas vacías encontradas junto al fusil en el quinto piso del Texas School Book Depository. Y el fusil había sido comprado personalmente por Oswald contra reembolso en una tienda de venta por correspondencia. El propio Oswald lo había llevado hasta su puesto de trabajo la mañana del crimen.

¿Un caso cerrado?

No obstante, aun teniendo en cuenta la gran cantidad de datos reunidos por la Comisión Warren, el magnicidio de Dallas sigue presentando aspectos muy oscuros. Desde la publicación del informe oficial han salido a la luz numerosos libros en los que se han defendido las más diversas y, a veces, peregrinas tesis. Para unos, Kennedy murió a manos de la Mafia, muy perseguida por el hermano del presidente, entonces fiscal general; para otros, Fidel Castro fue quien ordenó el crimen, vengándose así del asesinato que la CIA había planeado contra él con la anuencia de Kennedy. Ni siquiera faltaron los que vieron en la muerte del presidente un saldo de cuentas de alguna amante celosa.

Si bien el *Informe Warren* es quizá demasiado lineal, las otras versiones resultan excesivamente complicadas, además de que, casi todas ellas, tienden a afirmar algo tan grave como la existencia de una conspiración. Y, dadas las circunstancias, una conspiración implicaría a altos cargos de la Administración de Estados Unidos, incluso al mismo fiscal general, tesis que ni los más encarnizados enemigos de la familia Kennedy se atreverían a mantener.

Dudas y enigmas tras el Informe Warren

El exhaustivo Informe Warren *convenció sólo parcialmente a la opinión pública. Diversos estudios posteriores e investigaciones privadas llevadas a cabo por expertos pusieron de manifiesto sus contradicciones y puntos oscuros. Los interrogantes se referían principalmente a las siguientes cuestiones:*

Dirección de los disparos. *Los críticos del informe aportan la declaración de un testigo presencial, Lee Bowers, quien afirmó haber visto a dos individuos abrir fuego sobre el presidente desde un terraplén ajardinado que estaba a la derecha de la calle por la que circulaba la comitiva presidencial. Quince años después de este testimonio se efectuó una prueba pericial acústica —con instrumentos que no existían en el momento de la primera declaración de Bowers— sobre una grabación del tiroteo que había realizado la Policía. El sonido parece confirmar la afirmación del testigo sobre la presencia de otros tiradores además de Oswald. También en el análisis de la película de 8 mm del aficionado E. G. Zapruder, puede verse cómo la cabeza de Kennedy cae hacia atrás en el momento de un supuesto tercer disparo, en vez de hacia adelante, como debiera haber ocurrido si le hubiesen alcanzado desde atrás.*

Número de disparos. *La tesis del informe Warren es que fueron tres y los tres procedieron del fusil Männlicher-Carcano de Oswald. Este arma puede disparar un tiro cada 2,5 segundos o cada 3 si es manejada por un experto excepcional. No obstante, el gobernador Connally dijo a la Comisión Warren que entre el momento en que fue alcanzado Kennedy y aquel en el que él sintió a su vez cómo una bala le entraba en el tórax transcurrió apenas un segundo. Si se acepta esa versión, la tesis oficial de que ambos ocupantes del vehículo presidencial fueron alcanzados por el mismo proyectil no se sostiene, y es necesario suponer que existió un segundo tirador con otra arma.*

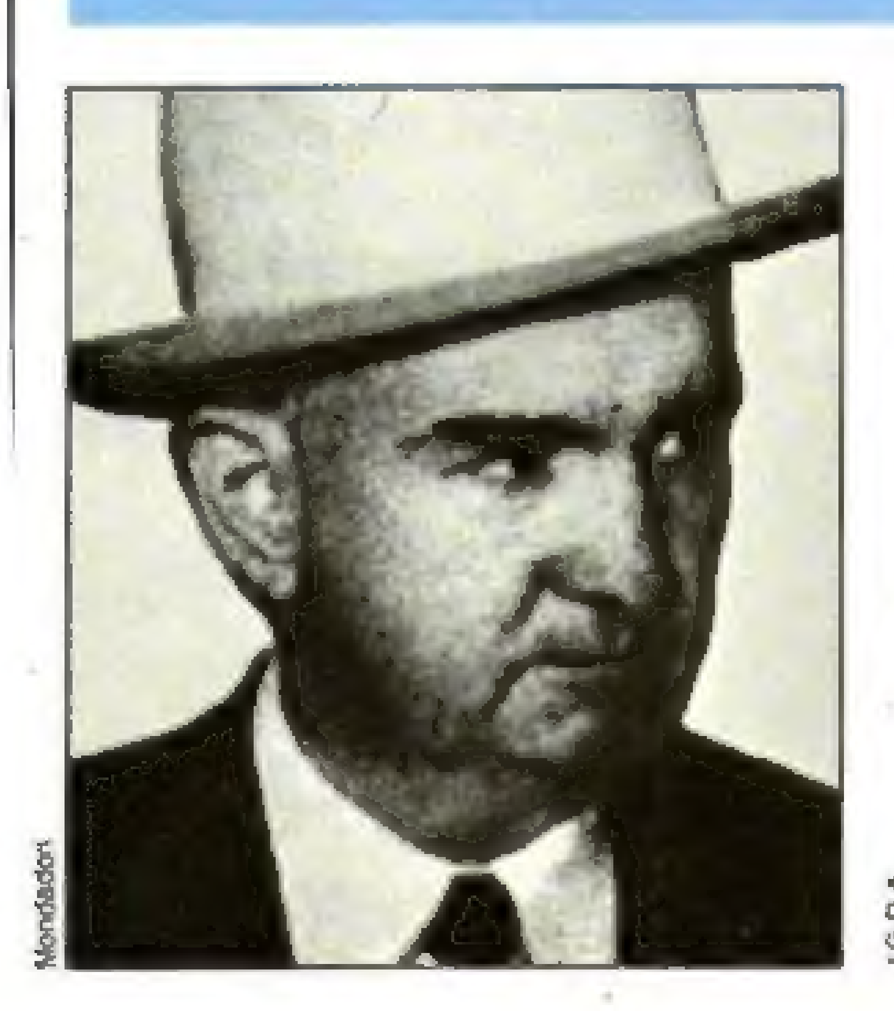
Personalidad de Oswald. *Algunos críticos del informe excluyen que el* ex-marine *pueda haber actuado sólo por su propia iniciativa, porque no tenía ningún motivo de odio personal contra Kennedy. En el pasado de Oswald, se ha hallado una serie de elementos que han escapado o han sido deliberadamente ocultados por la encuesta oficial. Para algunos, el informe ha infravalorado intencionadamente —acaso para evitar complicaciones internacionales— la visita que Oswald realizó a la Embajada de la URSS en México, la última semana de septiembre de 1963. Para otros no se ha profundizado suficientemente en los contactos que Oswald tuvo con la KGB en la URSS. También se ha señalado que se hizo desaparecer un recibo que probaría la dependencia de Oswald respecto del FBI.*

El misterio de la autopsia. *Uno de los más autorizados críticos, Edward Epstein, asegura que la versión de la autopsia de Kennedy incorporada en el* Informe Warren *no corresponde con la original de los expertos del Hospital de la Marina de Bethesda (Maryland). Pero el enigma mayor se refiere a las fotografías del cadáver, que harían posible establecer con certeza el número y naturaleza de las heridas. Pues bien, no sólo tales imágenes no se incorporaron al informe, sino que han desaparecido. La versión oficial es que fue Robert Kennedy quien las hizo retirar por respeto a la memoria de su hermano; pero, dada su importancia para la solución del misterio, la versión parece absurda, máxime cuando Robert era fiscal general. Desgraciadamente, también Robert fue asesinado años después, en 1969, y ya no puede confirmar ni desmentir este extremo.*

Muerte de testigos. *Aparte de Jack Ruby, que murió de un cáncer en prisión, numerosas personas relacionadas de algún modo con el atentado han encontrado la muerte de forma violenta o prematura. Algunos murieron en circunstancias desconcertantes, incluso cuando habían anunciado que iban a hacer revelaciones «sensacionales» sobre el asesinato de Kennedy. Entre éstos se encuentran David Ferrie, un conocido de Oswald y piloto del avión particular del jefe de la Mafia de Nueva Orleans, Carlos Marcello; los gángsters Roselli y Sam Giancana, y el comerciante ruso George De Mehrenschildt, amigo y confidente del* ex-marine.

En resumen, las diversas contrainvestigaciones sugieren una versión alternativa: Kennedy fue víctima de un complot que implicó, al menos, a dos personas. Y existen indicios de que en dicha conspiración participaron elementos de la Mafia que la CIA había intentado enrolar para asesinar a Fidel Castro.

El propio asesino de Lee Harvey Oswald, Jack Ruby, mantuvo estrecha relación con los agentes de la CIA encargados de atentar contra Castro. La Policía tiene pruebas de conversaciones telefónicas de Ruby con Sam Giancana y con Santos Trafficante en los días que precedieron al asesinato de Oswald. También se sabe que Ruby había seguido al que sería su víctima desde inmediatamente después de la muerte de Kennedy. •


Mondadori


I G D A


Mondadori

Tres personajes que siguieron de cerca la investigación para esclarecer el asesinato de Kennedy; de izquierda a derecha, Tom Howard, abogado de Jack Ruby; William Manchester, autor de La muerte de un presidente, *obra que levantó vivas polémicas, y Jim Koeth, cronista del* Dallas Times Herald *(asesinado por un desconocido en 1964).*